

ASESINATO EN PARÍS

A detailed illustration of a Parisian street at night. The Eiffel Tower stands prominently in the background, its lights reflecting on the city below. A crescent moon is visible in the dark sky. In the foreground, a cobblestone street curves through the scene, flanked by buildings with balconies. A street lamp illuminates the path, and the overall atmosphere is mysterious and evocative.

ALICE CAMPBELL

Sobre esta edición

Obra original: *Murder in Paris* – Alice Campbell, 1930.

Edición: Traducción por Fernando Guzmán, 2026.

Nota legal: La obra original en inglés está en dominio público en los Estados Unidos.

Texto en inglés tomado de Project Gutenberg.

La portada ha sido realizada parcialmente mediante inteligencia artificial.

Esta obra derivada se distribuye bajo licencia Creative Commons Attribution 4.0 International (CC BY 4.0).

Para consultar los términos de esta licencia visite

<http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>

Se autoriza su libre impresión, difusión y/o comercialización, así como la realización de obras derivadas, siempre que se otorgue adecuada referencia a esta traducción al español.



CAPÍTULO 1

Al principio, Catherine no supo qué pensar de Geoffrey Macadam. No lograba distinguir si su rigidez era simple reserva británica o si ocultaba el fastidio de tener que soportar a una desconocida impuesta, alguien que amenazaba la tranquilidad de su viaje a París.

Si se trataba de lo segundo, ella habría querido aclararle que compartía su sentimiento. Durante los ocho días de travesía por el Atlántico, Catherine había intentado huir de la tutela entrometida de la mujer que ahora, sin necesidad alguna, provocaba aquel encuentro. Con la mirada, intentaba transmitirle que no era su culpa y que realmente no pretendía nada con esa situación.

Sin embargo, al notar que él la observaba con curiosidad, casi sobresaltado, Catherine se quedó pensativa. Comenzó a cuestionarse si el hombre era realmente tan rígido como había imaginado. Aquella mirada podría considerarse el punto de partida de esta historia.

La señora Hugh Tyler Pope —cuyo nombre algunos pasajeros pronunciaban como *Huge* (enorme) por su imponente tamaño— era tan difícil de evadir como una fuerza de la naturaleza. Abrumaba por el peso de su arrogancia y se había autoproclamado protectora de Catherine para todo el viaje, decidida a exhibir ese rol lo más posible. Fue inútil que la joven asegurara que no necesitaba ayuda para encontrar su asiento; fue arrollada por la presión de un pecho imponente y empujada a lo largo del tren. Mientras tanto, una voz cargada de supuestas buenas intenciones gritaba para que todos se enteraran:

—Ay, querida, si te hubiéramos conocido antes habríamos reservado tu lugar junto al nuestro. Es triste pensar que viajarás toda esta distancia sola, pero ya no tiene remedio porque el tren está lleno. ¿Es este tu asiento? Al menos tienes ventanilla. ¡Portero! Ponga el bolso grande de la señorita más al rincón, y esa caja también. Estos extranjeros no se preocupan por la comodidad de uno; hay que enseñarles todo.

Justo entonces, mientras obstruía el pasillo con su enorme abrigo de piel y pisaba un pasajero tras otro, divisó al retraído hombre en el asiento de la esquina opuesta y reaccionó con aire de reconocimiento.

—Pero si es el señor Macadam. Quién lo hubiera dicho. ¿Ha estado en El Havre por negocios? Catherine, querida, quiero presentarte al hombre más simpático de todo París, y es inglés. Señor Macadam, permítame presentarle a una pequeña amiga que conocí en el barco, la señorita West, de Boston. Ella visitará a una pariente en la avenida Henri Martin; ya sabe, la esposa de Harry Belmont Bender, viuda del que murió el año pasado en aquel trágico accidente en Massachusetts. Fue muy triste.

Aquello resultaba sumamente bochornoso, y no iba a ser lo único. No contenta con encomendar a su joven amiga al cuidado del inglés —como si yo fuera idiota, pensó Catherine con amargura—, la mujer arrastró a la joven de vuelta al pasillo y le soltó un discurso de despedida a todo pulmón.

—¿No ha sido una suerte? Te resultará un hombre muy agradable. Macadam y Langtree, los abogados. Todo el mundo los conoce. Este es el hijo; reservado, ya sabes, pero con unos modales perfectos. Pórtate bien con él. Bueno, *au revoir*, querida. No olvides llamarme y ven a casa en mi día de visitas.

Dicho esto, la señora Hugh Tyler Pope se alejó por el pasillo. Su papel estaba cumplido y Catherine, maldiciéndola en su interior, no podía sospechar cuán importante había sido esa intervención.

Ahora, con timidez, se dejó caer en el asiento. Para su alivio, el inglés se había refugiado detrás de su revista, así que pudo acomodarse con tranquilidad y ordenar sus pensamientos. A decir verdad, necesitaba hacerlo. Diversas inquietudes, hasta entonces sofocadas, resurgían para turbarla con insistencia.

¿Había hecho bien en venir? Una voz acusadora le susurraba que había sido imprudente y que quizá viviría arrepentida.

—¿Y por qué? —se reprochó con enfado—. Germaine sin duda me quiere con ella. No hay duda de eso.

Sí, la carta de la señora Bender, pese a su falta de claridad, expresaba un sincero deseo de tener su compañía. No le habría dado más vueltas de no ser por aquella otra misiva, una bastante extraña que guardaba en su bolso y que no le había mostrado a nadie. Ahí estaba su error; debía haberle confiado aquello a su hermana Bárbara y a su cuñado, John. Catherine vivía con ellos y solía pedir su opinión sobre cualquier asunto. Solo a veces, cuando el resultado le parecía muy obvio, omitía esa formalidad.

Siendo franca consigo misma, había estado muy ansiosa por dejar Boston atrás, y con ella las molestas menciones de un compromiso recién terminado. Sentía que no podía caminar por la calle Boylston ni cruzar el Boston Common sin encontrarse con cierto joven indignado o algún miembro de su familia, confabulados amargamente contra ella. En efecto, se había apresurado lo antes posible para asegurar su abordaje, y al llegar después esta extraña carta escrita por una completa desconocida, decidió no comentarlo a nadie por miedo a echar por tierra sus planes.

Pero bueno, ya estaba hecho, no había vuelta atrás. Además, no había nada concreto en la carta, ningún hecho que pudiera descifrar, a pesar de su tono emocional. ¿Quién era esa mujer después de todo? Probablemente alguna amiga sentimental de Germaine, muy dada a la exageración. La nota histérica hablaba por sí sola. Naturalmente, aquel accidente del año pasado había asestado un golpe devastador a los nervios de la pobre señora Bender, pero no podía haber nada peor. Se propuso alejar todo eso de su mente...

¿Por qué su acompañante no dejaba de lanzar esas miradas furtivas en su dirección? Aquel examen disimulado, siempre desviado rápidamente, la inquietaba como los punzamientos de su propia conciencia. Había una extraña expresión de interés en su rostro, la misma que había notado hacía apenas un momento.

Con mucha cautela, lo observó. Era delgado, robusto y musculoso, la apariencia de su piel denotaba salud, sus facciones eran poco notables y sus ojos eran grises y penetrantes bajo unas cejas pobladas y espesas. Todo su aspecto tenía un aire de sobriedad, que se extendía a su vestimenta bien confeccionada, no demasiado nueva, y sin ningún detalle que reclamara la atención. En conjunto, parecía un hombre que no haría nada imprudente. Como John, pensó. John también era abogado. Definitivamente, ella sabía que si él hubiera estado en su misma situación habría evaluado los pros y los contras, y tomado la decisión de quedarse en casa...

—¿Disculpe?

Sobresaltada, salió de su estado tan absorto.

—¿Sí?

Él se sonrojó con turbación.

—Nada. Me pareció que hablaba usted.

—No, solo pensaba. —Luego añadió con una pequeña risa—: No habrá escuchado mis pensamientos, ¿verdad?

Él respondió con una leve sonrisa. El hielo se había roto y, a partir de ese momento, sus miradas fueron más frecuentes y naturales. Catherine notó que él quería decir algo, pero su timidez parecía frenarlo. Tras aclararse la garganta un par de veces, el hombre finalmente se animó a preguntar:

—Disculpe, ¿entendí bien que la señora Pope dijo que usted y la señora Belmont Bender son parientes?

Se inclinó hacia adelante hablando en voz baja, como si el asunto fuera privado.

—El señor Bender era mi primo —respondió ella sorprendida—. Su esposa es francesa.

—Sí, claro, así es.

—¿Acaso conoce usted a la señora Bender? —sugirió ella.

—Tuve ocasión de conocerla —dijo él con cautela—, aunque no en un contexto social. Mire, mi despacho de abogados ha llevado los asuntos de los Bender desde hace mucho tiempo. Su primo es uno de nuestros clientes más antiguos.

Los ojos de Catherine se iluminaron, cambiando por completo su expresión. Normalmente eran sombríos y melancólicos, pero tenían la capacidad de encenderse ante cualquier emoción.

—Eso es muy interesante —exclamó ella, acercándose un poco—. Me gustaría saber qué impresión le dejó ella la última vez que la vio.

Él la miró fijamente, fascinado por ese brillo repentino, y tardó un momento en responder.

—La vi hace tiempo, antes de la muerte del señor Bender. Pocas personas la han visto recientemente; me han dicho que es prácticamente una inválida total. Probablemente usted sepa más que yo.

El entusiasmo de la joven desapareció.

—Sé muy poco, en realidad. Salvo por una nota breve, no he tenido noticias tuyas en casi un año. Nunca llegué a conocerla bien; ella y mi primo Harry casi no visitaban Estados Unidos. Eso cambió tras el accidente, cuando ella quedó internada en un sanatorio.

—¿Sanatorio? —repitió él rápidamente.

—Sufrió lesiones graves, una conmoción cerebral severa.

Catherine notó que él se ponía incómodo.

—¿Quiere decir que su mente se vio afectada? —preguntó él con seriedad.

—No, ¿por qué lo pregunta?

—Me disculpo. En Inglaterra, un sanatorio suele ser un lugar para enfermos mentales.

—Oh, entiendo. Para nosotros es simplemente un hospital privado.

Sin embargo, a Catherine le pareció un comentario extraño. ¿Y si, después de todo...?

—Lo he interrumpido. Continúe, por favor.

—Iba a decir que, mientras ella se recuperaba, yo solía visitarla todas las tardes. Se veía tan sola y abatida. Siempre había dependido de Harry para todo; él actuaba y pensaba por ella. Ni siquiera aprendió bien el inglés porque su esposo hablaba un francés perfecto.

—Recuerdo que así era.

—Estaba tan abrumada que no podía hacer planes. Me pedía consejo como una niña, quizá porque yo era de los pocos que hablaba francés con ella. Quería que regresara a París con ella en ese entonces, pero no pude.

Catherine recordó con alivio que ya no llevaba el anillo de su compromiso roto. Aquella joya tenía una piedra opaca, pues su antiguo prometido consideraba de mal gusto el brillo de los diamantes.

—¿Acaso la señora Bender estaba sola en Boston? —preguntó él.

—No exactamente. Estaba con ella una mujer excelente que la entendía a la perfección. De hecho, tenía dos sirvientes, un hombre y una mujer, que viajaban con los Bender a todas partes. Él era una especie de asistente políglota muy eficiente. Me pregunto si seguirán con ella, porque la pobre le tenía pavor a los desconocidos.

—Sí, todavía siguen ahí —le aseguró él—. Los vi en el apartamento hace apenas unos meses. La señora Bender me llamó por un asunto de negocios, pero estaba demasiado enferma para recibirme, así que la empleada que usted menciona me atendió en su lugar.

Sin saber por qué, Catherine sintió que él ocultaba algo importante. Además, el evidente interés que el hombre mostraba en ella la hizo sentir incómoda. Sin decir nada más, decidió distraerse mirando el paisaje a través de la ventana.

Cruzaban Normandía, donde la mañana brillaba tras la lluvia. Entre la neblina aparecían cabañas con techos de paja y corrales rodeados de álamos. Los arbustos florecían y los almendros mostraban ya sus primeros tonos rosados.

Catherine disfrutaba la vista, pero estaba inquieta. La carta en su bolso le sugería de nuevo posibilidades tan alarmantes que sintió la necesidad de leerla otra vez, esperando entender qué quería decir realmente la autora.

Fue inútil. Era una mezcla de contradicciones escrita con palabras tan exageradas que solo lograba confundirla y molestarla. Se quedó mirando fijamente las hojas azules como si fueran un jeroglífico imposible de descifrar.

Pasaron los minutos. Los demás pasajeros en el vagón se habían quedado dormidos, excepto el inglés, que con sus lentes puestos leía su revista con el ceño fruncido.

De repente, Catherine le preguntó:

—¿Por casualidad conoce a alguien en París de apellido Cushing? ¿A Hermione Cushing?

Él se sobresaltó tanto al escuchar el nombre que la revista se le cayó al suelo.

—¿Hermione Cushing? —repitió, claramente para ganar tiempo y pensar qué decir.

Sus miradas se cruzaron y, en ese instante, Catherine comprendió que, después de todo, había algo muy importante en esa carta.

CAPITULO 2

Durante la pausa que siguió, Catherine tuvo tiempo de reflexionar que aquel joven era abogado y, como tal, sería muy difícil sacarle información. Su cuñado también era hombre de leyes, así que creía conocer bien el carácter de ese tipo de personas.

—¿Hermione Cushing? —repitió él con un tono algo negativo—. Ah, sí. Se refiere a la cantante.

—¿Ah, sí? —reaccionó ella con brusquedad—. No sabía que fuera cantante.

El brillo en sus ojos mostraba una emoción real.

—Tal vez sería más exacto decir que fue cantante —corrigió él—. En cualquier caso, es compatriota suya.

—Entonces, ¿sí la conoce?

—Muy poco. Todo el mundo conoce a la señorita Cushing; es una figura famosa en París.

Eso fue todo. Se había cerrado como una ostra.

—¡Cielos! —se quejó Catherine para sus adentros—. Va a ser tan aburrido como John. Y sin embargo, seguro que sabe algo más. ¿Por qué se sorprendió tanto cuando mencioné su nombre?

No había duda de que ahora estaba nervioso. Incluso la observaba con recelo, como si temiera que ella fuera a atacarlo con más preguntas directas. Entonces, ella decidió ir al grano.

—Señor Macadam —dijo, mirando de reojo a los pasajeros que dormitaban cerca—, justo antes de salir recibí una carta muy extraña de esta señorita Cushing. Me dice que es una vieja y querida amiga de la señora Bender y que, por eso, siente la responsabilidad de advertirme sobre algo. ¿Es verdad? Quiero decir, ¿es realmente amiga de mi prima?

Él se quedó pensando un momento.

—Sí. Creo... de hecho, sé que lo es.

—¿Entonces no hay nada malo con ella? ¿Nada extraño?

A ella le pareció que la sonrisa de él escondía algún recuerdo.

—Nada —respondió seco—. Salvo que es algo emocional, lo cual es normal en las personas con temperamento artístico.

Sin embargo, ella notó que él hablaba con reservas, lo que la confundió todavía más. ¿Por qué no podía ser más sincero?

—Tal vez eso lo explique. Pero la verdad es que me angustia mucho no saber qué pensar de todo esto.

Catherine hojeó las páginas con inseguridad, y de repente se decidió.

—Si no cree que soy una tonta, me gustaría pedirle que lea su carta y me diga si debo tomar en serio lo que dice o no. Entonces podrá comprender por qué estoy tan nerviosa.

Terminó la frase con prisa, más bien avergonzada de su atrevimiento; luego, mientras él tomaba las hojas y las examinaba con atención, contuvo la respiración y observó con ansiedad al hombre.

Protegido tras una máscara impasible, el joven abogado recorrió las páginas hasta la última línea. Catherine, mirándolo con detenimiento, no logró obtener ninguna pista de sus pensamientos.

—Ya ve lo que dice sobre la sirvienta que cree que la señora Bender ha perdido la razón —intervino ella al cabo de un momento—. Y que es un hecho innegable que la pobre está comportándose de forma extraña. ¿Será que ella misma cree que mi prima está desquiciada, o no? Eso es lo que no logro entender. La misma fuerza con la que niega esa posibilidad me hace preguntarme si donde hay tanto humo no habrá también algo de fuego. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Por supuesto —asintió él—. Le pone a uno la idea en la cabeza.

—Exactamente. Nunca antes se me había ocurrido algo así, y naturalmente es muy perturbador.

Él dobló las pálidas hojas azules y se las devolvió.

—Si no es indiscreción, ¿puedo preguntar si alguien más ha visto esto?

Catherine se sonrojó.

—No —confesó con culpabilidad—. Ya había hecho mis planes y, francamente, no quería renunciar al viaje. Además, había recibido una carta de la propia señora Bender...

—¿Quiere decir que ella le escribió?

—Por supuesto, y su carta me pareció perfectamente coherente. Siempre es un poco dispersa y poco práctica, ya sabe, pero en esta ocasión, de hecho, lo fue menos de lo habitual. Me insistió en que fuera lo antes posible y me dijo que enviara un telegrama desde El Havre, para que Eduardo —el sirviente— pudiera recibirme con el coche y ayudarme con la aduana.

—¿Está segura de que ella misma escribió la carta?

Catherine lo miró asombrada.

—Por supuesto. Conozco bien su letra. Además, ¿quién más podría haberla escrito?

De algún modo, su actitud la llenó de preocupación. Deseaba con ansias que él ofreciera alguna opinión, o que si tenía algún dato que se estuviera guardando se lo compartiera.

—Además —argumentó, para justificarse—, no es como si la señorita Cushing intentara impedir que yo viniera. Solo que aparentemente cree que debo estar preparada para lo que me espera. De hecho, parece muy interesada en que no cambie de opinión. ¿No le da esa impresión?

—Totalmente —coincidió él—. Parece creer que tendrá más posibilidades de ver a la señora Bender si usted está allí.

Catherine asintió con un rápido movimiento de cabeza.

—Evidentemente ha tenido algún tipo de conflicto con la criada, Jeanne. Aquí —¿qué es lo que dice?—: «Me detesta, cette femme là, y hará todo lo posible por impedir que vea a su señora». Me pregunto qué habrá detrás de eso.

Macadam se movió incómodo y sacó su cigarrera.

—Oh, supongo que la criada es celosa. Ya sabe cómo son esos viejos empleados. ¿Usted fuma?

—Ah, gracias. —Ella guardó silencio mientras él acercaba el encendedor a su cigarrillo; luego, reflexionando mientras fumaba, comentó—: Eso probablemente lo explique. Pero se me ocurre algo: ¿y si la propia señora Bender no quiere ver a la señorita Cushing y la criada solo cumple sus órdenes?

—¡Ah, claro! Entiendo su punto de vista.

De hecho, lo entendía demasiado bien. Esta posibilidad lo había impresionado tanto durante su memorable entrevista con la señora en cuestión que, incluso ahora, no podía estar seguro de que la señorita Cushing no se estuviera convirtiendo en una molestia, imponiendo su atención donde no era deseada. Diversos datos, todos provenientes de la propia cantante, lo inclinaban hacia esa opinión. Deseaba haber investigado el asunto más a fondo pero, para ser justos, había hecho lo mejor que pudo...

—Por supuesto, no siempre es fácil saber si una persona ha perdido la razón —comentó con aparente indiferencia—. A menudo hay intervalos de completa lucidez, de modo que dos observadores podrían tener opiniones muy distintas.

—Eso es lo que me preocupa. No puedo evitar pensar que esta mujer, que conoce a la señora Bender desde hace tantos años y es su compañera constante, está en mejores condiciones de juzgar su estado mental que alguien que la ve de vez en cuando. Del mismo modo, si Jeanne se opone a recibir a la señorita Cushing, probablemente tenga una buena razón para ello.

Se detuvo de repente, al darse cuenta de que estaba expresando en voz alta todas las dudas que había intentado no admitir. Quizá la impulsaba a hacerlo la actitud evasiva de su acompañante.

Macadam dejó que su mirada se posara en el rostro sensible y atribulado de la joven. Sus ojos lucían pensativos, nublados por la duda, con las comisuras de los labios ligeramente caídas. Era una boca amplia y generosa, con una expresión de firme dulzura que armonizaba bien con su nariz de puente alto y delicado modelado. No era lo que uno llamaría una mujer bonita, decidió él; "bonito" era una palabra demasiado trivial. No, había en ella una especie de belleza elevada, que se manifestaba tanto en su expresión como en las finas líneas de su cuerpo. Cuando sus ojos se inundaban de aquel dorado fuego líquido, era como si la emoción hubiera fundido, de repente, algo claro e intenso en lo más profundo de su alma. Daba la impresión de tener una mayor capacidad de sentir que la mayoría de las mujeres que él conocía. Al verla así, cabizbaja, sintió el deseo de encontrar alguna manera de aliviar su ansiedad. ¿Pero cómo?

—En cualquier caso —dijo él—, no veo por qué deba preocuparse. Sé que su prima está bajo el cuidado de un médico de prestigio que seguramente conoce bien su caso.

—¿Estadounidense?

—No. Francés, según tengo entendido.

—Entonces ha cambiado de médico. El primo Harry siempre consultaba a uno estadounidense. Bueno, supongo que está bien que vaya a quedarme allí. Al menos eso espero.

Él también lo esperaba. Lo cierto era que le inquietaba pensar que una joven tan singularmente atractiva estuviera a punto de convertirse en la única compañera de una mujer cuya cordura estaba seriamente en entredicho. Podría estar involucrándose en algo desagradable. Él mismo había conocido al menos un caso de la llamada "locura circular", donde el paciente, tras un largo período de conducta normal, derivaba con una brusquedad alarmante hacia la manía homicida. El relato de la señorita Cushing, confuso y difícil de seguir, volvió a su mente con tanta fuerza que, por un instante, estuvo a punto de pronunciar una advertencia. Pero luego, simplemente porque había sido instruido durante mucho tiempo en la senda de la discreción, decidió que no era asunto suyo interferir.

Cuando el tren llegó a la estación de Saint-Lazare, el crepúsculo se fundía ya con la noche. Las puertas se abrieron de golpe, los maleteros irrumpieron en los vagones reclamando el equipaje de mano y se produjo una apresurada salida de pasajeros hacia la sucia plataforma.

Catherine sintió una punzada de entusiasmo. ¡Por fin, París! Cuánto había anhelado estar allí desde su única y breve visita cuatro años atrás. El habla entrecortada que llenaba sus oídos tenía un sonido exótico, el anuncio de una era de libertad y romance. ¡Qué tonta había sido al preocuparse por dificultades imaginarias! Todo iba a ser perfecto...

¿Qué decía el señor Macadam?

—¿Podrá reconocer al mayordomo que viene a recibirla?

—¿A Eduardo? ¡Ah, claro! Lo reconocería en cualquier parte. Es un portugués de rasgos mestizos; parece de esos que deberían llevar aros en las orejas y un cuchillo entre los dientes, pero en realidad es bastante decente. Debe estar en algún lugar entre la multitud.

Mientras un cargador vestido de azul ataba sus maletas con una correa y se las colgaba al hombro con total despreocupación, ella recorrió la plataforma con mirada ansiosa.

—La acompañaré, si no le molesta, hasta que lo encuentre —sugirió él con timidez.

—Ah, gracias, aunque no es necesario en absoluto. Estoy segura de que ya está aquí.

Aceptó la mano que él le tendía para ayudarla a bajar el incómodo escalón y, mirando a un lado y a otro, siguió la figura encorvada de su maletero hacia el área de aduanas. La multitud la empujaba, voces roncadas gritaban «¡Attention!» y, más de una vez, agradeció la presión protectora en su brazo cuando algún carro de carga pesadamente cargado rodaba despiadadamente hacia ella, amenazando con arrollarla.

En algún lugar de aquel hervidero de gente, el criado de su prima debía de estar buscándola; pero, aunque escudriñó cada rostro masculino, no logró divisar a nadie que se le pareciera siquiera remotamente.

—Probablemente el tráfico lo haya retrasado. Será mejor que yo la ayude con los trámites para no perder tiempo.

Ella le dirigió una mirada agradecida, con la frente ligeramente fruncida por la incertidumbre.

—Es usted muy amable. ¿Pero acaso no tiene prisa por marcharse?

—No tengo nada que hacer salvo ir a casa a cenar —le aseguró él—. Aquí estamos. Su baúl debe de estar al final de la hilera.

Era reconfortante sentirse atendida; se dejó guiar por él a través del caos. Sobre los largos mostradores, los baúles yacían abiertos, con su contenido revuelto bajo las miradas inquisitivas de los inspectores.

—Parece el Juicio Final —dijo ella con una risa—: las tumbas revelando sus secretos.

Espero que no registren demasiado mis pertenencias. No tengo nada que declarar.

El proceso terminó pronto. Ciertamente, el señor Macadam sabía cómo moverse con soltura y prontitud. Una vez más, en medio de aquella escena turbulenta, los ojos de Catherine buscaron expectantes la familiar y rechoncha figura del portugués, solo para encontrarse con la decepción.

Eduardo no estaba allí.

CAPITULO 3

En la plaza exterior, los taxis hacían sonar sus bocinas y los maleteros se empujaban entre sí con ese frenesí tan característico de París. Había algunos autos particulares estacionados; los examinaron con atención, seguros de que uno debía ser el de la señora Bender. Sin embargo, fueron ocupados uno tras otro y se alejaron.

—¿Dice que envió un telegrama? —preguntó el inglés.

—Por supuesto, tan pronto como el barco atracó. Claro que pudo haber sido traspapelado.

—Es posible. Es algo que ocurre de vez en cuando.

Ella lo miró con indecisión. Habían pasado ya veinte minutos y no había señales de que nadie viniera a recibirla. No podía negar que se sentía decepcionada.

—Bueno, no sirve de nada seguir esperando. Tomaré un taxi e iré sola.

Él no había notado en el tren lo joven que parecía; se veía esbelta, casi frágil. De pie contra el sombrío edificio, con la corriente de aire frío azotando su abrigo de piel de ardilla contra sus rodillas cubiertas de seda, le pareció indefensa para aventurarse sola por una ciudad desconocida.

Casi sin pensarlo, sugirió solícito:

—Quizá me permita dejarla en el apartamento. Me gustaría mucho hacerlo.

Ella negó con la cabeza rápidamente.

—¡Ah, no, ni lo piense! Ya ha sido demasiado amable.

Catherine sintió un cálido agradecimiento, más profundo que si la oferta hubiera venido de alguno de esos jóvenes alegres y desenvueltos de su círculo. Al principio lo había considerado rígido y severo, pero ahora ya no estaba tan segura.

—Aquí viene un taxi. No me importa en lo más mínimo ir sola, en serio. Al menos hablo francés.

Su actitud no admitía réplica, así que él, algo a regañadientes, la ayudó a subir al vehículo y dio las instrucciones al conductor. Luego, no del todo convencido, se quedó sujeto al marco de la puerta, mirándola desde afuera.

—¿Está segura de que estará bien?

—¡Ah, completamente! No soy una niña, ¿sabe? Llevo años cuidándome sola —y se rió, arrugando la nariz.

—Está el asunto de su prima, la señora Bender. Supongo que encontrará todo en orden, pero si no fuera así —si por alguna razón no quisiera quedarse allí—... —aquí titubeó un poco, sin estar seguro de lo que quería decir—, bueno, quizá podría avisarme.

—Lo haré, si así lo desea —aceptó ella con prontitud, aunque un poco asombrada.

—Le daré mi número de teléfono; ambos números, de hecho. El primero es de la oficina y el segundo de mi casa.

Escribió rápidamente en una tarjeta y se la entregó a través de la ventanilla.

—No lo olvidará, ¿verdad? Me preocupará saber cómo se encuentra.

Por un instante, las manos de él descansaron sobre el marco. Ella notó que eran inesperadamente grandes y fibrosas para su complexión media, y que tenían vello castaño oscuro en el dorso. Un rincón de su mente reflexionó que no se parecían en nada a las pálidas y suaves manos de Miles Waring, su antiguo prometido; unas manos que, por alguna razón inexplicable, siempre le habían provocado una leve repugnancia.

Le dio las gracias con una sonrisa, y el taxi arrancó, dejándolo a él en la acera, siguiéndola con la mirada llena de dudas.

«Es muy molesto que esa gente deje llegar a una joven así, sin que nadie la reciba», pensó él. No pasaría nada, por supuesto, pero aun así debería haberle contado con claridad lo que Hermione Cushing le había dicho semanas atrás. Tal como estaban las cosas, la había dejado ir a su destino completamente desprevenida. Bueno, ya era demasiado tarde...

Mientras tanto, a velocidad vertiginosa, el taxi se precipitaba por las calles concurridas. Las luces titilaban a través del crepúsculo violáceo, los autos pasaban veloces y el aire estaba cargado con el característico olor de la gasolina francesa, tan emocionante por todo lo que evocaba. Embriagada por aquel aroma tan recordado, por la gente apresurada y las alegres vitrinas, Catherine se sentó al borde del asiento, expectante ante todo lo que París le ofrecería.

Poco después, miró la tarjeta que tenía en la mano.

—«Señor Geoffrey Blair Macadam» —leyó, con la dirección en la esquina: 59, *rue d'Assas*. Recordaba la calle. Estaba al otro lado del río, junto a los Jardines de Luxemburgo, un lugar encantador para vivir. ¡Qué atento había sido! Se preguntó si volvería a verlo.

Con un giro brusco, el taxi dobló una esquina y aparecieron ante ella los Campos Elíseos, anchos y con un brillo oscuro, como el suelo de un salón de baile. Allá a lo lejos, en la penumbra vespertina, se alzaba la sombría silueta del Arco del Triunfo, de una belleza grandiosa, punto culminante de una perspectiva perfectamente diseñada. Más allá se extendía el Bosque de Boulogne, envuelto en misterio con sus árboles jóvenes y desnudos, mientras que sobre el Sena, a la izquierda, se divisaban las alturas del bosque

de Saint-Cloud. El pensamiento de las innumerables hileras de álamos esbeltos, de un verde pálido que llegaba hasta sus troncos musgosos, le atravesó el corazón con una alegría que dolía.

¡Ah, aquí estaba la Avenida Kléber! Dos minutos más y llegaría al magnífico apartamento de la señora Bender, donde cuatro años atrás había pasado días tan agradables. Ante ese pensamiento, una repentina inquietud enfrió su entusiasmo. Estaba olvidando por completo el posible estado de su anfitriona y un remordimiento de conciencia la asaltó. Sin embargo, a pesar del tiempo transcurrido, se sentía casi como una extraña para la viuda de su primo, esa criatura etérea, tan extremadamente difícil de conocer. Más que amarla, se le tenía compasión, pero aquello parecía inevitable. Catherine esperaba fervientemente que los rumores sobre su estado mental fueran exagerados. Hasta que no la viera con sus propios ojos, no dejaría de sentirse nerviosa.

Recordó su primera impresión infantil de la señora Bender, hacía muchos años. Siempre había habido algo irreal en ella, una naturaleza dependiente, como la de una orquídea, que sugería que era intrínsecamente incapaz de existir por sí sola. Se había arraigado en la personalidad fuerte de su esposo, pero al ser arrancada de ese sustento, todo su carácter se había marchitado y hundido, un hecho patéticamente evidente un año atrás. ¿Cómo estaría ahora? Con la vejez acercándose implacablemente, era inútil esperar que construyera una vida independiente.

Giraron hacia la Avenida Henri Martin, una calle espaciosa con una doble hilera de castaños en el paseo central. El elegante edificio de la izquierda albergaba el apartamento de dos pisos de los Bender. Allí mismo, al doblar la esquina en la calle lateral, había una puerta privada por la que se podía entrar sin pasar por la portería; pero, naturalmente, ella usaría la entrada principal.

Qué extraño que aquel telegrama, correctamente dirigido, se hubiera extraviado. ¿Acaso su llegada los tomaría por sorpresa?

El conductor bajó, desató el baúl y lo depositó sin ceremonias en el patio embaldosado. Catherine descendió, pagó la tarifa y se dirigió hacia el arco de entrada.

Entonces ocurrió un incidente que en sí mismo no significaba nada, y que se habría borrado rápidamente de su memoria si los acontecimientos posteriores no hubieran servido para acentuarlo. Al cruzar la acera, chocó violentamente con un transeúnte que, caminando distraído con la mirada puesta en las ventanas superiores, no la había visto acercarse. Ella retrocedió por el impacto, enderezando su sombrero, mientras una disculpa murmurada llegaba a sus oídos.

—Perdón, *mademoiselle*.

—No hay de qué, *monsieur* —respondió ella mecánicamente, aún sintiendo el golpe, que casi la había dejado sin aliento.

El sujeto se apartó para dejarla pasar y, para su ligera desazón, la favoreció con una mirada larga y penetrante. «Qué típico de un francés», reflexionó ella con indignación. Bajó la vista, pero aquel breve vistazo le bastó para notar a un hombre enjuto, de complexión escuálida, mal vestido de negro y con un sombrero de ala ancha. Sobre un anticuado cuello alado con corbatín se alzaba un rostro pequeño, pálido y pastoso, cuya piel recordaba la blancura malsana de la panza de un pez. Sus ojos claros, de bordes enrojecidos y uno de ellos marcado con una mancha triangular negra, la observaban con una fijeza imperturbable.

Aquel hombre seguía allí, de pie en la acera, cuando ella llegó a las altas puertas de cristal de la portería, cuya ocupante salió a recibirla de mala gana, como es costumbre en su clase. Era una mujer pequeña, seca y escuálida, con rostro de cascanueces y un chal negro tejido a ganchillo sobre los hombros; dirigió a la recién llegada una mirada de buitre, mezcla de curiosidad y desconfianza.

—*Bonsoir, mademoiselle* —se dirigió a Catherine con precisión metálica—. *On désire...?*

—La señora Bender —anunció Catherine con sequedad.

Un cambio repentino se produjo en los duros rasgos de la anciana. Alzó las cejas y los hombros al unísono, y sus ojos afilados se entrecerraron para inspeccionar más de cerca el rostro de la joven.

—¡Ah! —exclamó la portera con una inflexión ascendente e insinuante—. ¡La señora Bender! No me habían informado que la señora esperara visitas. Sin embargo, eso no es asunto mío. —Hizo un gesto brusco con su mano nudosa, señalando hacia el patio octogonal que se extendía tras el pasillo cubierto—. *Montez, mademoiselle. L'ascenseur est à droite.*

Catherine pensó que su actitud era decididamente desagradable. Con cierta molestia, le indicó con un gesto que enviara su equipaje lo antes posible y se dirigió hacia los escalones bajos del lado derecho del patio. Sin embargo, no había dado ni dos pasos cuando la voz áspera le gritó con lo que parecía un regocijo malicioso:

—*Mademoiselle* ha elegido un momento poco oportuno para su visita. Si espera que *madame* la reciba en persona, debe prepararse para una decepción.

Catherine se volvió.

—¿Qué quiere decir? —exigió saber de inmediato—. ¿Ocurre algo malo?

La mujer se encogió de hombros de forma elocuente.

—No sabría decirle. ¡Yo no sé nada! Todo lo que puedo decir es que anoche, a las nueve, llamaron al médico para *madame*, y que él acaba de cruzar esas puertas hace un instante. Permaneció allí casi veinticuatro horas, pero todos han estado demasiado alterados como para contarme qué ha sucedido. *Mademoiselle* sabrá pronto la verdad, eso sí. Solo tiene

que preguntar.

Le dio la espalda y, asomando su cuello flaco por las puertas de cristal, gritó «¡Gaston!» con estridencia.

Con el corazón palpitante, Catherine cruzó el patio corriendo, pasó junto al grupo de bojes recortados y se dirigió a las grandes puertas dobles. Una última mirada por encima del hombro le mostró a un anciano gordo y lento que salía arrastrándose para reunirse con la mujer bajo el arco. Allí estaban los dos, plantados junto al pequeño montón de equipaje, mirándola con una concentración que resultaba ominosa. ¿Por qué la observaban de ese modo? Se sintió invadida, al mismo tiempo, por la antipatía y el temor.

Un segundo después se había encerrado en la jaula de bronce del ascensor y pulsaba los botones automáticos. El aparato subió y se detuvo en el entresuelo. Ella salió de un salto y cruzó con paso rápido el suelo de alfombras gruesas hasta la imponente puerta de caoba de la izquierda.

Llamó una y otra vez, pero no hubo respuesta. Dentro reinaba un silencio absoluto, como si el gran apartamento estuviera deshabitado. ¡Era increíble que nadie atendiera el timbre! Impaciente, presionó el botón de bronce una vez más y lo mantuvo así.

De repente, sin previo aviso, la puerta se abrió y reveló la figura baja y robusta de un hombre vestido con la indumentaria convencional de mayordomo. Era Eduardo.

Desde su ancho rostro cetrino, sus pequeños ojos negros la miraban sin el menor rastro de reconocimiento. La boca ancha se tensó con una expresión hostil, ligeramente desdeñosa. ¿Era ese el sirviente de modales suaves que ella recordaba, esa persona inflexible que bloqueaba la entrada con el cuerpo sin hacer el menor intento de dejarla pasar? Catherine se sintió extrañamente desanimada, como si le hubieran arrojado agua fría al rostro.

—¡Eduardo! —exclamó ella para refrescarle la memoria—. ¿Seguro que me recuerda? Soy la señorita West, la prima de la señora. Madame me espera, ¿sabe?

Solo entonces él se hizo a un lado, mientras una sonrisa forzada se dibujaba en sus rasgos.

—Ah, la señorita West —murmuró de forma ininteligible—. Lo siento, señorita, no la reconocí.

Luego, recuperando un poco su antigua actitud, se apartó de su camino y le quitó el paraguas y el pequeño bolso de mano que ella cargaba.

Catherine estaba menos molesta por la naturaleza del recibimiento que alarmada por lo que esto podría indicar. Pensó que algo grave debía haber ocurrido para alterar el ánimo de toda la casa.

—¿Es que *madame* no recibió mi telegrama? Iba a enviar a alguien para recibirme. Sin embargo, eso no importa ahora —añadió rápidamente—. Dígame: ¿qué ha pasado? ¿Está

enferma *madame*?

A pesar de su dominio de varios idiomas, Eduardo era hombre de pocas palabras. Masculló algo ininteligible en lo que ella solo pudo distinguir «accidente» y «muy grave»; luego, tras una vacilación incómoda, le indicó las anchas puertas del salón.

—Quizá sea mejor que entre allí, señorita —dijo con un gesto de cabeza—. Iré a buscar a Jeanne para que hable con usted.

Y sin más explicaciones, desapareció; sus pasos no hacían ruido sobre la alfombra acolchada.

Catherine estaba desconcertada. ¡Vaya, le había hablado con esa manera inarticulada pero informal que podría haber usado con alguien de su misma condición! Ciertamente, Harry Bender, aunque de carácter afable, nunca habría tolerado esa grosera familiaridad. Sin embargo, ella sabía que este hombre había sido casi indispensable durante años. ¿Acaso el accidente al que se refería habría trastornado su equilibrio habitual? Esperaba que solo fuera eso.

Abrió las puertas del salón y entró. Demasiado inquieta para sentarse, observó los lujosos muebles. La inmensa estancia doble estaba dividida por elegantes cancelas de hierro forjado y bronce dorado al inicio de unas amplias escaleras bajas. Ambas secciones estaban llenas de exquisitas piezas estilo Luis XV, auténticas obras de museo con tapicería de delicado *petit point*. En la pared izquierda colgaba un gran tapiz y, aquí y allá, había vitrinas con colecciones de miniaturas y cajas de rapé. El efecto general era el que ella recordaba, pero había una diferencia sutil que ahora estaba demasiado preocupada para definir. Probablemente se debía al aire de abandono y a la completa ausencia de flores, lo que, sumado a la atmósfera pesada, daba la impresión de que nadie había usado el apartamento en mucho tiempo.

Pasaron los minutos. Ella deambuló inquieta, ansiando que llegara la doncella para acabar con su incertidumbre. Fuera lo que fuera lo que había ocurrido, tenía plena confianza en Jeanne, a quien recordaba como una mujer capaz y juiciosa. A veces la imaginaba un poco demasiado zalamera, pero era solo su forma de ser.

¿Por qué no llegaba Jeanne? La espera intensificó sus temores. Una y otra vez sus ojos se dirigían a las puertas, pero no se escuchaba el menor sonido. Caminó hasta el fondo de la habitación, donde dos ventanales daban a un estrecho balcón. Las cortinas de brocado oro viejo no estaban corridas y, a través de la abertura, podía ver los árboles y las luces titilantes de la avenida. Entre las ventanas había una amplia chimenea sobre la que colgaba un espejo del siglo XVIII. Frente a ella, flanqueado por dos arañas de cristal, se alzaba un reloj de mármol blanco con adornos de bronce. Mecánicamente, comparó la hora con la de su reloj de pulsera y vio que el de mármol estaba detenido. En ese instante descubrió una fina capa de polvo sobre la delicada superficie. ¡Qué extraño! Tocó los colgantes de cristal, pasó un dedo por el brocado... Polvo otra vez.

De repente, vio un reflejo en el espejo. A través de la tracería de hierro de las cancelas

apareció un rostro extraño, cetrino y surcado de arrugas; un rostro de mujer desde el cual, con una expresión fija y hostil, dos ojos opacos la miraban fijamente. Dio un pequeño respingo. ¿Quién era esa persona? Durante un segundo devolvió la mirada, fascinada de manera desagradable. Aquellas barras negras entre ambas le producían una sensación curiosa.

No era... no podía ser...

Se dio la vuelta con una risa nerviosa de alivio y se dirigió ansiosa hacia los escalones, abriendo las cancelas de par en par.

—¡Jeanne! —exclamó—. ¡No te había reconocido! ¡Ay, menos mal que por fin estás aquí!

Extendió una mano impulsiva y la mujer la tomó, tras una breve vacilación, con una presión casi nula.

—Es usted, *mademoiselle*. Perdóneme por haberla hecho esperar tanto.

Catherine vio que estaba realmente cambiada: sus rasgos fuertes se veían demacrados por la fatiga; tenía sombras amoratadas bajo los ojos y la frente profundamente surcada. Un año atrás, la doncella le había parecido casi hermosa por su sonrisa alegre, pero ahora, apagada y extrañamente preocupada, parecía realmente fea.

—Jeanne, tengo miedo. ¿Qué le ha pasado a *madame*?

El surco vertical en su frente se profundizó donde sus cejas pobladas se juntaban sobre la nariz respingona.

—¿Cómo supo usted que le había pasado algo a *madame*? —evadió la mujer con un tono resentido, casi sospechoso.

—Pues lo oí de la portera. Me dijo que el médico había estado aquí desde anoche.

Una expresión de terquedad se asentó en aquel rostro de labios apretados. Transcurrió una pausa considerable antes de que llegara la respuesta, cautelosa y deliberada.

—*Madame* está muy grave —dijo con brevedad.

Una duda terrible cruzó la mente de la joven.

—Ah, Jeanne... no querrás decir que está... ¿muerta? —susurró, con la voz temblorosa.

—¡No, no! ¡Claro que no!

Esta vez habló con una impaciencia repentina, como si, por alguna razón, la insinuación la molestara.

—Bueno, entonces dime qué le pasa. Insisto en que me lo digas.

A Catherine se le ocurrió que había algún misterio en todo esto. ¿Por qué la mujer no podía ir directo al punto y contárselo?

—Está bien, *mademoiselle*, ya que debe saberlo; pero le advierto que va a llevarse una fuerte impresión. —Se acercó un paso más, miró por encima del hombro y bajó la voz—: La cuestión es que anoche *madame* intentó suicidarse. Ahí lo tiene. Ya sabe la verdad.

CAPITULO 4

Catherine quedó horrorizada. Sus ojos se dilataron de espanto mientras una voz interior le susurraba que los rumores no habían mentido: la pobre señora Bender estaba, sin duda, demente.

—¿Cuándo... cómo sucedió? —logró decir entre jadeos.

—Fue anoche. Madame intentó beberse un vaso de desinfectante concentrado. Solo pude llamar al médico a tiempo para salvarle la vida.

Durante unos segundos, la muchacha permaneció sin habla, con los ojos fijos en el rostro cansado de la doncella.

—¡Qué cosa tan terrible! —exclamó por fin—. No tenía idea de que fuera tan grave. Pero... —añadió con un leve destello de esperanza—, ¿está usted segura de que quiso hacerlo? ¿No pudo haber sido un accidente?

Jeanne negó con la cabeza lenta y decididamente.

—Eso es lo que ella quiere que creamos —respondió con un encogimiento de hombros, con la voz apagada, como si la fatiga hubiera embotado sus sentidos—. Por suerte, solo había bebido un poco del líquido cuando descubrí lo que estaba haciendo. Le sujeté el brazo y se lo quité a la fuerza. Hoy, por supuesto, está avergonzada y finge que lo tomó por error, confundiéndolo con su sedante para dormir; algo que, no hace falta decirle, es sumamente improbable.

—¿Avergonzada, Jeanne? ¿A qué se refiere?

—Solo a que madame, en sus momentos lúcidos, sospecha que la vigilamos, y tiene razón. Las enfermas con su dolencia se vuelven astutas.

—Ah, Jeanne, entonces ¿es cierto lo del estado mental de madame?

Una sombra de reproche, casi de desdén, cruzó el rostro de la mujer.

—En mi opinión, *madame* nunca ha vuelto a ser la misma desde la muerte de *monsieur*. Seguramente usted debió darse cuenta el año pasado en Boston cuando, a pesar de lo enferma que estaba, le insistió en que viniera a visitarla.

Catherine se sonrojó ligeramente.

—No, Jeanne. En ese momento me pareció perfectamente cuerda. De hecho, nunca habría imaginado que algo anduviera mal si no hubiera oído... —Aquí se detuvo, sin estar segura de que fuera prudente revelar las confidencias de su informante.

Una mirada de astuta inteligencia apareció en los ojos pesados de la doncella.

—Ah, ya veo. Fue la señorita Cushing quien se lo dijo —comentó Jeanne con bastante frialdad—. No me sorprende que haya tenido noticias de ella.

Catherine se sintió extrañamente incómoda, como si la acusaran de algo malo.

—La verdad es que la señorita Cushing me escribió —admitió—. Pero puedo decirle que ella no cree que la señora Bender esté loca, solo muy nerviosa y deprimida.

Un largo silencio recibió sus palabras. Luego la mujer extendió las manos con un gesto expresivo.

—Eh bien —comentó con un énfasis singular, como si hubiera esperado aquello—. Hay personas que creen solo lo que les conviene creer.

Aunque Catherine no captó el significado de esta críptica declaración, se sintió vagamente perturbada por la corriente subterránea de hostilidad dirigida, al parecer, tanto hacia ella como hacia la señorita Cushing. ¿Qué habían hecho ellas para provocar el disgusto de la doncella? Pero decidió no juzgar a una persona que claramente acababa de pasar por una prueba dolorosa y aún no recuperaba el equilibrio.

—No se preocupe, Jeanne —se aventuró a decir con tono tranquilizador—. Lo importante es: ¿cómo está *madame* ahora? ¿Está fuera de peligro?

—Ah, sí. Está durmiendo. El médico le recetó un sedante y no debe ser molestada.

—Qué bien. ¡Qué suerte que la tenga a usted para cuidarla!

La francesa se volvió hacia ella de repente, con un rastro de pasión contenida.

—Ah, *mademoiselle*, bien puede decirlo —susurró con la voz temblorosa—. Poco sabe usted lo que he pasado estas últimas semanas. Ha sido una crisis tras otra. ¡Vivo aterrada! No me atrevo a dejar sola a la pobre *madame*, ni de día ni de noche, por miedo a que se haga daño.

La muchacha quedó profundamente impresionada por la devoción, casi fanática, que ardía en aquellos ojos hundidos y oscuros. Sin saber qué decir, posó la mano en el brazo de la mujer con impulsiva simpatía. Al contacto, se produjo un cambio en la doncella. Recobrando la compostura, habló en un tono práctico, casi alegre:

—Y ahora, *mademoiselle*, debemos pensar qué va a hacer usted. Naturalmente, no podía conocer la situación aquí, de lo contrario...

Catherine la interrumpió con suavidad:

—No se preocupe por mí, Jeanne. Estaré bien. Solo muéstreme mi habitación y no seré

ninguna molestia. Usted debe acostarse y dormir un poco.

Su comentario fue recibido con una mirada vacía. Vio cómo el cuerpo de la doncella se tensaba ligeramente.

—¿Su habitación? Pero, *mademoiselle*, ¿es que acaso piensa quedarse aquí?

Catherine quedó desconcertada por la incredulidad casi irritada de la exclamación. Por segunda vez sintió que la sangre le subía a las mejillas. Esta era una Jeanne que no había conocido antes.

—¿Por qué no? No molestaré a nadie. Y, por supuesto, pienso hacer todo lo posible por ayudarla.

—No necesito ayuda —respondió la doncella con rapidez—. Pero... ¿visitas en un momento como este? En serio, *mademoiselle*, ¡ni pensarlo! ¡El apartamento parece una clínica! No, desde luego que no sería nada adecuado. Eduardo la ayudará enseguida a encontrar un hotel. Hay muchos pequeños y bastante cómodos en el barrio.

Su actitud decidida no aceptaba un no por respuesta. Catherine permaneció en silencio un momento, desanimada y confundida. Luego, un impulso de determinación se apoderó de ella; decidió no dejarse tratar de manera tan tajante. Después de todo, no estaba pidiendo nada irrazonable.

—Escúcheme, Jeanne —respondió, amable pero firme—. *Madame* me invitó a quedarme aquí y no pienso irme a un hotel. Muéstreme dónde he de dormir y yo me ocuparé de mis cosas. ¿Qué habitación es?

Durante un largo momento, ambas se miraron. La joven sintió que se enfrentaba a una voluntad de acero, pero no vaciló. Al fin, vio que había ganado.

—No estoy segura de que haya alguna habitación lista —murmuró la doncella, algo hosca—. Pero si está decidida a quedarse, señorita, tendré que ver qué se puede hacer.

Se dio la vuelta y salió del salón; había una protesta iracunda en cada músculo de su espalda rígida.

Fue una recepción gélida. Era comprensible que, ante la reciente crisis, no hubieran pensado en la visita esperada; aun así, Catherine no podía evitar sentir que Jeanne se estaba tomando atribuciones injustificables. Además, en un apartamento con tantos sirvientes, una persona más difícilmente supondría una molestia seria.

Se sintió desanimada. ¡Qué tonta había sido al no asegurarse de la situación antes de lanzarse a ella! En parte era culpa suya, pues ya había recibido una advertencia. Sin embargo, quizá no había hecho mal en venir; tal vez, de alguna pequeña forma, podría ayudar a su desdichada pariente. Era egoísta pensar solo en su propia comodidad. Si no hubiera estado tan cansada por el viaje, no le habría dado tanta importancia. Una vez que

pudiera asearse, cambiarse y comer algo, vería las cosas con más optimismo. Miró su reloj: eran más de las ocho y no probaba bocado desde el mediodía.

De pronto, le asaltó un pensamiento inquietante: ¿Y si su venida había precipitado la acción de la señora Bender? ¿Y si la pobre mujer, atormentada, había estado rumiando la perspectiva de su llegada sin tener el valor de pedirle que no viniera? No había forma de saber qué extremos podría alcanzar la neurastenia. Por un instante, estuvo a punto de correr tras Jeanne para decirle que había cambiado de opinión. Incluso llegó hasta el vestíbulo, pero el sentido común la detuvo.

No, era poco probable que Germaine se sintiera así respecto a ella. En cualquier caso, era mejor no hacer nada hasta hablar con la enferma. No importaba si pasaba la noche allí; su prima ni siquiera lo notaría.

Se quedó mirando el formal vestíbulo, con sus sillas talladas y sus grandes jarrones de Sèvres, ahora vacíos y cubiertos de polvo. Antes siempre había flores: lirios, espuelas de caballero, rosas. La amplia chimenea solía estar adornada con azaleas, pero ahora se abría vacía, con un antiestético trozo de papel arrojado descuidadamente en el fondo.

¿Papel? Aquel fragmento arrugado, de un azul pálido, despertó un eco en su memoria. Lo recogió y lo alisó. ¿Podría ser...?

Sí, allí estaba: el telegrama enviado desde El Havre esa misma tarde. Había llegado, y lo habían tirado como si no tuviera importancia. Qué extraño. Lo estudió distraídamente y volvió a recordar la mirada hostil del mayordomo y el rostro resentido de Jeanne que acababa de ver en el espejo. ¡Esa mujer no se parecía en nada a la Jeanne que recordaba! Aún sentía el impacto de haber encontrado aquella mirada malévola fija en ella.

Sacudió aquellas fantasías perturbadoras. ¿Por qué hacer una montaña de un grano de arena? Los sirvientes habían pasado veinticuatro horas de una tensión capaz de desequilibrar a cualquiera. Ahora que las cosas se habían calmado, volverían a la normalidad. No podían guardarle rencor personal.

En el pasillo que cruzaba el vestíbulo principal, se escuchaba un cuchicheo entre Jeanne y otra criada. No distinguía las palabras, pero las voces sonaban irritadas, interrumpidas por exclamaciones de fastidio. Finalmente, una frase de Jeanne llegó a sus oídos:

—¡Entonces, la habitación Imperio, es lo único que podemos hacer! ¡Cambien las sábanas ahora mismo!

Evidentemente, debatían a toda prisa dónde instalarla. Bueno, una habitación le daba igual que otra, con tal de que se apresuraran.

Divisó a una mujer desaliñada que cruzaba el arco con un montón de ropa blanca. Tenía el cabello color paja y vestía de forma incongruente: una falda corta plisada y un jubón de raso azul muy escotado. La mujer la miró con curiosidad. Catherine también la observó extrañada; jamás habría imaginado a alguien haciendo tareas domésticas con esa ropa. Ni

siquiera a una empleada de limpieza se le permitiría vestir así.

Pasó un cuarto de hora y Jeanne regresó para informarle que su habitación estaba lista.

—Si desea seguirme, señorita, se la enseñaré.

Ahora estaba serena; no del todo amistosa, pero mucho más parecida a la de antes. Catherine empezó a sentirse más tranquila.

—Gracias, Jeanne. Me vendrá bien quitarme las cosas.

—Comprenderá que estemos un poco desconcertados, con lo de anoche. Ninguno de nosotros ha dormido desde antes de anoche, y no se me ocurrió dar órdenes para usted, porque estaba tan segura de que no querría quedarse.

Sonrió, mostrando sus muy buenos dientes blancos, pero su aire afable no ocultaba del todo el reproche de sus últimas palabras. Catherine se sintió injustificadamente pequeña y culpable, pero no dijo nada y siguió a la enérgica figura por el pasillo que llevaba al lado opuesto del apartamento. Allí, al doblar una esquina, vio ante ella la escalera que comunicaba con la planta baja, y justo más allá una puerta abierta, delante de la cual su guía se detuvo.

—Pensé que era mejor ponerla lo más lejos posible de madame —comentó la doncella, indicándole que entrara—. Madame duerme mal y es propensa a molestarse con el más mínimo ruido.

—Muy bien, Jeanne. Esto está perfecto.

Una mirada le aseguró que su equipaje había sido subido; el baúl de camarote estaba colocado sobre un soporte al pie de la cama.

—Espero que no le importe deshacer las maletas usted misma —continuó su acompañante con aire vacilante—. La verdad es que no me atrevo a dejar a madame más que unos minutos, no vaya a ser que despierte. Ahora es un momento crítico.

Parecía, en efecto, bastante preocupada y un poco inquieta, como deseosa de marcharse.

—Por supuesto, Jeanne, no deje que la entretenga. No necesitaré nada.

Docenas de preguntas sobre lo ocurrido la noche anterior se agolparon en sus labios, pero decidió posponerlas hasta el día siguiente. Vio a la doncella inclinar la cabeza de manera ausente y distante.

—Gracias, mademoiselle. Le deseo buenas noches.

La puerta se cerró rápidamente y Catherine se quedó sola.

Con un suspiro de alivio, se quitó el sombrero y miró a su alrededor. Al instante se dio cuenta de que la habitación, aunque decente y cómoda, era una de las más pobres del apartamento. Estaba amueblada en estilo Imperio, buena caoba con monturas de bronce dorado, el tipo de cosas que ahora son muy apreciadas pero que veinte años atrás se adquirirían por poco dinero. Las paredes, cortinas y cubrecamas eran iguales de una tela impresa barata de estilo Imperio, con abejas y lirios en medallones rosa y amarillo. Sobre la repisa de mármol había candelabros de metal de cañón con lágrimas de cristal, mientras que el centro estaba ocupado por una cesta calada del tipo de hierro esmaltado conocido como tôle.

La atmósfera era cargada, cargada de un olor penetrante y empalagoso que recordaba a un perfume barato. No podía imaginar de dónde venía, pero como odiaba el olor, se dirigió a la ventana con cortina y abrió la hoja de par en par, dejando entrar el húmedo aire nocturno.

Abajo yacía la estrecha calle lateral, iluminada por una lámpara de arco en la esquina. Algún que otro automóvil pasaba zumbando por la avenida, una sección de la cual era visible. Permaneció unos minutos mirando hacia afuera, todavía sacudida por la noticia recibida. ¡Qué cerca había estado aquello de convertirse en una casa de duelo! Si no hubiera sido por la oportuna intervención de Jeanne, la pobre señora Bender habría muerto, sin duda entre agonías. Sin embargo, le resultaba difícil comprender el hecho de los impulsos suicidas de su prima, tan alegre había sido la carta escrita solo unas semanas atrás. Era aterrador saber que un período de abatimiento podía seguir tan rápidamente a un espíritu aparentemente tranquilo. El pensamiento la hizo temblar de aprensión. Aun así, pensaba quedarse. Después de todo, era solo por dos meses, porque había prometido reunirse más tarde con unos amigos estadounidenses e ir con ellos a Italia. Esas personas, un joven profesor de Harvard y su esposa, estaban disfrutando de un año sabático en Europa y debían recogerla en mayo o junio, después de haber completado el trabajo que estaban haciendo en el Museo Británico.

Mientras miraba distraídamente hacia abajo, notó a un hombre pequeño, con un sombrero negro de ala ancha, que emergía de la sombra de los castaños y avanzaba hacia el círculo de luz. Reconoció en él al transeúnte con el que se había topado al entrar al edificio. ¡Todavía seguía allí! ¿Qué buscaba, merodeando así desde hacía casi una hora? Parecía estar esperando algo.

Un momento después, el misterio se resolvió. Abajo, a unos metros a la izquierda, vio abrirse la puerta privada del apartamento y a una mujer salir de ella, vestida con un abrigo de paño oscuro y un sencillo sombrero ajustado. En el umbral, la figura miró rápidamente a su alrededor y luego se dirigió directamente hacia la esquina, donde se reunió con el sujeto vestido de negro.

Bajo la luz intensa de la farola, su identidad quedó revelada: era Jeanne.

Catherine sintió una leve sorpresa. Después de lo que la doncella había dicho apenas tres minutos antes sobre no atreverse a dejar sola a su señora, resultaba desconcertante verla salir así, abrigada y lista para la calle. Debía de tener algún recado urgente. Sin embargo, no era un encuentro imprevisto; el gesto con el que saludó al merodeador —con una familiaridad brusca y cargada, al parecer, de irritación— mostraba claramente que esperaba encontrarlo allí. Los dos intercambiaron unas pocas palabras y luego se apresuraron juntos calle abajo, hasta perderse de vista.

A Catherine se le ocurrió que aquel hombre, cuya mirada grosera no había olvidado, debía ser un pariente de Jeanne o, tal vez, un pretendiente. Por supuesto, la mujer debía tener una vida personal, por difícil que fuera imaginar algo así. En cuanto a eso, Catherine a veces se había preguntado si no existiría algún tipo de vínculo entre Jeanne y Eduardo, quienes durante tantos años habían servido juntos a los Bender; aunque jamás había visto en ellos el menor indicio que sugiriera, ni remotamente, una pasión tierna.

Mientras divagaba de ese modo, un golpe seco sonó en la puerta. Se volvió sobresaltada.

—¡Adelante! —llamó.

CAPITULO 5

Entró una sirvienta con una bandeja en la que servía la cena en fuentes cubiertas de plata. No era otra que la mujer desaliñada que Catherine había visto en el vestíbulo y, aunque se había puesto un delantal pequeño y bastante ridículo, aún llevaba la blusa de raso. Sus piernas robustas, envueltas en medias color piel, terminaban en zapatos de charol gastados por los costados. Una maraña de pelo teñido sobresalía sin control de un rostro insulso y maquillado.

—Bonsoir, mademoiselle. Como es muy tarde y seguramente usted querrá acostarse temprano, Jeanne pensó que sería mejor traerle la cena a su habitación.

—Ah, gracias. Déjela aquí, en la mesita.

La mujer depositó la bandeja y, al inclinarse, Catherine percibió una ráfaga abrumadora del mismo perfume que ya impregnaba el ambiente. La mujer apestaba a eso. Instintivamente, la joven se apartó, esperando que aquel olor abominable no se le pegara a la ropa.

Al confirmar que aquella extraña mujer pertenecía realmente a la casa, le preguntó su nombre. La visión rubia esbozó una sonrisa fatua, se puso las manos rojas en las caderas y soltó una cantidad considerable de información sobre sí misma. Se llamaba Berthe, era la cocinera y llevaba en el puesto apenas dos meses. El empleo no era malo, decía, porque aunque solo eran tres sirvientes, tenía la ventaja de que no había recepciones y disponía de todas las noches para ella sola. Ya no le interesaba mucho cocinar, pues planeaba casarse pronto y, junto con su prometido, montar un negocio de alquiler de habitaciones en la costa.

—¿Quiere decir que ahora solo hay tres sirvientes aquí? —no pudo evitar preguntar Catherine con asombro.

La mujer abrió mucho sus ojos azules como de porcelana.

—Así es, señorita, solo somos tres: Eduardo, Jeanne y yo. Pero es suficiente, ya que no hay mucho por hacer —respondió con un bostezo amistoso.

Añadió que solo había visto una vez a la señora Bender, quien permanecía encerrada en su habitación y daba órdenes a través de Jeanne, si es que las daba. Desde que el ama de llaves se había marchado, Jeanne estaba al mando. La pobre señora temía a los extraños y no veía a nadie, ni siquiera a sus amigos; pero eso no era de extrañar porque, por supuesto, la señora estaba "un poco mal de la cabeza". Aquí, Berthe se tocó la frente con un gesto significativo. La pobre señora, continuó, debía ser vigilada constantemente por miedo a que se quitara la vida. Varias veces los había asustado y, ¡anoche, de verdad, hubo una escena espantosa! Nadie había pegado un ojo y ella misma no había podido salir a ver a su novio.

Al quedarse sola, Catherine se sentó a cenar. La comida estaba servida con decencia y no era desagradable, aunque el pollo frío y la galantina sugerían una compra apresurada en alguna tienda de exquisiteces, mientras que la sopa ciertamente era de lata. Sin embargo, no estaba dispuesta a ser crítica, sobre todo porque estaba segura de que la cocinera no había sido avisada de su llegada. De hecho, la mujer le había asegurado que Jeanne estaba estupefacta ante la idea de que alguien quisiera quedarse en un momento así.

¡Así que Berthe, con su blusa de raso y su maquillaje estrepitoso, era la cocinera! Era un cambio violento desde los días en que la mesa de Harry Bender era famosa y su chef era invitado al comedor para recibir felicitaciones con una copa de champán. Catherine suspiró, no porque esperara el antiguo nivel, sino por la situación en general: su bondadoso primo desaparecido, su viuda mentalmente desequilibrada y el hogar del que tanto se enorgullecía entregado a sirvientes que descuidaban, cuando no maltrataban, sus preciadas posesiones. Sus ojos ya habían detectado indicios de una gestión descuidada. «Incluso los mejores sirvientes», reflexionó, «se vuelven negligentes cuando se los deja a su aire».

Bueno, ¿qué importancia tenía mientras la enferma estuviera bien atendida? Conocía bien a Jeanne y estaba segura de que, por imperfecta que fuera como administradora, jamás fallaría en la devoción a su señora.

Excepto por la desenvuelta cocinera, que volvió para traer el café, nadie más se acercó a ella esa noche. Podría haber estado en un hotel. Media hora después oyó a Jeanne regresar al apartamento, pero no la vio. Suponía que, en algún lugar cercano, la señora Bender dormía, aletargada por el impacto y el sedante. Se preguntó cuándo la vería, y la incertidumbre la llenó de una vaga incomodidad. Era fácil imaginar a la Germaine dependiente y sin rumbo que conocía, pero la idea de una crisis violenta era difícil de asimilar. No podía asociar a la gentil Germaine con ninguna acción desesperada.

Se puso a desempacar y a ordenar sus pertenencias, y al hacerlo hizo varios descubrimientos desagradables. Primero, la cesta de la repisa contenía colillas de cigarrillo y ceniza; en el cajón de la cómoda había un peine rojo y barato con un mechón de pelo rubio enredado; el papel del fondo del cajón estaba manchado de maquillaje y polvos, desprendiendo una ráfaga del ya familiar perfume.

Por último, notó con asco que el jabón rosa del lavabo estaba usado y todavía húmedo.

La conclusión era inevitable: hasta esa misma noche, la habitación había sido ocupada por la propia Berthe, quien, en su prisa por desalojarla, había olvidado borrar rastro de su presencia.

Realmente esto era demasiado. En un apartamento de este tamaño, ¿no había otra habitación disponible? Cómo sufriría la pobre Germaine si lo supiera. No podía evitar resentir que se tomaran tales atribuciones con una inválida indefensa y, sobre todo, culpaba a Jeanne de esta situación, por excelente que fuera. Por un momento se sintió víctima de una afrenta personal, y para calmarse tuvo que recordar la larga y fiel atención que la doncella había dedicado a su señora; el hecho innegable de que la mujer había

demostrado ser bondadosa y digna de confianza.

El baño caliente aplacó su mal humor y finalmente se durmió entre sábanas suaves con iniciales bordadas, con el sonido de la lluvia golpeteando en sus oídos. Justo antes de conciliar el sueño, pensó en el joven abogado que había conocido en el tren. Qué ojos atentos y serios tenía, iluminándose de vez en cuando con un destello de humor muy agradable. Al principio hubo una especie de barrera entre ellos, probablemente porque él era inglés y no terminaba de entender a los estadounidenses, pero al final, en el andén de la estación, sintió de repente que era un amigo de verdad. Deseaba contarle lo que había sucedido allí, pero no sabía si tendría el valor de llamarlo como él le había pedido. Una vez más se preguntó si él sabría algo sobre el estado de su prima que no hubiera considerado oportuno revelar; pero incluso cuando la pregunta cruzó su mente, fue eclipsada por la visión, completamente fortuita, de sus manos fuertes y grandes mientras sujetaban el marco del taxi.

La mañana amaneció brillante y ventosa. Fue una buena señal que Berthe, al traerle el desayuno, hubiera tenido la delicadeza de ponerse presentable; apareció con un vestido estampado limpio, aunque su cabello estaba lleno de pinzas para lograr unas ondas al agua y sujeto por un velo morado. El café era excelente, los croissants crujientes y deliciosos.

Catherine preguntó ansiosa por su anfitriona y supo que había pasado una noche tranquila y que, según Jeanne, estaba en un estado de calma nerviosa. Tal vez, después de la visita del médico, se le permitiera verla. Todo dependía del dictamen del facultativo.

Esto era ligeramente tranquilizador, pero, a decir verdad, estaba nerviosa ante la idea de conversar con una mujer que dos días antes había intentado quitarse la vida. Nunca se sabía cuándo podría ocurrir otra crisis ni qué podría provocarla. Sin embargo, podría averiguar si su visita era bienvenida o no y actuar en consecuencia.

Tan pronto como estuvo vestida, se aventuró a salir en busca de algún lugar donde sentarse a leer hasta que el médico hubiera ido y venido. El salón formal la oprimía, especialmente en su estado actual de polvo, pero recordaba una pequeña habitación alegre junto a él, que su primo usaba como estudio. La puerta estaba entreabierta; la empujó para entrar.

Al instante siguiente, soltó un leve jadeo.

En una gran silla de cuero estaba Eduardo repantingado, con las piernas sobre el escritorio y el rostro oculto por un ejemplar de *Le Petit Parisien*. A su alrededor flotaban espirales de humo de cigarrillo, mientras la ceniza se acumulaba sobre la alfombra marrón.

Catherine retrocedió como si la hubieran golpeado, pero antes de que pudiera escapar, el mayordomo murmuró algo que difícilmente podía interpretarse como una disculpa y salió arrastrando los pies. Al pasar junto a ella, sus ojos, turbios como los de un toro enfadado, la examinaron con vergüenza pero con un desafiante desprecio.

El color le subió a las mejillas y el corazón le latía descontroladamente. ¡Qué insolencia insufrible! El hombre estaba, además, vergonzosamente desaliñado: su pelo, normalmente lustroso, erizado sobre la frente, la barbilla ensombrecida por la falta de afeitado y pantuflas en los pies.

Después de unos segundos, se obligó a tomarse el asunto como una broma. ¿Por qué alterarse por algo que no le concernía? Eduardo simplemente había vuelto a su estado original, una regresión que no era de extrañar dadas las circunstancias. Tras abrir la ventana para despejar el humo, se acomodó en el sofá y tomó su libro.

Sin embargo, le resultaba difícil concentrarse. Todo allí, desde el gran escritorio de caoba hasta el cuadro de su caballo de carreras favorito sobre la chimenea, evocaba insistentemente la presencia de su difunto pariente. Al cerrar los ojos, podía ver claramente al neoyorquino, alto y rubio, recostado en la silla que el mayordomo acababa de dejar vacía; su pelo plateado sobre unos ojos jóvenes y agudos, y un rostro fresco que recordaba extrañamente al de un apuesto maestro de escuela.

Siempre le había tenido afecto al primo Harry. Único heredero de un adinerado banquero de Boston, había llegado a Francia en su juventud, se había casado con una francesa y desde entonces llevaba una existencia generosa, coleccionando arte y criando caballos. A pesar de su amor por el placer, conservaba la disciplina de su ascendencia puritana: jamás bebía en exceso ni buscaba aventuras. Su devoción por Germaine era bien conocida; era más feliz en su compañía que en cualquier otra parte. Probablemente solo él había comprendido a esa mujer tímida y esquiva que ahora, tras su muerte, se encontraba tan a la deriva.

Mientras pensaba en esto, Catherine oyó un timbre y, poco después, vio a través de la rendija de la puerta a un hombre corpulento con una barba poblada y cuadrada pasar lentamente, escoltado por Jeanne. A lo lejos, una puerta se cerró. Luego volvió el silencio, roto solo por un silbido apagado que atribuyó a la cocinera.

Pasaron veinte minutos antes de que el médico, aún acompañado por Jeanne, regresara por el pasillo. Cerca del estudio se detuvieron a conversar; Catherine oyó un murmullo grave alternando con el habla entrecortada de la doncella, susurrada y misteriosa. Aunque al principio solo era un sonido confuso, algunas frases surgieron claras tras una pausa elocuente. El médico preguntó con tono grave y extrañamente desconcertado:

—¿Está usted segura de que no hay ratones por allá?

La respuesta de Jeanne llegó positiva y algo impaciente:

—¡Pero por favor, doctor! ¿Un ratón en este apartamento, tan limpio y bien cuidado? La pobre desvaría, es evidente.

—Ah, ¡qué desdicha! Me temo que tiene usted razón.

Los dos se alejaron. Catherine frunció el ceño, desconcertada. ¿Un ratón? ¿Qué tenía que

ver eso con su prima y por qué Jeanne se mostraba tan indignada? No encontraba ninguna explicación.

Pareció una eternidad antes de escuchar la voz de Jeanne, enérgica y práctica, preguntando por ella. Catherine salió al pasillo de inmediato.

—Estoy aquí, Jeanne. ¿Qué ha dicho el médico?

Le pareció que la doncella se molestaba un poco al encontrarla tan cerca, pero su semblante se aclaró rápido, recuperando su habitual expresión de suavidad.

—Ah, ahí está, señorita. La señora está mucho mejor hoy. El médico cree que puede verla durante un cuarto de hora, no más. Deberá tener cuidado de no alterarla, pues todavía está muy nerviosa.

—Puede confiar en mí.

Tensa por la expectativa, siguió a la doncella por el pasillo hacia las habitaciones que daban al patio. En la tercera puerta, Jeanne se detuvo, escuchó un momento y luego tomó el brazo de la joven para susurrarle al oído:

—Otra cosa que el médico me encargó advertirle: pase lo que pase, trate de no contradecir a la señora. Es propensa a tener ideas extrañas, a imaginar cosas que no son ciertas. Es parte de su enfermedad, y oponerse a ella podría provocarle una crisis. ¿Tendrá mucho cuidado con esto?

Catherine asintió. Al instante, la doncella se deslizó en la habitación y le hizo señas para que esperara. Desde el otro lado llegó una voz lastimera que conocía bien; le sorprendió encontrarla tan poco cambiada.

—¿Está ahí? Dile que pase ahora mismo. Estoy deseando verla.

—Sí, sí, señora. Solo quería asegurarme de que estuviera lista para recibirla.

—¡Pero claro que estoy lista! ¡La estoy esperando! Catherine, querida niña, ¡pasa, pasa!

Con una mezcla de aprensión y afecto, Catherine abrió la puerta y entró.

CAPITULO 6

Se encontró en una habitación sorprendentemente pequeña y estrecha, amueblada con una parca sencillez. Casi todo era blanco: paredes, cubrecamas y las colgaduras de la cama que caían desde una especie de corona. El único color provenía de la alfombra, de un apagado gris malva, y de la madera oscura de los muebles estilo Directorio, de una belleza severa. Las cortinas estaban corridas, de modo que, aunque era casi mediodía, reinaba una claridad crepuscular y límpida. En la pared junto a la cama colgaba un crucifijo de plata, bajo el cual ardían velas de cera en sus soportes.

Todo esto no era más que una impresión general. Lo que la joven veía principalmente era la frágil figura en la cama; los ojos grises que la miraban fijamente desde un rostro demacrado y pálido, y los brazos delgados extendidos para recibirla.

—Catherine. Has venido, entonces. No lo supe hasta hace un momento. Querida mía, querida mía.

Había una patética tensión en sus rasgos temblorosos y un nudo en la voz que derramaba las palabras en un torrente rápido. Las lágrimas empañaban los ojos de la inválida y las venas sobresalían en sus sienes pálidas mientras, con intensidad febril, besaba a la joven en ambas mejillas y se aferraba a las manos de Catherine con las suyas, casi transparentes.

—Mi querida Germaine.

Una vez pasado el primer impacto, Catherine se sintió más tranquila. Hasta ese momento había albergado la duda corrosiva de si la señora Bender la reconocería.

—¡Señora, señora! Cálmese, esto le hará daño.

Era Jeanne quien hablaba, solícita y reprobadora, rondando cerca como si estuviera dispuesta a intervenir ante el menor síntoma de alarma. Catherine tuvo la fugaz impresión de unos ojos vigilantes que las observaban con ansiedad.

—No, no, Jeanne. Estoy completamente en mis cabales. No tenga miedo. Solo estoy muy contenta de ver a esta querida niña, que ha venido desde tan lejos para estar conmigo. Déjenos solas un rato. Le prometo que no voy a alterarme.

—Está bien, señora. Me iré, pero no estaré lejos. Si me necesita, solo tiene que llamar.

Se retiró a la habitación contigua, no sin una mirada atrás llena de duda y, al parecer de la joven, de desconfianza. A través de la puerta entreabierta se la oía moverse, como si se resistiera a alejarse de donde pudiera escuchar. Evidentemente, aunque la paciente parecía normal, la doncella no estaba satisfecha; probablemente la experiencia le había enseñado a no fiarse de estas fases de lucidez.

La mujer aún retenía las manos de Catherine, acariciándolas con movimientos rápidos.

Sus ojos devoraban el rostro joven y lleno de vida.

—Siéntate ahí, hija mía, en el sillón grande, muy cerca de mí. Ahora, cuéntame todo sobre ti. ¿Tuviste una buena travesía? ¿Llegó Eduardo a tiempo a la estación? ¿Te atendieron bien?

—Todo fue perfecto, querida Germaine. Muy, muy perfecto.

Bajo ningún concepto debía saber la señora Bender lo que realmente había sucedido. Claramente no sospechaba que sus órdenes habían sido desatendidas.

—¿Y tu habitación? ¿Te gusta? Le dije a Jeanne que te diera la mía antigua, la de la esquina. He estado aquí pensando en lo encantadora que te verías rodeada de verde y dorado. ¿Estás contenta allí?

—Es una habitación preciosa, Germaine. Es muy tierno de tu parte haberlo pensado.

—No, no. No tengo nada más agradable en qué pensar, aquí sola. Siempre me ha maravillado cómo, de esa fría Nueva Inglaterra, pudiste sacar ese colorido de Tintoretto. Me da calor, como el sol.

Habló de manera agitada en su francés puro y hermoso. Mientras las frases se sucedían con rapidez, la joven escudriñaba sus rasgos en busca de algún signo de desvarío. Después de unos minutos empezó a sentirse menos inquieta. Germaine era muy parecida a como siempre había sido: envejecida y temblorosa por la debilidad, pero poco cambiada en lo demás. En su rostro demacrado aún era posible rastrear la belleza que había cautivado a Harry Bender. Su cabello estaba entrecano pero conservaba su onda natural, y lo llevaba como siempre: recogido desde una raya central. En la sien derecha se asomaba el extremo de la fea cicatriz que marcaba la lesión del año pasado.

Por encima de todo, eran los ojos lo que mantenía la atención de Catherine. Grandes, tensos y llenos de anhelo —los ojos de una neurasténica—, ahora fijaban su mirada ansiosa en el rostro de la joven, ahora se lanzaban de un lado a otro con frecuentes vistazos vigilantes hacia la puerta abierta. Expresaban timidez, falta de seguridad y alguna otra emoción menos fácil de definir que desconcertaba a quien la observaba; sin embargo, Catherine no podía detectar en ellos nada que indicara pérdida de la razón.

Tampoco en su charla infantil, que saltaba de un tema a otro como una libélula, había nada inusual. En ningún momento la señora Bender había poseído una mente aguda o lógica, aunque su finura de gusto y un encanto esquivo habían compensado en gran medida su falta de entendimiento. Siempre había dado la impresión de estar retirada en un mundo fantástico y, cuando se trataba de asuntos prácticos, aceptaba los dictados de su esposo sin cuestionarlos. Ahora a Catherine le pareció que estas características se habían exagerado. Definitivamente había retrocedido a un estado infantil: confiaba y temía sin razón, se encogía ante la realidad y reclamaba protección. Hasta dónde podría llegar este retraimiento era imposible saberlo.

Todo estaba ahora en silencio en la habitación contigua, aunque la muchacha no notó este hecho hasta que captó en el rostro de su prima una expresión de atención aguda. Supo entonces que Germaine quería decirle algo y había estado esperando a que la doncella se fuera.

—Catherine, querida mía.

Susurró las palabras mientras apretaba el brazo de la joven con un nerviosismo evidente.

—¿Qué sucede, Germaine?

—Ayer —¿o fue anteayer?— tuve una experiencia espantosa. Algo muy estúpido sucedió. ¿Te lo han contado?

—Un poco, Germaine. Bebiste algo por error, ¿no fue eso? —respondió la joven, incómoda al buscar una respuesta adecuada.

Los ojos grises adquirieron un brillo ansioso.

—Un error, sí. Eso mismo. Qué tonta fui, aún no puedo entender cómo sucedió. —Se detuvo, escuchando de nuevo, y luego continuó con vehemencia—: Quiero que me creas cuando digo que fue un accidente. Tenía aquí, en mi mesa, mi sedante para dormir en un vasito pequeño, y en otro vaso una solución de desinfectante en la que por la noche pongo una pequeña placa dental. ¿Entiendes? —exigió con urgencia, escrutando el rostro de Catherine.

—Por supuesto. ¿Qué pasó entonces?

—Verás, uno de los vasos es verde. Ese es el que contiene el remedio para dormir. Bueno, mientras Jeanne estaba fuera de la habitación buscándome una bolsa de agua caliente, tomé el vaso verde y bebí un poco. Solo un poquito, porque enseguida supe que me había equivocado. —Tuvo un escalofrío convulsivo y cerró los ojos—. Era fuerte, tan fuerte. Me quemó la garganta. Aún la siento irritada, aunque Jeanne dice que es mi imaginación. Sabes que a veces tengo una imaginación muy vívida... Sin embargo, no veo cómo... —Su voz se apagó y se llevó los dedos al cuello con un gesto angustiado—. De todas formas, grité: «Jeanne, Jeanne, ven enseguida», llamé, «me he envenenado». Pero ella estaba en la parte trasera del apartamento y no podía oírme. Mientras tanto, el sorbo que había tragado me quemaba como fuego. Estaba agonizando. Pasó mucho tiempo antes de que pudiera hacer que me oyera —pobre Jeanne—. Estaba terriblemente alterada.

Agotada por el recuerdo, se recostó sobre las almohadas mientras el sudor brotaba en pesadas gotas sobre su piel pálida. Catherine la miró con profunda angustia.

—Ya está, querida. Todo ha pasado. Trata de olvidarlo.

De repente, la figura postrada se tensó y se enderezó por completo, mirando fijamente con expresión de terror. Ante el cambio repentino, Catherine se dio cuenta de que estaba sola

con una paciente que poco antes había sufrido un ataque alarmante. ¿Debía llamar a Jeanne? Sin embargo, un segundo antes le había impresionado la lucidez y la conmovedora convicción del relato de la inválida. Observó, sin saber qué hacer.

—¡Olvidarlo! Ah, eso es lo que no debo hacer —susurró la voz ronca con temor—. Debo recordarlo para no volver a cometer un error tan espantoso. El gran problema es mi memoria. Olvido las cosas con tanta facilidad. Debo haber olvidado qué vaso era cuál; de otro modo, ¿cómo podría haber hecho lo que hice? ¿Ves? Uno pierde la confianza. Es...

Se detuvo con un jadeo y los ojos dilatados. Siguiendo la dirección de su mirada, Catherine vio que Jeanne había vuelto y estaba justo detrás de la puerta. Tan absorta había estado por el relato de su prima que no había oído su paso ligero. La doncella se acercó, ansiosa y reprobadora.

—¡Señora, señora! —declaró con autoridad—. Esto no está bien. Le suplico que no hable de ese asunto. Señorita, ¿lo ve? Está volviendo a entrar en pánico. ¿Acaso no se lo advertí? —terminó con tono acusador.

Catherine pensó que era mejor no responder. Además, su atención estaba fija en la alteración instantánea que se había producido en la paciente. Los rasgos demacrados de la señora Bender dibujaron una sonrisa tímida y conciliadora mientras se relajaba y se recostaba, respirando con dificultad.

—No es nada, Jeanne. Solo le contaba a la señorita lo torpe que fui al confundir el vaso liso con el verde. Nunca en mi vida había hecho algo así. Me hace sentir muy extraña —concluyó con una risa nerviosa y una disculpa infinitamente patética.

La doncella, ahora al otro lado de la cama, miró a Catherine con una expresión cargada de intención.

—Uno comete esos errores cuando no está del todo en sus cabales —comentó con tono tranquilizador pero enfático—. Se imagina todo tipo de cosas. La señora sabe ahora que estaba equivocada, porque le mostré el vaso liso con el desinfectante todavía dentro. ¿No es así, señora?

—Ah, sí, es así. Tenías razón, por supuesto —asintió la inválida con dócil prontitud. Luego tomó la mano inexpresiva de la doncella entre las suyas y la apretó con cariño—. ¿Qué haría, dónde estaría sin mi querida y buena Jeanne? Nadie, Catherine, haría por mí lo que ella hace —añadió, deseosa de reafirmar su aprecio.

—Será mejor que se retire ahora, señorita —sugirió la mujer con firmeza—. Esto ha sido suficiente por hoy.

La joven se levantó, pero un tirón repentino en su manga la devolvió a su sitio.

—No, Jeanne, deja que se quede. No voy a alterarme, de verdad que no.

Con el rostro impasible, la doncella se inclinó y soltó los frágiles dedos.

—No, señora —dijo con calma. Luego, acercando sus labios al oído de la otra, susurró con voz baja y clara—: La señora debe tratar de comportarse con sensatez si desea que se le permita tener compañía.

Al instante, la señora Bender se rindió con total docilidad.

—Muy bien, entonces haré lo que dices. Pero volverás pronto, ¿verdad? Catherine, querida, te sentarás conmigo a menudo, ¿no es así? Estoy tan sola, y no dejo de pensar... tengo pensamientos tan extraños, tan perturbadores...

—Pero por supuesto, querida. Estaré contigo todos los días mientras tú me quieras.

Besó la mejilla delgada y se retiró, profundamente desconcertada por la escena. Jeanne la siguió, cerrando la puerta con suavidad. Al llegar al recodo del pasillo, habló en voz baja.

—¿Lo ve? —dijo, y su tono, aunque pesaroso, contenía un dejo de triunfo, casi como si creyera que sus palabras habían sido puestas en duda.

—No sé qué decir, Jeanne —titubeó la muchacha—. Mi prima estaba mucho más racional de lo que esperaba. De hecho, si no me hubieran hablado de este desequilibrio, dudo que hubiera notado nada. Solo cuando mencionó el veneno...

Un destello cruzó los ojos de la otra.

—Ah, sí, oí algo de lo que ella decía. Es como le dije: trata de justificar lo que hizo y hacernos creer que no fue intencionado.

—¿Está usted completamente segura de que no fue accidental? —sugirió Catherine con duda—. Me pareció...

La doncella alzó las cejas.

—¿Quién puede saberlo? —respondió tras una pausa—. Pero es extraño cómo la mera mención del asunto la pone febril. No, me temo que se ha quedado ahí tendida inventando esta historia hasta creer que es cierta. A menudo sucede así.

—¿Quiere decir, Jeanne —susurró Catherine, recordando la notable discrepancia entre los relatos—, que lo que dice sobre haberla llamado y que usted no la oyó es una invención?

Una sonrisa compasiva se dibujó en el rostro cetrino.

—Lamento decirlo, señorita, pero no hay una sola palabra de verdad en ello —respondió con rotundidad—. Yo estaba en el umbral en ese momento y le arrebaté el vaso de los labios. No sabía que yo la estaba vigilando. Eduardo y Berthe me oyeron gritar y corrieron a ver qué sucedía.

No parecía haber duda al respecto. Catherine meditó sobre el asunto con desánimo.

—¿Pero por qué? ¿Por qué querría quitarse la vida? —fue todo lo que pudo decir—. Hace un año no vi señales de algo así, por desdichada que estuviera.

—Esa es la naturaleza de su enfermedad. Melancolía. Viene por episodios, y cuando el brote la domina, la pobre criatura no es responsable de sus actos. Solo hace tres semanas... pero no, no debo alarmarla innecesariamente —se interrumpió, apretando los labios con determinación.

—Dígame, Jeanne. Prefiero saber la verdad.

—Bueno, entonces —admitió la mujer a regañadientes, observándola mientras hablaba—, si debe saberlo, entré en la habitación y encontré a la señora, en camión, de pie en el alféizar de la ventana, preparándose para saltar al patio. Si observa, verá que mandé poner dos barrotes en la abertura para impedir que lo intente de nuevo.

Catherine respiró hondo. Esto no era algo que se pudiera explicar fácilmente. Preguntó los detalles con dolor y supo que, tras el rescate, la señora Bender sufrió un colapso nervioso y el asunto pareció borrarse de su memoria. No había vuelto a mencionarlo ni a preguntar por los barrotes.

—Comprenderá por qué he trasladado mi cama a su vestidor —continuó la doncella—. Como le dije anoche, no es seguro dejarla sola mucho tiempo.

De pronto, Catherine recordó la salida de Jeanne la noche anterior, pero no dijo nada. Después de todo, su protegida sin duda había estado profundamente dormida.

—Por supuesto que no —respondió con seriedad—. Pero aun así es demasiado para usted. ¿No debería contratar a una enfermera profesional?

La mirada de obstinación fanática que había visto antes endureció sus rasgos.

—Ah, no, señorita. Eso podría llevar a la pobre criatura a la desesperación. No, la he servido durante quince años y seguiré haciéndolo ahora que me necesita tanto. ¿Quién mejor que yo para comprenderla? ¿Quién la protegería no solo de sí misma, sino —hizo una pausa y terminó con un énfasis lento— de aquellos que pudieran hacerle daño?

¿Qué quería decir con eso? Catherine la miró con asombro.

—Seguramente, Jeanne, no existe tal persona. ¿Por qué supone usted que la hay?

Por un segundo hubo un silencio cauteloso. Luego la doncella, con un leve encogimiento de hombros, respondió:

—No debo hacer acusaciones, señorita. Pero ¿no le parece extraño que, tanto en la

ocasión que mencioné como hace dos días, los intentos de suicidio hayan ocurrido justo después de las visitas de una vieja amiga?

Esto era, ciertamente, una novedad.

—¿A quién se refiere, Jeanne? Tenía entendido que la señora no recibía visitas.

—A nadie, excepto... —aquí se detuvo y miró a su alrededor, para luego pronunciar el nombre con aparente renuencia— a la señorita Cushing.

Hermione Cushing. Catherine no pudo reprimir un sobresalto. Miró fijamente los ojos imperturbables de la doncella.

—¡La señorita Cushing! —repitió asombrada—. Pero ¿qué razón habría para relacionar sus visitas con... con eso?

—Puede que no haya ninguna relación. No me malinterprete. Solo que, ya que usted me lo pregunta, le diré claramente que esta señora, que se hace llamar vieja y entrañable amiga, me parece que ejerce una influencia negativa y deprimente sobre la señora Bender. Estoy tan segura de esto que he hecho todo lo posible por desalentar sus visitas; pero —hizo un gesto de impotencia— no siempre puedo mantenerla alejada. Sé que habla con insistencia de cosas que son penosas para alguien en el estado de mi señora.

—¿Qué tipo de cosas, Jeanne? —exigió saber la joven con curiosidad.

Al mismo tiempo, repasó mentalmente la carta inconexa que tanto había perturbado su tranquilidad, recordando las quejas de la escritora sobre la dificultad de ver a su amiga. ¿Habría algo oculto detrás de todo aquello? Los ojos de la doncella se apartaron con reserva.

—La señorita Cushing no puede olvidar que la señora Bender es una mujer rica que ha sido, durante años, su protectora. Sin duda teme que muera y la deje desamparada. En resumen, siempre está buscando asegurar su propio beneficio.

Por vaga que fuera la explicación, insinuaba posibilidades desagradables. Le pareció que empezaba a comprender en parte el problema con el que Jeanne tenía que lidiar. ¿No había oído en alguna parte aquella frase: "Señor, líbranos de nuestros amigos"?

Volvió en sí y notó que los inteligentes ojos marrones de la doncella la observaban con astucia.

—Y ahora que ve cómo son las cosas, ¿no cree que sería más feliz para usted abandonar esta triste morada? No puede hacer ningún bien aquí. Es joven, desea divertirse. No es vida para alguien a quien el deber no la llama. Créame, sé lo que digo cuando le ruego que se mude a otro sitio.

Catherine no esperaba esta renovada insistencia.

—Al contrario, Jeanne. Estaré contenta de quedarme, al menos durante unos meses, y honestamente creo que puedo tener un buen efecto en el ánimo de mi prima. Ella estaba claramente feliz de verme hace un momento.

Se detuvo justo a tiempo de ver cómo una expresión de fuerte desagrado se instalaba en los rasgos de su acompañante. Sin embargo, antes de que pudiera terminar la frase, el silencio fue roto por el largo timbrado del teléfono. Se encontró escuchando mecánicamente la voz ronca de Eduardo respondiendo a la llamada. Un momento después, el mayordomo salió del estudio, avanzó hacia ellas y, al divisar a Catherine, se detuvo.

—Un caballero quiere hablar con usted, señorita —anunció de manera despreocupada, más alto de lo necesario—. Un tal señor Geoffrey Macadam.

Su amigo del tren. La tensión se rompió y, con una sensación de alivio, se apresuró hacia el estudio. No sabría decir qué instinto la hizo mirar atrás hacia los dos sirvientes, ni por qué la penetrante mirada que cruzaron entre ellos le causó un malestar tan agudo. Ciertamente le indicaba que era una extraña no bienvenida, pero creyó percibir un significado adicional, menos fácil de interpretar.

Un leve temblor agitó su voz mientras hablaba por teléfono.

CAPITULO 7

Geoffrey Macadam libraba una batalla interna. ¿A qué se debía esa ansia consumidora de tener noticias de una muchacha estadounidense cuya existencia ignoraba hasta la tarde anterior? ¿Era genuina preocupación por su bienestar o simplemente el anhelo de volver a oír una voz que, por alguna razón inescrutable, permanecía perturbadoramente en su memoria? Sospechando de sus propios motivos, luchó durante una hora entera mientras el teléfono lo atraía como un imán.

Aquello era absurdo. Ella estaba allí, atormentándolo todo el tiempo. Dos veces la noche anterior había soñado con ella e incluso ahora sus ojos oscuros y brillantes se interponían entre él y el trabajo, dispersando sus ideas a los cuatro vientos. Había una especie de hechizo en ello. No es que fuera a durar, por supuesto; este tipo de cosas nunca duraban. Lo más probable era que, después de haber visto los ojos originales una o dos veces...

Eso lo decidió. La llamaría y la invitaría a almorzar —no de inmediato, eso sería demasiado impetuoso— sino más tarde, digamos a finales de semana. Entonces vería que era una simple mortal y la pondría en su debido lugar. Ahora en terreno firme, con sus escrúpulos aplacados, hizo lo que tanto ansiaba: realizó la llamada.

Dos minutos más tarde, sus prudentes resoluciones estaban hechas pedazos. La voz familiar tenía un nudo y una corriente de emoción vibraba a través de sus respuestas cautelosas. Claramente, la señorita West estaba preocupada por algo. El almuerzo de fin de semana se convirtió en cena aquella misma noche, si ella podía arreglarlo. ¿Podría? Hubo un pequeño jadeo de asombro, una pausa y luego un consentimiento vacilante, en el que le emocionó detectar una nota de agradecimiento. Eso significaba que ella realmente quería hablar sobre su prima. Bueno, él también quería hablar de ella.

Pero no servía de nada fingir que los asuntos de la señora Bender pudieran hacer que su pulso latiera de esa manera ridícula. ¿Qué le había pasado a su ser bien ordenado? Debía controlar sus emociones o no habría forma de saber a qué estupideces podrían llevarlo.

Al salir de su ensimismamiento, cruzó la sala de recepción hacia la oficina de su padre. Quería informarle de su encuentro con la prima del difunto Harry Bender, un hecho que no había mencionado antes. Secretamente, sospechaba de su propia necesidad de hablar con alguien sobre el tema de sus pensamientos.

Blair Macadam estaba recostado en su sillón giratorio, dictando a su secretaria, una atractiva joven inglesa de cabello ondulado y un elegante vestido de sarga azul. Miró a su hijo por debajo de sus espesas cejas entrecanas, pero siguió dictando secamente, pasándose de vez en cuando los dedos por el áspero cabello gris que se erguía rígido sobre su frente arrugada. Era un escocés de complexión poderosa que, en sus cuarenta años de exilio de su Edimburgo natal, nunca había perdido su acento, perceptible incluso en su cuidadoso francés.

Geoffrey caminó hacia la ventana y miró hacia abajo, al bullicioso tráfico de la rue Auber.

Al otro lado se alzaba la cuadrada y sombría mole de la Ópera, alrededor de cuya isla circulaba una corriente incesante de taxis y autobuses, una amenaza constante para el peatón. El sol brillaba; la primavera estaba en el aire.

—Acepte, caballero, la expresión de mis sentimientos... y demás. Que esas cartas salgan cuanto antes. Eso es todo por ahora, señorita Curwen.

La secretaria recogió sus notas y salió, no sin dirigir una discreta mirada a la espalda del socio menor. Era característico del viejo notar la mirada, pero no prestarle absolutamente ninguna atención.

—Bueno, Geoffrey —dijo, volviendo a las cartas sobre su escritorio.

—No es gran cosa —respondió su hijo—. Solo que al venir de El Havre conocí a una estadounidense llamada West que resulta ser pariente de Harry Bender. Pensé que podría interesarte.

—¿Va a quedarse con la viuda? —comentó el viejo abogado sin especial interés—. ¿Qué edad tiene? ¿Es una mujer responsable?

—No, bastante joven. Veintitrés años, quizá.

Repentinamente cohibido, Geoffrey encendió un cigarrillo y ofreció la cigarrera a su padre.

—Gracias, no hasta después del almuerzo. Bueno, supongo que será bastante aburrido para ella. —Continuó clasificando papeles—. Es curioso que menciones a los Bender. Mientras no estabas, esa mujer volvió a verme. Es la segunda o tercera vez en seis meses.

—¿Qué mujer?

—La doncella de la señora Bender. Parece tener mucha autoridad.

El joven mostró interés de inmediato.

—¿Y a qué vino?

—Un recado de su señora, que al parecer ya no se ocupa de nada por sí misma. Perdió la llave de su caja de seguridad en el banco y quería un duplicado.

—¿Qué hiciste al respecto?

—Me comuniqué con el banco. Le dije, por supuesto, que sería necesaria una orden por escrito, firmada por la señora Bender. Sin embargo, ella ya lo sabía y presentó el papel debidamente firmado. Muy profesional.

Geoffrey frunció el ceño. ¿No había hecho la señorita Cushing alguna vaga referencia al

contenido de esa caja de seguridad? Estaba seguro de recordar algo así.

—¿Qué crees que guarda la señora Bender en el banco?

—Joyas, diría yo. Ella casi nunca usaba ninguna, aunque Bender debió regalarle algunas muy valiosas.

—¿Mencionó esa doncella algo sobre la salud de su señora? Su estado mental, quiero decir. Ya te lo mencioné hace un tiempo.

—¿Sí? Lo olvidé. En cualquier caso, el otro día no se dijo nada al respecto. Supongo que simplemente está confinada en el apartamento. Al menos puede firmar. ¿Por qué preguntas? No sucede nada malo, ¿verdad? —levantó la vista con perspicacia.

Su hijo se detuvo en el umbral.

—No sé si lo sean. Resulta que oí que la consideran algo... bueno, excéntrica.

—Siempre lo fue —murmuró su padre—. No hay nada nuevo en eso.

—Por cierto —comentó el joven al salir—, puedes decirle a Elspeth que ceno fuera.

Elspeth era su hermana casada, que vivía en Fontainebleau, pero que por el momento se alojaba con ellos en su apartamento de la rue d'Assas. Padre e hijo mantenían una existencia de solteros que les gustaba creer autosuficiente, pero ambos se apresuraban a confiar en Elspeth durante sus breves visitas.

Poco antes de las ocho de aquella tarde, Geoffrey condujo su Citroën sobre el puente de la Concordia, a lo largo de la Cour la Reine y luego pasó por las plazas d'Iéna y del Trocadéro hasta la avenida Henri Martin. Era consciente de una vívida exaltación, pero a medida que esa sensación crecía, se sentía cada vez más rígido y torpe. ¿Por qué, se preguntaba con enfado, la anticipación ejercía un efecto tan petrificante sobre su habla y sus movimientos? Con toda su alma envidiaba a los jóvenes expansivos de su generación, su disposición para hacer cumplidos y tomarse pequeñas libertades sin ofender. Jamás podría ser uno de esos seres afortunados. No era un mojigato ni albergaba ilusiones ridículas sobre las mujeres. Excepto por sus días de estudio, había pasado su vida en París, una ciudad que no fomenta ilusiones de ningún tipo. No era por ignorancia que se congelaba ante la mirada de la joven que se apresuraba a conocer; era alguna cualidad transmitida por una larga línea de antepasados escoceses, tan inseparable de su fibra como el brezo de sus colinas. Podría cortarse el brazo derecho con la misma facilidad con que se desharía de esa contención.

Podría haber calmado su ira el saber que esta coraza tenía sus propias compensaciones: que muchas mujeres lo miraban con interés, intuyendo que una nuez difícil de romper debe contener un grano que vale la pena. Pero poco de esto penetraba en su mente, aunque durante el último año había estado esquivando los avances de al menos dos damas. La poca vanidad que tenía lo dejaba ignorante de su propio atractivo.

Cruzó el patio interior y entró en el ascensor. Al bajarse en el entresuelo, percibió de inmediato voces airadas en una altercación tumultuosa. Los sonidos provenían del apartamento de los Bender y, al doblar la esquina, vio a la doncella, Jeanne, haciendo vigorosos esfuerzos por cerrarle la puerta a un intruso: un hombre con uniforme de chófer que, habiendo metido el pie en la entrada, se negaba a moverse.

—¡Te digo que no pienso aceptar mi despido de manos de gente como tú! —gritó el hombre furioso—. ¡Después de cinco años, que me manden a la calle, y por otra sirvienta! No, mil veces no. No se hace así con un hombre serio, con familia, despedido sin razón. ¡No lo acepto! Insisto en ver a la señora, ¡que el diablo te lleve a ti y a los tuyos!

Los rasgos de la mujer relucían de furia.

—¿Debo repetirte, cerdo inmundo, que la señora está enferma y no puede ver a nadie por orden del médico? Te he dado su recado. Que te baste con eso. ¡Ahora lárgate!

—¡Hasta que no me digan por qué me echan! ¿Te imaginas que voy a decirle a mi próximo patrón que la señora me ha despedido después de cinco años, sin referencias? ¡Maldita sea, no, infame intrigante! Pienso ver a la señora en persona y llegar al fondo de esto.

Al ver a Geoffrey, los alborotadores callaron. Con lentitud, el chófer retiró el pie y se alejó, respirando con dificultad. Geoffrey vio un rostro blanco y enfurecido, la barbilla desafiante y los ojos llameantes. Era un hombre joven de apariencia decente y, contrario a su primera impresión, parecía perfectamente sobrio. Lanzó una mirada al recién llegado como si pensara en pedirle apoyo, pero reconsideró y se dirigió hacia las escaleras. La mujer soltó un resoplido de triunfo.

—La próxima vez —murmuró con tono vitriólico— no pasará de la conserjería. ¡Yo me encargaré de eso! Armar una escena así en una casa respetable.

Luego, recomponiéndose, se dirigió a Geoffrey con cortesía.

—¿Caballero...?

—Buenas noches. ¿Sería tan amable de decirle a la señorita West que está aquí el señor Macadam?

Al oír el nombre, un cambio sutil se produjo en los rasgos de la doncella. Sus labios se retiraron en una sonrisa mecánica y sus ojos marrones escrutaron al visitante con penetrante intensidad.

—Ah... es para la señorita. Pase, caballero. Le informaré.

Sin embargo, no fue necesario, porque en ese momento Catherine, ya con su abrigo y sombrero puestos, salió del salón. Al instante, su expresión captó la atención de Geoffrey

de tal modo que su timidez lo abandonó; lo olvidó todo excepto la curiosidad y la preocupación. No parecía asustada —esa sería una palabra muy fuerte—, pero sus ojos estaban muy abiertos por el desconcierto y en sus mejillas ardía una mancha carmesí que no era maquillaje. Se acercó a él con ansia, extendiendo la mano con la informalidad de una vieja amiga.

—Ah —exclamó, con un alivio evidente—, qué bueno verlo. ¡Tengo tantas cosas que contarle!

Titubeó al final, desconcertada por la mirada fija de la doncella, que de algún modo contrastaba con su boca sonriente. Ni ella ni Geoffrey tenían idea de cuánto inglés entendía la mujer, pero ambos detectaron un rápido entrecerrar de párpados, nada amistoso.

—¿Tiene la señorita la llave que le di? —preguntó la mujer con suave solicitud.

—Por supuesto, Jeanne, está en mi bolso.

—Y si la señorita vuelve tarde, ¿tendrá cuidado de no hacer ruido? —continuó la otra con perfecta suavidad—. Es muy fácil que la señora se altere.

—Estaré muy callada —respondió la joven—. Y no volveré para nada tarde.

Con paso rápido, se adelantó a Geoffrey hacia la puerta. Cuando él llegó a su lado, notó que el color de sus mejillas ardía con un tono aún más brillante, pero ella no dijo nada hasta que la cabina del ascensor descendió a la planta baja. Entonces, de repente, se desahogó con una explosión de confianza, aunque mantuvo la voz baja.

—¡Qué agradecida estoy de poder salir de ahí! —exclamó con una risa medio avergonzada—. Ese apartamento me está poniendo horriblemente nerviosa. Es una tontería, ¿verdad? —añadió, apelando a su tolerancia.

—¿Qué sucede? —preguntó él con ansiedad—. ¿Algo ha ido mal?

Ella dudó, mordiéndose el labio.

—Sí y no. No sé qué decir. Principalmente es solo una... una sensación. Lo que pasó hace unos minutos, por ejemplo. ¿Vio a un hombre hablando con Jeanne cuando subía?

—Sí, el chófer de la señora Bender, supongo. Tenían algún tipo de altercado.

—Así que era él. Me lo imaginaba. Verá, oí casi toda la disputa, no pude evitarlo. Por supuesto, estaba bien que Jeanne se negara a dejarle ver a mi prima, pero... bueno, ella fue abusivamente grosera con él desde el principio y, de algún modo, sentí que él tenía una queja legítima. ¿No le parece extraño que lo despidieran sin razón alguna? No se parece en nada a mi primo hacer algo así. No puedo entenderlo.

A Geoffrey se le ocurrió que, muy probablemente, el despido había venido de la propia doncella —en cuyo caso la señora Bender no sabría nada al respecto—, pero guardó silencio. Después de todo, era solo una suposición basada en las costumbres autoritarias de los sirvientes antiguos.

—Ah, bueno —Catherine suspiró como si tratara de librarse de una carga molesta—. ¿Para qué preocuparse? Salí para divertirme.

—¡Exacto! Entonces, primero: ¿a dónde iremos? ¿A un restaurante animado con música o a uno tranquilo?

—¡A uno tranquilo! Quiero contarle algo bastante terrible que sucedió justo antes de que yo llegara. Eso y otras cosas. La cuestión es que todo es decididamente peor de lo que pensaba.

—¿En qué sentido? —preguntó él rápidamente.

Mientras pasaban frente a la conserjería ella no respondió, pero tan pronto como se sentó en el coche, describió el incidente que dos noches antes había sumido a la casa en la confusión.

—Dios mío —exclamó él, seriamente conmovido—. ¿Es tan grave? No tenía idea.

—Me temo que sí. Pero hablemos de temas alegres un rato. Más tarde se lo contaré todo.

Giraron velozmente por los Campos Elíseos hasta un restaurante típicamente francés en uno de los Grandes Bulevares, donde la comida era famosa por su excelencia. Allí, contra la pared, en un nicho de luces tamizadas, examinaron juntos la carta mientras un viejo camarero inclinaba el oído atento para captar sus deseos.

Catherine descubrió que su nuevo amigo sabía cómo pedir una cena. El primer sorbo del cóctel ambarino y helado selló el éxito de la velada y, para cuando llegaron los huevos a la borgoñona, bañados en su incomparable salsa, ella estaba dispuesta a rendirle el tributo de una admiración entusiasta. Con el primer apetito real que había sentido desde que llegó a París, se puso a comer en un silencio apreciativo.

Mientras tanto, Geoffrey la estudiaba tanto como se atrevía, casi contrariado al encontrarla mucho más hermosa de lo que recordaba. Las mujeres estadounidenses eran tan elegantes como las francesas, decidió, con mejores figuras y un aire de mejor crianza. También sabían no solo qué ponerse, sino qué omitir, desdeñando distraer la mirada con detalles irrelevantes.

Qué efectivo era su sencillo vestido de terciopelo color pergamino contra el rojo del asiento. Delineaba su cuerpo delicadamente, mientras su pequeño sombrero negro era tan ajustado que casi parecía parte de su cabello. Alrededor del cuello llevaba un collar de oro plano, que resaltaba su palidez, y lucía solo otro adorno: un anillo de rubí cuya piedra repetía el carmesí de su fondo actual.

Por el momento, sus ojos luminosos estaban velados por sus pestañas. Él anhelaba reavivar el brillo en ellos, pero se quedó sin palabras. Pobre muchacha, temía que hubiera pasado un mal momento. Era mejor dejarla en paz hasta que estuviera lista para hablar. Por fin, ella levantó la vista, moviendo distraídamente su copa entre dedos nerviosos.

—¿Sabe por qué no me recibieron anoche en la estación? —preguntó.

—No. ¿Acaso no se entregó el telegrama?

—No fue eso. Había otra razón.

Miró un momento las mesas contiguas. Los únicos comensales al alcance del oído eran un par de franceses de mediana edad, absortos en su comida.

—La verdad es que esos sirvientes no me quieren allí y pensaron que empezarían por hacerme las cosas difíciles. Son groseros, son arrogantes y actúan como si me odieran. En resumen —terminó con una risa apenada—, tanto Jeanne como Eduardo están haciendo todo lo posible para echarme.

CAPITULO 8

Así que esa era la situación.

—¿Está segura de esto? —preguntó Geoffrey con seriedad.

—Completamente. Al principio les busqué excusas; debían de estar terriblemente alterados por lo ocurrido y sin ánimo para atender a una invitada. Pero casi no les doy ninguna molestia y, sin embargo, está claro que están decididos a deshacerse de mí.

—¿Por qué? —preguntó él, aunque estaba bastante seguro de la respuesta.

—Ya sabe cómo pueden ser los sirvientes cuando han tenido el control ininterrumpido de un lugar. No quieren a nadie que pueda criticar sus arreglos o ponerles freno.

Continuó relatando el incidente de la habitación Imperio, riéndose al llegar al detalle del peine y el jabón ofensivos. Sin embargo, su acompañante exclamó con un agudo fastidio:

—¡Por Dios, qué impertinencia! Se comportan como si fueran los dueños del apartamento.

—La verdad es que sí. No puede imaginarse las libertades que se toman. Todo está descuidado y sucio; las cortinas sin lavar, la plata sin pulir. Eduardo parece un desesperado. La cocinera, que no es mala persona, es tan negligente que apenas se molesta en cocinarme lo suficiente. Supongo que por eso tengo tanto apetito esta noche —añadió riendo—. Es una mujer inaudita. Esta tarde eché un vistazo a la cocina: sucia, por supuesto, con el fregadero lleno de platos. ¿Y qué cree que estaba haciendo? Sentada a la mesa, fumando un cigarrillo y ajustándose unas enaguas de raso azul pálido.

Él se rió con ella por la imagen, pero se serenó enseguida y frunció el ceño con notable desagrado.

—Jeanne —continuó ella pensativamente— es, en el fondo, un carácter espléndido. No quiero minimizar su devoción por mi prima, sean cuales sean sus defectos. No hay duda de que está profundamente unida a ella y le dedica toda la atención posible; eso es realmente lo único que importa.

—¿Está satisfecha con eso, verdad?

Ella lo miró, sorprendida.

—¡Ah, completamente! Y la señora Bender le tiene cariño; es muy dependiente de ella, de hecho. No sé qué haría sin su ayuda.

Él guardó silencio, pero al cabo de un momento dirigió la conversación hacia la propia enferma.

—¿Qué impresión le causó la señora Bender cuando la vio hoy? ¿Qué opina exactamente de su estado?

Ella respiró hondo.

—No lo sé. Después de lo que me contaron, me asombró encontrarla tan poco cambiada. Habló de manera razonable la mayor parte del tiempo y me pareció muy similar a como estaba tras el accidente del año pasado. Casi creo que esa es la peor parte —añadió—: estar sentada y conversar tranquilamente con ella sabiendo lo que intentó hacer, lo que quizá quiera intentar de nuevo. Me estremezco solo de pensarlo.

Él asintió con comprensión.

—Sin embargo, me dice que ella describe el asunto como un accidente.

—Habría creído su historia, pero ¿cómo hacerlo? Jeanne probablemente tiene razón y es la astucia de quien ha perdido el juicio tratando de despistarnos. Además, era el segundo intento. Ahora hay barrotes para impedir que se arroje por la ventana. Eso no tiene otra explicación, ¿verdad? Me temo que es realmente grave.

Él apagó su cigarrillo en la taza de café, escuchando con atención mientras ella relataba pequeños incidentes para ilustrar su punto. Una cosa estaba clara: debía alejarse de ese ambiente lúgubre lo antes posible. Se preguntó si se atrevería a decírselo.

—¿Cree entonces que su prima podría repetir el intento contra su vida? —preguntó cuando ella terminó su relato.

—Me temo que sí. No puedo evitar sentir aprensión. Pero no es solo eso lo que me preocupa. Tengo una sensación horrible sobre todo esto, algo que no puedo expresar con palabras. —Aquí se detuvo, esforzándose por dar forma a una idea casi intangible—. No dejo de pensar que hay algo que no termino de comprender, que hay cosas sucediendo bajo la superficie, si me entiende...

—¿Qué quiere decir? —exigió él.

Ella extendió las manos con un gesto de impotencia.

—Exactamente eso. ¿Qué quiero decir? No lo sé. Fue Jeanne quien me metió la idea en la cabeza. Está tan segura de la mala influencia de esa amiga de mi prima de la que le hablé.

Él levantó la vista de repente.

—¿No querrá decir...?

—Sí, Hermione Cushing.

—¡La señorita Cushing!

Ella observó su rostro, pero no pudo deducir nada de su expresión.

—Parece que estuvo con ella en ambas ocasiones, justo antes de esos ataques. Puede que no haya nada de cierto, pero no me quedará tranquila hasta verla en persona. De hecho, pienso visitarla mañana. —Se detuvo y luego continuó—: Además, hoy, cuando la llamé por teléfono, Jeanne me oyó hacer la cita y se puso bastante grosera conmigo. Fue como si sospechara que estoy confabulada con la señorita Cushing para causar problemas. Es curioso, ¿verdad? Es como un perro guardián feroz cuando se trata de Germaine.

Por su parte, Geoffrey libraba una breve batalla con sus habituales escrúpulos. Cuando habló, fue con un esfuerzo consciente por sonar natural.

—Por cierto —dijo—, no quiero influirla y estoy seguro de que apenas vale la pena mencionarlo... pero hace unas semanas la señorita Cushing vino a verme para hablar de la señora Bender.

—¿Vino a verlo a usted? —repitió la joven con asombro y ansiedad.

Así que era eso. Por fin iba a contarle lo que con tanto cuidado había ocultado.

—Se quejó amargamente de que le impedían ver a su amiga. Dijo que casi nunca podía hablar a solas con ella y que a veces le negaban la entrada por completo.

—Ah —exclamó Catherine—. ¡Eso confirma la versión de Jeanne!

—También había algo más, aunque no estoy seguro de si debería mencionarlo. Debo confiar en que no me delatará. Mostró una extraordinaria preocupación por la distribución de los bienes de la señora Bender; preguntó si se había hecho un testamento y parecía muy inquieta por si corría el riesgo de perder una herencia que creía le correspondería al morir su prima. Por lo que más quiera —añadió rápidamente al ver el asombro de la joven—, no se deje llevar por ideas equivocadas. Yo mismo no le doy ninguna importancia, se lo aseguro.

—Pero no estoy segura de que yo no se la dé —murmuró su acompañante con los ojos brillantes por la excitación—. No puedo evitar pensar...

—No piense —le aconsejó él con ligereza—. Al menos hasta que haya visto a Hermione. Supuse —continuó— que se libraba una guerra abierta entre esa mujer y Jeanne. Sin duda cada una piensa lo peor de la otra. Imagino que hay una dosis considerable de celos en todo esto, por lo que me niego a tomarlo en serio.

Ella consideró esto con duda; él pudo ver que su mente se perdía en especulaciones.

—¿Piensa quedarse allí? —se aventuró tras una pausa—. ¿O va a ser demasiado desagradable?

—Me quedaré por ahora —respondió ella lentamente—. Sea cual sea su estado mental, mi prima parece tan feliz de tenerme allí que no podría lastimarla yéndome, al menos no de inmediato. Más tarde, en primavera, me iré a Italia, así que no sería por mucho tiempo.

El rostro de él decayó.

—Ah, ¿así que no piensa quedarse mucho tiempo en París?

—No esta vez. Pienso reunirme con unas personas que están ahora en Inglaterra, pero mis planes dependerán de sus movimientos.

Ella se empolvaba la nariz, así que no vio la clara decepción en el rostro de él, similar a la expresión de un perro sediento al que le arrebatan el cuenco de agua.

—Pero mientras tanto —comentó con determinación—, voy a hacer todo lo posible por descubrir qué está causando estos ataques de depresión en mi prima. No puedo evitar pensar que debe haber una razón externa definida.

Él negó con la cabeza, escéptico. Los caprichos de una neurótica sin esperanza eran difíciles de comprender. Si el caso era realmente psiquiátrico, había pocas probabilidades de mejora; pero no dijo nada y prestó atención a la cuenta que le acababan de presentar.

Como la noche aún era joven, Catherine aceptó encantada la sugerencia de ir al cine; en el fondo, no quería regresar de inmediato a la soledad de aquel lúgubre apartamento. Así, poco después se encontraron sentados en la cálida oscuridad de un edificio palaciego donde chorros de luz jugaban como la aurora boreal y una orquesta surgía como del mar, brillando en oro contra un telón violeta. En un instante habían entrado en un reino de fantasía.

—Qué música tan extraordinaria —susurró la joven con asombro.

Él le explicó que cada miembro de la orquesta era un primer premio del Conservatorio y el director, una figura conocida en París. Mientras hablaba, se hizo un silencio y el primer violín, un joven elegante de cabello liso, avanzó con empaque y levantó el arco.

Simultáneamente, el telón se abrió y una pareja de bailarines españoles entró en escena. El hombre, ágil y de cabeza redonda, vestía pantalones de paño blanco adornados con plata y una chaqueta ceñida. Su pareja, suntuosa en encaje blanco a la manera de Goya, estaba envuelta en una magnífica mantilla que caía desde una alta peineta de coral rojo. Contra el fondo de terciopelo negro, las dos figuras resaltaban puras y blancas; solo había cuatro acentos carmesí: la peineta de la mujer, sus enormes pendientes, sus labios y los tacones de sus zapatos.

Entonces comenzó la música, lenta y exquisita, con una dulzura pesada como el perfume de la madreselva bajo un cielo nocturno. Catherine respiró con éxtasis.

—¡Esa melodía celestial! La he oído antes... ¡Claro, es el Tango de Albéniz que toca Kreisler! Es demasiado hermoso.

Bajo el hechizo del encantamiento, observó a la pareja balanceándose, mientras el violín dejaba caer notas como gotas de ámbar claro. Nunca olvidaría el rapto de aquellos momentos. Siempre que oyera ese tango, solo tendría que cerrar los ojos para sentir la oscuridad envolvente y ver el corazón de luz donde se movían los bailarines. También recordaría otra cosa, aunque en ese instante solo fue vagamente consciente: la mano derecha de Geoffrey Macadam descansando en el brazo del asiento que los separaba; una mano morena, musculosa, un poco grande para su complexión delgada y fibrosa.

Eran casi las doce y media cuando llegaron a los sombreados castaños de la avenida Henri Martin. El vecindario estaba desierto y los edificios parecían ciegos, con sus enormes puertas cerradas.

—¡Portero, por favor! —gritó Geoffrey, y su voz resonó hueca contra la madera negra.

Tras una breve pausa, se oyó un clic fantasmal y una de las puertas se abrió pesadamente. Catherine entró en el portal y extendió la mano para despedirse, pero él, tras una breve vacilación, la siguió.

—Me gustaría verla entrar realmente en el apartamento, si no le importa —dijo—. Podría tener problemas con la llave.

Sus pasos resonaron por el camino pavimentado hasta el vestíbulo, donde una luz tenue brillaba en una lámpara de cristal. Silenciosamente, el ascensor subió hasta el entresuelo.

—Oiga, ¡hay algo raro con esta cerradura! Menos mal que no la dejé forcejeando sola —comentó Geoffrey un momento después, tras varios intentos infructuosos de abrir la puerta.

Encendió una cerilla y examinó la llave, una Yale corriente. No parecía tener ningún defecto.

—Déjeme intentarlo a mí —sugirió Catherine, quitándosela.

La llave parecía encajar, incluso giraba, pero no ocurría nada.

—Qué curioso. Aquí, devuélvamela.

Sin embargo, aunque empujó, tiró y manipuló, la puerta se negó a ceder. Pasaron los minutos sin resultado. Por fin, con el rostro encendido por el esfuerzo y la contrariedad, Geoffrey se enderezó y se encogió de hombros.

—Sin duda —declaró con brevedad—, alguien ha echado el cerrojo. Qué descuido tan grande, si me perdona la expresión. Supongo que tendremos que llamar.

—Ah, no. Me da tanto miedo despertar a mi prima.

—No hay otra cosa que hacer. Ella no oirá, sin embargo, porque el timbre probablemente suena en la cocina.

Apretó el botón y esperaron expectantes. Dentro reinaba un silencio absoluto.

—Deben de estar durmiendo muy profundamente. Intente otra vez.

Hubo un segundo intervalo de larga espera. A lo lejos, en la parte trasera del apartamento, se oía un débil y persistente timbrazo.

—¿Quién duerme en este piso? —preguntó Geoffrey, frunciendo el ceño.

—Solo Eduardo y Jeanne. La cocinera se mudó hoy al sexto piso.

—Bueno, o esos dos no oyen o no quieren oír. En cualquier caso, no puede pasar la noche aquí fuera. Voy a usar el aldabón.

Antes de que ella pudiera protestar, él había agarrado el tirador de hierro forjado y golpeado estruendosamente.

En algún lugar del interior se abrió una puerta y se acercó un paso apenas audible, como de pies acolchados. Alguien por fin se movía. Sin embargo, incluso ahora hubo una larga demora. Los pasos se detuvieron, retrocedieron y entonces, intercambiando miradas de interrogación, Catherine y Geoffrey creyeron oír el murmullo de voces susurrantes, sibilantes y cautelosas. Finalmente, tras un prolongado silencio, llegó a sus oídos el sigiloso chirrido de un cerrojo al correrse.

Al instante siguiente, la puerta se abrió una rendija y, contra un rectángulo de luz, apareció la figura rechoncha de Eduardo, envuelto en un abrigo abotonado hasta la barbilla. Desde debajo de su cabello revuelto, sus pequeños ojos de animal los miraban con fiereza y sospecha.

—Ah, es usted, señorita —murmuró con un dejo de insolente sorpresa—. Creí que había entrado hace horas.

Era un pretexto endeble para encubrir su falta de consideración, o al menos así le pareció a Catherine. Sus ojos destellaron ante el tono grosero, pero no respondió. Su acompañante, en cambio, se dirigió al mayordomo de manera imperativa.

—La próxima vez tenga la bondad de asegurarse antes de echar el cerrojo. Es solo por casualidad que la señorita no ha tenido que esperar aquí fuera un cuarto de hora sola.

El hombre no dijo nada, pero mientras miraba con insolencia primero a Geoffrey y luego a Catherine, sus labios se curvaban en una inconfundible mueca de desprecio. La sangre de Geoffrey hervía ante la insinuación tácita e incluso la joven, sin comprender del todo el significado, sintió cómo la indignación crecía dentro de ella.

—No hace falta que espere, Eduardo —le informó ella fríamente—. Yo apagaré las luces.

Sin responder, el hombre se alejó arrastrando los pies, subiéndose el cuello del abrigo sobre su nuca de toro.

—Mire, no me gusta la actitud de ese tipo —susurró Geoffrey mientras le tomaba la mano—. ¿Está segura de que no le importa?

—No me altera en absoluto —respondió ella con desdén—. Pero ya ve que no exageraba sobre su deterioro. Es como si el barniz se le hubiera desprendido. No importa. Buenas noches y gracias por una velada maravillosa.

Por un segundo, él retuvo su mano esbelta, reacio a soltarla. Sin embargo, su expresión se mantuvo estudiadamente práctica, sin traicionar sus sentimientos.

—Avíseme si ese bruto le causa algún problema —dijo al despedirse—. Espero volver a verla pronto.

Mirando su reloj al bajar, comprobó que era poco después de la una. Eso significaba que habían pasado media hora ante esa maldita puerta. Su ira se reavivó al recordar la insolencia del mayordomo, a quien le habría gustado estrangular.

—¡Portero!

La conserje se había dormido en ese intervalo y no era de extrañar.

—¡Portero! —llamó más alto.

Una voz airada, pesada por el sueño, salió de la logia.

—¿Quién es usted, saliendo a estas horas? ¿Qué cree que hace, por el demonio? ¿Entrar con una mujer y quedarse con ella todo este tiempo? Quiero que sepa que esta no es forma de conducirse en una casa respetable. ¿Acaso cree que esto es una casa de citas?

La ira de Geoffrey estalló.

—¡Cierre su boca inmundada, animal, y abra esa puerta antes de que le ponga las manos encima! —gritó furioso.

Siguieron más insultos e improperios en un argot selecto lanzados por ambos lados. No era la primera vez que Geoffrey se regocijaba en su dominio de la vulgaridad gala.

Finalmente, con una última imprecación, el portero invisible tiró de la cuerda y la puerta se abrió.

Era estúpido perder los estribos con un conserje; era como darse cabezazos contra una pared. Sin embargo, era imposible no enfurecerse con las insinuaciones del hombre. Caía una lluvia ligera, pero no sintió las gotas mientras cruzaba con pasos rápidos hacia el coche y arrancaba el motor.

—¡Cerdo! —murmuró mientras el Citroën ronroneaba por las calles mojadas hacia el Sena—. ¡Así que él también tenía esa idea en su mente pútrida! No me habría enfurecido tanto si se tratara de otra clase de mujer. ¡Pero Catherine!

En sus pensamientos ya la llamaba por su nombre de pila.

Sola en el vestíbulo, Catherine se quedó un momento con la palma de la mano aún hormigueando por la reciente presión de Geoffrey. Las circunstancias se habían combinado para despertar en ella una emoción palpitante: la incertidumbre sobre el cerrojo, el intervalo en el oscuro rellano con su sugerencia de intimididad y, por último, la actitud ofensiva del mayordomo. Su corazón latía con fuerza.

¿Por qué Eduardo los había mirado así? Había algo insultante en su gesto. Si Germaine se diera cuenta de cómo se comportaba, lo despediría de inmediato. Aunque no era probable que se enterara.

Se dirigió de puntillas hacia su habitación. Entonces, al encender la luz del pasillo, divisó en lo alto de la escalera un objeto oscuro. Al recogerlo, descubrió que era un guante de hombre.

Un guante, pero de un tipo desconocido, hecho de tela negra y rígida. ¿Quién demonios usaba algo así? Lo miró con curiosidad. En algún lugar, no hacía mucho, había visto a un hombre con guantes parecidos, pero por el momento no podía recordar quién era. Ciertamente, nadie a quien conociera. Había algo bastante horrible en aquel objeto. Con un leve gesto de disgusto, lo dejó donde lo había encontrado.

Mientras lo hacía, notó, un poco más abajo en la escalera, un pequeño montón de ceniza de cigarro acre y, cerca, la huella embarrada de una bota de punta cuadrada, claramente marcada en la alfombra gris pálido.

Sus ojos se entrecerraron con aire pensativo. Había observado apenas hoy que Eduardo usaba zapatos puntiagudos, algo afeminados, que armonizaban mal con su gruesa figura de boxeador. ¿Quién, entonces, había estado allí aquella noche? La persona, quienquiera que fuera, había entrado al apartamento en su ausencia, muy probablemente usando la puerta privada.

Con un movimiento de cabeza, decidió no darle importancia. Y entonces, de repente, recordó al merodeador de vulgaridad pretenciosa que la noche anterior la había mirado con tanta curiosidad en la calle, y que más tarde se había marchado con Jeanne. Sí,

recordaba que llevaba guantes exactamente como el que yacía en el suelo. Recordó su aspecto remilgado y desagradablemente decente cuando pasó junto a él en la acera.

—Así que Jeanne tiene un amante —concluyó con un dejo de divertida sorpresa—. ¡Pero qué amante!

De algún modo, aquel individuo le recordaba a un enterrador.

CAPITULO 9

Hermione Cushing habitaba un pequeño apartamento en lo alto de la rue de la Bienfaisance, en el límite del barrio conocido como Europa. Es un vecindario típicamente francés, lo que explica por qué la señorita Cushing lo eligió hace mucho tiempo; la experiencia le había enseñado que en los sectores de París entregados a los estadounidenses uno paga sumas exorbitantes por todo, desde los alquileres hasta los repollos. En resumen, la señorita Cushing era astuta y sabía cómo hacer que diez céntimos rindieran como cincuenta.

Había vivido allí durante veinte años y todo el mundo la conocía. Además, a pesar de pequeñas rencillas, gozaba de excelente reputación entre la conserje y los comerciantes. Poseía ciertos atributos venerados por los franceses: era una mujer seria, no gastaba un céntimo en apariencias y, para colmo, tenía buenas conexiones. ¿Acaso no se veían con frecuencia los imponentes automóviles de la baronesa de Grèves y la princesa Guiccioli estacionados frente a la entrada? Eran prueba fehaciente de que la aristocracia del Faubourg Saint-Germain subía cuatro tramos de escaleras para rendir homenaje a la cantante. El hecho hablaba por sí solo.

Nada de esto lo sabía Catherine, pero su ojo notó el respeto en el semblante de la conserje cuando pronunció el nombre de Cushing.

—Au cinquième, à gauche, mademoiselle —le indicó la mujer con prontitud, saliendo como un topo de su madriguera para señalar el camino—. C'est le deuxième escalier, en face.

Había dos escaleras: una ancha y grandiosa; la otra, estrecha y sombría. Era esta última, en la parte trasera del pequeño patio, la que conducía a la morada de la cantante.

La subida era empinada y el día inesperadamente templado. Catherine subió los primeros tres tramos de una vez, de modo que en el cuarto se vio obligada a detenerse junto a una ventana para recuperar el aliento. Mirando hacia afuera, a los techos abuhardillados y los ennegrecidos cañones de las chimeneas, repasó sus impresiones recientes y se preparó para la entrevista, que por alguna razón la ponía ligeramente nerviosa.

Las experiencias de la mañana habían sido perturbadoras. La hora que pasó con la señora Bender no aclaró la incertidumbre en su mente; solo obtuvo la convicción reforzada de que su prima estaba asustada por algo. Cómo o por qué, no podía decirlo. Una y otra vez había intentado sondear el misterio de ese recurrente destello de auténtico terror en los ojos grises, pero se había ido sin llegar a ninguna conclusión. ¿El miedo de la pobre criatura era un síntoma de inteligencia trastornada o tenía alguna causa externa? Eso era lo que ansiaba determinar.

Tras la visita llegó un desagradable impacto. Jeanne, no sin un dejo de malicia, le había informado que la esposa del conserje deseaba conversar con ella. Catherine no imaginaba qué quería, pero al bajar su ignorancia fue bruscamente eliminada. La mujer la reprendió

con agria desaprobación por la falta cometida al permitir que su acompañante subiera con ella después de que la casa estuviera cerrada. Aparentemente era un crimen atroz contra la decencia. Ninguna joven bien educada soñaría con hacer algo parecido; y aunque su juventud e ignorancia de las costumbres locales podían excusarla esta vez, ninguna escapada similar sería tolerada. Daría mala fama a la casa.

Catherine se quedó mirando estupefacta. Al principio las implicaciones veladas se le escaparon, pues siempre había considerado sus motivos por encima de toda sospecha. Sin embargo, el rostro arrugado con su mirada malevolente la obligó a ver que, en este barrio al menos, era objeto de sospecha.

La revelación la enfureció. Le pareció que no solo se atacaba su propia integridad, sino la de todas sus compatriotas. En el calor del momento fue difícil morderse la lengua y no decirle a la vieja arpía lo que pensaba de ella. Aún podía ver la sonrisa torcida de la mujer al retirarse a su guarida y sentía la sangre hormigueando en sus mejillas mientras la infamia de la insinuación se hundía en su mente. Por fin, de su ira surgió la determinación de no volver a encontrarse con los guardianes de la logia. Había una salida que pensaba tomar.

En consecuencia, a la hora del almuerzo le pidió a Jeanne una llave de la puerta privada, solo para recibir una fría negativa. Solo había una llave, al parecer, que la doncella y el mayordomo solían usar. Sin embargo, Catherine no se amilanó. Su antagonismo se despertó ante este rechazo y supo que los modos autoritarios de Jeanne debían enfrentarse con firmeza.

—No importa —respondió intrépidamente—. Si no me da la llave, haré que me fabriquen una de repuesto.

Había ganado el desacuerdo, aunque contra un desagrado evidente. La llave reposaba ahora en su bolso, dándole una sensación de independencia. Que la conserje hiciera lo que quisiera; su arma estaba inutilizada.

Qué poco podía imaginar el papel que esta misma llave iba a desempeñar en los acontecimientos futuros o hasta qué punto moldearía todo su destino. Así es como forjamos los eslabones de la cadena que nos mantendrá prisioneros; disponemos el nudo corredizo para que se ciña alrededor de nuestros cuellos. Pero por aquel insignificante objeto de metal que reposaba bajo su polvera, su pañuelo y su lápiz labial... el asunto puede esperar. En pacífica ignorancia, subió al último piso y tocó el timbre de la puerta izquierda.

La llamada fue respondida por una sirvienta de apariencia austera, con delantal almidonado y un jersey de punto con las mangas demasiado cortas. Tras unas gafas de montura de acero, un par de ojos escrutadores la miraron con una mezcla de bondad y severidad, mientras una voz grave le indicaba que pasara. Simultáneamente, percibió un piano, muy cerca, tocado de manera florida y superficial.

—Señorita —anunció la robusta doméstica, abriendo de par en par la puerta del salón—, aquí está la joven que esperaba.

Acto seguido, sin ceremonia, empujó a Catherine hacia adelante con una mano musculosa.

—Pase, señorita —le ordenó, y se alejó con paso majestuoso.

La música cesó. La señorita Cushing se levantó del diminuto taburete, que había quedado oculto por su volumen, y avanzó como una ola con un susurro de faldas. Catherine percibió que era rubia, de mediana edad, y con una forma y movimiento que le hicieron pensar en una ballena sumergiéndose en alta mar.

—Mi querida señorita West —exclamó una voz tempestuosa—. Pase, pase. Me encuentra ocupada arreglando un programa con ayuda de unas queridas amigas, pero no le importará que termine. Permítame presentarle a la baronesa de Grèves y a madame Strakosch.

Dos señoras de rasgos simples, vestidas de luto, asintieron con ceremonia desde un sofá al fondo. Ambas llevaban tocados anticuados y zapatos blandos de botonadura alta. Una tenía una corneta acústica pegada al oído; la otra, arrugada y con gestos rápidos de halcón, lanzaba miradas agudas pero no desagradables a la recién llegada.

—Esta querida niña —explicó la cantante, reteniendo la mano de Catherine en su acolchada palma— es una joven prima del pobre Harry Bender. Ahora se aloja con mi adorada Germaine, de quien les hablaba hace un instante.

Gritó esta última frase por la corneta acústica y, como señal de recepción, las dos señoras miraron a Catherine con varios asentimientos de comprensión.

—¿Y cómo está su prima? —preguntó la señora sorda en un barítono sepulcral, cambiando el instrumento de posición para recibir la respuesta.

Catherine transmitió a gritos que su parienta estaba mucho de estar bien y que estaba extremadamente nerviosa; tras lo cual ambas oyentes murmuraron: "Neurasténica. Ah..." e intercambiaron miradas de solemne significado.

—¿Ven? —exclamó la señorita Cushing con un dramático barrido de brazo—. Es como les dije —y regresó a su asiento junto al piano.

Catherine pensó que nunca había visto a nadie que llenara tanto una habitación. Tembló por el inseguro caballete en su camino y miró con nerviosismo un tambaleante jarrón con una palmera que reposaba sobre una frágil mesa. Sin embargo, la cantante no carecía de forma. Su vasto volumen se curvaba hacia dentro en la cintura y hacia fuera en las caderas, como un enorme reloj de arena, semejanza acentuada por su vestimenta de tafetán negro con pequeñas esclavinas y falda ancha. Sus pies, en desgastados zapatos de bronce, eran ridículamente pequeños y su rostro, rosado como el de un bebé, reposaba

sobre una serie de barbillas que se ondulaban hacia sus hombros. Sus ojos eran del azul pálido de un cielo invernal y su escaso cabello estaba arreglado de cualquier manera en un moño del que escapaban varios mechones.

—Y ahora, queridas amigas, les daré el Sibelius. Nadie en Francia entiende a Sibelius como yo. Soy su principal intérprete aquí.

Comenzó un preludio precipitado y procedió a cantar con una voz agudísima y delgada, insegura en los registros. Catherine apretó los dientes. Las otras oyentes mantuvieron rostros inexpresivos; le pareció que solo ella se maravillaba de la temeridad que impulsaba a una artista a presentarse en público con un talento tan desvanecido. Aún le quedaba por aprender lo que París puede soportar en materia de música.

Para distraerse de la embarazosa actuación, dejó que sus ojos vagaran por el salón. Todo lo que podía ser drapeado lo estaba: desde el piano hasta las repisas de las esquinas. Todos los adornos tenían borlas y estaban sujetos con piezas de plata o porcelana de Dresde. Las sillas en particular atrajeron su atención: de patas doradas, eran como sofás achaparrados, demasiado anchas para una persona pero no lo suficiente para dos. Eran, de hecho, adecuadas solo para su dueña.

Por todas partes había recuerdos, fotografías dedicadas y flores marchitas bajo vidrio; la habitación abundaba en efigies de la propia cantante. Sobre la chimenea colgaba un retrato de ella como Margarita, con trenzas y una flor entre los dedos; en el caballete, un dibujo al pastel con vestido de los años noventa; desde la cómoda brillaba un busto de mármol con las mariposas posadas en los carnosos hombros. Nunca, reflexionó Catherine, había tenido la original una forma tan generosa. ¿Había poseído en alguna época remota siquiera una sombra de voz?

—¿Y ahora qué tal un poco de Duparc? Hay que darles algo francés.

Girando sobre el taburete, la intérprete empezó a hojear partituras deshilachadas.

—¡Ah! —exclamó distraída—. ¿Dónde está esa canción? —Luego, elevando la voz con impaciencia, gritó hacia la cocina—: ¡Yvonne! ¡Yvonne! ¡Venga a ayudarme!

La sirvienta apareció con un calcetín de lana en una mano y una aguja de zurcir en la otra.

—¿Señorita?

—Búsqueme esa canción de Duparc, ya sabe cuál, y puso el revoltijo de partituras en los brazos de la mujer.

Yvonne negó con la cabeza con desaprobación.

—La señorita no debería intentar el Duparc hoy —aconsejó severamente—. No olvide que comió mejillones a la marinera para el almuerzo. Mejor pruebe algo más grave.

—Ah, bueno, entonces búsqieme otra —respondió su señora con petulancia—. Reynaldo Hahn o Debussy. No importa mucho.

Masculando sombríamente, Yvonne se retiró. A través de la puerta abierta, Catherine pudo verla sentada en la cocina, revisando el montón de partituras entre gruñidos de desaprobación. Mientras tanto, la señorita Cushing, imperturbable, se lanzó de lleno a la ejecución de *Les Filles de Cadiz*, haciendo cabriolas vocales como un fogoso percherón.

La audición terminó. Las dos ancianas, tras discutir asuntos prácticos de carteles y boletos de suscripción, se levantaron e hicieron una salida ceremoniosa. Catherine se quedó sola con su anfitriona.

—¡Al fin! —exclamó la señorita Cushing con un suspiro—. Ahora, niña mía, podemos hablar. Pero antes debemos tomar el té. ¡Yvonne! ¡Té de inmediato! Estoy agotada, completamente terminada —y arrojando su peso sobre el crujiente sofá, se llevó la mano al corazón.

Por un segundo permaneció así, con los ojos cerrados y aire de agotamiento. Luego se reanimó y fijó en su invitada una mirada intensa.

—Dígame de inmediato, querida señorita West, cuál es su impresión de esa desafortunada casa. No omita nada. Puede ser importante.

¿Era esto melodrama o farsa? Catherine no podía decidirlo. Sin embargo, segura de que Hermione Cushing ignoraba la reciente crisis, se dispuso a informarla, observando de cerca el efecto de sus noticias. Vio cómo el rostro rosado de la cantante palidecía y cómo sus ojos azules se sobresaltaban con horror, mientras una mano temblaba como para protegerse de un golpe.

—¡Pobre pequeña! ¿Hizo eso? —susurró la cantante sobrecogida—. No, no es verdad. ¡No puede ser verdad! —protestó con vehemencia.

—Le aseguro que así es —declaró Catherine.

—Dios mío. Entonces, si realmente intentó quitarse la vida... —se detuvo con énfasis y se inclinó para susurrar al oído de Catherine—, puede dar por hecho que fue ese demonio quien la empujó a ello. ¡Yo sabía que lo haría! ¡Esa arpía de Jeanne!

—¿Jeanne? —repitió la joven, apenas capaz de creer lo que oía.

Por un momento se quedó sin habla ante la patente absurdidad. ¿La señorita Cushing hablaba en serio?

—Lo sabía, lo sabía —murmuró su anfitriona, casi para sí misma—. Es lo que he estado esperando. ¡Que semejante tiranía continúe sin control en una época como esta! Es infame.

—¿Tiranía? —repitió Catherine. Entonces, pensando que era hora de jugar su mejor carta, hizo un intento por captar su atención—. Perdóneme, señorita Cushing, pero hay algo que debe saber. Jeanne declara que después de que usted se fue la otra tarde, la señora Bender quedó deprimida. Cree que fue algo que usted le dijo lo que la sumió en ese estado y la hizo... la hizo... —Era difícil completar la frase.

No estaba preparada para la reacción que recibió. El enorme cuerpo de la cantante se hinchó, como si fuera a estallar. Su rostro redondo adquirió un tono carmesí.

—¿Esa criatura dijo tal cosa? —jadeó con voz sofocada—. ¡Imposible! ¡Mentirosa! ¡Mentirosa!

Durante medio minuto tembló al borde de la apoplejía, mientras la joven miraba con verdadera alarma. Yvonne entró en la habitación con paso firme, trayendo en una bandeja el vaso más pequeño que Catherine había visto, lleno de coñac.

—Beba esto y cálmese —le ordenó bruscamente, acercando el vaso a los labios de su señora.

La artista tragó, tosió y recuperó el equilibrio.

—¡Yvonne! —extendió una mano para detenerla—. ¿Has oído esa infamia? ¡Esa Jeanne está diciendo que yo soy responsable de que la señora Bender haya intentado quitarse la vida!

—¡Increíble!

La impasible Yvonne frunció el ceño, mirando de una mujer a otra y murmurando expresiones de indignación. Finalmente, lanzando los brazos con un gesto iracundo, se retiró hacia la cocina.

—Escuche —gritó la señorita Cushing—, ahora oírás la verdad. El martes por la tarde mi pobre Germaine estaba casi feliz. Se regocijaba ante la idea de su llegada. Me dije que realmente iba a haber una mejoría. Me besó y me dijo: "Mi querida Lili, prométeme que volverás pronto. Me infundes nueva vida". ¿Lo ve?

—¿Y no vio ningún signo de delirios?

—¡Delirios! Nunca he visto nada por el estilo. Conmigo siempre ha estado... bueno, no normal, esa es una palabra fuerte, pero absolutamente cuerda. El otro día estaba tan dueña de sí que me atreví a aconsejarle sobre un asunto que sentía que debía mencionar. Me refiero, por supuesto —se detuvo y se humedeció los labios—, a la cuestión de redactar su testamento.

Catherine sintió un leve sobresalto.

—Vaya ¿Así que habló de eso?

—Pensé que era mi deber —respondió su anfitriona con firmeza—. Verá, Catherine, Germaine nunca ha hecho su testamento. Es un asunto que no quiere afrontar. En consecuencia, si falleciera de repente, toda la fortuna de Harry iría a parar... quién sabe dónde. Al Estado, tal vez. Es espantoso pensar en semejante desperdicio.

Catherine se quedó muy quieta, luchando con la confusión de sus pensamientos.

—Pero seguramente la señora Bender tiene herederos —sugirió al fin.

—Ni uno solo. Asombroso, ¿verdad? ¿Pero es que no la han informado?

Catherine negó con la cabeza.

—No sé casi nada de ella antes de que se casara con mi primo Harry.

—¿No sabía, entonces, que fui yo quien presentó a Harry a Germaine Dieulefit cuando estudiábamos juntas para la Ópera?

—¿Dieulefit? Qué nombre tan extraño.

—Sí, muy inusual. La familia está extinta. Su madre era cantante, coloratura, e hija ilegítima. El viejo Jérôme Dieulefit era un viticultor del sur, el último de su línea. Así que ya ve, no hay nadie a quien pueda ir este dinero por ley, a menos que Germaine deje un testamento. En su estado de salud actual, es una locura no pensar en estas cosas.

Catherine jugueteó con sus guantes.

—¿Tiene idea de quién se beneficiaría si ella hiciera un testamento? —preguntó finalmente.

La señorita Cushing se acaloró de repente. Tomó un ejemplar desgastado de *Ouvre tes Yeux Bleus* y se abanicó con vigor.

—Ni la más mínima —declaró un poco afectada—. Todo lo que puedo decir es que hay un collar de perlas, bastante valioso, que me ha prometido dejar. Yo la ayudé a elegirlo. "Lili", me dijo en aquel entonces, "un día estas serán tuyas, así que asegúrate de que te gusten". Siempre se refería a ellas como las perlas de Lili. Rara vez las usaba; solo a veces la imitación que mandó fabricar. Las perlas auténticas están aseguradas por tres millones de francos.

Tres millones de francos. Catherine miró a su alrededor. Todas las pequeñas evidencias de una apariencia de alcurnia en pugna con la escasez, que le habían resultado evidentes desde que entró en el pequeño apartamento, adquirieron un nuevo significado. Tres millones de francos representarían seguridad y dignidad en la vejez para esta mujer que luchaba contra la adversidad para ganarse un sustento decoroso. No era de extrañar que Hermione estuviera preocupada de que su amiga muriera sin dejar su legado por escrito.

De repente pensó en el apartamento de los Bender, entregado a los sirvientes. Una de ellos era una desconocida de cuya moral no sabía nada. Eduardo se comportaba de manera tan abominable que casi invitaba a la sospecha, y la noche anterior había habido una persona externa, posiblemente el hombre que había visto con Jeanne, merodeando por el lugar.

—Por cierto, ¿dónde guarda la señora Bender sus perlas? —preguntó con indiferencia—. Espero que estén bien custodiadas bajo llave.

—Ah, sí; esas, al menos, están perfectamente seguras. Las guarda con todas sus joyas más valiosas en el banco de la Place Vendôme.

Un indefinible malestar atravesó a Catherine. ¿Qué quería decir exactamente la señorita Cushing al afirmar que las perlas, al menos, estaban seguras?

CAPITULO 10

Un momento después, Catherine escuchaba un discurso enmarañado, tan lleno de detalles irrelevantes como la habitación que la rodeaba. No podía apartar los ojos de aquella solterona marchita que, habiendo logrado de alguna asombrosa manera encoger un pie debajo de su cuerpo, bebía innumerables tazas de té como para proveer a su sistema de la humedad que constantemente empañaba sus pálidos ojos y, ocasionalmente, se derramaba sobre sus escasas pestañas.

A menos que tuviera dotes histriónicas notables, de lo que Catherine dudaba, no cabía duda de que estaba muy conmovida. Sin embargo, al observarla, la joven no estaba convencida de que toda esa emoción fácil no ocultara una naturaleza codiciosa y una singular falta de tacto. En resumen, no estaba segura de que Jeanne se equivocara al suponer que la señorita Cushing, de algún modo, había precipitado los violentos ataques de depresión que casi terminan con la vida de su víctima. Pero estaba aún más segura de que la señorita Cushing no había tenido mala intención y no era consciente de la culpa que podía atribuírsele. Su propio relato de los hechos, contado con un dejo de sinceridad, lo confirmaba.

Aparentemente, Hermione estaba en Alemania cuando la señora Bender regresó de América. Fue el pasado octubre cuando fue a ver a su vieja amiga por primera vez, ocasión en la que se le negó la entrada con el pretexto de que la señora estaba demasiado enferma. Lo mismo ocurrió varias veces, no solo con ella, sino con otras visitas.

—Aunque no hay nadie aquí, aparte de mí, que haya sido íntima de Germaine. Tenía tan pocos amigos cercanos, ¿sabe? Solo yo y la condesa de Bréart, y la condesa está en África, cazando leones.

Por fin sintió que algo andaba mal con esas negativas. Temiendo que la inválida no recibiera los cuidados adecuados y sospechando que sus recados no eran entregados, resolvió no dejarse rechazar más.

—¿Qué hizo? —preguntó Catherine con curiosidad.

—Le informé a Jeanne que pensaba ver a madame, le gustara o no, y cuando trató de impedirme la entrada, simplemente opuse todo mi peso al suyo y ¡me abrí paso a la fuerza hasta la habitación!

Catherine no pudo reprimir un gesto de admiración. La imagen de la temible doncella vencida en el umbral de su fortaleza por puro peso corporal era casi demasiado para su seriedad.

—Figurez-vous —continuó la cantante con los ojos abiertos por la vehemencia—. Figurez-vous el impacto que recibí cuando por fin vi a mi pobre amiga, tan terriblemente destrozada, apenas un fantasma de la mujer que conocí. Nunca olvidaré su mirada. Era como la de un pájaro asustado atrapado en una red.

Así que ella también lo había notado. Catherine se sentía cada vez más desconcertada. Observó a su anfitriona secarse las lágrimas con un pañuelo empapado y hacer una pausa para tragar otra taza de té.

—Perdóneme por ser tan tonta. Verá, quiero mucho a Germaine. ¡Siempre ha sido tan gentil conmigo! —Las lágrimas seguían cayendo.

—¿Se alegró de verla? —preguntó Catherine, principalmente para detener el torrente de emociones.

—¿Alegrarse? Su alegría fue patética. Me preguntó por qué no había ido antes, por qué no le había escrito. Había estado tan sola que empezaba a pensar que a nadie le importaba si vivía o moría. ¿Comprende lo que pasaba? Esa mujer, Jeanne, nunca le habló de mis visitas, nunca le entregó un recado ni una flor.

—¿Pero está segura de eso? —exigió saber la joven con incredulidad.

Un encogimiento de hombros desdeñoso respondió a su pregunta.

—Ella juró, naturalmente, que siempre informaba a su señora, pero que la mente de la señora Bender estaba tan afectada que olvidaba inmediatamente lo que se le decía.

—¿Y usted cree que eso puede no ser cierto?

La señorita Cushing hizo un gesto indignado que casi volcó la tetera.

—Mentiras, mentiras en cada palabra. Nada me hará cambiar de opinión. Ella solo quiere mantenernos a todos alejados de esa pobre criatura enferma.

Esto, a primera vista, le pareció a Catherine manifiestamente absurdo.

—¿Pero por qué? ¿Qué posible razón podría tener? —objetó.

—Ahí me tiene. ¿Qué razón puede haber? —La señorita Cushing la miró, desamparada—. Es terriblemente celosa, siempre se ha sabido; le molesta que alguien tenga el más mínimo derecho al cariño de su señora. Sin embargo, no puedo evitar pensar que hay algo más. A veces creo —y acercó su rostro al de Catherine para susurrar misteriosamente— que tiene miedo de que los extraños vean lo que está sucediendo en ese apartamento.

—¿Sucedendo? —repitió la joven, sobresaltada—. ¿Qué quiere decir?

—Ay, querida. ¿No es evidente que esos sirvientes están desplumando a la pobre Germaine a cada paso? ¿Recortando gastos y embolsándose la diferencia?

Catherine guardó silencio, recordando su propia recepción y los esfuerzos por desalojarla. Podría haber algo de verdad en ello, aunque sospechar de la hasta entonces recta Jeanne

iba contra todas sus ideas previas sobre su carácter.

—Es cierto —admitió—, no tienen el menor interés en que yo esté allí.

—¡Naturalmente! —gritó su anfitriona con triunfo—. Esa astuta Jeanne no quiere que usted mire mientras ella se ocupa de arreglar su propio nido.

Era la misma frase que la propia Jeanne había empleado con respecto a la señorita Cushing. Catherine se mordió el labio.

—¿Pero cómo puede hacerlo? No acabo de ver...

—¿Dónde tiene los ojos? Piense un momento. Hasta hace poco había seis sirvientes. ¿Qué ha sido de ellos? ¿Qué ha sido del chófer?

—Lo han despedido, lo sé —interpuso Catherine.

—Entonces créame: fue Jeanne quien lo despidió, porque Germaine no sabe de eso más que un recién nacido. Fue Jeanne quien se deshizo del ama de llaves y de las criadas, y reemplazó a la cocinera por esa desaliñada de Berthe, que está dormida o de juerga medio tiempo. Está muy claro lo que traman. Ella toma el dinero semanal para el mantenimiento de la casa y se queda con la mayor parte.

Por desagradable que fuera, la teoría era plausible.

—¿Y la señora Bender no lo sospecha?

—Es demasiado confiada y está demasiado absorta en sí misma. Además, nunca fue buena con el dinero. Pero Jeanne tiene miedo de que usted o yo le abramos los ojos. Dígame, ¿la ha dejado sola con su prima ni un solo momento?

Catherine se vio obligada a admitir que no.

—Eh bien, vous voyez? No confía en usted. También tiene miedo de que descubra lo que yo he descubierto: que toda esa charla sobre la locura de madame es falsa. Eso le dará algo en qué pensar —añadió, asintiendo con vigor.

Sin embargo, en este punto Catherine no estaba convencida. Era demasiado fácil ver por qué la señorita Cushing quería creer que su amiga estaba cuerda, ya que evidentemente esperaba obtener un testamento a su favor.

—¿No cree —se limitó a decir— que sería mejor para la señora Bender si pudiera persuadirla de salir?

Su anfitriona levantó una mano regordeta con excitación.

—¡Ah, ahora oiré algo! —exclamó—. Yo también sabía que era malo para ella permanecer siempre prisionera en esa habitación sin aire...

—¿Por qué usa esa habitación? —interrumpió la joven con curiosidad—. Me lo he estado preguntando.

—Es simplemente una de las ideas peculiares de la pobre mujer. Se crio en un convento y toda su juventud estuvo acostumbrada a un dormitorio pequeño como una celda. Desde la muerte de Harry ha vuelto a la época anterior a conocerlo. Eso es todo, ella misma me lo dijo. Pero sigamos.

Parecía que había estado encerrada allí durante meses, temiendo la luz del día y encogiéndose ante la idea de rostros extraños. No era de extrañar que estuviera blanca como una hoja de papel y temblorosa por la debilidad. Por fin, en enero, a fuerza de gran diplomacia y oponiéndose a cada paso del camino, Hermione la había persuadido para que diera un paseo en coche. El automóvil fue traído del garaje donde presumiblemente estaba parado sin uso, y ayudaron a la inválida a bajar las escaleras.

—Fui con ella, querida mía, así que puedo describir lo que sucedió. Cuando estábamos en la avenida, se asombró de encontrar los castaños desnudos; había perdido la noción del tiempo. Todo iba bien hasta que divisó el coche; entonces, de repente, la vi temblar y ponerse del color de la tiza. ¿Adivina por qué?

Catherine no pudo.

—Yo tampoco al principio. Luego vi que estaba recién pintado. Antes había sido de un beis pálido, pero ahora era negro por fuera y por dentro: pintura, tapicería, todo. Elegante, pero un poco fúnebre. Fue idea de Jeanne, porque el coche se lo habían dejado a ella para su uso. Ahora quiero contarle algo extraño: ya había notado que Germaine, desde la muerte de Harry, siente horror por el negro. Ni siquiera me atrevo a vestir de luto cuando voy allí. No es que lo admita —es demasiado sensible para mostrar sus peculiaridades—, pero sé que lo que digo es verdad. Durante todo ese paseo, la pobre se quedó acurrucada en su abrigo de cibelina, temblando como una hoja, con los ojos fijos al frente. Cuando la llevamos de vuelta a casa, se tambaleó hasta su habitación y cayó desmayada. Eso fue hace tres meses. Desde entonces, la sola mención de salir la aterra. Nada la inducirá a mover un pie fuera del apartamento.

Catherine escuchó con angustia. Sabía lo difícil que es desarraigar las ideas fijas de una paciente neurasténica.

—Ya ve —continuó la señorita Cushing con astucia— cómo ese incidente jugó a favor de Jeanne. Ella me culpó por lo sucedido y ha redoblado sus esfuerzos por impedir mis visitas. Es astuta, créame: está totalmente decidida a mantener a Germaine bajo su control.

—No querrá sugerir —se aventuró la joven con asombro— que ella hizo pintar el coche de negro a propósito para impedir que la señora Bender lo usara.

—Eso, querida mía, es exactamente lo que creo. Todo apunta a ello.

La idea parecía de una improbabilidad ridícula. Catherine concluyó que su acompañante era una mujer de una imaginación novelesca incurable. Además, recordó lo que Geoffrey Macadam había dicho sobre la guerra entre la señorita Cushing y Jeanne; quizá era el caso de que la sartén le decía a la caldera: quítate allá, que me manchas.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la aparición de Yvonne en la puerta.

—No olvide, señorita, que tiene una cita con la sombrerera —anunció con su voz grave—. Ya son casi las seis.

—Dios mío, ¿tan tarde es? —exclamó la cantante, levantándose de un salto—. Debo irme de inmediato. Catherine, querida, ¿quizá querría acompañarme? Mi modista vive a un paso de aquí y puede que le sea útil saber de alguien que trabaje barato. Curiosamente —añadió en confianza—, fue esta misma Jeanne quien me habló de ella hace casi diez años.

Aunque Catherine dudaba que sus gustos coincidieran con los de la señorita Cushing, aceptó, pues no tenía razón para volver a casa todavía. Unos minutos más tarde siguió a su anfitriona escaleras abajo. La solterona había enfundado su vasta forma en un abrigo compuesto por dos tipos de piel diferentes, lo que sugería que había sido confeccionado con prendas donadas por amigos adinerados. Lo llevaba con una elegancia indescriptible, mientras su paso era ligero, casi garboso. Parecía una debutante segura de sus conquistas.

Rodeando la parte trasera de la Gare St. Lazare, llegaron a la rue d'Amsterdam y entraron en un sombrío patio. En el primer piso, ante una puerta con el nombre "Honorine" escrito en letras doradas desvaídas, se detuvieron.

Una pequeña aprendiz con delantal negro las hizo pasar a una habitación cuadrada cuyas ventanas daban al patio. En el centro había una mesa llena de fieltros, formas de paja, trozos de terciopelo y cintas. En una mesa más pequeña, dos muchachas estaban sentadas haciendo sombreros. Miraron a las recién llegadas sin interés y continuaron con su trabajo.

—Si a las señoras no les importa esperar un momento —dijo la aprendiz—, madame está ocupada con una clienta.

—Clienta —murmuró la más joven de las asistentes con maliciosa socarronería—. ¡Ese es un nombre nuevo para el señor!

Su compañera tomó unas tijeras enormes y recortó el ala a la que estaba dando forma.

—Tanto ardor por la tarde —respondió, riendo con regocijo secreto—. Es una mujer afortunada, si me preguntan.

—¡Y a su edad! Es un misterio para mí cómo consiguió un admirador, y uno serio. Todos

estos años viviendo al otro lado de la calle y, de pronto, él decide casarse con ella. Creo que debió ponerle algo en el café.

—¡Cerveza, querrás decir!

Volvieron a reír, saboreando su pequeño chisme. Mientras la señorita Cushing hojeaba una revista de modas, Catherine escuchaba distraída a las dos charlatanas, quienes continuaban en voz baja, probablemente ignorando que su auditorio entendía el francés.

—Por supuesto, ella olvida que él ha manejado sus asuntos. Eso me hace preguntar si habrá ahorrado más de lo que uno cree. En fin, ella no lo derrocha.

—Bueno, yo solo digo que hay esperanza para todas.

La puerta interior se abrió y apareció la sombrerera, seguida de un hombre vestido de luto que llevaba, con desprecio por los buenos modales, su sombrero de fieltro de ala ancha. Catherine vio a una mujer de aspecto apagado y cansado, de unos cuarenta años, que en otro tiempo habría parecido consumida por el trabajo duro. Ahora, sin embargo, a pesar de su piel apegaminada, había un rictus en su boca que denotaba vanidad satisfecha, un aire de orgullo consciente. Catherine conocía esa expresión y sabía lo que significaba.

El rostro del hombre estaba oculto, pero algo extrañamente familiar en su espalda rígida hizo que ella lo mirara con repentino interés. Era imposible que conociera a aquel insignificante francés y, sin embargo...

En el umbral se detuvo, hablando en voz baja con un acento duro y gutural —belga o alsaciano, no pudo distinguirlo—. Al mismo tiempo, pasaba por su palma un par de guantes de tela negra.

¿Un par? No, extrañamente solo había un guante. Catherine lo miró fascinada. Qué extraño llevar un solo guante. Más extraño aún que se pareciera tanto al que había recogido la noche anterior en el apartamento de la señora Bender. No podía ser más que una coincidencia.

—Alors, demain soir —dijo el dueño del guante con impasibilidad.

—Entendu —murmuró la modista, cerrándole la puerta.

La señorita Cushing se dirigió a la otra habitación, donde Catherine podía oírla regateando el precio de un sombrero antiguo que la modista declaraba que no valía la pena arreglar.

En lugar de acompañarla, Catherine se acercó a la ventana y se quedó mirando hacia el patio. Casi de inmediato vio salir al visitante de Honorine, cruzar los adoquines hacia una puerta enfrente y buscar una llave en su bolsillo. Entonces, justo antes de entrar, se volvió y miró hacia donde ella estaba; la luz del atardecer reveló sus rasgos.

Vio una piel enfermizamente pálida, un pequeño bigote erizado y ojos de un tono rojizo pálido que miraban hacia arriba con una fijeza fría e imperturbable.

Una extraña sensación la recorrió. ¡Lo había visto de nuevo! El merodeador de la acera, el amigo de Jeanne, el visitante nocturno que había dejado caer su guante en la escalera.

¿Quién diablos era ese hombre?

CAPITULO 11

Ignoraba por qué le daba tanta importancia al incidente que acababa de relatar, o por qué, durante los días siguientes, seguía viendo en su mente la piel blanca y apagada y los ojos pálidos y fijos del hombrecito de la calle de Ámsterdam. Una y otra vez la visión regresaba a ella, siempre acompañada de una sensación de desconfianza y una vaga repulsión, similar a la antipatía con la que uno contempla a ciertos especímenes del reino de los reptiles.

En realidad, ahora conocía su nombre y oficio, pues al salir del taller de la sombrerera había leído en su puerta las palabras "A. Blom, Notario". Un notario era probablemente una especie de abogado de poca monta, lo que ofrecía una explicación razonable para la relación del hombre con Jeanne. En Francia, los empleados de las casas acomodadas suelen tener sus propios asesores legales para que los ayuden a invertir sus ahorros. Jeanne, que era el alma de la frugalidad, sin duda estaba guardando cada centavo disponible para su vejez, así que resultaba natural que consultara a un experto en acciones y bonos.

Mientras Catherine meditaba sobre esto, un pensamiento repentino la golpeó: era muy probable que Eduardo hubiera echado el cerrojo a la puerta la otra noche para impedir que ella entrara y encontrara al notario allí. Luego, como el visitante había salido por la entrada privada, olvidaron la precaución hasta que el llamado a la puerta despertó a los ocupantes.

Su posición en la casa era ahora menos desagradable; aunque sentía que aún la consideraban una molestia, imaginaba que los sirvientes habían aceptado su presencia como algo inevitable y estaban haciendo de tripas corazón. Incluso notó una mejoría en su actitud. Eduardo ya no era insolente y Jeanne, aunque distante, se mostraba tan afable como antes. De vez en cuando traicionaba un leve destello de resentimiento, pero la joven estaba dispuesta a pasar por alto esos desplantes.

—¡Pobre criatura deformada! —pensó con compasión—. No es que le agrade yo personalmente; es solo que no quiere compartir el cariño de su señora con nadie. ¡Qué vida tan árida debe haber llevado para estar tan centrada en un solo objetivo!

Parecía, en efecto, que la mujer no tenía más que una pasión: su devoto apego a la señora Bender. Era imposible no admirar el cuidado incansable con que rodeaba a su protegida y su rapidez para anticiparse al más mínimo deseo de la inválida. Rechazaba constantemente las ofertas de ayuda de Catherine y permanecía horas de servicio sin abandonar casi nunca el apartamento. Si por la noche salía un momento, Eduardo ocupaba su puesto en la habitación contigua al dormitorio de la señora Bender y no se movía de allí hasta que ella regresaba.

A diario, Catherine pasaba una hora o dos con su prima, tratando de animarla y, al mismo tiempo, de estudiar su estado; pero después de una semana, estaba tan lejos como siempre de llegar a una conclusión definitiva. Le llamaba la atención, sobre todo, la total falta de confianza en sí misma de la inválida y su nula disposición para afirmar algo con

seguridad, esperando astutamente a ser guiada por las opiniones de quienes la rodeaban. Esto sugería que era dolorosamente consciente de los vacíos en su memoria y que estaba ansiosa por ocultarlos.

El ánimo de la señora Bender variaba de manera alarmante: pasaba de una alegría infantil y febril a períodos de un mal humor imposible de remediar. A veces charlaba con locuacidad, saltando de un tema a otro sin coherencia; otras veces se sentaba durante horas sin abrir los labios. En esas ocasiones, Catherine notaba aquella mirada de terror, pero cada esfuerzo por sondear su causa fracasaba. Todo lo que lograba provocar era un indicio de sospecha hacia ella misma.

Otro detalle desconcertaba a la joven: la extrema disposición de la señora Bender a estar de acuerdo con su doncella en todo, una complacencia llevada al punto en que parecía estar tratando de congraciarse con Jeanne. ¡Absurdo, por supuesto! Sin embargo, así se sentía cuando, una y otra vez, aquella personalidad débil se apoyaba en la fuerte. A veces Catherine se decía que, si Jeanne hubiera declarado que el negro era el blanco, su señora se habría apresurado a confirmarlo. De mala gana, empezó a ver que las teorías de la señorita Cushing tenían fundamento y que, para bien o para mal, su prima estaba bajo la influencia alarmante de la doncella.

—Supongo que es de esperarse dadas las circunstancias —reflexionó—. Mientras no haya daño en ello, no debería importarme.

Sobre este último punto no podía decidirse del todo. Continuaba teniendo una buena opinión de Jeanne, pero a medida que pasaban los días, pequeñas dudas cruzaban su mente como nubes negras. Por perfecta que la mujer se mostrara en su devoción, en otros aspectos no era tan intachable. Se hacía evidente que la casa estaba mal administrada; a la doncella no le importaba lo que sucediera fuera de la habitación de la paciente. Pasó la segunda semana y las sábanas de la cama de Catherine no habían sido cambiadas. Las ventanas necesitaban limpieza en todo el apartamento. La comida era escasa y estaba mal cocinada. Este descuido en el hogar de una mujer rica era imperdonable. A pesar de sí misma, Catherine recordó la acusación de la cantante: Jeanne estaba escatimando gastos para embolsarse el dinero. Debía ser así, pues ¿qué otra razón habría para una economía tan mezquina? Pequeños robos —un término quizás demasiado duro—, pero resultaba desagradable encontrar esa mezquindad unida a una devoción aparentemente sincera.

Mientras tanto, Catherine disfrutaba de París. Presentó sus cartas de recomendación, hizo muchas amistades y salió de compras o a visitar galerías de arte a su antojo. Cada día traía una nueva invitación, de modo que pronto se vio inmersa en una vida alegre y activa. Veía a Geoffrey Macadam cada vez con más frecuencia, y de algún modo era gratificante notar cómo él buscaba su compañía. Sin embargo, aunque llegó a conocerlo extremadamente bien, él mantenía hacia ella una actitud inalterable de seriedad práctica, tan impersonal como la de un hermano.

A veces, su lado femenino se sentía herido por este comportamiento tan poco emocionante, pero pronto llegó a considerarlo como uno de esos seres predestinados al celibato; habiendo resuelto esto a su satisfacción, se sintió todavía más capaz de confiar

en él con libertad. Sin duda había algo sólido y valioso en él que contaba más que las fáciles atracciones de otros hombres, y aunque rara vez le hacía un cumplido y nunca había intentado tomarle la mano, empezó a esperar ansiosamente sus encuentros, segura de encontrar estímulo intelectual y simpatía mutua.

La existencia transcurría plácida, aparentemente serena, pero había una corriente subterránea que mantenía a Catherine inquieta. ¿Estaba imaginando cosas, o era cierto que Jeanne, bajo la cobertura de sus labores incesantes, conducía algún juego secreto para su propio beneficio? No podía estar segura.

Tómese el caso del coche de la señora Bender. No lo había visto ni una sola vez, aunque su prima parecía suponer que estaba siempre a su disposición. ¿Qué había sido de él? Estaba segura de que no se hacía ningún esfuerzo por contratar a otro chofer. Naturalmente, no abordó el tema con Jeanne, pues quería evitar roces a toda costa. En el mejor de los casos, su presencia allí era apenas tolerada, y provocar un antagonismo abierto contra sí misma haría la vida insoportable.

Por la misma razón, guardó silencio cuando descubrió, con una sorpresa que la conmovió, que varias de las mejores habitaciones del apartamento estaban bajo llave. ¿Por qué era así? Acostada en la cama por la noche, se devanaba los sesos sobre esta circunstancia sin llegar a ninguna conclusión. Con una excepción, no tenía más deseo que la curiosidad por penetrar en las partes cerradas del piso; su contenido no le concernía, pero le habría gustado entrar en la galería de arte de la planta baja. Allí estaban colgadas las mejores piezas de la colección de Harry Bender, que incluía ejemplos interesantes de la escuela francesa moderna: varios del grupo de Barbizon, un par de Monets, un buen Cézanne y tres o cuatro Renoirs. En particular, recordaba con placer un pequeño bodegón de manzanas y peras ejecutado por Manet, una joya de la pintura muy apreciada por su difunto primo.

Varias veces estuvo a punto de pedirle la llave a Jeanne, pero siempre algo —el instinto o una premonición— la detenía. Finalmente, ocurrió un incidente que hizo innecesaria la petición.

Al regresar a casa una tarde, vio frente a la entrada privada un lujoso Rolls-Royce estacionado junto a la acera. Por un momento se preguntó si alguien visitaba a la señora Bender, pero no había señal de ningún chofer. Luego notó que el coche era negro, tanto por dentro como por fuera, y comprendió que era el de su anfitriona. ¿Qué hacía allí y quién iba a conducirlo?

Mientras buscaba su llave, la pregunta fue respondida. Eduardo salió apresuradamente llevando un largo paquete cilíndrico envuelto en papel marrón; lanzó a Catherine una mirada sobresaltada y se dirigió directamente al asiento del conductor.

Así que el coche se usaba, ¡pero solo para la comodidad de los sirvientes! Este conocimiento la enfureció, pero apenas lo había asimilado cuando vio frente a ella la puerta de la galería completamente abierta. Entró de inmediato y se quedó mirando a su alrededor con absoluta decepción.

Cada pintura estaba envuelta en una fantasmal muselina, sin una pulgada de marco visible. Las sillas y los sofás también llevaban fundas de lino, e incluso la alfombra —una valiosa Aubusson— estaba oculta por una enorme sábana protectora.

—Qué lástima —murmuró en voz alta.

Le habría gustado quitar las fundas, pero la mayoría de los cuadros colgaban demasiado alto. El pequeño Manet, sin embargo, estaba a su alcance, pues recordaba su posición al final de la habitación.

—Es este, estoy segura —pensó, identificando una forma rectangular—. No hay nada de malo en echar un vistazo —y soltó la cubierta de muselina.

Un grito de consternación escapó de ella. El marco dorado, despojado de su lienzo, la miraba fijamente. Qué cosa tan extraña: desprenderse del cuadro y dejar el marco atrás. Nunca había oído de algo así. Miró fijamente el espacio vacío mientras en su cerebro comenzaba a formarse una desagradable sospecha.

Rápidamente recorrió el resto de las pinturas, palpando los lienzos a través de la tela. Faltaban varios, aunque no podía decir cuáles. Muy extraño. A continuación, con el corazón latiendo rápido, tiró del lino que envolvía los muebles, solo para recibir un nuevo impacto. Cada trozo del tapiz del siglo dieciocho había sido retirado, dejando solo el forro tosco. Por último, levantó una esquina de la sábana bajo sus pies. Como esperaba, no había nada entre ella y el parquet.

Permaneció clavada en el sitio mientras la sangre le zumbaba en los oídos. ¿Quién era responsable de este saqueo? Porque lo era, no le cabía duda. El astuto ocultamiento hablaba por sí solo. Solo la alfombra y los tapices representaban miles de francos, mientras que los cuadros desaparecidos podrían ascender a millones. ¿Habían sido sustraídos y vendidos secretamente?

Un paso ligero bajó las escaleras. Una pausa y, en el umbral, apareció Jeanne con un manajo de llaves en la mano. Sus ojos marrones lanzaron una rápida mirada desde Catherine hasta la funda en el suelo. En su dura mirada, la joven captó la misma expresión que había visto en el espejo semanas atrás: algo hostil. Ahora le pareció que había otra emoción en ellos. ¿Era miedo?

—¿Busca algo la señorita? —preguntó la voz cortante, con un dejo de ironía.

Catherine se armó de valor.

—Sí, Jeanne, buscaba el pequeño Manet. ¿Qué ha sido de él?

La doncella levantó las cejas con pesar.

—Ah, el pequeño Manet. Es triste, ¿verdad? El señor se desprendió de él unas semanas

antes de su muerte. No es de extrañar que le asombre no encontrarlo.

La incredulidad invadió a la joven. ¿El primo Harry desprendiéndose de la joya de su colección? No podía creerlo. Aún recordaba el orgullo con que se lo había mostrado. Mantuvo la mirada fija en el rostro impasible frente a ella.

—¿Por qué dejó el señor el marco vacío? Es muy extraño.

Un encogimiento de hombros respondió, indiferente y frío.

Este fragmento es el punto de no retorno en la relación entre Catherine y Jeanne. La frialdad de la doncella al inventar una historia sobre un "caballero de Sudamérica" es una técnica clásica de manipulación: dar detalles vagos pero exóticos para cerrar la discusión. Además, el uso de las vacaciones como coartada es una jugada maestra para desvincularse del saqueo.

He revisado el texto bajo el estándar de español latinoamericano literario, eliminando por completo los términos en francés y manteniendo la tensión del descubrimiento.

Versión revisada: La coartada de la doncella

—Quién sabe. Tal vez haya sido un capricho. Creo haber escuchado que el cuadro fue adquirido por algún caballero de Sudamérica. Sin duda pagó un buen precio, pero no tengo idea de por qué no se llevó el marco.

—Faltan otros cuadros, así como la alfombra y el tapizado de los muebles. ¿También se vendieron?

—Supongo que sí, al mismo tiempo; sin embargo, como yo estaba de vacaciones, no tengo información al respecto. Partimos inmediatamente hacia Estados Unidos y, cuando regresamos, la señora y yo, la habitación se encontraba tal como la ve ahora.

—Pero la señora, ¿nunca le ha mencionado nada?

—Ah, la pobre señora. No se ocupa de estos asuntos. Dudo incluso que recuerde que fueron vendidos. Nunca me atrevo a hablar de temas que puedan hacerle pensar en su esposo, como bien sabe. —Dirigió una rápida mirada a las paredes y luego se volvió hacia Catherine con aire de cortés despedida—. Y ahora, señorita, si ha terminado, cerraré la habitación con llave. Es lo más seguro, ¿no cree?

Era una respuesta plausible, imposible de refutar; sin embargo, mientras Catherine escuchaba el giro de la llave en la puerta, su instinto le advertía que cada palabra pronunciada con tanta fluidez era una mentira. Los propios sirvientes se habían deshecho de esos cuadros y, probablemente, planeaban vender otros. Un momento antes se había preguntado qué llevaba el mayordomo en aquel paquete de forma tan extraña. Por supuesto: se trataba de un lienzo enrollado.

Las rodillas le temblaban mientras subía las escaleras.

CAPITULO 12

Durante los días siguientes, Catherine se sintió atormentada por su sospecha. En justicia, no podía darle un nombre más fuerte, aunque desde el principio estuvo instintivamente segura de la culpabilidad de los sirvientes. Segura, sí; pero la fría razón le decía que sería difícil de probar. Decir una sola palabra a la inválida podría destrozar los cimientos mismos de su ser y, a excepción de la señora Bender, no había nadie que pudiera estar al tanto de los hechos. Hermione no podía ayudar, ya que en la época en que Jeanne declaró que los cuadros se habían vendido, ella estaba ausente de París. De hecho, era probable que durante el último año ninguna persona ajena hubiera entrado en la galería.

Tras el perturbador descubrimiento, Catherine se encerró en el salón y examinó minuciosamente su contenido. Durante un tiempo no encontró nada faltante, aunque le pareció que las vitrinas contenían menos objetos que antes; pero al fin soltó un grito de triunfo. Una cajita de rapé esmaltada en azul y una miniatura engastada con perlas, que había admirado el día después de su llegada, habían desaparecido. La última pizca de duda se disipó.

Ardía ahora por explorar los dormitorios cerrados con llave, pero eso significaba pedir el manajo de llaves.

¿Qué debía hacer? La pregunta la atormentaba. De nada servía recordarse que la deshonestidad era una cosa y la crueldad con una mujer enferma era otra; que no podía señalar ningún caso de negligencia o falta de consideración hacia Germaine. El hecho crudo la miraba de frente: su prima, indefensa e ignorante del daño, era atendida a todas horas por una ladrona sin escrúpulos. Y no era todo. Por encima del enredo de valores morales, una idea destacaba con claridad: si Jeanne podía mentir sobre una cosa, podía mentir sobre cualquier otra. El pensamiento era alarmante, aunque no extrajo ninguna conclusión directa de él.

Resolvió consultar a Geoffrey. Después de todo, no solo era un verdadero amigo, sino que él y su padre eran los abogados de la señora Bender, así que nadie podía aconsejarla mejor. Iba a verlo el domingo, invitada a su apartamento para conocer a su hermana, que venía de Fontainebleau. Si podía tener un momento a solas con él, le contaría todo el asunto.

Hasta entonces, se vio obligada a seguir como si nada hubiera pasado, aunque hacerlo era cada vez más difícil. Su ojo sensible detectaba una dura rebeldía en la actitud de la sirvienta hacia ella; veía en su cortesía forzada la marca de una neutralidad armada. Ahora desconfiaban de ella; consideraban su presencia como una amenaza para su seguridad. Bueno, que así fuera; no se atreverían a seguir adelante con su robo sistemático. Eso, al menos, era un pensamiento consolador.

Todo este tiempo había supuesto que no solo Jeanne era casi indispensable para la señora Bender, sino que su mano firme y organizadora ejercía una influencia beneficiosa para la inválida. Sin embargo, ahora iba a recibir un segundo impacto que haría naufragar todas

sus creencias anteriores.

A mediados de semana, después de almorzar en el Ritz con unos amigos estadounidenses, regresó y encontró a su prima en uno de sus estados de depresión apática. Generalmente a esa hora estaba sentada en el sillón de orejas con una manta sobre las rodillas, pero hoy estaba en la cama, con el rostro demacrado y ceniciento, manchas violáceas bajo los ojos y un rosario de marfil sostenido sin fuerza entre sus dedos. En el gris crepúsculo de la habitación, parecía un pobre fantasma acosado por el miedo.

—¿Eres tú, Catherine? Pasa, te he estado esperando.

La joven se inclinó para besarla, ofreciéndole el cuenco de violetas que había traído.

—Mira, ¿no están preciosas y frescas? A lo largo de la iglesia de la Magdalena, los puestos de las floristas están maravillosos, una explosión de color. Cómo desearía que pudieras verlos.

—¿Y me has traído estos? Querida, ¡estoy conmovida!

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Los pondré aquí, en la mesita, donde puedas olerlos. Hoy hace calor, un sol espléndido, y los castaños ya están brotando. Ay, querida Germaine, si tan solo pudieras decidirte a salir, ¡no puedo evitar pensar que te haría bien!

Habló impulsivamente, y luego le dolió ver el resultado de sus palabras. La mujer enferma cerró los ojos estremeciéndose, sus rasgos se contrajeron con un espasmo de dolor.

—¡Ah, no! ¡Eso no! —murmuró con verdadera alarma—. ¡Es imposible! No sabes lo que dices.

La historia de Hermione sobre el malhadado paseo en coche pasó por la mente de Catherine. Sin embargo, casi contra su voluntad, se encontró diciendo persuasivamente:

—Pero, querida, debe ser malo para ti permanecer encerrada en esta habitación tan pequeña. No es natural quererlo, ¿sabes?

La mirada huidiza se volvió hacia ella con suspicacia, observándola con una especie de desconfianza dolida.

—¡Tú también! —murmuró la inválida—. Primero Lili, y ahora tú. Jeanne tenía razón. Siempre tiene razón —y negó con la cabeza con un dejo de fatalismo.

Catherine estaba desconcertada, tanto por las palabras en sí como por el aire de reproche que las acompañaba; pero antes de que pudiera pensar en una respuesta, la doncella entró con una bandeja que contenía té y una pequeña jarra de chocolate para su señora.

—Serviré yo, Jeanne —exclamó la joven, agradecida por la distracción—. Ponlo aquí, en la mesa.

La mujer obedeció, retiró las violetas a las que lanzó una breve y despectiva mirada, y luego se quedó cerca, innecesariamente oficiosa, arreglando las almohadas y colocando las tazas. A Catherine le pareció que no quería dejarla sola con la paciente, pero finalmente se enderezó y se quedó como esperando órdenes.

—Puedes dejarnos, Jeanne —sugirió la inválida tímidamente—. Quizás, como hace buen día, quieras salir un rato.

Para sorpresa de Catherine, la mujer asintió.

—Como la señora desee. Puesto que la señorita va a quedarse, aprovecharé esta oportunidad para tomar un poco de aire.

Por un segundo, sus ojos se posaron directamente en el rostro de Catherine, con una mirada que ella interpretó como una mezcla de especulación y desafío. Luego se retiró, y poco después un paso enérgico por el pasillo indicó a las dos oyentes que se había ido.

Catherine se sintió más cómoda y creyó que su acompañante compartía esa sensación; pero al poco tiempo le dolió ver que la taza de chocolate quedaba sin probar. Los ojos de su prima estaban fijos, sin expresión, en la ventana, a través de cuyas cortinas blancas se vislumbraban débilmente los dos barrotes de hierro de los que Jeanne había hablado. Se preguntó en qué pensaba la pobre mujer al ver esos brutales recordatorios de su pasada locura, y si la vista de ellos la atormentaba. Nunca los había mencionado, pero ahí estaban, mirándola de frente: una prueba, incluso si había olvidado el episodio, de que no se podía confiar en ella.

—Estás muy callada hoy, Germaine —comentó Catherine con ligereza—. ¿Te preocupa algo?

Un suspiro tembloroso fue la respuesta. La mano blanca se presionó contra los ojos atormentados como para apartar fantasías perturbadoras.

—No lo sé... no lo sé —murmuró la triste voz con un dejo de irritabilidad—. Todo está tan confuso. Mi memoria, ya sabes. Las cosas se me escapan y nunca puedo distinguir lo que ha sucedido de lo que yo... me he imaginado. Me asusta. Ya no sé qué creer.

Catherine sintió que la invadía una oleada de intensa piedad. Habría dado mucho por poder ayudar a la pobre criatura cavilosa, pero ¿qué podía uno hacer o decir para tranquilizarla?

—Tu chocolate se está enfriando. Déjame servirte un poco más —le suplicó con suavidad—. En cuanto a olvidar cosas, si yo fuera tú, ¡no le daría importancia! La memoria es, en gran medida, una cuestión de salud.

—Ah, solo dices eso para consolarme. Lo sé, es mucho más grave de lo que crees. Hay cosas que podría contarte, cosas horribles, como pesadillas. ¡Si supieras siquiera la mitad de lo que pasa aquí! —y se tocó la frente con un gesto de angustia—. A veces yo... pero no —se detuvo rápidamente—, hago mal en hablar de ello. Estoy olvidando otra vez. Jeanne dice que no debo mencionarlas a nadie, o si no... —Se detuvo de nuevo, apretando los labios con una expresión de asustado secretismo.

¡Cosas como pesadillas! Por fin una referencia a los delirios que tanto Jeanne como el médico habían mencionado. Era la primera vez que Germaine hablaba de ellos, pero el terror reprimido en su actitud mostraba la agudeza de su sufrimiento mental.

—No sé de qué hablas, Germaine —declaró Catherine con firmeza—, pero estoy segura de que todo se debe a los nervios alterados. Recuerda el golpe que sufriste.

—¿Te refieres a mi accidente? —Las delgadas manos temblaron espasmódicamente—. Ah, si pudiera creer que se debió a eso. Pero no, lo que digo empezó mucho después. ¡Mucho después! Eso es lo que tanto me aterra.

Catherine atrapó las manos temblorosas entre las suyas con una presión firme.

—Tonterías, querida. Todo está bien. Pero ya que estás tan preocupada, ¿por qué no llamamos a otro médico? Alguien que se especialice en casos nerviosos. ¿No sería una buena idea?

Enseguida se dio cuenta de su error. Con un movimiento violento, la inválida se apartó de ella, escondiendo el rostro entre las almohadas.

—¡Ah, eso no, eso no! —susurró en un suplicante llamado—. Catherine, si me quieres, nunca llames a un especialista. ¡Te lo suplico!

No había nada que hacer más que calmarla y persuadirla para que volviera a un estado tranquilo. Por fin se recostó con los ojos cerrados. Al ver esto, Catherine renunció al intento de conversar y la dejó descansar, agradecida de que el momento de pánico hubiera pasado.

La luz se había desvanecido casi por completo. Catherine permaneció sentada, absorta en sus pensamientos, creyendo que su prima había caído en una modorra, aunque en la sombra de las cortinas de la cama era difícil saberlo. No se oía nada más que el leve tictac del pequeño reloj de Carey sobre la cómoda y el ocasional bocinazo de un automóvil desde la avenida.

De repente, una de las cortinas junto a ella se movió ligeramente. La miró pensando que el movimiento provenía de una corriente de aire, pero no; las otras cortinas colgaban quietas e inmóviles. La vibración continuó y un pequeño ruido de roce llegó a sus oídos. ¿Qué podía ser? Permaneció inmóvil, conteniendo la respiración, hasta distinguir una pequeña y oscura forma que se arrastraba sigilosamente por la blanca franja de tela desde

el suelo. ¡Seguramente ella misma estaba imaginando cosas!

Miró con más intensidad. ¡Cielos, era un ratón!

Subía a tirones, con sus ojos brillantes como joyas y su larga cola deslizándose detrás como un hilo oscuro. Debía haberse aventurado en busca de comida, atraído por las migas de pastel. ¡Pero qué atrevido, habiendo gente cerca! A la joven le vino la idea de que el animal estaba pisando terreno familiar.

Fascinada, contuvo el impulso de sacudírselo para no alarmar a la mujer dormida. Ahora el animal había llegado a la superficie de la cama y, con patitas titilantes, deteniéndose y levantando las orejas para escuchar, avanzaba confiadamente sobre la figura postrada. Catherine aún no hizo nada. Recordó el fragmento de conversación ininteligible que había oído aquella primera mañana entre el médico y Jeanne. Volvió a oír la voz grave que decía en francés: -¿Está segura de que no hay ratones por allí?.

¿Estaba Germaine dormida? Inclinandose en silencio hacia adelante, dirigió una mirada furtiva al rostro en penumbra. Para su asombro, vio que los ojos estaban completamente abiertos, fijos con horror y repulsión en la figura que se movía, mientras en la frente destacaban grandes gotas de sudor.

Catherine se puso de pie de un salto, haciendo tambalear la mesita del té. El ratón desapareció con la rapidez de un rayo.

—Vaya, Germaine, ¿lo has visto? Un ratón estaba corriendo sobre tu cama. No te asustes, ya se ha ido.

Corrió hacia el interruptor de la pared y encendió la luz.

—Qué criatura tan insolente —exclamó, riendo—. ¿Te ha asustado?

Entonces, para su total consternación, vio a la pobre inválida sentada completamente erguida, con lágrimas corriendo por sus mejillas y las manos juntas.

—¡Catherine, Catherine! ¿Tú también lo has visto? ¿Era real? ¡Dios mío, Dios mío! ¡Y yo que pensaba que era producto de mi imaginación!

Mientras viviera, Catherine nunca olvidaría el alivio angustiado de aquel grito, arrancado de lo más profundo del alma de la francesa.

CAPITULO 13

Al momento siguiente, Catherine estaba de rodillas junto a la cama, rodeando con sus brazos aquella figura temblorosa.

—¡Pero claro que fue real! —declaró con energía—. Te digo que lo vi trepar por las cortinas y no me atreví a hablar por miedo a despertarte. Mira, ya se fue. Pondremos una trampa y lo atraparemos. ¡Te prometo que no lo volverás a ver!

La mujer, fuera de sí, se aferró a ella llorando histéricamente.

—Siempre viene... una y otra vez. Se lo he dicho, pero ella no puede, no quiere creerme. Al final me dio miedo decir nada, porque... ¡porque es tan evidente lo que ella piensa!

La comprensión inundó los rincones oscuros de la mente de Catherine. Esto era, entonces, una de las "delirios" de Germaine: ¡ratones corriendo libremente por su cama mientras su pobre cerebro confundido luchaba por negar la evidencia de sus sentidos! ¿Qué increíble negligencia revelaba esto? ¿Qué negativa deliberada a enfrentar los hechos? ¿O había alguna explicación mucho peor?

Por un segundo, pareció como si se hubiera levantado un telón, dejando ver un plan monstruoso para sembrar dudas sobre la cordura de la inválida. Este era solo un ejemplo; podría haber otros. ¿Y si se estaba llevando a cabo un intento organizado para derribar el frágil equilibrio de la razón de esta pobre mujer? Al instante, el sentido común la hizo reaccionar. La idea era demasiado fantástica. Descuido, sí, y una estupidez inconcebible, pero seguramente nada más grave.

Aun así, los hechos conocidos eran lo bastante malos y debían atenderse de inmediato. Mientras traía sales y agua de colonia, charlando ligeramente y tratando todo el asunto como una broma, su mente planeaba un ataque sorpresa contra la culpable, que estaba por volver. Ya era hora de que alguien tomara cartas en el asunto, pero al pensar en enfrentar a Jeanne, temblaba por dentro.

Poco después, se las ingenió para levantar el faldón de la cama sin ser vista y observar el suelo. Lo que vio la llenó de una indignación justificada. Ahora ya no tenía miedo. Diez minutos más tarde, se escuchó un paso apresurado y la figura familiar apareció en la puerta.

—¿La señora está cómoda? ¿No ha necesitado nada?

La inválida esbozó una sonrisa trémula.

—¡No, no, Jeanne! No te he necesitado —se apresuró a declarar.

Las fosas nasales de la sirvienta se dilataron al percibir el olor del agua de colonia. Luego volvió al vestidor para quitarse el abrigo. Sin hacer caso a la mano suplicante que se

extendía para detenerla, Catherine entró directo a la habitación contigua y cerró la puerta.

—Jeanne —dijo abruptamente—, hay ratones en el cuarto de la señora. Hay que hacer algo al respecto de inmediato.

La mujer se dio la vuelta mientras se quitaba el sombrero. Sus ojos ardían con una repentina molestia.

—¿Ratones? —repitió secamente—. ¡Imposible! La señora le ha estado contando esa historia.

—En absoluto —replicó Catherine—. Yo misma acabo de ver un ratón trepando por la cama de la señora. No hay ninguna duda.

Durante varios segundos, las dos se miraron fijamente. Luego, con el rostro duro como el hierro, Jeanne se dio la vuelta deliberadamente y colgó su abrigo en un perchero. Se quedó en silencio tanto tiempo que Catherine llegó a pensar que no respondería. Comenzó a quitarse de nuevo su sombrero oscuro y redondo; luego, cambiando de opinión, se lo dejó puesto. Cuando finalmente habló, lo hizo con gran contención.

—La señorita me perdonará si me resulta difícil creerle. En todos los años que he vivido en este apartamento, jamás he visto un ratón.

—Siento que piense que miento —respondió la joven con aspereza—. En cualquier caso, insisto en que ponga una trampa en un lugar que le mostraré. La señora está aterrorizada, casi perdiendo el juicio.

La mujer le lanzó una mirada llena de odio y desprecio. Si estaba intimidada, no dio muestras de ello.

—¡Jamás! —oyó Catherine que murmuraba entre dientes—. ¡Jamás! No puedo imaginar qué pretende usted insinuar.

—Simplemente esto, Jeanne: es evidente que esa habitación no se ha limpiado adecuadamente en semanas, quizá meses. Quiero que venga ahora mismo y mire debajo de la cama. Ha habido algo pegajoso allí, y los ratones han roído la alfombra hasta dejarla pelada en algunas partes.

El rostro cetrino de la mujer se hinchó hasta que sus ojos quedaron reducidos a dos puntos. En los pómulos le aparecieron manchas de un rojo encendido.

—Venga, por favor, y deje que le muestre a qué me refiero —dijo Catherine, sosteniendo la puerta abierta.

Tras una breve vacilación, y todavía con el sombrero puesto, la mujer obedeció. Se agachó para examinar el lugar que Catherine indicaba y se enderezó con los rasgos fijos en una máscara de rebeldía.

—No veo más que unas gotas de medicina derramada. La señora misma sabe de quién es la culpa de que nadie más que yo tenga permitido limpiar su cuarto. Soy una esclava de la mañana a la noche; cuando me acuesto, suelo estar demasiado cansada para dormir. ¡Soy un ser humano, no una máquina! Ninguna otra persona haría por la señora lo que yo hago; pero si no se aprecian mis esfuerzos, si se me va a criticar y a pedir cuentas por nimiedades, es hora de dejarlo. ¡Es evidente que la señorita vino aquí con el propósito de poner a su prima en mi contra!

—Nada de eso, Jeanne. Solo quiero que retire lo que sea que esté atrayendo a los ratones. Eso es todo.

Si Catherine habló con suavidad, fue para no alterar a Germaine, cuyo rostro pálido temblaba de angustia. Nada se ganaba contradiciendo a la sirvienta, aunque lo que el faldón ocultaba no era medicina, sino restos de comida. Incluso había detectado el olor a queso.

Una hora después, Catherine estaba sentada en el estudio, intentando pensar con calma. Si bien era difícil concebir que una sirvienta bien entrenada dejara sobras de comida en el suelo, resultaba igual de increíble que aquello se hubiera hecho a propósito. ¿Qué debía creer? Solo una cosa era segura: había perdido por completo la fe en Jeanne, a quien ahora consideraba una influencia negativa, si no peligrosa, para Germaine. Podía ser devota, pero aun así estaba socavando la confianza de la inválida en sí misma, fomentando, ya fuera por ignorancia o por diseño, el miedo de la pobre criatura a una locura inminente. En estas condiciones, era más que inútil intentar que la paciente recuperara la salud.

—¡De un modo u otro, hay que deshacerse de ella! —se dijo, todavía agitada por la indignación—. Quizás este asunto abra el camino. ¡Una ladrona y, además, incompetente!

No podía evitar sentirse un poco ganadora después de la escena anterior. Tras lo ocurrido, Jeanne tendría que corregir su conducta o irse de la casa. Catherine esperaba que fuera lo segundo. Sin embargo, todavía tenía mucho que aprender, como aquella misma noche se encargaría de demostrarle.

En la solemne elegancia del comedor, cenó sola. Miró a su alrededor con curiosidad, observando los tres cuadros valiosos en las paredes y los altos candelabros dorados que alguna vez habían pertenecido a un palacio. Eran más objetos fáciles de vender por dinero. ¿Estarían los sirvientes, a quienes ahora consideraba unos delincuentes, simplemente esperando a que ella se fuera para robarse esos tesoros? Bueno, esperarían en vano. Su intención era detenerlos en ese o cualquier otro plan que estuvieran armando.

De repente, sus pensamientos se desviaron hacia el pequeño notario, A. Blom. ¿Y si estuviera aliado con la pareja para ayudarlos a deshacerse del botín? Su visita de hace tres semanas podría haber sido para tasar los objetos y, posiblemente, llevarse algo. Las reuniones secretas de Jeanne con aquel hombre cobraron un nuevo sentido. Se preguntó si habría forma de descubrir la verdad.

Normalmente, las noches que pasaba en casa, Jeanne la llamaba cuando la señora Bender estaba lista para dormir para que pudiera despedirse. Sin embargo, pasó la hora y no recibió ningún aviso. No le sorprendió, pues la relación entre ambas era muy tensa; pero cuando dieron las diez y seguía sin noticias, dejó su libro y fue al dormitorio de su prima. La puerta estaba cerrada, pero del otro lado se oía un llanto desesperado.

Se detuvo muy preocupada, pensando que los sollozos eran de Germaine; pero al escuchar un momento, se dio cuenta de que era la propia Jeanne quien lloraba de forma violenta. No esperaba eso. Un segundo después le llegaron palabras llenas de reclamos.

—¡No, señora, es inútil! Todo terminó. Le juro que me voy ahora mismo; haré las maletas esta noche y me iré muy temprano. Nada puede detenerme. Eduardo también se irá. Usted se quedará totalmente sola para enfrentarse a los médicos, las enfermeras y los enemigos extraños que se aprovecharán de usted. He hecho todo lo que he podido; pero si usted desconfía de mí, mi tiempo aquí se acabó. ¡Tengo que pensar en mi futuro! ¡No soporto que se organicen intrigas a mis espaldas por personas que solo buscan su propio interés!

Catherine contuvo el aliento, horrorizada por aquel huracán de lágrimas y acusaciones. Entre los gritos, escuchó un lamento desesperado que le partió el corazón.

—¡Jeanne, querida Jeanne, no digas eso! ¿Acaso he dudado de ti? ¡Es cruel que me atormentes así!

La débil protesta se perdió en un nuevo estallido de llanto.

—¿Cruel? ¡La cruel es usted! ¡Me acusa de descuidada a mí, que he dado quince años de mi vida a su servicio! ¡Es demasiado! ¿Cómo podía saber que eso era cierto, si usted ve y oye a diario cosas que no existen? Incluso ahora me cuesta creerlo. No, lo veo claro: ya no me necesitan y me van a tirar como a un zapato viejo. ¡Basta! Me voy mañana para dejarle el lugar a gente que solo la verá como una enferma mental. Pero si cuando yo no esté deciden encerrarla en un manicomio...

—¡Jeanne, no puedes, no debes dejarme! ¡Te lo ruego, escúchame!

—¡No la voy a escuchar! Me voy a casa de mi hermano a tomar el descanso que he necesitado todo este año. Entonces se dará cuenta de lo que he hecho por usted y de cómo la he protegido. ¡Ya lo verá, ya lo verá!

Incapaz de aguantar más, Catherine entró de golpe en la habitación.

—Jeanne, ¿qué significa esto? —exigió en un susurro firme.

Rápida como un rayo, la mujer se dio la vuelta y la señaló con el dedo en una acusación venenosa. Todavía tenía puesto el sombrero, y su rostro estaba hinchado y lleno de lágrimas.

—¡Ahí la tiene! —gritó con voz ronca—. ¡Mire a la que dice ser su amiga! ¿Por qué está aquí si no es para aprovecharse de su debilidad? ¿De verdad cree que esta joven estadounidense cruzó el océano por amor a una mujer enferma? ¡Pregúntele qué espera ganar con esto! ¡Pregúntele si no está esperando a que usted muera para quedarse con su fortuna!

El ataque tan descarado dejó a la joven sin palabras. Solo pudo mirar mientras los insultos continuaban.

—¡Los amigos de la señora! —siguió la mujer con desprecio—. ¿Quiénes son? No conozco a nadie más que a la señorita Cushing y a la señorita West, ¡y las dos están en la miseria! ¿Por qué vienen aquí? ¿Por qué la cantante gorda le insiste tanto en que haga su testamento? Usted está loca si no ve las intenciones de esta gente. Siempre hablando del testamento por miedo a que usted muera y las deje sin un centavo. Dígame, ¿acaso yo he esperado que me deje una sola moneda? ¿Me llevo algo más de lo que traje? ¡No, nunca! Usted está echando a la única persona que ha intentado protegerla de estas envidiosas...

—¡Basta! ¡Mire, Jeanne, lo que ha provocado!

La figura en la cama se había desplomado. La señora Bender se había desmayado.

En ese instante ocurrió un milagro. Jeanne cambió su actitud por completo: desapareció cualquier rastro de histeria. Lanzó una mirada fría y calculadora al rostro pálido de su señora, fue a un pequeño mueble de medicinas, sacó un frasco y sirvió unas gotas en un vaso. Catherine observó aquellos movimientos rápidos y eficientes con asombro; la vio levantar el cuerpo inerte, diciéndole: "¡Beba esto, señora!" con total calma.

Catherine notó que el frasco decía "Digitalis".

Al segundo siguiente, la señora Bender abrió los ojos con un suspiro tembloroso. Con un gesto de satisfacción, Jeanne se dio la vuelta para enfrentar a la joven, que seguía paralizada.

—Y ahora, señorita —dijo con voz plana—, será mejor que deje a la señora conmigo.

CAPITULO 14

—Pero en realidad no temes nada, ¿verdad? ¿No crees que la señora Bender esté peor por lo que acabas de contarme?

Geoffrey se esforzaba por leer los pensamientos de Catherine. ¿Le ocultaba algo? Le parecía que estaba más preocupada de lo que quería admitir, pero no lograba dar con la causa de su ansiedad.

Era tarde el domingo; el aire era suave con el inicio de la primavera, y el Barrio Latino llenaba las aceras. La gente se demoraba en las mesas frente a los cafés, bebiendo algo. Por todas partes había floristas cargadas de tulipanes y narcisos, mientras que en las esquinas los vendedores de globos exhibían sus enormes racimos de colores. Todo tenía ese aire de fiesta que París sabe lograr tan bien.

Catherine y Geoffrey caminaron sin rumbo hacia la avenida de castaños en flor que conduce a los Jardines de Luxemburgo. Ahora que estaban solos, la joven se apresuró a contarle lo ocurrido la semana pasada, encontrando alivio al desahogarse. Sin embargo, su acompañante, a pesar de ser amable, no parecía tomar la situación tan en serio como ella, lo cual quedó claro con su última pregunta. Ella se mordió el labio y pensó unos segundos antes de responder.

—No sé qué decir. En apariencia, las cosas siguen como siempre. La señora Bender estuvo en cama dos días, justo el tiempo que esa mujer mantuvo su promesa de irse; pero en cuanto Jeanne cedió y dijo que se quedaba, mi prima se recuperó. Ahora está igual que antes.

—¿Crees que esa mujer tenía realmente la intención de irse?

—¡Ni por un momento! Estoy segura de que fue solo un engaño, pero funcionó. Tiene a su señora exactamente donde quiere, más que nunca bajo su control. ¡Fui muy ciega al no verlo antes! Hermione tenía razón. Es aterrador pensar que un ser humano pueda estar tan dominado por otro.

Él miró los castaños frente a ellos antes de hablar.

—Me pregunto si serviría de algo intentar convencerla de que entre en una clínica. Estaría mejor con cuidados de especialistas.

—¡Claro! Lo he pensado desde el principio. Pero es muy difícil, como me dijo el médico. Ella tiene un miedo terrible a que la encierren, y si se le lleva la contraria, no se sabe qué podría pasar. Empiezo a ver que esa es la raíz de su miedo a perder a Jeanne, quien probablemente la asusta con historias sobre los asilos franceses.

—¿Así que ella cree que Jeanne es la única que la protege de un sanatorio?

—Exactamente. ¡Te digo que esa mujer es muy astuta! Ya sea por egoísmo o por algún otro motivo, le ha hecho creer a Germaine que nadie más que ella es capaz de cuidarla con sinceridad. Todos los demás somos enemigos, incluso yo.

Sus mejillas se sonrojaron y tenía lágrimas en los ojos. Él podía ver lo herida que estaba.

—¡Eso es absurdo! —exclamó él con fuerza.

—Absurdo o no, ¡es verdad! No soporto hablar de eso. Desde esa tarde he notado un cambio en Germaine hacia mí. Hay una barrera entre nosotras, ya no es sincera, y sé muy bien que es por esas acusaciones que Jeanne hizo en mi contra. Ella cree —¡es vergonzoso!— que me quedo allí solo por lo que espero heredar.

—¿No puedes hacerle ver que todo eso es falso?

—¿Cómo? Si me defiendo, parece que estoy admitiendo que el tema me importa. No es que ella diga algo de frente, es solo un reproche sutil en su actitud. No, no hay nada que pueda hacer.

—Excepto —sugirió él— irte de allí por completo.

Ella lo miró un momento y luego negó con la cabeza.

—No puedo hacer eso —respondió con firmeza—. Me gustaría, pero no me atrevo.

—¿Por qué? —exigió él—. No es como si pudieras ayudar mucho quedándote. ¿Qué puedes hacer?

—Alguien debe estar allí —respondió ella con terquedad—, aunque sea para vigilar a esos sirvientes. ¡Está tan sola! Incluso ahora se niega a ver a Hermione, otro resultado del trabajo de Jeanne. Si me voy, quedará aislada del mundo.

Él asintió pensando.

—Entiendo tu punto de vista —dijo—. Pero no puedes estar con ella mucho tiempo. ¿Qué pasará con tu viaje a Italia?

—Eso está cancelado. Ya escribí para decir que no iré. Es una lástima, pero no hay de otra.

Él se detuvo en seco, asombrado.

—¿De verdad es necesario sacrificarte así?

—No lo sé. ¡Espero que sirva de algo! Siento que debo arreglar las cosas para Germaine antes de irme. Quizá pienses que soy tonta, pero creo que tú harías lo mismo en mi lugar.

Él no dijo nada más. Secretamente se alegraba de saber que no iba a perderla en pocas semanas. El futuro, de repente, parecía mucho mejor.

En silencio, cruzaron las rejas de hierro y entraron en los jardines. Frente a ellos estaba el palacio y la fuente brillando al sol, con niños jugando alrededor. Cerca de una estatua encontraron un banco y retomaron la charla.

—Ahora, sobre el tema de los robos —dijo Geoffrey, ofreciéndole un cigarrillo—. No digo que te equivoques, pero es posible que el señor Bender vendiera algunas cosas antes de morir. Me parece que para esos sirvientes vender algo tan famoso como un Manet sería un riesgo enorme.

—¿Ah, sí? —respondió ella—. No estoy tan segura. Si yo no hubiera aparecido, ¿quién se habría dado cuenta?

Él tuvo que admitir que ella tenía razón.

—Supongo que son unos delincuentes —dijo él—. En cuanto me dijiste que estaban recortando los gastos de la casa, sospeché. ¿Dices que nadie visita el apartamento?

—Nadie, excepto ese hombre horrible del que te hablé, el notario Blom. Supongo que es el abogado de Jeanne, pero no me da confianza. No puedo evitar pensar que está metido en esto. Fui a una sombrerería solo para investigar sobre él, pero no lo he vuelto a ver.

Geoffrey siguió con su propio hilo de pensamiento.

—Claro, las pinturas valdrían fortunas, incluso vendidas a través de un reductor.

—¿Un reductor? ¿Qué es eso?

—Alguien que recibe y vende objetos robados. Naturalmente, esas ventas no podrían hacerse de forma legal.

Ella hizo un gesto de emoción.

—¡El pequeño notario! —exclamó ella—. Quizá eso es lo que es: un receptor de objetos robados. ¿Lo habías pensado?

—¡Por Júpiter, puede que tengas razón! Es una idea excelente. Me pregunto si podremos averiguarlo.

Geoffrey meditó sobre la idea, inclinándose hacia adelante y observando las piedras bajo sus pies con mucha atención. Poco después, sin mirarla, volvió a hablar:

—Cuando dijiste hace un momento que querías quedarte allí para vigilar a los sirvientes, ¿tenías algo en mente además de que puedan ser deshonestos?

Ella se sorprendió un poco, dejando de mirar las estatuas para observar la avenida llena de hojas que se extendía detrás de ellos.

—Nada concreto —respondió de mala gana—. Después de todo, robar ya es bastante malo. No, no sé si hay algo más.

Él observó la punta de su cigarrillo.

—Sin embargo, estás nerviosa por algo. ¿Tengo razón?

¡Qué observador era! Ella había intentado ocultarle su secreto, pero él lo había adivinado a pesar de sus esfuerzos.

—Es solo una corazonada —admitió con culpa—. No puedo explicarlo. ¿Crees que soy muy tonta?

Confesarlo le trajo alivio. Desde el miércoles había luchado con un miedo sin nombre, vago pero lo suficientemente fuerte como para explicar su decisión de cancelar el viaje a Italia. La había perseguido la sensación de un desastre inminente, algo oscuro que requeriría todo su ingenio para evitarlo.

En lugar de responder, él hizo otra pregunta:

—¿Sabes si esa empleada está tratando de convencer a su señora de que haga un testamento?

—Es curioso que lo menciones —respondió ella, sorprendida—. En realidad, no ha hecho nada parecido. Fue precisamente el argumento que usó para demostrarle a Germaine que no tenía intereses económicos. Lo presumió como un triunfo.

—¡Ah! —exclamó él con satisfacción—. ¡Eso es bueno!

—¿Por qué? —preguntó ella, confundida.

—Sencillo: si lo que dice es cierto, entonces no puede haber ningún peligro real que amenace la vida de tu prima. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—No del todo.

—Lo diré más claro. A menos que podamos demostrar que esa mujer busca un testamento a su favor, está claro que tiene todo que perder y nada que ganar con la muerte de su señora. En resumen, le conviene cuidar lo mejor posible a la señora Bender, sabiendo que puede beneficiarse mientras ella esté viva, pero no después.

—¡Claro! —exclamó ella—. ¡Qué torpe soy!

Un gran peso se quitó de su corazón. ¿Por qué había ignorado ese punto de vista tan

razonable? Ahora comprendía la naturaleza de su angustia reciente.

—De hecho —continuó él—, me atrevería a decir que cuanto más seguros estemos de que los sirvientes le están robando a su señora, mejor garantía tenemos de que no le harán daño físico. Pero eso no significa que podamos permitir que sigan robando. Debemos encontrar pruebas y despedirlos. Será difícil, ya que no podemos esperar ayuda de la señora Bender.

—Ella no creerá nada malo de Jeanne, y uno ni siquiera se atreve a preguntarle por los cuadros; cualquier recuerdo de su esposo la altera muchísimo. Además, ya no piensa por sí misma; solo repite lo que dice Jeanne.

—Bueno, debemos hacer lo que podamos sin ella. Hay otro asunto: mientras yo estaba de viaje, la empleada fue a la oficina para pedir un duplicado de la llave de la caja de seguridad de la señora Bender. No sé si hay algo malo en ello, pero podrías intentar averiguar si tu prima tiene esa llave.

Catherine abrió mucho los ojos con una nueva sospecha.

—¿La caja de seguridad? Ahí es donde Germaine guarda sus perlas y casi todas sus joyas. ¡Oh! ¿Crees que Jeanne tiene planes para eso también?

Él se rió.

—Incluso si los tuviera, no te preocupes. Los bancos son muy cuidadosos.

—Aun así, no me gusta nada. ¡Pobre Hermione! Está muy deprimida, y Jeanne también es responsable de eso; ha logrado aislar a la señora Bender de su única amiga de verdad. ¡Cielos! ¿Son casi las siete? ¡Tengo que volar!

—Te llevo, si me lo permites. Voy para ese lado de todas formas —mintió él con alegría.

—Si estás totalmente seguro... —aceptó ella con duda.

El pulso de Geoffrey se aceleró al creer ver un brillo de gusto en los ojos de ella. ¿Era posible que ella también se alegrara de retrasar el momento de despedirse?

En la esquina del bulevar tomaron un taxi abierto y, al momento siguiente, corrían hacia el río con la brisa en la cara. Catherine parecía más feliz ahora. El color volvía a sus mejillas y sus ojos ya no tenían esa mirada asustada de antes. Geoffrey la observaba con admiración, disfrutando de su estilo y su elegancia.

—¿Te gustó mi hermana? —preguntó él de repente.

Ella se sorprendió por la pregunta tan directa.

—¡Ay, muchísimo! Se parece bastante a ti, ¿no crees? —añadió con inocencia, y luego se

sonrojó más.

—Quería que se conocieran —dijo él lentamente, y se quedó pensando—. Espero que vayas a verla a Fontainebleau cuando te invite. Te gustará mi cuñado, es grabador. Un tipo raro, pero buena gente.

—Me encantaría ir —dijo ella con dudas—. Quizá un poco más adelante. Ahora mismo no quiero dejar sola a Germaine.

—¡Qué tontería! ¡No puedes quedarte atada a ella el resto de tu vida!

Ella se rió por el tono impaciente de él.

—Sé que piensas que soy exagerada. No importa, tengo un plan que puede ayudar a arreglar las cosas. No me preguntes todavía qué es, puede que no funcione —y le sonrió de forma encantadora.

En el trayecto quedaron atrapados en un embotellamiento. Ya estaba anocheciendo y la ciudad brillaba con luces. De repente, Catherine soltó un grito ahogado.

—¡Mira! —susurró, agarrando el brazo de su acompañante—. Ahí está Eduardo conduciendo el coche de la señora Bender. ¿Y ves al hombre que va con él? ¡Es el individuo del que te hablé!

Siguiendo su mirada, Geoffrey vio un Rolls-Royce negro. En el asiento delantero iba sentado el portugués, con su rostro hosco iluminado por una farola. Las facciones del hombre a su lado estaban ocultas por un sombrero de ala ancha, pero cuando el taxi avanzó unos metros, pudieron ver su perfil.

Geoffrey soltó una exclamación asombrada.

—¡Por Júpiter, conozco a ese tipo! Al menos lo he visto antes...

—¿Dónde? ¿Quién es? —preguntó la joven con ansiedad.

Él pensó intensamente, pero luego negó con la cabeza, molesto consigo mismo.

—Ese es el problema. ¡Que me cuelguen si lo sé! —admitió.

CAPITULO 15

Toda esa noche, Geoffrey se rompió la cabeza tratando de recordar dónde se había cruzado con el acompañante del mayordomo. Quizás no fuera algo especial, pero si Catherine tenía razón, cualquier dato sobre el notario podría ser útil. Sin embargo, por más que lo intentó, no logró recordar aquel encuentro y se fue a dormir muy molesto.

A la mañana siguiente, en cuanto entró a la oficina, lo recordó de golpe. ¡Había sido allí mismo! El hombre había estado de pie junto a la mesa, callado y con aire de ocultar algo, esperando una cita. Recordó su palidez enfermiza y sus ojos irritados; uno de ellos tenía una mancha extraña que se le había quedado grabada.

En cuanto revisó su correspondencia, Geoffrey llamó a su despacho a uno de sus asistentes, un joven llamado Ballou.

—Guy —dijo—, ¿conoces por casualidad a un notario llamado A. Blom, que vive en la calle Ámsterdam?

El empleado, un joven francés elegante y orgulloso de su inglés, pensó con cuidado.

—¿Blom? —repitió, muy atento—. No, señor, creo que no. ¿Dice que es notario? —su tono era algo superior—. No suelo tratar con gente de ese nivel, señor.

—Vino aquí por negocios hace un par de meses. Un hombre pequeño, de piel amarillenta, con algo raro en un ojo. Me gustaría saber qué quería.

El joven volvió a reflexionar mientras se pasaba la mano por su cabello engominado.

—Preguntaré, señor. Quizás alguno de los otros sepa algo.

Diez minutos después, el joven regresó para informar que nadie sabía nada.

—Nadie lo conoce, señor. El señor Howard, que está enfermo, podría saber algo, ¿quiere que lo contacte?

—No hace falta. En cambio, quiero que vayas a la calle Ámsterdam y veas qué puedes averiguar con la encargada del edificio. Te diré algo: tengo razones para creer que Blom está metido en la venta de arte robado. Pero que no se te escape ni una palabra de esto.

—Entendido, señor, cuente conmigo —y con aire de aventura, Ballou partió a cumplir su misión.

Geoffrey volvió a su trabajo, pero entre los documentos y trámites legales aparecía siempre el rostro preocupado de Catherine. No podía olvidar su mirada del día anterior, ni la convicción de que ella vivía con un miedo constante. Tenía que hacer algo para tranquilizarla, y esta investigación sobre Blom era lo único que se le ocurría por ahora.

En cuanto a la señora Bender, la verdad es que no le preocupaba demasiado.

—Es un asunto feo —pensó, encendiendo un cigarrillo—. Ella parece estar totalmente bajo el control de esa mujer, pero no veo motivos para alarmarse. No hay una razón lógica... Dejar que la pobre mujer muera sería como matar a la gallina de los huevos de oro, y esos sirvientes son demasiado astutos para eso. No, seguirán con el juego mientras puedan, sabiendo que si ella muere no obtendrán nada más que una pequeña herencia. Sin embargo, entiendo por qué se pusieron furiosos cuando apareció Catherine. No quieren que nadie vigile sus movimientos. Daría lo que fuera por ver la cuenta de banco de la señora Bender; apuesto a que contaría una historia interesante.

Geoffrey pensaba que si la salud de la señora mejoraba o empeoraba, el problema se resolvería solo: o ella se cuidaría sola o el bufete tomaría el control legal. El problema era ese estado intermedio en el que se encontraba.

En realidad, lo que más le pesaba era la situación de Catherine. Le molestaba que viviera cerca de alguien con problemas mentales y bajo tantas tensiones. Quería poner fin a eso, pero solo se le ocurría una solución que no se atrevía a proponer. Aunque ya sabía que quería casarse con ella con toda su alma, no quería arriesgarse hasta estar más seguro de sus sentimientos. Por ahora, sentía que ella no estaba interesada en él, al menos no de la forma en que él deseaba.

Poco antes del almuerzo, Ballou regresó con aire de importancia. Sus ojos brillaban por el misterio.

—¿Y bien, Guy? ¿Tuviste suerte?

—Un poco, señor —el joven se aclaró la garganta—. Hablé con la encargada del edificio en la calle Ámsterdam y creo que puedo contarle todo sobre este Adolph Blom. Me hice pasar por un notario que buscaba oficina, así que era natural preguntar por mi competencia.

—Excelente. ¿Qué descubriste?

—Bueno, lamento decirle que la mujer dice que es un hombre impecable. Nada raro. Es de Alsacia, vive en la misma dirección desde hace años, paga el alquiler puntual y sus clientes lo consideran un hombre de negocios muy astuto. Un poco tacaño, tal vez, pero nada más. Es tranquilo, gasta poco en diversión y cada agosto se va de vacaciones a su tierra. Un tipo trabajador y confiable.

Geoffrey levantó las cejas, decepcionado. Evidentemente, Blom no mostraba nada sospechoso en la superficie.

—Sin embargo —continuó Guy—, este año hizo algo diferente. En febrero se tomó unas vacaciones extra y se fue al sur. Por algo que él comentó al regresar, la encargada cree que fue a Burdeos.

—¡Burdeos!

El nombre no le decía mucho, salvo que era un puerto importante. Podría ser un buen lugar para mover mercancía lejos de París.

—También investigué su vida privada. Blom es soltero y tiene poco más de cuarenta años. Hasta hace poco tenía una novia que trabajaba en una fábrica, pero poco después de ese viaje al sur terminó con ella. Ahora está cortejando seriamente a una vecina, una modista llamada Madame Baron, que es viuda. Ella tiene su negocio bajo el nombre de Honorine. Es clienta de Blom y él probablemente conoce sus finanzas. La encargada cree que ella debe tener ahorros considerables; si no, nuestro amigo no estaría interesado, porque la mujer ya tiene sus años y no es precisamente una belleza.

Geoffrey reflexionó sobre esta información y luego negó con la cabeza lentamente.

—Gracias, Guy. Has hecho un trabajo muy completo, y si no encontraste nada sospechoso, no es culpa tuya. Solo era una posibilidad remota.

Pero el empleado no tenía prisa por irse. Tomó su sombrero, le quitó una mota de polvo imaginaria y, acercándose un paso más, miró fijamente a su jefe.

—Una cosa más, señor —comentó con tono confidencial—. Mientras estaba en la entrada del edificio, el hombre del que hablábamos se asomó para recoger su correspondencia. Aunque me escondí detrás de la puerta, pude verlo bien. Y, señor, lo reconocí al instante.

—¿Ah, sí? —exclamó Geoffrey, sorprendido—. ¿Quién es, entonces?

—Ahí está el detalle. Usted tenía razón: vino a esta oficina hace unos dos o tres meses. Yo mismo lo vi y lo mandé con el señor Howard. No puedo recordar qué quería, pero el nombre que dio no era Blom. Puedo jurarlo. Era algo completamente diferente.

Esto cambiaba las cosas por completo. El asunto era definitivamente sospechoso.

—¿Estás seguro de eso?

—Totalmente, señor. De hecho, me fijé bien en él en aquel momento porque ya lo había visto una vez antes.

—¿Dónde?

—En el archivo, señor. ¿Recuerda el trabajo que hice en enero? Bueno, me lo encontré allí, buscando entre unos registros. Me pareció una rata blanca husmeando entre los expedientes.

Geoffrey empujó su silla hacia atrás.

—Guy —dijo—, comunícate de inmediato con la casa del señor Howard y averigua si se siente lo suficientemente bien para hablar por teléfono. Tengo que interrogarlo sobre esto.

Mientras se hacía la llamada, Geoffrey caminó impaciente por la habitación. En los últimos minutos, el notario había cobrado una importancia enorme, aunque todavía era imposible saber por qué. Sin embargo, era muy probable que pronto supiera algo gracias a Howard, que era su empleado más antiguo: un hombre tranquilo, originario de Essex, y una enciclopedia viviente de información. Howard nunca olvidaba nada, y por lo mismo, nunca contaba nada sin una buena razón.

Tras una breve espera, Guy regresó con el rostro desencajado.

—No hay nada que hacer, señor; ese camino está cerrado. El señor Howard está muy grave, de hecho, ha perdido el conocimiento. Es un caso serio de pleuresía.

CAPITULO 16

El martes por la noche, Catherine cenó con la señorita Cushing para discutir el plan que había diseñado. Como los hechos le habían demostrado que era inútil intentar despedir a Jeanne de forma normal, se concentró en una idea que parecía imposible: convencer a la propia empleada de que se fuera por su cuenta. Si lograba que se fuera, aunque fuera por poco tiempo, Germaine podría acostumbrarse a una rutina diferente, y así, cuando llegara la separación definitiva, podría soportarla con calma.

—Jeanne tiene que irse —se decía a sí misma con fuerza—. Sea una ladrona o no, le está robando la vitalidad a la pobre Germaine de una forma aterradora. Mientras más se aferra mi prima a ella, más peligrosa es la situación.

Catherine ya veía a la empleada como el principal obstáculo para que su prima mejorara. Si lograba que la señora Bender recuperara la confianza en su propia cordura, ¿quién sabía qué milagros podrían ocurrir? Tendrían que contratar enfermeras profesionales; aunque Germaine se resistiría al principio, Catherine confiaba en que podría convencerla. Después de todo, ese miedo irracional era producto de las mentiras de Jeanne. Una vez que Germaine entendiera que no la sacarían a la fuerza de su hogar, dejaría de ver a una enfermera como a una enemiga.

Todo dependía de que Jeanne aceptara tomarse unas vacaciones. Si ella misma lo pedía, su señora no se opondría; pero ¿cómo lograr que aceptara? Después de mucho pensar, Catherine creía tener la solución. Sin embargo, sabía que no podría lograrlo sola; necesitaba el apoyo de Hermione Cushing.

Sentada frente a la cantante en el pequeño comedor, Catherine le explicó su idea con seriedad, tratando de no distraerse con la enorme fotografía de su anfitriona vestida con los pomposos trajes de sus días de ópera.

—Jeanne es tan astuta que seguramente tiene engañado al médico —dijo Catherine—. Él quizá no quiera creer nada malo de ella. ¿Me apoyará en lo que voy a decirle?

—¡Pero claro que sí, querida, de todo corazón! —respondió la artista emocionada—. ¡Es una idea excelente!

Con los ojos llorosos, Hermione bebía varias copas de vino que le estaban subiendo el ánimo rápidamente. Al principio estaba hundida en la tristeza y se había puesto una túnica dramática, digna de una escena de muerte en el escenario; pero ahora estaba tan entusiasmada que olvidaba su papel y dejaba que sus mangas largas rozaran la sopa de cebolla, dejando manchas de grasa en el mantel.

—Claro que iré contigo —exclamó, encantada con la idea de ganarle a su rival—. Casi no conozco al doctor, pero seguro él ha oído hablar de mí. Iremos ahora mismo, en cuanto terminemos de cenar. No he comido nada en días por la tristeza, pero mi asistente insiste en que debo alimentarme.

Dicho esto, terminó con un guiso de ternera, varias porciones de verduras y un postre, logrando recuperar sus fuerzas tan bien que Catherine tuvo que apurarla para que se cambiara de ropa antes de que fuera demasiado tarde.

A las nueve llegaron al consultorio del doctor Girard. Catherine apenas tuvo tiempo de organizar sus ideas cuando apareció el médico, un hombre pomposo que las miró a través de sus gruesos lentes mientras se acariciaba la barba negra.

—¿En qué puedo ayudarlas, señoras? —preguntó con voz profunda.

Hermione hizo las presentaciones con una dignidad exagerada y comenzó un relato tan confuso que Catherine tuvo que intervenir para explicar las cosas con claridad. Describió todo lo que había visto en las últimas semanas, insistiendo en que la influencia de Jeanne sobre la señora Bender era pésima. El médico escuchaba con asombro, y cuando ella mencionó lo del ratón, soltó una exclamación de incredulidad.

—¿Es posible? ¿Es posible? —murmuró, limpiando sus lentes con manos temblorosas.

Catherine le aseguró que era la verdad.

—Pero, señorita, ¿vio usted al animal con sus propios ojos?

—No solo eso, doctor; encontré restos de comida debajo de la cama. Creo que los dejaron ahí a propósito para atraerlo.

—¡Dios mío!

Se levantó y caminó por la habitación con el ceño fruncido. Ambas mujeres lo observaban con ansiedad.

—¡Esto lo cambia todo! ¡Pone el caso bajo una luz completamente distinta!

—Esperaba que lo viera así —dijo Catherine—. Tal vez me equivoque y solo sea un descuido de la empleada, pero el resultado es el mismo: han hecho creer a la señora Bender que sufre de alucinaciones.

Él apenas la escuchaba, tronando los dedos con impaciencia. Al final se sentó, absorto en sus pensamientos.

—Ahora que me dice esto —dijo al fin—, debo admitir que mi conocimiento sobre las alucinaciones de la señora se basa sobre todo en lo que me han contado. Sé que está muy deprimida, pero más allá de eso, no puedo asegurar mucho. Ahora veo que me han engañado de forma vergonzosa. Creía que esa empleada era una enfermera competente, pero si hubiera sospechado que me mentía, habría exigido una enfermera profesional hace tiempo. El problema es que la propia señora se oponía con violencia...

—¡Esa es la dificultad! —interrumpió la joven, y le contó lo que pasó cuando Jeanne amenazó con irse—. Ya ve que es inútil esperar que mi prima despida a esa mujer. Está bajo su control. Por eso necesitamos su ayuda.

Esperó a que el médico estuviera totalmente concentrado en ella.

—¿Qué sugiere, señorita? La escucho.

—Pensamos —comenzó Catherine con tacto— que si usted usa su autoridad para ordenarle a Jeanne que tome un descanso, diciendo que está agotada y nerviosa, ella tendría que aceptar. Eso nos daría una oportunidad. Una vez que ella esté fuera de la casa, podríamos inventar una excusa para que no vuelva. Mientras tanto, convenceríamos a mi prima de irse al campo, donde podría recuperarse con cuidados especiales. ¿No le parece un plan viable?

Él asintió con aprobación.

—Excelente, señorita. El principal obstáculo será la propia paciente, pero si logramos superar sus objeciones...

—No podemos hacer nada sin usted, doctor. Ni Jeanne ni mi prima nos escucharían a nosotras.

Fue una jugada inteligente. El médico no era inmune a los halagos.

—Ya veo. Precisamente. Bueno, prometo hacer todo lo que pueda. Mañana mismo le advertiré a esa mujer que está al borde de una crisis nerviosa, le ordenaré un mes de descanso y ¡listo!, el asunto se arreglará solo... o al menos eso esperamos.

Con un alivio repentino, Catherine se levantó y le estrechó las manos con gratitud.

—¡Es usted muy amable! —exclamó—. ¡No sabe qué peso me quita de encima!

—No es nada, señorita —respondió Girard, disfrutando del reconocimiento—. Soy yo quien debe agradecerle por aclarar un caso tan difícil. Aunque no es el primero en mi carrera —añadió con orgullo—, ¡porque he visto cosas muy extrañas en mi profesión!

Cuando salieron a la calle, Catherine suspiró aliviada.

—¡Bueno, ya está hecho! —dijo satisfecha—. Le abrimos los ojos, que ya es algo. Pobre hombre, me dio lástima; ahora no sabe ni qué pensar.

—No es el único —respondió Hermione con un escalofrío. El efecto del vino se había pasado y volvía a estar pesimista.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Catherine, algo molesta.

La cantante se encogió de hombros.

—Jeanne es astuta. Te lo advierto, Catherine, todavía no ganamos esta partida, ni sabemos la verdad sobre sus maldades. ¡Ya lo verás! —y negó con la cabeza con un gesto trágico.

Catherine intentó convencerse de que era una tontería asustarse por un comentario así. Eso se decía horas después cuando, incapaz de dormir, su mente no dejaba de dar vueltas a la advertencia de Hermione. La cantante siempre era dramática y veía misterios en todo; era su forma de ser, poco razonable.

—Y sin embargo, Jeanne es astuta —pensó con miedo—. Si sospecha de nuestro plan, encontrará la forma de engañarnos. ¡Cuánto desconfío de esa mujer! Su inteligencia es lo que me asusta.

El reloj dio las doce, la una, y seguía despierta. Justo cuando empezaba a quedarse dormida, un sonido sigiloso en el pasillo la puso en alerta. Se sentó en la cama y escuchó.

Unos pasos suaves bajaban las escaleras hacia la planta baja. Esperó, pero después de un rato, la persona no regresaba. Con una mezcla de curiosidad y miedo, se puso la bata y las pantuflas y salió en silencio. Desde el vestíbulo de abajo, donde había una luz encendida, llegaban voces. Se esforzó por escuchar, pero solo distinguió un susurro enojado.

La curiosidad fue más fuerte que la precaución. Bajó escalón por escalón hasta que, escondida en el descanso, pudo mirar a través de la barandilla.

Lo que vio la dejó sin aliento.

Frente a la puerta cerrada de la galería de cuadros estaba Eduardo, plantado en actitud desafiante. Jeanne estaba a su lado, con un abrigo sobre el camisón y la mirada dura. Frente a ellos estaba el notario Blom, temblando de rabia. Su sombrero negro lo delataba.

¿Qué demonios hacía él allí a esas horas?

Su actitud asustó a Catherine. Parecía lleno de odio y arrogancia. Ella contuvo la respiración, aterrorizada de que la descubrieran, aunque la furia del hombre estaba concentrada en los dos que cuidaban la puerta. Escuchó palabras roncadas, pero hablaban con tanto lenguaje de la calle que no entendió casi nada.

Catherine miraba fascinada. Blom era pequeño comparado con Eduardo, quien podría haberlo estrangulado fácilmente, pero la valentía del mayordomo parecía de papel; sus ojos se veían nerviosos. Solo Jeanne mantenía la calma, observándolos con frialdad.

Los susurros pararon y hubo un silencio tenso. Luego, el notario dijo entre dientes:

—¡Basta! Dame la llave. Voy a verlo por mí mismo —ordenó con brutalidad.

—¡No! No es asunto tuyo —respondió Eduardo.

—¿Que no es asunto mío? Escucha bien... —y acercándose al oído del portugués, le siseó unas palabras con una intensidad venenosa.

La seguridad de Eduardo desapareció. Dudó y miró a Jeanne buscando una respuesta. Ella lo pensó un momento y luego se apartó, encogiéndose de hombros.

—Está bien —dijo con indiferencia—, que haga lo que quiera.

Con mucha resistencia, el portugués sacó una llave y abrió la puerta. Al instante, el notario lo quitó del camino y entró en la galería encendiendo la luz. Los otros lo siguieron.

Siguió un silencio roto solo por exclamaciones de rabia. Evidentemente, Blom había descubierto algo que no le gustó, seguramente sobre los cuadros robados. Pero, ¿qué significaba eso? La idea de Catherine de que los tres trabajaban juntos se vino abajo.

Catherine esperó aprender algo más, pero se decepcionó. La puerta se cerró y las voces volvieron a ser susurros inaudibles. Aun así, se quedó allí, temblando por la tensión.

Pasó mucho tiempo antes de que los tres volvieran al vestíbulo. Ya no peleaban; Eduardo se veía humillado, pero el rostro de Jeanne seguía siendo un misterio. Sin hablar, el notario fue hacia la puerta de la calle y la abrió. Entró una ráfaga de aire húmedo. Antes de irse, se dio la vuelta y les habló con autoridad, como quien dicta las reglas.

—Recuerden, esta es la última vez. ¡Si vuelven a jugar esa carta, se meterán en un gran lío!

Bajo la luz del techo, su rostro se veía pálido y sus ojos resultaban repulsivos. Catherine se estremeció.

—No lo olviden: aquí el que manda soy yo —repitió, golpeándose el pecho.

Desapareció en la oscuridad y la puerta se cerró.

Eduardo y Jeanne se miraron. Luego, la mujer apretó los labios con rebeldía.

—Ya veremos —murmuró—. Apaga la luz...

Entraron de nuevo en la galería y Catherine aprovechó para escapar. Ya en su habitación, se dejó caer en la cama con el corazón a mil por hora hasta que oyó a los sirvientes subir y separarse en el pasillo. Solo cuando todo volvió al silencio, logró relajarse un poco.

CAPITULO 17

Cuando Berthe entró con la bandeja del desayuno, Catherine ya estaba casi vestida.

—La señorita se ha levantado temprano —dijo la rubia con una franqueza simpática.

Ella misma parecía medio dormida y traía el cabello despeinado.

—Ah, qué energía —suspiró con un bostezo largo mientras se revisaba un granito en la barbilla frente al espejo—. Yo podría haber dormido todo el día. Mi novio me llevó a un baile en Montmartre y no paré de bailar; tengo los pies tan hinchados que no me entran los zapatos. A usted le gusta bailar, ¿verdad?

—Mucho —respondió Catherine, sirviéndose el café.

Aunque era difícil enojarse con la confianza de Berthe, Catherine no estaba de humor para pláticas aquella mañana. Sin embargo, la cocinera siguió hablando sin detenerse.

—Hace bien. Disfrute mientras sea joven, porque cuando una envejece, ¿qué hombre la va a mirar? Eso siempre se lo digo a Jeanne, pero ella... ¡bah!, es demasiado seria. Moriría antes de gastar un peso en un vestido lindo. Ni siquiera usa la ropa buena que la señora le regala; prefiere venderla. ¡Qué tontería! Al menos podría dejarse algo para verse mejor. —Hizo una pausa y cambió el tono—: Por cierto, ese vestido verde y plateado que le trajeron el otro día... parece de diseñador. Si algún día se cansa de él, tal vez quiera vendérmelo.

A pesar de sus problemas, Catherine sonrió al imaginar a la robusta Berthe tratando de entrar en su ropa ajustada.

—Claro, Berthe, pero pienso usarlo por mucho tiempo.

—Jeanne es una persona muy seria, no hay duda —siguió Berthe—. Es una esclava del trabajo todo el día, no piensa en divertirse. Seguro se ganará el cielo, ¡pero yo prefiero pensar en el ahora! Y Eduardo también —añadió guiñando un ojo—. A él le gusta la diversión, aunque tenga que hacerlo a escondidas. Jeanne es la que manda en esa casa y lo tiene bien controlado al pobre.

Aunque Catherine quería quedarse sola, sacó algo útil de esos comentarios. Fuera lo que fuera que Jeanne estuviera tramando, lo mantenía oculto de todos. Incluso para Berthe, ella era un ejemplo de rectitud.

En cuanto se quedó sola, terminó de desayunar y fue al estudio. Con la puerta cerrada y hablando bajo, llamó a la oficina de Geoffrey. Él contestó de inmediato.

—Geoffrey, soy Catherine. Necesito verte ya. No puedo decirte por aquí de qué se trata, pero es importante. ¿Estás muy ocupado?

—Claro que no. Pero te escuchas alterada. ¿Pasa algo malo?

—No lo sé. Por eso necesito verte. Llego en media hora.

Cuando estaba por colgar, escuchó un clic suave pero claro. Ya lo había oído antes, como si alguien más colgara otro auricular al mismo tiempo, pero no le había dado importancia. Ahora se dio cuenta de que alguien podía estar escuchando su conversación.

¿Había otro teléfono en el departamento? Nunca había visto uno, pero estaba segura de que debía haber una extensión, probablemente en el dormitorio de su prima. Regresó a su habitación con miedo. Si alguien se tomaba la molestia de espiar sus llamadas, significaba que sospechaban de ella. ¿Pero cómo estar segura?

Al pasar frente al dormitorio que antes usaba la señora Bender, la puerta se abrió y salió Jeanne. El rostro de la mujer le confirmó que tenía razón. Menos mal que no había dicho nada específico por teléfono, porque estaba segura de que Jeanne había escuchado todo.

Catherine fue a ponerse el abrigo y, al pasar de nuevo, intentó abrir la puerta del dormitorio; estaba con llave. Sí, tenía razón: allí había otro teléfono. No debía olvidar ese detalle en el futuro.

Aunque le dolía estar con su prima, se armó de valor para darle los buenos días. Quería mantener la apariencia de que todo seguía igual y, además, investigar lo de la llave de la caja de seguridad.

La señora Bender estaba sola en la cama. Tras una mirada de reproche, apartó la vista. A Catherine se le rompió el corazón, pero siguió adelante con su plan y le hizo las preguntas de siempre con alegría fingida. Luego, tocó el tema difícil.

—Por cierto, Germaine —dijo—, el señor Macadam quería saber si el banco te envió la llave que pediste. ¿Te llegó?

Germaine la miró sin entender.

—¿Llave? —balbuceó confundida.

—Sí, ¿no te acuerdas? Hace unas semanas perdiste la llave de tu caja de seguridad y pediste un duplicado.

La mirada de Germaine estaba completamente vacía.

—¿Yo? No... no lo sé. No me acuerdo. Tal vez tengas razón...

Su cerebro hacía un esfuerzo por recordar algo que no existía. Catherine sintió lástima.

—¿Por qué no le preguntas a Jeanne? Ella debe saber —sugirió como si no fuera

importante. Al mismo tiempo, confirmó que era la primera vez que Germaine oía hablar del asunto.

—Jeanne, sí. Es una buena idea —asintió la inválida con evidente renuencia—. Hablaré con ella. Ella...

Pero en ese momento, la siempre vigilante doncella apareció en el umbral. Sin mirar a Catherine, se dirigió directamente a la cómoda y, cogiendo una cajita de carey, la agitó con enfado.

—Le voilà, madame! —exclamó con molestia—. ¿Qué es todo este alboroto? ¿Tan pronto ha olvidado el trabajo que me dio, revolviéndolo todo para buscar esa maldita llave? La extravió y me envió a que hicieran otra. ¿Lo ve? —y sacó el pequeño objeto, atado con cinta rosa, y lo balanceó acusadoramente ante los ojos fascinados de su señora—. Llegó por mensajero especial del banco. ¿Es posible que no lo recuerde?

La señora Bender miraba como hipnotizada.

—Qué tonta soy —se disculpó débilmente—. Por supuesto, todo me vuelve a la memoria.

Pero la doncella no estaba satisfecha. Negando con la cabeza como se haría con un niño molesto, habló con exasperada paciencia.

—¡Realmente es demasiado! —reprendió—. ¡Se le olvidaría la cabeza, si no la tuviera sujeta a los hombros! ¡Y pretende decirme que su memoria está mejorando!

Reemplazando la cajita con un encogimiento de hombros, salió, dejando a la paciente abrumada de vergüenza.

La indignación invadió a Catherine. Jeanne podía estar diciendo la verdad o no —era imposible saberlo—, pero la manera en que había puesto a la pobre mujer en falta solo merecía condena. Mientras se preguntaba qué podía decir para aliviar la situación, captó una repentina expresión lastimera en los ojos de su prima, que solo podía tener una interpretación: el anhelo de afecto.

Por un segundo dudó, luego con un impulso rápido corrió a la cabecera de la cama y rodeó con sus brazos la figura demacrada. Por un instante creyó que el abrazo era débilmente correspondido. Luego se sintió empujada hacia atrás, y antes de que pudiera preguntar la razón, quedó completamente consternada al descubrir que la señora Bender había estallado en un torrente de lágrimas. No hubo palabra de reproche, ni explicación, pero no hizo falta. Ese llanto silencioso y miserable le dijo claramente que cualquier avance por su parte era mal recibido. Por una vez, casi se sintió aliviada cuando Jeanne reapareció y con una sola mirada comprendió la situación.

—Déjeme a madame conmigo —dijo con su rápido aire de autoridad—. Me temo, mademoiselle, que usted puede hacer poco por ella.

El énfasis significativo en el pronombre no dejaba nada a la imaginación. Catherine se sonrojó y se fue, una última visión de la habitación mostrándole a la doncella al lado de la llorosa, atendiéndola con pronta eficiencia. Incluso mientras le hormigueaba el resentimiento, la muchacha oyó cómo la emoción de Germaine se calmaba bajo la influencia de la voz persuasiva, y se dijo a sí misma que Jeanne había hecho bien su trabajo. La desdichada mujer estaba firmemente convencida de que nadie se preocupaba realmente por ella excepto esa única y humilde acompañante.

Media hora después, en la oficina de Macadam padre, se sentó frente a los abogados, padre e hijo. Algo severamente escéptico en la actitud del hombre mayor la intimidaba, pero, apartando sus temores, expuso en el menor número de palabras posible el suceso de la noche anterior.

—Está perfectamente claro que hay algo entre esos tres —terminó, con la voz ligeramente temblorosa por los nervios—. Pero qué es, o cómo puede afectar a la señora Bender, no tengo idea. ¿Qué opinan de todo esto?

El socio principal, que había escuchado gravemente, se recostó en su sillón giratorio y sacó el labio inferior. Miró a su hijo y tamborileó sobre el escritorio a su lado.

—¿Le importaría repetir palabra por palabra, señorita West, exactamente lo que oyó decir a esas personas? —solicitó tras una pausa.

Ella lo hizo.

—Pude captar muy poco. La mayor parte del tiempo estaban susurrando.

—¿Y su impresión fue que ese tipo, que parece ser su hombre de negocios, estaba enfadado con ellos por algo, y que la disputa se relacionaba de algún modo con la galería de cuadros?

—Estaba segura de eso. Cuando el hombre se iba, dijo: "Recuerden, esta es la última vez. Que vuelvan a hacer esto, y se encontrarán en un buen lío. Recuerden, aquí el que manda soy yo".

—Eso parece como si se hubiera enterado de sus manipulaciones con las pinturas y les advirtiera que no continuaran.

—O si no —intervino Geoffrey—, había arreglado que iban a deshacerse de ciertas cosas juntos, y acababa de descubrir que los sirvientes estaban siguiendo por su cuenta.

Su padre lo apartó con un gesto.

—Hasta ahora, no podemos estar seguros de que la mujer mintiera cuando dijo que Bender vendió los cuadros él mismo. Es posible que así lo hiciera.

Catherine asintió dudosamente.

—Debe comprender, señorita West —continuó—, que su propio prejuicio contra estas personas no constituye evidencia de culpabilidad. Antes de que podamos establecer un caso, tendremos que localizar esos cuadros desaparecidos, descubrir las fechas y circunstancias de las ventas, y así sucesivamente. No podemos arrestar a los sirvientes por sospecha. ¿Exactamente qué pinturas han desaparecido?

—El Manet es el único del que estoy segura. Faltan tres más, pero no puedo decir cuáles eran. Además, está la alfombra Aubusson y todos los tapices de los muebles.

Macadam tomó notas en una libreta, luego se quedó callado con la frente arrugada. El ánimo de la muchacha decayó mientras lo observaba. Menos imaginativo que su hijo, representaba un tipo familiar de abogado seco y duro, impecablemente justo, pero difícil de impresionar. Su relato lo había dejado tan poco conmovido que empezó a preguntarse si no estaría dando una importancia indebida a lo que había sucedido. Solo el saber que Geoffrey no desestimaba sus sospechas la salvó de la total desesperanza.

—¿Cree que puede localizar los cuadros? —preguntó.

Macadam aclaró su garganta.

—Confío en que podamos. Debemos ponernos a trabajar de inmediato. Si su prima los vendió, podemos esperar resultados rápidos; de lo contrario, los compradores no se presentarán fácilmente, de eso puede estar segura. Supongo que no ha mencionado el asunto a la propia señora Bender.

—No —confesó la joven, sintiéndose más incómoda que nunca—. Además, dudo que ella sepa algo de ellos.

—Aun así, a menos que haya perdido la razón por completo, no puede ser totalmente ajena a algo tan importante como la venta de un Manet.

Catherine miró a Geoffrey.

—Ella se niega a confiar en su propia memoria —dijo—. Tuve la prueba más clara de eso esta misma mañana —y procedió a contarles lo que había pasado con la llave—. Estoy convencida de que ella no recordaba nada, pero estaba totalmente dispuesta a aceptar lo que dijera Jeanne.

El anciano miró a su hijo con una expresión de profunda duda.

—Le pedí a la señorita West que investigara lo de la llave que el banco le envió a la señora Bender. Admito que ese asunto no me ha dejado tranquilo.

—¿Y podría jurar que su pariente nunca supo nada de este asunto? —insistió el abogado.

—No puedo jurar nada. Solo puedo decirle lo que creo. Ese es el gran problema —añadió ella con angustia—: ¡uno no puede estar absolutamente seguro de nada!

Macadam padre pareció molesto y se pasó la mano por el cabello con impaciencia. Finalmente habló:

—La situación es esta, señorita West. A menos que la señora Bender sea declarada legalmente incapacitada, y entiendo que no es el caso, no tenemos autoridad para actuar en su nombre. No podemos controlar sus gastos ni entrar en su apartamento para investigar. Tal como están las cosas, solo podemos mantener una vigilancia... lo cual admito que no es un método muy satisfactorio.

—Temía que dijera eso —respondió Catherine desesperada—. Pero este hombre, Blom... ¿no se puede hacer algo para averiguar qué trama?

—De hecho, Catherine —intervino Geoffrey—, he estado investigándolo. Solo esperaba el momento para decírtelo.

—¡No me diga! ¿Qué descubrió? —preguntó ella con ansia.

—Me temo que nada útil por ahora —respondió Geoffrey con pesar—. Parece ser un tipo decente, trabajador y con una reputación impecable; aunque, por supuesto, eso no es definitivo. Aún podemos descubrir algo más.

—¿Cómo?

—Contratando a un detective privado para que lo siga. Se podría hacer.

Macadam padre golpeó el brazo de su silla. Geoffrey no tuvo problemas para entender el silencio de su padre: la firma no pensaba pagar esos gastos.

—Si demostramos que ese hombre la está estafando —dijo Geoffrey con calma—, la señora Bender estaría encantada de cubrir el costo de la investigación.

El viejo Macadam levantó las cejas pero no dijo nada. Hubo una pausa incómoda y Catherine se puso de pie.

—En cualquier caso —dijo ella con determinación—, hay que hacer algo para alejar a esa mujer. Ya estoy moviendo hilos para que se vaya, pero si mi plan no funciona, tendremos que intentar otra cosa.

—¿Usted? —preguntó Geoffrey, interesado—. ¿Qué ha hecho?

—Hablé con el médico y logré que se pusiera de nuestra parte. Va a insistir en que Jeanne tome un descanso obligatorio.

Un brillo de admiración apareció en los ojos de Geoffrey.

—¡Vaya, eso fue muy astuto de su parte!

Ella se sonrojó, no tanto por el cumplido, sino por la mirada penetrante que el anciano le lanzaba desde sus espesas cejas.

—La señorita Cushing me acompañó. Ella siente el mismo miedo que yo.

Macadam padre se volvió hacia ella de repente.

—¿La señorita Cushing está metida en esto? —preguntó con brusquedad—. ¿Se refiere a la profesora de canto?

Catherine se desconcertó por el tono, sintiendo que mencionar a Hermione había debilitado su posición, aunque no sabía por qué.

—Sí. Es una vieja amiga de mi prima.

Se despidió rápido, aliviada de salir al pasillo con Geoffrey a su lado.

—¡Su padre me hace sentir como una tonta entrometida! —confesó ella con una risa nerviosa—. ¿Estoy siendo realmente estúpida con todo esto?

—¡Claro que no!

Él la miró con preocupación. Aunque ella intentaba mantener la calma, era evidente que los sucesos de la noche anterior la habían afectado.

—No se preocupe por él —dijo Geoffrey rápidamente—. Su actitud es pura fachada. Piensa tomar cartas en el asunto, se lo aseguro; pero lo más importante es que yo mismo voy a mandar a seguir a Blom. Si hay algo raro en él, lo sabremos.

—Pero no puede hacer eso —objetó ella, recordando la negativa de su padre.

—Por supuesto que puedo. Ya discutiremos los detalles después. Por ahora, recuerde lo que le dije: mientras esos bribones saquen provecho de su prima, ella no corre un peligro grave. Oiga, ¿qué le parece si almorzamos el domingo? Para entonces puede que tenga noticias.

Ella asintió agradecida. Era reconfortante saber que contaba con él y que realmente se

interesaba por ayudarla. El recuerdo de su mirada firme y amable la acompañó mientras bajaba en el ascensor.

Pero al salir del edificio, una mujer pasó junto a ella con paso rápido y nervioso, y entró al lugar que Catherine acababa de dejar.

Catherine se dio la vuelta, asustada, para mirar a la figura que se alejaba.

Era la propia Jeanne.

CAPITULO 18

Con los nervios todavía alterados por la mirada que acababa de recibir, Geoffrey regresó un momento para hablar con su padre. Encontró al anciano revisando unos papeles con aire distraído, como si su atención ya estuviera en otra parte.

—Estas acciones de Amalgamated Iron —comentó el padre—, creo que encontré la razón de su caída. Se debe a...

—Eso no importa ahora, padre. Quiero saber su opinión sincera sobre el asunto de los Bender.

—Ah, eso —Macadam se quitó las gafas y se frotó el puente de la nariz con fastidio—. Cuando hayas vivido tanto como yo y hayas escuchado tantas historias de este tipo, dejarás de darles importancia.

—¿Qué quiere decir con eso? —exigió Geoffrey con fuerza.

—Solo que esa muchacha se ha puesto en un estado en el que está dispuesta a creer cualquier cosa. Es un error que se quede ahí; debería irse a su casa.

Su hijo se puso rojo de rabia.

—Supongo que entiende por qué se queda —replicó con sarcasmo—. De forma desinteresada, está tratando de proteger a su prima de...

—¿De qué? —preguntó el otro con calma—. Tú no lo sabes. Ella tampoco. En mi opinión, se está tomando atribuciones que no le corresponden. Es posible que los sirvientes estén robando; ¿cuántos serían honrados en esas condiciones? Si es cierto, lo detendremos. Pero no veo razones para creer nada más contra ellos, aparte de que no le caen bien a la señorita West. No están maltratando ni descuidando a su señora. Según lo que ella misma nos dijo, la señora Bender está perfectamente feliz con las cosas como están.

Regresó a su escritorio, ignorando la mirada indignada de su hijo. El tenso silencio continuaba cuando Henri, el anciano empleado francés que recibía a los clientes, llamó a la puerta.

—Una mujer quiere verlo, monsieur. Dice que se llama Laborie.

—¡Laborie! —repitió Macadam sorprendido—. Creo que esa es la persona que está causando todo este alboroto —y cambió una mirada con su hijo.

—¿Me quedo? —preguntó Geoffrey, pasando de la irritación a la curiosidad.

—No, déjame hablar con ella a solas. —Le hizo una señal hacia la puerta—. Hazla pasar.

Sin poder escuchar lo que la empleada tenía que decir, Geoffrey salió por la puerta interior. Solo en su despacho, el socio principal se recostó en su asiento y se limpiaba las gafas con un pañuelo de seda gris cuando Henri hizo pasar a Jeanne a la habitación.

—Bonjour, monsieur. Le ruego mil perdones por molestarlo. Es usted muy amable al recibirme.

Macadam asintió secamente y señaló una silla.

—Siéntese. ¿Qué se le ofrece esta vez? —preguntó brevemente.

—Ah, gracias, monsieur.

Con una actitud respetuosa pero no sumisa, Jeanne Laborie acercó una de las sillas de caoba y se sentó en el borde, jugueteando con su bolso con una duda nerviosa. Vestía de negro, con ropa impecable y bien cuidada; podría haber pasado por la esposa de un comerciante acomodado. Bajo su sombrero de fieltro, sus ojos marrones miraban de frente, tranquilos, pero con un toque de súplica.

—Monsieur, he venido por un asunto bastante delicado. La verdad es que deseo pedir su ayuda, aunque sé que le parecerá extraño. No lo habría molestado si hubiera tenido a alguien más a quien acudir.

Se humedeció los labios. Toda su actitud —razonable y contenida— daba la impresión de que estaba cumpliendo con una tarea dolorosa solo por sentido del deber.

—Continúe. La escucho.

—Monsieur, creo que usted sabe algo del estado de salud de la señora Bender. Quizá sepa que sufre ataques de depresión, durante los cuales ha intentado quitarse la vida.

—¡Suicidio! —exclamó Macadam, levantando las cejas—. No sabía que fuera tan grave.

—Desgraciadamente lo es, monsieur. Me atrevo a decir que, si no hubiera estado al cuidado de alguien tan comprensivo como yo, ella no estaría viva hoy. ¿Recuerda que he cuidado a la señora durante quince años?

El anciano asintió. ¿A qué se refería la mujer? No podía ni siquiera imaginarlo, pero su manera de hablarle, sin intentar ganarse su favor de forma obvia, le inspiraba un respeto a regañadientes.

Ella continuó en voz baja:

—Monsieur, hace poco más de un mes, justo después del segundo intento de suicidio de la señora, y cuando la casa era un caos, apareció esta joven estadounidense. Creo que es una pariente lejana del señor Bender, pero en realidad no sé quién es. Ya la había visto

antes en Boston. Se presentó varias veces en el hospital y —no me malinterprete— trató de ganarse el afecto de madame cuando la pobre señora estaba mucho más débil que ahora. Madame es de buen corazón y, cuando esta pariente casi desconocida le rogó que la dejara visitarla en París, no tuvo fuerzas para negarse. O al menos así lo interpreto yo; invitar a alguien en un momento así no fue propio de una persona responsable.

El viejo abogado frunció el ceño sin decir nada, y Jeanne prosiguió con aparente duda.

—Temía que fuera un error que esta joven se quedara en el departamento con madame en una condición tan delicada. Hice todo lo posible por disuadirla, pero fue inútil. Ignoró mis objeciones y ahí sigue desde entonces... Monsieur, su presencia ha sido muy perjudicial para mi señora. A veces no he sabido qué hacer. Ella altera la disciplina necesaria, altera a la paciente e incluso ha intentado que madame deje de confiar en mí. Por suerte no lo ha logrado, pero ha causado varias crisis graves. La semana pasada tuve que pasar la noche en vela con madame tras una escena angustiada, y esta misma mañana ocurrió algo terrible. Encontré a mi señora con un ataque de histeria violento; me costó mucho calmarla. Ahora la he dejado al cuidado de la cocinera, porque si se queda sola no respondo por las consecuencias. Vi algo en sus ojos que me advirtió que planea otro intento de matarse y solo espera la oportunidad. No puedo tardarme, pero estaba tan asustada que sentí que debía hablar con usted de inmediato.

Miró el reloj en la pared y continuó más rápido:

—Monsieur, le pido ayuda. Su hijo conoce a la señorita West. ¿No podrían usted o él convencerla de que se vaya y deje en paz a madame antes de que ocurra algo irremediable? Es de suma importancia.

Macadam la miró con severidad mientras balanceaba sus gafas.

—¿Por qué cree que la señorita West causa ese efecto en su señora? —preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—Preferiría no responder eso. Puedo estar influenciada y no quiero hacer acusaciones injustas. Sin embargo, me quedó claro desde el principio que la señorita tiene sus propios intereses. Espera que madame haga un testamento a su favor, y no está sola en esto. Es muy amiga de otra señora que busca lo mismo. Ambas se escribían desde antes de que la señorita West saliera de América, y estoy convencida de que se pusieron de acuerdo para ser las herederas de los bienes de madame.

El abogado frunció el ceño con dureza.

—¿Es consciente de lo que está diciendo? —le espetó.

Jeanne bajó la cabeza.

—Sé que hago mal en insinuar algo así. Pero —continuó con voz clara—, con razón o sin

ella, la propia madame sospecha de sus intenciones. Ella me lo ha dicho y por eso se siente tan mal cuando está con ella. No quiere ofenderlas pidiéndoles que se alejen, pero finalmente me suplicó que les prohibiera verla.

Los ojos del anciano se volvieron fríos como el acero.

—¿Eso es verdad?

Por primera vez, Jeanne mostró emoción. Apretó las manos, levantó la mirada y lo vio directo a los ojos. Su voz tembló.

—¡Que Dios me sea testigo, monsieur, es la pura verdad! —dijo.

Sus palabras sonaban sinceras. Macadam se quedó pensando, apartando la vista.

—¿Quién es esa otra amiga que menciona? —preguntó al fin.

—No tengo por qué ocultarlo: es la señorita Cushing, la cantante.

Macadam se levantó.

—Investigaré el asunto —dijo cortante—. Veré qué se puede hacer, pero no prometo nada.

Jeanne tuvo que conformarse con eso, pero un destello en sus ojos demostró que no estaba decepcionada.

—Gracias, monsieur. Me alegra que no haya malinterpretado mis palabras. He trabajado mucho tiempo cuidando a madame para que recupere la salud y no me gusta que mis esfuerzos sean en vano. Si la señorita West sigue desobedeciendo al médico y causando problemas, no me hago responsable de lo que pase.

Él la vio salir con su aire discreto y confiable, y se quedó acariciándose la barbilla.

—Por Júpiter —murmuró—, siempre he sabido que si uno espera un poco, termina oyendo la otra versión.

Él se creía un buen juez de personas, difícil de engañar. Esta mujer le había parecido honesta y directa; quizás algo predispuesta, pero le resultaba natural. Por supuesto, había evitado preguntarle por los objetos desaparecidos para no ponerla en guardia si era culpable. No, era demasiado viejo para ese error... Lo que contó Catherine sobre la noche anterior le parecía extraño, pero podía tener explicaciones simples. Al final, la propia Catherine admitió que entendió poco de lo que se dijo. Sus acusaciones eran, según él, demasiado vagas.

—Celos de ambas partes, estoy seguro —concluyó el abogado con un bufido de desprecio—. Siempre hay celos cuando hay mujeres de por medio.

Tras pensarlo bien, acercó una hoja de papel y escribió una carta con su letra rígida y angulosa. La selló, escribió la dirección y la puso boca abajo sobre el escritorio, justo cuando su hijo apareció en la puerta.

—Y bien —preguntó Geoffrey cortante—, ¿qué quería?

El anciano le contó brevemente la entrevista. Geoffrey maldijo con irritación.

—¿Qué descaro absoluto! Supongo que se dio cuenta de que mentía, ¿verdad?

—No iría tan lejos. Puede que haya algo de verdad en ambas versiones.

—¿En ambas...! ¿Me va a decir que, después de conocer a la señorita West, puede creerse esa historia abominable?

El anciano levantó una mano para detenerlo.

—¿Te refieres a que ella tiene interés en el dinero de la señora Bender? No dije que lo creyera. Pero, ¿has visto alguna vez un caso así donde la persona involucrada no tuviera recursos? Supongo que no; no tendría sentido.

Su hijo lo miró con furia contenida.

—¿Qué intenta decir exactamente? —exigió.

—Nada, excepto que estoy convencido de que perdemos un tiempo valioso. Sigue mi consejo: usa tus energías para convencer a esa muchacha de que se vaya y busque otro lugar donde vivir. Supongo que no le falta dinero, ¿o sí?

—No lo sé, no se lo he preguntado —respondió el joven con desprecio.

—En cualquier caso, solo complica las cosas quedándose donde no la quieren. Eso es todo por ahora. Mándame a Parkin; haré que revise los papeles de Harry Bender por si hay algún registro de venta de cuadros. No sirve de nada investigar hasta aclarar ese punto.

Conteniendo su rabia, Geoffrey hizo lo que su padre ordenó y luego llamó al empleado francés, Ballou, a su oficina.

—Guy —dijo—, ayer mencionó a una joven relacionada con ese notario que estoy investigando. ¿Sabe dónde trabaja y si podemos contactarla?

—¿La joven de la fábrica? —respondió Guy de inmediato—. Ah, sí, señor. La conserje me dijo que trabaja en una fábrica de flores artificiales cerca de la Place Clichy. Podría encontrar el lugar y a la chica si quiere que lo intente.

—Gracias, Guy, pero será mejor encargarle el trabajo a otra persona. Aun así, me alegra que lo recordara.

En cuanto se quedó solo, buscó un número en la guía, llamó y, unos minutos después, tomó un taxi hacia una dirección en la rue Blanche. Allí entró en la oficina descuidada de un agente privado que ya conocía, un hombre que había demostrado ser astuto y de confianza.

Un francés delgado y serio se levantó al verlo. Tenía ojos negros y redondos, una mandíbula angulosa y un cuello flaco apretado por un cuello alto con un broche de oro sobre una corbata negra desgastada.

—¿Señor Macadam? Me alegra verlo. Siéntese, por favor. ¿Qué puedo hacer por usted?

De la forma más directa posible, Geoffrey le explicó el asunto. Mientras hablaba, la mirada melancólica del francés iba de un lado a otro, recorriendo los rincones de la habitación llenos de archivos polvorientos. Una o dos veces tosió con su mano huesuda, pero aparte de alguna pregunta ocasional en tono lúgubre, se mantuvo en silencio.

—Vea, aunque este hombre al que me refiero parezca honesto, no estoy convencido de que sea quien dice ser. Si está metido en algo turbio, sea lo que sea, debo descubrirlo.

—¿Quiere que investigue sus antecedentes, señor?

—Sí, y que lo siga si es necesario. Aquí está la información que conseguí, direcciones y demás. Haga lo que pueda.

—¿Dice que esta joven es una amante despechada? —comentó el agente con tristeza—. Parece ser nuestro mejor camino. Flores artificiales... conozco el lugar, se llama Achille Benet. Me pondré en contacto con ella y veré qué descubro. Seguramente podré convencerla de ir al cine o a bailar.

Hizo la propuesta con el mismo tono que usaría para sugerir una visita al cementerio. Sin embargo, como Geoffrey conocía a su hombre, no perdió la esperanza y se fue sintiéndose más tranquilo. Seguía indignado con la actitud de su padre, pero tuvo que admitir que, si él mismo no conociera tan bien a Catherine, quizá pensaría lo mismo.

De pronto recordó que su padre no sabía que Blom había ido a la oficina con un nombre falso.

—¡Por Júpiter! —exclamó con fastidio—. ¡Qué tonto fui al no decírselo! Si el pobre Howard no se hubiera enfermado justo ahora... Por cierto, me pregunto cómo seguirá.

Sintiéndose culpable por no haber preguntado antes, fue al teléfono público más cercano y llamó a la casa de su viejo empleado. Se enteró de que el señor Howard seguía grave, con los pulmones muy congestionados, aunque luchaba por su vida.

—No podemos esperar nada de él por varios días —pensó Geoffrey con frustración.

A su preocupación real por la salud del hombre se sumaba una idea inquietante: si Howard moría, la información que tanto necesitaba se iría con él a la tumba.

CAPITULO 19

El primer sentimiento de Catherine fue de alivio porque Jeanne no la había visto salir de la oficina de Macadam. Sin embargo, de inmediato se preguntó qué asunto habría llevado a la mujer a consultar a los abogados, pues no tenía duda de que ese era su destino. La expresión de concentración en su rostro sugería que estaba tramando alguna nueva maldad.

Luego, sus pensamientos volvieron a la señora Bender y sus ojos se llenaron de lágrimas al recordar la escena reciente. Nunca se había sentido tan impotente ante la injusticia. La mente de su prima estaba envenenada contra ella y no podía hacer nada para arreglarlo.

Peor aún, la charla con el viejo escocés le había mostrado lo débil que era su posición. Debido a la lógica implacable del abogado, Catherine se dio cuenta de que sus sospechas se basaban en incidentes aislados que podían interpretarse de dos formas. Empezó a dudar de sí misma, preguntándose si no habría exagerado simples detalles hasta llegar a conclusiones falsas. Incluso la promesa del señor Macadam de investigar los robos le servía de poco; durante esa larga investigación, Jeanne seguiría atrincherada, imponiendo su voluntad sobre la frágil imaginación de su señora.

—¿Qué puedo hacer? Ya es casi imposible quedarme ahí. Y pronto será del todo imposible si Jeanne se lo propone; terminará por echarme.

Era cierto. Su protección no era bienvenida; la propia Germaine no deseaba su presencia. Sería más digno retirarse. Sus ingresos eran suficientes para vivir cómoda en algún pequeño hotel, libre de humillaciones.

—¡Y Dios sabe que no lo hago por placer! —se dijo con sinceridad. Era muy difícil ayudar a alguien que no quería ser ayudado.

El orgullo la empujaba en una dirección y la conciencia en otra, pero ahora esta última estaba llena de dudas. ¿Y si estaba equivocada sobre Jeanne? El incidente del ratón, incluso lo que vio la noche anterior, podían no tener un significado criminal. La mujer llevaba quince años en su puesto y era confiable mucho antes de que Germaine enfermara. Podía ser histérica y malhumorada, pero no había pruebas reales contra ella.

Mientras pensaba en esto, caminó por la Avenida de la Ópera y se sentó un rato en el jardín del Palais Royal. La fuente murmuraba y las palomas caminaban a su alrededor, pero ella no notaba nada. Incapaz de volver al departamento, decidió almorzar fuera, pero no tenía ánimos de ver a ninguna amiga. Necesitaba estar sola.

Finalmente tomó una decisión, casi a pesar de sí misma: pasaría la tarde buscando hoteles y pensiones. No para mudarse de inmediato, sino para tener un lugar listo si en los próximos días decidía marcharse. Tenía varias direcciones recomendadas en su libreta e iría a verlas una por una.

Hecho esto, miró su reloj y vio con sorpresa que ya había pasado su hora de almuerzo. Estaba cansada, quizás por su lucha interna. Recordó un restaurante pequeño cerca de la rue d'Argenteuil, una posada sencilla y acogedora de excelente cocina. Al llegar, eligió una mesa contra la pared y se puso a estudiar el menú escrito a mano con tinta morada.

Era tarde y solo unas pocas mesas estaban ocupadas, principalmente por hombres tranquilos que parecían periodistas. El cocinero —un hombre inmenso con un delantal blanco impecable sobre su gran vientre, cabello rizado y ojos negros brillantes— se acercó con una bienvenida amistosa. Con las manos en las caderas, le recomendó los platos.

—Si la señorita gusta probar el plato del día —sugirió, señalando el menú con un dedo grueso—, se lo recomiendo especialmente: ternera con champiñones y chícharos. También el chateaubriand está muy bueno hoy. Me gustaría servírselo con unas pommes soufflées.

Elegió el chateaubriand, que llegó tan apetitoso sobre una cama de berros frescos y papas fritas que de pronto se dio cuenta de cuánta hambre tenía. Después comió espinacas cremosas servidas en un pequeño cazo de cobre y terminó con una tarta de la casa. Cuando finalmente encendió un cigarrillo y se reclinó con su café, empezó a ver las cosas con más optimismo.

En el asiento de al lado había un librito de portada llamativa que alguien había olvidado. Lo tomó distraídamente; era una colección de cuentos de Maupassant. Lo abrió en un relato titulado *Le Diable* (El Diablo) y comenzó a leer. En pocos segundos quedó absorta.

Era la historia de un campesino que contrata a una anciana para que cuide a su madre moribunda mientras él trabaja en el campo. La vieja, a la que le pagan por el trabajo completo, se desespera porque la pobre mujer tarda mucho en morir. Deseosa de terminar rápido, decide acelerar el final con un truco. Le describe con detalles horribles que, al morir, el diablo se aparece con cuernos y un trinche. Cuando la paciente está aterrorizada, la vieja se esconde en un armario y sale de pronto disfrazada con una cacerola en la cabeza y un gran trinche. El truco funciona: la madre del campesino muere del susto.

—¡Dios mío!

El libro se le cayó de las manos. Catherine se quedó inmóvil, mirando a la nada. El restaurante se había vaciado; ella era la última cliente. El gran chef se quitó el delantal, se puso una chaqueta ajustada que parecía a punto de reventar sobre su abdomen y, con un puro en la boca, salió a caminar tras despedirse de ella. Ella apenas lo vio.

Solo podía pensar en el parecido entre ese cuento y lo que pasaba en casa de su prima. Había visto el poder de la sugestión sobre una víctima débil. ¿Y si Germaine, a solas con la mujer en la que confiaba ciegamente, sufría un destino parecido? En su estado, ¿qué tan fácil sería darle un susto lo suficientemente fuerte como para matarla? La idea la paralizó de horror.

Al fin reaccionó. ¿Qué estaba pensando? Jeanne no podía querer que su señora muriera. Geoffrey se lo había dicho: si sus motivos eran el dinero, necesitaba a Germaine viva para seguir cobrando. Con un escalofrío, se sacudió esa idea absurda y pagó la cuenta. No debía caer en esas fantasías locas.

Sin embargo, en esos pocos minutos, todas sus decisiones cambiaron. Iría a buscar hoteles solo para pasar el tiempo, pero estaba decidida a no dejarle el campo libre a Jeanne. Por muy inocentes que fueran las intenciones de la empleada, su influencia era peligrosa. Resistiría, al menos hasta que algo cambiara la situación.

—Si pasara algo —susurró—, ¡nunca me lo perdonaría!

Además, estaba olvidando la promesa del médico. A esa hora, él ya debía haber hablado con Jeanne para convencerla de irse. ¿Qué alivio sería si lo hubiera logrado!

Al entrar al departamento a las seis, oyó la voz profunda del doctor Girard a lo lejos y agradeció que el buen hombre no la hubiera defraudado. Se quedó en el pasillo tratando de captar lo que decía, pero por más que aguzó el oído, no pudo distinguir nada. Poco después, la puerta de la calle se cerró.

¿Habría tenido éxito? Un escalofrío de anticipación la recorrió; pronto sabría el resultado.

Sobre la mesa del vestíbulo la esperaban varias cartas, una con sello inglés y una letra que reconoció como la de Claire Hardwicke. Fue al estudio, se acomodó en el sillón grande y pronto quedó absorta en su correspondencia.

Claire la regañaba por su cambio de planes. ¿Qué significaban esas tonterías sobre un sentido de responsabilidad hacia la señora Bender? Germaine era casi una desconocida y, hasta hacía poco, se las había arreglado muy bien sin ella. Florencia estaría preciosa en mayo; Jim pensaba comprar un coche barato para recorrer los pueblos cercanos y bajar hacia el sur.

La imagen era tentadora. Catherine dejó las hojas y se entregó al sueño de lo que iba a perderse. Luego se dio cuenta de que no estaba tan arrepentida como esperaba. ¿Sería porque París albergaba a alguien cuya compañía le resultaba cada vez más agradable? Se sonrojó ante el pensamiento. Geoffrey Macadam nunca le había dirigido una sola mirada que no fuera de amistad profesional. Quizás él empezaba a verla como una molestia con sus preocupaciones constantes. Él era maravillosamente bueno, pero ella realmente le estaba causando muchos problemas...

Unos pasos amortiguados, probablemente de Eduardo, pasaron junto a la puerta, se detuvieron un momento y luego se alejaron. No le dio importancia hasta que, al salir del estudio, vio sobre la mesa un solo sobre blanco dirigido a ella. Era extraño: no había correo a esa hora, ni había oído al conserje. Se sorprendió aún más al ver en la esquina el membrete de Macadam y Langtree. La letra, redondeada pero angulosa, le era desconocida. Al ver la firma, supo que era del socio principal.

Así que el viejo no había perdido tiempo en escribirle. Sintió un repentino escalofrío de miedo.

Ya en la intimidad de su habitación, leyó la carta dos veces. Aunque estaba escrita con tacto, el mensaje era claro: el señor Macadam le insistía en que se marchara. ¿Qué era eso de "promover la discordia sin querer"? La frase la desconcertó, hasta que de pronto lo comprendió todo. Jeanne había estado con él para darle su versión de los hechos. Esta carta se escribió después de esa charla.

Catherine sintió un arranque de ira, que luego se convirtió en una risa amarga ante la ironía del asunto.

—Es realmente gracioso. Yo me esfuero para echarla a ella, mientras ella está decidida a echarme a mí. El señor Macadam es el árbitro y, por ahora, parece estar de su lado. ¿Cuál de las dos ganará?

Tomó el sobre y lo examinó con curiosidad. La solapa se había abierto con demasiada facilidad y el pegamento todavía se sentía húmedo. ¿La habían abierto a escondidas? Eso explicaría por qué la carta no estaba con las demás cuando ella llegó. Eduardo entendía inglés; sin duda él y Jeanne querían saber qué decía el abogado. Recordó su sospecha de que alguien escuchaba sus llamadas. Eran intrigas sobre intrigas... ¿De qué se trataba todo esto?

—Y sin embargo, no pueden sospechar que los espíe anoche. ¿Por qué tantas maniobras para deshacerse de mí? ¿A qué le tienen miedo?

Porque le tenían miedo, de eso ya no tenía dudas. Debían de estar aterrados por los cuadros desaparecidos, temiendo que ella los acusara. Mientras pensaba en esto, se cambió de vestido, todavía molesta con el viejo abogado. Se estaba cepillando el cabello frente al espejo cuando alguien llamó a la puerta.

—Entrez! —respondió, y Jeanne entró.

—Perdón, mademoiselle, si la interrumpo...

La actitud de la empleada era respetuosa. Se detuvo en el umbral y luego dejó un paquete envuelto en papel blanco sobre la cama.

—La lavandería acaba de traer la ropa blanca de la señorita. Quizá quiera revisar la lista para ver si está todo.

—Gracias, Jeanne.

Catherine abrió el paquete y revisó la ropa ordenada: un camisón de seda, una blusa de encaje, unos pañuelos. Mientras lo hacía, sentía la mirada persistente de la mujer sobre ella. Había algo vacilante en ella, como si quisiera decir algo más.

—¿Necesita algo, Jeanne?

—Solo esto, mademoiselle. Espero que no le haya dolido lo de esta mañana. Es algo para lo que hay que estar preparada; la señora suele ponerse así —añadió con un tono falsamente amable.

—No se preocupe, Jeanne. Lo entiendo perfectamente —respondió la joven con calma, ocultando su sorpresa.

Aun así, la empleada no se retiró. Se quedó cerca, alisando la colcha.

—La señora se mete ideas en la cabeza y, mientras le duran, lo mejor es no llevarle la contraria. ¿Me entiende, mademoiselle?

Catherine la enfrentó directamente.

—¿Qué quiere decir exactamente, Jeanne? Puede ser franca.

—Bueno, he pensado que sería más seguro que no intentara ver a la señora por un tiempo. Su rechazo hacia usted pasará, pero mientras tanto, ¿para qué molestarla?

Lanzó una mirada significativa que hizo que Catherine se pusiera roja de coraje. Sin embargo, se obligó a mantener la compostura.

—Puede que tenga razón. No voy a incomodar a mi prima.

—Ah, veo que me comprende. Es penoso para mí mencionarlo, pero después de todo no le afectará mucho tiempo, ya que es probable que su estancia esté por terminar. Pronto seguirá con su viaje, ¿no es así?

Así que eso era lo que quería averiguar. Ni una palabra sobre lo que el doctor Girard le había dicho media hora antes; solo la sugerencia de que debía irse.

Catherine comprendió que este era el punto de quiebre. Debía decidir si se mantenía firme o si dejaba a su prima en manos de esa guardiana celosa. ¿Estaba cometiendo un error al entrometerse? Tal vez era el momento de retirarse.

Por un segundo, Catherine dudó mientras guardaba su ropa con manos temblorosas. Pero al levantarse, vio en el espejo los ojos marrones de Jeanne observando cada uno de sus movimientos con una atención demasiado aguda. En un instante, su espíritu se puso en guardia. Se dio la vuelta y enfrentó esa mirada con una determinación inquebrantable.

—No voy a Italia, Jeanne —declaró cortante—. De hecho, no pienso irme por ahora. No molestaré a mi prima, pero pienso quedarme en este departamento tal vez durante meses.

Vio cómo las cejas de Jeanne se alzaban y cómo su nariz se ensanchaba con desagrado. Se miraron como dos esgrimistas, vigilantes. Cuando llegó la respuesta, fue en un tono de

indiferencia fingida, frío y calmado.

—¿Ah? Me sorprende... Bien, así quedamos entonces.

Eso fue todo. La puerta se cerró, dejando a Catherine con el corazón latiendo con fuerza.

CAPITULO 20

Mientras tanto, en la *rue Auber*, las investigaciones seguían con una minuciosidad admirable. El propio Macadam llamó a varios conocidos comerciantes de arte para preguntar, primero, qué precio podría alcanzar un bodegón de Manet y, segundo, si algún Manet de Harry Belmont Bender había pasado por sus manos recientemente. A lo primero recibió cifras concretas de ventas recientes; a lo segundo, un rotundo no. Uno de los comerciantes se sorprendió al saber que la pintura había cambiado de dueño.

—El señor Bender hizo varios tratos conmigo —dijo—. En 1924 vendí un *Renoir* para él a un excelente precio. En esa ocasión me pidió tasara su colección, incluido el *Manet*, y me dio la impresión de que no tenía el menor interés en deshacerse de él. De hecho, le hice una oferta que rechazó.

El comerciante añadió que, si la viuda había vendido el cuadro, debía haberlo hecho con un secreto absoluto, pues cuando una obra así cambia de manos, todo el mundo del arte se entera. En cuanto a la posibilidad de que hubiera salido del país, hoy en día era raro que algo así pasara sin ser descubierto; las autoridades portuarias eran sumamente estrictas. A veces algún lienzo se escapaba, pero cada año era más difícil.

Macadam colgó y se rascó la oreja, pensativo. Empezaba a parecer que la muchacha estadounidense tenía razón, aunque no quería apresurarse. Aún esperaba el informe de su empleado tras revisar los archivos y el estudio de la cuenta bancaria de su difunto cliente. Si se hubiera depositado una suma grande antes de la muerte de Bender, la historia sería otra. Por ahora, no había más que hacer.

No sospechaba que su hijo seguía otra línea de investigación; de saberlo, lo habría criticado duramente por su actitud quijotesca. Sin embargo, el misterioso Blom no salía de su cabeza, como demostró al comentarle a Geoffrey al día siguiente:

—Ese notario... pensándolo bien, se me ocurre una explicación lógica para su comportamiento de la otra noche.

—¿Cuál? —preguntó el joven cortante.

—Chantaje. Tal vez tiene algo contra esos sirvientes y los está obligando a pagarle. ¿Lo habías pensado?

Los ojos de Geoffrey brillaron.

—Entonces admite que son ladrones —respondió con astucia.

—Todavía no admito nada. Solo digo que es una posibilidad.

Acto seguido, le contó a su hijo el resultado de sus pláticas con los comerciantes. Geoffrey escuchó con interés.

—¡Bien! Confieso que es lo que esperaba. Si conocieras a Cath... a la señorita West tan bien como yo, sabrías que no es fácil de engañar.

—Sea como sea, estamos lejos de probarlo, y mientras no podamos, no habrá arrestos. Es un asunto delicado acusar a los sirvientes cuando su propia jefa los cree perfectos. Puede que ni nos den las gracias por las molestias.

A solas, Geoffrey descartó la idea del chantaje. Él seguía creyendo que Blom, al organizar los robos, había ido a poner orden porque sus cómplices se habían pasado de la raya. No tenía dudas de que el alsaciano era, bajo su fachada profesional, un receptor de objetos robados, y que el viaje a Burdeos era para sacar los cuadros de Francia.

Sin embargo, no tuvo noticias del detective hasta el sábado. Mientras tanto, aunque hablaba seguido con Catherine, no tenía nada que contarle. En cuanto recibió el mensaje de Bernard, corrió a la rue Blanche.

—Ya conocí a la joven, monsieur —le informó su lúgubre amigo—. Al principio era desconfiada, pero la convencí de ir a un café mañana por la noche. Si sale bien, tal vez le saque información.

—¿Qué impresión le da Blom? —preguntó Geoffrey.

—Es difícil decirlo. Pero aunque no parece una joven de sentimientos profundos, creo que es algo vengativa. Si es así, nos dirá la verdad.

De pronto, Geoffrey tuvo una idea e hizo una sugerencia que el agente aceptó.

—Si usted lo desea, monsieur. No tiene nada de malo, pero no prometo milagros.

—A las diez y media, entonces —respondió Geoffrey, emocionado.

El domingo amaneció cálido y despejado, un día de abril deslumbrante. El salón de los Bender, tras el brillo del exterior, le pareció a Geoffrey más deprimente que nunca, pero la joven que se levantó a saludarlo era la viva imagen de la primavera. Llevaba un vestido de seda color verde tierno y un pequeño sombrero de fieltro a juego. En el cuello lucía el collar de oro trenzado que tan bien le quedaba, y sus guantes hacían juego con sus zapatos de piel de lagarto. El suave perfume de su ropa mareó a Geoffrey como el champán cuando tomó su mano.

—¡Qué radiante te ves! —exclamó.

Fue su primer cumplido directo. Ella se puso roja de inmediato. Por un segundo, Catherine vio algo en los ojos de él que cambió la imagen que tenía de Geoffrey. Hubo un silencio incómodo mientras se miraban con torpeza.

—Pensé que almorzaríamos en la ciudad, en Ledoyen, y luego iríamos al campo.

—¡Excelente! Estaba deseando salir de París.

Al tomar su abrigo para ayudarla, su mano rozó la de ella. El contacto fue como una descarga eléctrica.

—Oye —dijo él, tratando de disimular su agitación—, ¿tienes que volver temprano? Porque pensaba que pasaríamos el día fuera y también cenáramos por ahí.

A ella le brillaron los ojos.

—¡Me encantaría! Solo iba a volver para escribir cartas, algo aburridísimo. Deja que le diga a Berthe que no me espere —y salió corriendo.

Regresó diciendo que la cocinera estaba feliz, pues ahora tendría la noche libre.

—¿Y la señora Bender? ¿Has sabido algo de ella?

El rostro de Catherine se ensombreció.

—No en días. No sirve de nada que intente verla si se siente así conmigo. Jeanne me aconsejó que me mantuviera lejos, y de todos modos no quiero entrar a su cuarto ahora. Me temo que no hay nada que pueda hacer.

Él guardó un silencio profundo, pero una vez en el coche, le habló con firmeza.

—Escúchame, Catherine. No me gusta nada esto. Desearía que te convencieras de dejar ese lugar.

Ella lo miró con reproche.

—*Et tu, Brute!* —murmuró con una sonrisa triste, aunque se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Por qué yo también?

—Espera. Tengo algo para ti.

Él estaba intrigado, pero no dijo nada mientras el coche se deslizaba por la Avenida Kléber hacia el Arco de Triunfo. En los Campos Elíseos se detuvo frente a una florería y, tras dejar a su acompañante un momento, regresó con un gran ramo de lirios del valle, frescos y vibrantes entre sus hojas verdes.

—Combinan con tu vestido —comentó con brevedad, dejando el ramo en el regazo de ella.

Algo le había pasado a Geoffrey. Era como el primer deshielo tras un largo invierno.

Catherine lo notó cuando entraron al restaurante, medio oculto por los castaños en flor, y se dirigieron a la mesa de la esquina que él había reservado. El sol que entraba por la terraza acristalada no brillaba con más calor que el resplandor que sentían ellos. Toda la escena festiva —el sonido de los corchos al saltar, el murmullo alegre y las mesas adornadas— era el marco perfecto para su estado de ánimo.

En un día así, todo parecía más brillante. Los camareros parecían los mejores hombres del mundo, dignos de cualquier confianza. Cada mujer presente era un milagro de elegancia y cada broche de fantasía brillaba como el diamante más puro. Lo mejor de todo era que ninguna mirada masculina dejó de notar a Catherine mientras pasaba con su vestido verde y ese aire de naturalidad que el corazón inglés tanto aprecia. Era un momento para atesorar, para recordarlo mucho tiempo después con orgullo.

—Ahora, ¿qué ibas a contarme? —preguntó Geoffrey en cuanto pidieron el almuerzo.

La observó mientras ella se ocupaba de desabrochar el broche de su hombro para colocarse los lirios del valle. Cuando terminó y contempló el resultado con satisfacción, abrió su bolso de piel de lagarto y sacó un sobre.

—¿Qué opinas de esto? —preguntó—. Léelo.

Vio cómo las cejas de Geoffrey se elevaban con asombro al reconocer la letra angulosa de su padre, y cómo una expresión de fastidio se instalaba en su rostro al terminar la lectura.

—¡El viejo diablo! —exclamó en voz baja—. ¿Qué significa esto? Nunca me dijo que te había escrito.

—La envió casi de inmediato —dijo ella con calma—. Poco después de hablar con Jeanne, supongo.

Él la miró rápido.

—¿Cómo supiste que ella fue a verlo?

—Me la crucé en la calle, afuera. Ella no me vio.

Geoffrey no solo estaba molesto, sino avergonzado. Por un momento evitó mirarla.

—Por favor, no le hagas el menor caso a esto —dijo con esfuerzo—. No sé ni qué decir.

—No estoy enojada —respondió ella—, aunque al principio sí un poco. Me hace sentir que no cree ni una palabra de lo que dije. No solo insinúa que soy una tonta por entrometerme, sino que incluso podría estar haciéndole un daño real a mi prima.

—¡Tonterías! —murmuró él, impaciente.

—No tanto. Hay algo de verdad en lo que dice, por ahora. Ella se alteraría si yo insistiera en verla, pero estoy convencida de que es algo temporal. Las cosas no pueden seguir así; solo estoy esperando mi momento.

—Dios sabe que espero que pronto sepamos algo definitivo sobre esos robos —comentó él tras una pausa.

—¿Crees que lo lograremos?

—No lo sé. Al menos establecimos que el *Manet* no ha pasado por manos de ningún comerciante conocido, lo cual ya es algo.

—¡Eso es bueno! —exclamó ella con entusiasmo—. ¡Oh, espero que no estemos acosando a personas inocentes!

—No te preocupes por eso. Estoy tan seguro como tú de que tienen mucho que ocultar.

Ella recuperó la carta y la miró.

—Otra cosa: ya ves que sugiere buscar a una mujer mayor y con más experiencia para cuidar a la señora Bender. ¿Acaso no sabe que ella no tiene parientes?

Él frunció el ceño ante ese dato.

—¿Estás segura de que no hay nadie?

—Hermione asegura que Germaine no tiene familia alguna, y ella debería saberlo. Desde que estoy en el departamento, no he visto ni oído de nadie relacionado con ella. Nunca conocí a alguien tan completamente solo.

—Eso hace que las cosas sean extremadamente difíciles —observó él pensativo—. ¿Sabes? No creo haber asimilado ese hecho antes. Por cierto, ¿cuál era el apellido de soltera de la señora Bender?

Ella se lo dijo y él lo repitió con una entonación extraña.

—¿*Dieulefit*? Nunca lo había oído. Es muy poco común.

—Mucho. Hermione dice que el linaje se extinguió.

Él meditó un momento, sacó una libreta del bolsillo y anotó la palabra "*Dieulefit*". Ella lo observó con interés, notando que su frente seguía arrugada por la intriga.

Llegó el pescado y se dedicaron a comer con deleite. Solo cuando terminaron volvieron a los temas serios. Geoffrey preguntó si el médico ya había resuelto lo de las vacaciones de Jeanne.

—Vino ayer, pero Jeanne no ha dicho nada todavía. Pronto se sabrá.

Eran casi las tres cuando salieron de nuevo al aire libre para pasear por el Bosque de Bolonia y los jardines de Saint-Cloud. Las alondras cantaban y el aire dulce traía el aroma de los árboles en flor. Catherine suspiró con total satisfacción. Un abril hermoso, un coche bien conducido y un compañero que se había vuelto mucho más interesante que un hermano: ¿qué más podía pedir? Era difícil creer que la semana pasada estuvo atrapada en dudas y temores.

A las cinco se detuvieron en una antigua granja junto a un arroyo, un lugar popular para los paseantes. Merendaron té y tostadas en mesas con manteles color naranja bajo sombrillas a juego. El aire del campo les había abierto el apetito. Mientras fumaban un cigarrillo, Catherine recordó algo.

—Geoffrey —dijo—. El agente que contrataste... comprenderás que yo debo pagarlo. Puedo hacerlo, ¿sabes? No quiero que pienses...

Él se sonrojó un poco.

—¿Tenemos que hablar de eso? Preferiría que no.

—Bueno, no lo haré por ahora. Pero prométeme que me dirás cuánto cuesta, ¡o te lo haré pasar muy mal!

Viendo su determinación, él asintió.

—Está bien, lo prometo. Ahora hablemos de otra cosa.

Hubo un silencio y la mirada que compartieron dejó a Catherine un poco sin aliento. ¿Por qué Geoffrey estaba tan distinto hoy? Empezaba a preguntarse si realmente lo conocía.

Cenaron tarde en un pequeño restaurante de la rue Jacob. Aunque Catherine decía no tener hambre, las ostras y el pato con chícharos la hicieron cambiar de opinión.

—¡Ay, Dios! —suspiró—. ¡Cuando estoy contigo no hago más que comer!

—Te hace falta —le aseguró él—. Estoy seguro de que en casa estás medio muerta de hambre.

Era cierto que, aunque se veía hermosa, Catherine estaba más delgada. Él notó unas leves sombras bajo sus ojos que lo preocuparon, sugiriendo que vivía en un estado constante de alerta. Le llenó el plato de fresas del bosque con crema hasta que ella lo detuvo riendo.

—No soy un ganso de Estrasburgo, ¿sabes?

Cuando terminaron el café, ella se recostó en su rincón, satisfecha.

—No quiero que este día se acabe.

—No ha terminado —respondió él, mirando su reloj—. Hay algo más que quiero que hagas esta noche.

—¿Qué es? —preguntó ella con languidez.

Le pareció que había un ligero aire de secreto en él mientras pagaba la cuenta y dejaba un billete de diez francos en el platillo. Luego, con su característica cautela, respondió a su pregunta.

—No es gran cosa. Espera y verás. Pero espero que pueda valer la pena.

CAPITULO 21

Eran casi las diez, pero según Geoffrey aún era demasiado temprano para lo que planeaba. Catherine no hizo más preguntas y se armó de paciencia mientras circulaban lentamente durante media hora por los muelles, subiendo al Bosque de Bolonia y de regreso, rodeando la Cité y la Isla de San Luis. La noche era perfecta. Las dos torres de Notre Dame destacaban con fuerza contra un cielo estrellado; el río fluía rápido entre sus muros negros, salpicado de reflejos como joyas. Uno tras otro, pasaron ante el majestuoso Palacio de Justicia, el Hôtel Dieu y la casa donde Abelardo introdujo los clásicos en la cabeza de Eloísa y el amor en su corazón.

Finalmente, Geoffrey cruzó de nuevo el río y, evitando el brillo estridente del Boul' Mich', rebosante de gente, se adentró en el Boulevard Montparnasse. Allí aparcó frente a un edificio pequeño con las paredes pintadas en un estilo futurista bastante tosco. Catherine lo miró sorprendida. El nombre, "Tattenham Corner", escrito sobre la puerta, le indicó que era un antro nocturno de moda, uno que ella no conocía y del que había oído a su acompañante hablar con desprecio. No podía imaginar por qué la había traído ahí.

Una explosión de jazz estridente los recibió, junto con una ráfaga de aire viciado, cargado de perfume, humo rancio y olor a sudor. Risas agudas y un caos de idiomas se elevaban por encima de los saxofones. Al levantar una cortina mugrienta, vieron una sola habitación atestada de parejas que se balanceaban mejilla con mejilla en una pista de baile del tamaño de una alfombra. "El infierno desatado", pensó Catherine. Era un espectáculo curioso pero repugnante. Instintivamente se acercó a Geoffrey, quien la protegió con su brazo de un grupo de estudiantes que entraba a empujones.

Nadie les prestaba atención. Con dificultad, Geoffrey llamó al único camarero desaliñado que se abría paso entre las mesas con indiferencia. El hombre se acercó, se limpió las manos en un delantal sucio y escuchó a Geoffrey. Tras un momento, asintió y los guió hacia el fondo, donde lograron sentarse en los únicos lugares vacíos contra la pared.

—Tendremos que pedir algo —dijo Geoffrey—, pero te advierto que será malo.

Pidió un coñac, mientras Catherine eligió una naranjada, pensando que sería inofensiva. Se equivocó. La bebida llegó en un vaso manchado, de un rojo venenoso, espesa y con un sabor químico extraño. El camarero la derramó sobre la mesa e intentó secarla con un trapo sucio mientras miraba hacia otro lado.

¡Qué lugar! Y sin embargo, la mitad de los clientes eran gente rica: hombres impecables con mujeres exquisitas luciendo las últimas modas. ¿Por qué venían a cocinarse en esa atmósfera sofocante, a beber cosas nauseabundas y a estar apretados junto a modelos y mujeres de la vida galante del nivel más bajo? Es una pregunta que solo París puede responder. No parecían estarse divirtiendo.

La música paró y los bailarines volvieron a sus asientos. Una muchacha delgada, con la cara llena de polvo, la boca como una cicatriz roja y el pelo pegado a las mejillas, se dejó

caer en la silla de enfrente con una carcajada. Su acompañante la miró con lascivia, se secó el sudor y golpeó la mesa.

—¿No es encantadora? —dijo el hombre en tono de broma—. Una joyita de la calle... dígame la verdad, ¿no es encantadora? —y le pellizcó la oreja a la mujer, recibiendo un bofetón como respuesta.

En la calma relativa, la cortina se movió y una anciana, conocida en Montparnasse, se asomó entre el humo. Llevaba un sombrero de hombre con una pluma desaliñada y una bufanda sucia. Su boca desdentada se hundía entre la nariz y la barbilla marchita, y sus ojos recorrieron la sala con una sonrisa astuta.

—L'Ami du Peuple, L'Ami du Peuple... —canturreó en una melodía monótona.

Nadie le hizo caso y pronto desapareció, empujada por el camarero. La reemplazó una niña con un chal, descalza y con el pelo revuelto, que llevaba una bandeja de flores.

—Des violets, des muguets... tous frais... violetas, lirios del valle frescos...

Ella también se fue sin vender nada, tranquila y filosófica. Geoffrey se inclinó hacia Catherine.

—Quiero que te fijas en la pareja de al lado —susurró, casi sin mover los labios—. Observa a la chica e intenta captar lo que dice. Por ella te traje aquí.

Catherine lo miró extrañada y luego examinó a su vecina. Vio a una criatura pequeña, de unos veinte años, vestida con una chaqueta azul brillante, un pañuelo de lunares rojos y un sombrero tipo casco de aviador que dejaba ver un flequillo teñido. Sus ojos azules redondos tenían una mirada de niña entre pestañas cargadas de rímel negro; tenía círculos rojos pintados en las mejillas, como esas muñecas grotescas de las tiendas de juguetes. Hablaba en un falsete chillón con un hombre que le doblaba la edad, un tipo serio y de ojos hundidos que la observaba mientras sacaba un cigarrillo.

—¿Quién es? —murmuró Catherine, completamente perdida.

—No importa quién es. Escucha.

Ella obedeció. Durante unos minutos solo oyó historias infantiles sobre fiestas y risas. Finalmente, la joven vació su vaso y miró a su acompañante con ojos cándidos. El hombre golpeó la mesa con una moneda.

—Otro oporto para la señorita —pidió, sacando un billete de una cartera vieja.

Solo cuando trajeron el vaso, el hombre habló. Aunque bajó el tono, Catherine oyó cada sílaba.

—¿Y esa fue la última vez que vio a ese tal Monsieur Blom? —preguntó con voz suave.

¡Monsieur Blom! Catherine ahogó un grito de sorpresa.

—¿Oíste? —le susurró a Geoffrey.

Él asintió. La chica de al lado había mordido el anzuelo como un pez hambriento.

—¿Que cómo fue la última vez? —respondió ella con voz chillona—. ¡Tu madre dio a luz un mono, entonces! —añadió con una burla grosera, y le dio un sorbo a su oporto.

—No —continuó ya más en serio—. Lo vi muchas veces después de eso. No fue sino hasta un mes después de ese viaje a Burdeos que le dije que se fuera al diablo, ¡asqueroso sapo! Como si yo fuera a ser el segundo plato de ese esqueleto. Hay mejores oportunidades para una chica como yo, te lo aseguro —bufó con desprecio mientras se pasaba un pulgar húmedo por las cejas pintadas.

—No sé dónde tenía los ojos —murmuró su acompañante en tono adulator— para preferir a esa tal Madame Baron antes que a ti. Es mayor, ¿verdad?

—¿Que si es mayor? —gorjeó la muchacha con sarcasmo—. ¡Es más vieja que el mundo y tiene la piel como un avestruz! ¿Ojos? ¡Palabra! Los tiene más agudos que los tuyos, te apuesto. Él sabe bien dónde tiene ella escondidos sus ahorros. Debe ser rica, aunque nunca lo adivinarías al verla. Eso es lo único que le importa: el dinero. ¡Vendería su alma al diablo por diez mil francos!

—Pero le debe ir bastante bien, entre una cosa y otra —sugirió el hombre con tono persuasivo—. ¿No crees?

—Oh, supongo. Pero no gasta nada. Conmigo era un tacaño.

—¿Le oíste mencionar alguna vez unos cuadros?

Ella puso la mente en blanco.

—¿Cuadros? Jamás. A menos que cuentes unas postales que me enseñó una vez... ¡sucio bicho! —hizo una mueca mientras sacaba su lápiz labial y se lo aplicaba generosamente, mirando su reflejo en un espejito.

—¿Pero qué lo llevó a Burdeos? ¿Tienes idea de sus negocios allá?

—¡Bah! Nunca me contaba sus cosas. Casi no hablaba, en realidad. Solo se sentaba a beber su cerveza y se quedaba mirando fijamente con esos ojos manchados. ¡Sacré! ¡Me ponía de los nervios!

—Un hombre reservado, ¿no?

—¿Hombre? No es un hombre en absoluto; es un animal, un reptil rastrero que no tiene

savoir vivre. Que conste, ni siquiera es francés.

La expresión "*qui n'a pas de savoir vivre*" (que no sabe vivir o no tiene clase) resultaba ridícula saliendo de esos labios infantiles con semejante aire de autoridad.

Así que esa pequeña criatura pintada había conocido al notario en la intimidad; quizá sabía sus secretos. ¿Revelaría algo importante? Catherine escuchaba con avidez.

—¿Le oíste mencionar alguna vez a una clienta llamada Jeanne Laborie? —continuó el agente con suavidad, fingiendo desinterés.

—¿Laborie? Jamás. ¿Quién es? ¿Amiga tuya?

—Solo la empleada de una señora, que trabaja en la Avenida Henri Martin.

Ella repitió el nombre de la calle pensativa.

—Tenía un amigo en la Avenida Henri Martin. Conducía un coche grande, un Rolls-Royce. Un domingo fuimos a pasear con él hasta Chartres. Cenamos en un hotel y el amigo nos invitó a una botella de champán. Fue justo antes de que Blom se fuera. Lo recuerdo porque me eché a perder la falda nueva con el champán y el tacaño no quiso pagar la tintorería.

—¿Cómo era el amigo? ¿Francés?

—No. Italiano o quizá español. No sé cuál, pero hablaba francés bastante bien. El amigo tenía mucho estilo. Pude habérmela pasado bien con él, pero no tuve oportunidad. Después de cenar estaba un poco borracha y me dormí todo el camino de regreso. Él y *Blom* iban adelante hablando.

—¿De qué?

—¿Cómo quieres que lo sepa? ¿No te dije que estaba dormida? —le dio un empujón—. Solo me desperté para oír que el español, o lo que fuera, le decía a Blom el nombre de un hotel.

—¡Ah! ¿Recuerdas qué hotel era?

—No, claro que no. No me interesaba. Pero... bueno, ahora que lo dices, creo que sí lo sé. Era el *Hôtel des Négociants*. Sí, ese era.

—¿En París?

Ella negó con la cabeza con indiferencia.

—Quizás. No tengo idea. En todo caso, como se fue al día siguiente, puede que fuera en Burdeos.

—¿Te escribió desde Burdeos?

—¡Ni una línea! Pero él era así de indiferente. Me habría podido morir y a él no le habría importado nada.

Suspiró, pero no parecía muy afectada. El agente continuó sondeando con habilidad aquella cabeza pequeña y vacía; sin embargo, aunque la muchacha estaba dispuesta a hablar, no se obtuvo más información. Justo cuando Catherine empezaba a sentirse decepcionada, captó algo que la dejó fascinada y aterrada a la vez.

—No, no me arrepiento de que se haya ido —observó la joven con despreocupación—. Me alegro. Siento que puedo respirar otra vez. Te digo que había algo en ese hombrecillo que no me gustaba ni un poco. Tan frío, tan calculador, siempre planeando, siempre pensando en algo... nunca supe en qué. Se sentaba y se quedaba ahí... Imagínate que estábamos en un café, un lugar alegre como este. Él se olvidaba por completo de mí; solo se sentaba y miraba fijamente sin pestañear. Si le hablaba no respondía, sino que mantenía sus ojos manchados fijos en mí con una especie de quietud, como...

Se interrumpió, absorta. Luego, con una risa nerviosa, continuó:

—Te diré a qué se parecía. Una vez, en el empaque de nuestra fábrica, encontré una araña enorme en medio de una telaraña. Qué bicho más maligno... un monstruo. No se movía, solo se quedaba quieta y me miraba. ¡Grité! Puedes reírte, pero era aterrador. Había moscas atrapadas en la red; no podían escapar. Sentí que si me miraba mucho más, yo tampoco podría escapar. ¿Me entiendes? Pues así me sentía con Blom. Me recordaba a esa araña, simplemente sentada en medio de su red, esperando y esperando. Quería gritar y salir corriendo, pero era como si me hubieran atado las piernas. ¡Ah! Era espantoso. Si esa Honorine puede soportarlo, es más de lo que yo pude.

Su voz aguda se fue apagando y se quedó mirando al vacío, mientras una de sus manos rudas tiraba de la bufanda en su cuello. Al fin, se sacudió el recuerdo.

—¡Bueno, esto no sirve de nada! —exclamó bruscamente, poniéndose de pie de un salto—. ¿Para qué me has traído aquí, para un funeral? ¡Bailemos!

Cuando el espacio a su lado quedó vacío, Catherine respiró hondo y se volvió hacia Geoffrey.

—¿Pudiste oír? —preguntó con los ojos brillantes.

Él asintió con fastidio.

—Un fracaso total. La chica no sabe nada concreto contra Blom.

—Quizás —respondió Catherine negando con la cabeza—. Pero aun así, le tiene terror. ¿Viste su cara cuando habló de la araña? ¡Se estremeció! Tiene razón, Geoffrey. Hay algo horrible en ese hombre. A mí me produce esa misma sensación de repugnancia y de miedo. Estoy muy segura de que trama algo malvado.

—Catherine, ¡qué imaginación tan romántica! Hermione Cushing no lo haría mejor. Tengo que llevarte a casa rápido o verás arañas en tus sueños.

Ella se rió, desanimada.

—¿Soy tan tonta? Me pregunto... Dime, ¿qué sacaste tú de todo esto?

—Muy poco, salvo que Blom evidentemente se casa con la viuda por su dinero. Además, la rapidez con la que empezó a cortejarla sugiere que necesitaba capital con urgencia para un plan específico.

A Geoffrey se le había ocurrido que el notario quizá pensaba establecerse como comerciante de arte en otro país, probablemente en América, y para eso necesitaba dinero. Incluso podría estar comprándoles los cuadros a Jeanne y Eduardo con la intención de pagarlos con los ahorros de su futura esposa. Si esto era cierto, la visita a Burdeos, un puerto marítimo, tenía todo el sentido: sería más seguro sacar las pinturas de París para luego contrabandearlas fuera de Francia. Aquí había, por fin, una pista para que el detective trabajara.

—Vámonos de aquí —dijo él, tomando el abrigo de Catherine—. Este aire es insoportable.

En el aire fresco de la noche, fuera de aquel bullicio, todo parecía tan irreal como un sueño.

—¡Mis pobres lirios del valle! —exclamó Catherine, tocando las flores marchitas en su pecho.

—Tú también debes estar agotada. ¿Te diste cuenta de que te he arrastrado conmigo durante once largas horas?

—¡Once horas! Han pasado como un suspiro.

Veinte minutos después, en el oscuro vestíbulo del departamento, ella le tendió la mano para despedirse.

—Todavía no —susurró él—. Escucha...

Desde la noche primaveral llegaban los acordes de un violín, dulces y penetrantes. Ella contuvo el aliento.

—¿Es...? ¡Lo es! El Tango de Albéniz otra vez. ¡Qué maravilloso suena, surgiendo de la nada, como música de otro mundo!

Se miraron y, de repente, bajo la oscuridad y las notas seductoras, el aire se cargó de electricidad. Antes de que ella supiera qué estaba pasando, los brazos de él la rodeaban y sus labios estaban sobre los de ella.

Las fuerzas se le esfumaron; Catherine se entregó a un éxtasis en el que el tiempo se detuvo. Sintió los músculos de los brazos de él tensarse, mientras el aroma de su piel y su cabello la envolvía en una embriaguez sutil. Pasaron los segundos mientras se abrazaban con avidez. Luego, con un jadeo, Catherine lo apartó.

—No. No debes —murmuró, asustada—. Yo... yo no quería que hicieras eso.

—¿Que no querías? —exigió él, sujetando las manos de ella con firmeza—. ¡No te creo!

El rostro de ella ardía. Estaban tan cerca que podía oír los latidos del corazón de él.

—¿Por qué? —insistió Geoffrey con urgencia—. Catherine, lo digo en serio, con toda mi alma. No me digas que no te importo. Desde aquel día en el tren no he pensado en nadie más que en ti. Nunca me he sentido así por ninguna mujer. Quiero que te cases conmigo lo antes posible. ¿Aceptas?

La fuerza de su tono la dejó sin aliento. Ella retrocedió un paso, con los ojos muy abiertos, tratando desesperadamente de pensar con claridad. ¡Él la amaba! Después de semanas de comportamiento tranquilo, ¡le estaba rogando que se casara con él! Apenas podía creer lo que oía.

—Oh, Geoffrey —logró responder con voz temblorosa—. No... no lo sé. Verás, durante un año entero estuve comprometida con un hombre al que no quería, y juré no volver a cometer un error tan espantoso. Casi creo que no me atrevo a comprometerme en absoluto, sino que algún día, cuando esté completamente segura, me casaré con alguien de repente, ¡antes de que pueda cambiar de opinión! —Terminó con una risa vacilante.

—No te estoy pidiendo que te comprometas —murmuró él, sonriendo un poco.

—Pero el matrimonio es tan irrevocable, ¿no crees? Quiero decir, tengo que pensar las cosas... Aun así, sí que me gustó... eso —su pecho se elevó—. Solo que, precisamente porque me gustó, debo ser aún más cautelosa y no dejarme llevar. Puede que no sea lo verdadero, y hasta que no esté completamente segura no debo dejar que me beses otra vez.

—Muy bien, entonces —dijo él brevemente—. Pero va a ser difícil... ahora.

—Quizás también sea difícil para mí —respondió ella con ojos brillantes—. Pero debo cumplirlo, porque sé que tengo razón.

Él se había ido. Oyó arrancar su coche, luego, con las pulsaciones aceleradas, avanzó a tientas hacia la escalera.

Sí, tenía razón. Hasta que pudiera determinar la profundidad de esta nueva emoción, no se atrevía a repetir el abrazo que la había despojado de toda capacidad de razonamiento. Y sin embargo, ¡ay, cómo ansiaba hacerlo! Se aferró al poste de la escalera, débil por el recuerdo del éxtasis físico.

A su alrededor reinaba un pesado silencio, roto solo por el tictac del reloj del vestíbulo. Entonces, de la oscuridad envolvente, su oído detectó un leve y lejano sonido que subía y bajaba espasmódicamente. Alzó la cabeza y escuchó.

Venía del lado del patio del apartamento, un sollozo ahogado y lastimero, desgarrador de oír. ¿Podría ser Germaine? Y si era así, ¿estaba sola? ¿A estas horas, además, pasada la medianoche?

Sin detenerse a pensar, se deslizó silenciosamente por los pasillos hasta la habitación de su prima.

CAPITULO 22

Catherine se detuvo frente a la puerta de Germaine, preguntándose qué debía hacer. El sollozo continuaba suavemente, como si quien lloraba escondida temiera ser escuchada. Era un sonido lastimero que le llegó al corazón y, al mismo tiempo, la alarmó. ¿Dónde estaba Jeanne? Notó que la puerta del vestidor estaba entreabierta; la empujó con cautela y echó una mirada furtiva al interior.

La habitación estaba vacía y la colcha del sofá cama se veía perfectamente estirada. Eso fue lo que pudo distinguir en la penumbra, y por lo mismo concluyó que Jeanne había salido, tal vez para encontrarse con Blom. Por una vez, la enferma se quedaba desatendida.

A pesar del nerviosismo, se armó de valor y entró en la habitación de la señora Bender.

Pero ¿dónde estaba ella? Los sollozos habían cesado. Dos velas junto a la pared ardían con luz vacilante, proyectando sombras negras sobre la cama desordenada y vacía. El aire se sentía pesado y caluroso. De pronto, un movimiento le llamó la atención: por encima del respaldo del sillón asomó un rostro pálido, surcado por las lágrimas, con el cabello revuelto y los ojos fijos.

—Germaine —susurró la joven con consternación, desconcertada por lo que veía.

Entonces se dio cuenta de que la señora Bender estaba acurrucada en el suelo frente al crucifijo, en actitud de oración. Pasó un largo segundo antes de que el reconocimiento volviera a esos ojos asustados; los labios se movieron con rigidez, susurrando su nombre.

—Eres tú... eres tú... —murmuró la enferma una y otra vez, aferrándose a las cortinas de la cama con mano temblorosa—. Al principio pensé que...

—Claro que soy yo —dijo Catherine con tono tranquilizador—. Te escuché y vine a ver qué pasaba.

Observó con ansiedad cualquier signo de rechazo, pero no detectó ninguno. Aún desconcertada, pero con una sensación de alivio, rodeó con su brazo los hombros de la mujer mayor en un gesto protector.

—Te vas a resfriar, querida. Deja que te ayude a volver a la cama.

Tomó la bata blanca que estaba en la silla y envolvió con ella aquel cuerpo que no ofrecía resistencia.

—No, no tengo frío. Aquí hace mucho calor, demasiado. No podía dormir —susurró la señora Bender vagamente, con los ojos fijos como los de una sonámbula—. A veces el sedante no funciona. Creo que es porque lo he tomado muy seguido.

Se dejó llevar de vuelta a la cama y, con total docilidad, permitió que Catherine arreglara las almohadas y retirara el sofocante edredón de plumas. La ventana estaba cerrada y no entraba ni un soplo de aire fresco; no era de extrañar que la pobre mujer no pudiera descansar.

—¿Pero dónde está Jeanne? —no pudo evitar preguntar la joven, mientras abría un poco la ventana y servía agua en un vaso que acercó a los labios secos de la paciente.

Germaine la miró como en un sueño.

—¿Jeanne? No lo sé... creo que salió hace una hora, o dos. Ah —añadió rápidamente—, no debes decirle que estaba despierta. Solo la angustiaría. Pobre Jeanne, hace tanto por mí y yo soy tan egoísta. Nadie en el mundo se preocupa por mí como ella. Lo sé muy bien —murmuró con una extraña insistencia.

Catherine no la contradijo. Se sentó en el borde de la cama, acariciando la mano temblorosa que, se alegró de notar, no se retiraba de su agarre. Luego, viendo que las velas seguían encendidas a solo unos centímetros de las cortinas, se levantó y las apagó. El humo acre de las mechas llenó sus fosas nasales.

—¿Por qué encendiste las velas, querida? —preguntó mientras encendía la lámpara—. Sabes que no me parece muy seguro hacer eso.

Los ojos grises evitaron los suyos con una mirada de culpa.

—Estaba rezando —susurró la enferma con voz de niña—. Me sentía tan infeliz ahí acostada... no podía soportarlo más. Pensé que si encendía las velas y rezaba podría aliviar este dolor de aquí —y se tocó el pecho, mientras un espasmo de sufrimiento cruzaba su rostro.

—¿Pero por qué te sientes infeliz, Germaine? ¿No quieres intentar decírmelo? —rogó la joven, temerosa de pronunciar las palabras.

—Porque estoy tan sola. ¿Quién no se sentiría como yo, sin nadie que se preocupe por mí excepto Jeanne? Ah, si supieras. Estoy sola, estoy desolada, no tengo ni un solo amigo. Sería más feliz si fuera tan pobre que no tuviera ni un centavo que pudiera llamar mío, porque entonces tal vez tendría a alguien que me quisiera.

Era la misma historia de siempre. Jeanne había ido destilando esa venenosa idea en aquella mente crédula hasta volverla imposible de arrancar. Era de una crueldad casi increíble.

—Germaine —dijo Catherine con firmeza, pero intentando sonar ligera—, todo eso son puras tonterías. Escúchame, querida. Todo el mundo tiene amigos, tanto los ricos como los pobres. Es Jeanne quien te ha hecho pensar esa cosa absurda, ¿y de verdad no te das cuenta de por qué?

El demacrado rostro no expresaba más que desconcierto.

—¿Jeanne? No entiendo. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Simplemente porque está celosa. Odia la idea de que alguien más comparta tu afecto. Me ha quedado claro desde el principio. No la culpo, pero es así; está celosa de cualquiera que pudiera interponerse entre ustedes. ¿No puedes verlo?

Habló con fuerte convicción, decidida a hacerle entender algo que ella misma ya no creía del todo. Vio cómo una luz de asombro aparecía en los ojos de su prima.

—¿Pero de verdad puede ser cierto? —titubeó la pobre mujer.

—Estoy segura de ello. Piensa un momento. ¿Quiénes son tus amigos? Dime sus nombres.

La mirada tensa vaciló.

—No muchos —murmuró la enferma tras un momento—. Algunos han muerto. Estaba, por supuesto, Madeleine de Bréart...

—La condesa de Bréart está en África con su marido. Lleva muchos meses fuera. Seguramente lo sabes.

Pero estaba claro que Germaine lo ignoraba.

—Varias personas han venido a preguntar por ti, pero no estabas lo suficientemente bien para recibirlas. Dejaron tarjetas y a veces flores. Estuvieron la baronesa de Grèves y la señora Strakosch —mencionó los nombres al azar, sin ningún pudor, empeñada solo en arrancar de raíz la idea fija que estaba causando tanto daño.

Una alegría incrédula brilló en aquellos ojos hambrientos de afecto.

—¿Vinieron? ¿Dices la verdad? ¡Y yo nunca lo supe! O si lo supe, lo he olvidado —añadió, apartándose el cabello de la frente con un gesto confuso.

—Por supuesto. ¿Ves? —exclamó la joven triunfalmente—. Ahora no debes volver a meterte esas ideas en la cabeza. —Esperó un momento y luego, volviéndose más audaz, continuó—: Y luego está Hermione. Te olvidas de ella. Se preocupa mucho por ti, quizá más que nadie.

Una sombra se cernió sobre el sensible rostro.

—Lili... ¿crees que sí?

—Te lo juro. En cuanto a eso, ¿cómo es posible que dudes de su devoción después de todos estos años, sin más base que las palabras airadas de una sirvienta?

Mientras decía esto, Catherine tembló por dentro, temiendo haber ido demasiado lejos. Sin embargo, la expresión avergonzada de su prima le aseguró que había hecho bien en adoptar una postura firme.

—No debes reprocharme —murmuró la mujer, inquieta—. Ella... ella me insistió en que hiciera mi testamento, ¿sabes?

—¿Y por qué no? —interrumpió Catherine con rapidez—. No tenía mala intención. Todo el mundo hace su testamento. Incluso yo, con mis pocas propiedades, hice el mío poco después de que muriera mi padre. Es lo más sensato. —Hizo una pausa para permitir que el sentido común calara en la mente de Germaine—. No te imaginas lo herida que se siente Hermione cuando te niegas a verla. Ser rechazada así por la única amiga de su juventud... debes saber cuánto le ha dolido. Realmente le debes una disculpa.

—Pero... pero...

Era fácil leer la vacilación avergonzada de la señora Bender. Ahora, medio convencida de su error, la pobre mujer temía disgustar a Jeanne al admitirlo. Era demasiado débil para ofrecer cualquier tipo de resistencia por sí misma.

—No importa ahora —dijo Catherine suavemente—. No digo esto para alterarte, solo para que entiendas mejor las cosas. En cuanto a tu testamento, es un asunto que solo tú puedes decidir. Nadie quiere molestarte con eso. Lo único que queremos —Jeanne, Hermione y yo— es que te recuperes.

La mano temblorosa rascaba la sábana mecánicamente.

—Debería hacerlo, sé que debería —susurró la señora Bender con confusión, como discutiendo consigo misma—. Solo que, sintiéndome como me siento, no me atrevo. Mi memoria... Ah, ¿qué fue eso? —Se sobresaltó, temblando de nuevo—. ¿Oíste un ruido?

Al escuchar con atención, Catherine captó el sonido de una puerta cerrándose. Era Jeanne que regresaba. Al mismo tiempo, los ojos de la enferma se dilataron con un temor nervioso.

—¡Vete, vete! —le instó, apartando a la muchacha con ambas manos—. No debe encontrarte aquí. ¡Date prisa, te lo ruego! Fingiré que duermo.

Catherine se levantó de un salto, apagó la lámpara y se deslizó hacia el pasillo, cerrando la puerta tras de sí. No fue un momento demasiado pronto; apenas tuvo tiempo de ocultarse en el cuarto de baño contiguo cuando oyó los pasos enérgicos de la doncella acercarse y entrar en la habitación que acababa de abandonar. Esperó hasta que todo quedó en silencio y luego regresó en la oscuridad hacia su lado del departamento.

El último cuarto de hora la había animado mucho, pues demostraba lo receptiva que era Germaine a la influencia de una mente vigorosa. Con qué facilidad había respondido a la

sugerencia de los celos de Jeanne. Un poco más y toda esa desconfianza podría disiparse. Se podrían lograr maravillas si tan solo tuviera las manos libres.

Se quitó el sombrero y empezó a desabrochar los puños de su vestido. Luego, al mirar hacia abajo, vio que los lirios del valle que llevaba en el pecho habían desaparecido. Un pequeño dolor la atravesó. ¿Dónde se le habrían caído? Habían estado en su sitio hacía un momento, pues recordaba su fragancia cuando se apoyó contra el poste al principio de la escalera. Eso significaba que habían caído en el pasillo o en la habitación de Germaine.

De repente agobiada, volvió sobre sus pasos con cautela hasta el lejano dormitorio, palpando la alfombra en cada tramo del camino. No, las flores no estaban allí. Seguramente las había perdido en la habitación de su prima, donde quedarían como testigos mudos de su presencia hasta que la doncella las descubriera.

¿Traería aquel incidente más problemas? Había quedado claro que Germaine temía lo que Jeanne diría si se enteraba. Bueno, el daño estaba hecho y no había remedio. Solo quedaba esperar lo mejor.

Por fin en la cama, con el cuerpo cansado pero la mente alerta, vio los acontecimientos del día pasar ante ella como una serie de imágenes vívidas: el brillante restaurante, el campo de abril, la luz de la luna sobre los muelles oscuros, el interior sórdido del local nocturno...

¡Esos ojos fijos de la joven de Montmartre! Qué nota de horror fascinado había en su voz cuando describía a la enorme araña vigilando en su telaraña. Casi como si la propia muchacha fuera la desdichada mosca atrapada en esas mallas paralizantes. Geoffrey tenía razón, a pesar de todo; no debía dejarse llevar por tales absurdos de la fantasía.

Las velas... demasiado cerca de la cama de la señora Bender. Eran peligrosas. Una simple corriente de aire y las cortinas podrían incendiarse. Había que cambiar todo aquello. No importaba; la conversación de esta noche había sido un paso definitivo. Un poco más de astucia, algo de suerte, y Jeanne, con su mala influencia y sus descuidadas costumbres, se habría ido para siempre.

Mientras tanto, un pensamiento cálido inundaba su conciencia. ¡Geoffrey la amaba, la deseaba! En ese momento importaba poco cuáles eran sus propios sentimientos. Bastaba con que la hubieran estrechado unos brazos fuertes y la hubieran besado como siempre había anhelado.

Se durmió con el *Tango de Albéniz* palpitando en su oído. Paz, olvido y ni un solo indicio perturbador de lo que el día siguiente iba a traer.

CAPITULO 23

Se sentía extrañamente enferma, con la cabeza dándole vueltas. ¿Qué le pasaba? Había dormido hasta las diez, pidió que le trajeran el café y lo bebió antes de notar nada extraño. Luego, tras leer su correspondencia —una nota de la hermana de Geoffrey, Elspeth Baxter, invitándola a pasar una semana en Fontainebleau—, se levantó con pereza para vestirse, solo para descubrir una debilidad inesperada y dolores punzantes en el estómago.

Bueno, no podía ser grave. El día anterior había comido y bebido de manera poco prudente. Sus pensamientos volaron hacia aquella mezcla empalagosa, falsamente llamada naranjada, que había ingerido en el local nocturno. Fue una tontería beber eso, pero tenía tanta sed.

—Hoy haré un ayuno —se dijo, cepillándose el cabello con fuerza.

¿Qué habría pasado con sus flores perdidas? ¿Las habría encontrado Jeanne? Si era así, pensaría de inmediato en una complicidad y quizá causaría problemas. Qué fastidio en un momento tan crítico.

La invitación de Elspeth... ¡Cuánto deseaba aceptarla! Sabía que Geoffrey pasaría allí todo el tiempo que pudiera, y le emocionaba la perspectiva de pasear por el bosque con él en esos días cálidos. Si tan solo se atreviera a ir. Pero no debía pensar en ello mientras todo estuviera en el aire. Quizás más tarde, con los asuntos resueltos, pero eso tardaría un tiempo. Ni siquiera sabía qué había pasado con la entrevista del médico y Jeanne.

Se levantó para ir al baño, pero tuvo que sujetarse de la silla más cercana. Una oleada de mareo la invadió y gruesas gotas de sudor brotaron por todo su cuerpo. Realmente era estúpido; el día anterior se había sentido mejor que nunca.

—No quiero enfermarme —declaró con enfado, intentando recoger su toalla—. Me vestiré y saldré al aire libre. ¡Todo esto son tonterías!

Al momento siguiente se desplomó sobre la cama, jadeando y doblada por un dolor como una puñalada. Intentó levantarse, pero desistió desesperada.

Allí permaneció tendida con su fino camisón de seda, indefensa como un bebé, durante lo que debieron ser veinte minutos antes de reunir fuerzas para llamar. Casi inconsciente, se preguntaba cuál podría ser la causa del ataque. La piel le ardía y tenía la boca seca, mientras sentía el cuerpo extrañamente hinchado. Se le ocurrió que podía ser apendicitis; nunca lo había pensado, pero ahora la enfermedad le parecía una realidad aterradora.

Estaba tan mal cuando se abrió la puerta que no sintió sorpresa al ver que era Jeanne, y no Berthe, quien respondía al llamado. Ni siquiera podía levantar la cabeza mientras yacía acurrucada por la agonía, y apenas pudo articular palabra.

—Jeanne... me siento terriblemente mal. No imagino qué es. —Sucumbió de nuevo, sin

habla por un ataque de calambres.

—Señorita, está usted muy enferma.

La voz llegaba desde muy lejos. Al mismo tiempo, unas manos expertas la levantaron con destreza y la colocaron entre las sábanas, mientras oía vagamente algo sobre un posible resfriado y la conveniencia de llamar al médico. Luego volvió a quedarse sola.

Esto no era broma. Temblaba de pies a cabeza, los dientes le castañeteaban y por un momento pareció que iba a perder el conocimiento. Poco después, Jeanne regresó con una bolsa de agua caliente que colocó en sus pies helados.

—Eduardo está llamando al doctor Girard —dijo—. Me da miedo darle medicina porque no sé qué tiene. ¿Dónde le duele?

Catherine intentó mostrárselo. Era un giro inesperado que esta mujer estuviera atendiendo sus necesidades. Habría preferido a Berthe, pero no había más remedio.

—¿En el estómago? —Hubo un gruñido y un leve encogimiento de hombros—. Bueno, eso parece grave, pero quizá no sea nada serio.

A través de sus ojos entrecerrados, Catherine vio a la doncella enderezarse y examinarla con aire calculador.

—Una bebida caliente no le hará daño y quizá le alivie un poco. Quédese muy quieta y le prepararé una infusión. —Salió rápidamente a cumplir su cometido.

Al menos, pensó Catherine, el médico vendrá pronto. Luego, en un breve cese del dolor, recordó otra razón para querer verlo: ahora podría averiguar si había resuelto las cosas con Jeanne. ¡Qué bendición si ella hubiera cedido!

Pasaron diez minutos; la doncella regresó para acercar una taza humeante a sus labios. Dio un sorbo al líquido solo para toser y atragantarse con una oleada de náuseas.

—¡Qué cosa tan amarga! —murmuró con disgusto.

—¿Amarga? Pero no, es solo tila. ¿Seguro que no la ha probado antes?

—Nunca.

Se obligó a beber y luego se dejó caer extenuada.

—Así está mejor. Ahora descanse, le hará bien.

Durante un breve intervalo pareció que Jeanne tenía razón. Sobrevino un entumecimiento en el que cayó en un letargo. Luego despertó de nuevo por una náusea horrible y un sufrimiento peor que antes. Decidió no volver a probar la tila.

—Imagine —comentó Jeanne, ocupada en ordenar la habitación—. Nos preguntábamos por qué el doctor Girard no vino ayer. Ahora nos enteramos de que tuvo un accidente: resbaló y se rompió unos ligamentos de la pierna. Pobre hombre, no podrá salir en varios días. Sin embargo, nos envía a su ayudante.

¡Qué mala suerte! Nada parecía salir bien. En medio de su angustia, la joven cuestionó el tono de satisfacción que detectó en la voz de Jeanne. ¿Significaría que Girard había sido lo bastante estúpido como para traicionar alguna pista de su plan?

Tan violentos eran ahora los dolores que apenas supo cuándo Jeanne la dejó, ni pudo hablar con Berthe, que apareció poco después asombrada y ofreciendo coñac y parches de mostaza. Catherine negó con la cabeza y, con los dientes apretados, esperó al médico, preguntándose si la enviarían a un hospital para una operación inmediata. Incluso la idea de la anestesia era bienvenida en su tortura actual.

Era mediodía cuando la puerta se abrió para dejar pasar a un joven regordete y de aspecto serio, introducido por Jeanne. Miró el rostro pálido de la paciente, se quitó los guantes con parsimonia y luego, dándole la espalda a la cama, entabló un cuchicheo con la doncella. Catherine no pudo captar lo que decían, ni le importaba, pero notó una dureza en la actitud del ayudante que le habría provocado rechazo si no estuviera tan enferma.

Por fin, como si estuviera satisfecho, hizo una seña a Jeanne para que saliera, cerró la puerta y procedió a hacer un examen breve, murmurando para sí con desagrado. Finalmente se sató cerca de la cabecera y se inclinó hacia adelante con aire de confidencia solemne.

—Y ahora, señorita —comenzó con una especie de desaprobación acusadora—, quiero que me diga exactamente qué es lo que ha tomado, y cuánto.

—¿Tomado? —repitió Catherine con asombro—. No entiendo.

—Sí, ciertamente —insistió—. Quiero saber qué droga ha tomado. No tenga miedo. No la voy a delatar.

Lo miró desconcertada. ¿A qué demonios se refería aquel hombre?

—Pero no he tomado nada. ¿Qué quiere decir?

Él soltó una exclamación brusca, encogiéndose de hombros. Ella no podía entender por qué parecía tan molesto.

—Señorita, se lo ruego, no intente engañarme. Es muy estúpido. Si he de ayudarla, debe ser sincera conmigo. Ahora, una vez más: ¿qué medicina o qué droga tomó anoche? Insisto en saberlo.

Por débil que estuviera, sintió que el desconcierto cedía ante la irritación, y se reanimó

para dar una negativa más enfática.

—Le digo que ninguna. Anoche bebí una naranjada bastante horrible en un café y tomé dos cócteles, uno en el almuerzo y otro en la cena. Pero no he tomado ninguna medicina y me sentía bien hasta después del desayuno de esta mañana.

—¿Y eso es todo, absolutamente todo?

—Por supuesto. ¿Por qué querría engañarlo?

Por el desprecio apenas oculto en sus ojos, Catherine vio que él solo creía parcialmente lo que ella decía. Un suspiro explosivo escapó del hombre mientras fijaba la mirada en la pared, murmurando para sí algo sobre lo ignorantes y tontas que podían ser las jóvenes. Al captar aquellas palabras confusas, ella sintió un vago resentimiento. Un rubor subió a sus mejillas, pero se abstuvo de discutir.

—¡Bien! Si está decidida a callar, haré lo que pueda sin su ayuda.

—Lamento que piense que miento —dijo ella con brusquedad—, y desearía que dijera qué tiene en mente. Usted cree que he tomado una droga. ¿Es posible —dudó, frunciendo el ceño con incredulidad— que piense que he intentado matarme?

—¿Matarse? —Él soltó una risa irónica que le chirrió en los oídos—. No, señorita, no es eso. Desde luego que no. Pero si uno manipula sustancias peligrosas, sea cual sea el propósito, ¡corre el riesgo de suicidarse!

Ella renunció a intentar comprender y dominó su creciente indignación. Qué joven tan desagradable. Entonces se le ocurrió una idea, solo para rechazarla de inmediato: que quizás él había sacado esa noción de su conversación con Jeanne. Había algo extraño en la actitud de la doncella, pero ¿cómo podía esa mujer tener una opinión en un sentido u otro? No tenía sentido.

El médico empezó a hacerle muchas preguntas, algunas de ellas íntimas, cuyo sentido ella solo podía adivinar vagamente. Le respondió con franqueza, pero con una sensación interior de vergüenza. Luego, a medida que avanzaba la consulta, vio cómo la expresión de él cambiaba; se volvía menos arrogante y finalmente adoptaba una actitud completamente diferente. Se frotó la barbilla pensativamente y, todavía escrutándola, dirigió la investigación en otra dirección.

—En fin, señorita, cuénteme qué comió ayer. Todo, por favor. No omita ni un solo alimento.

Pensando con cuidado, ella enumeró los platos de los diversos menús. Cuando llegó a la cena de la noche anterior, él soltó una exclamación de triunfo.

—¡Ostras! —exclamó—. ¡A finales de abril! La han envenenado las ostras, no hay duda. El problema es gástrico.

Ella no sabía por qué, de repente, él parecía a la vez aliviado y apaciguado. Su frente se despejó y la miró de una manera distinta.

—Bueno, señorita, primero debo recetarle una buena dosis de un remedio desagradable. Daré instrucciones para que se lo preparen de inmediato con jugo de naranja.

Mencionó el nombre del remedio: aceite de ricino. Ella asintió, dispuesta a creer que habían sido las ostras las causantes del mal. En cuanto a que el problema fuera gástrico, nunca se le había pasado por la cabeza que pudiera ser otra cosa.

—Volveré esta misma noche. Mientras tanto, debe mantenerse abrigada y no comer nada hasta media tarde, cuando podrá tomar una taza de té. A ustedes los ingleses les gusta el té de las cinco, ¿no es así? —añadió con una torpe intención de broma.

Ella le sonrió débilmente. Después de todo, no parecía tener mala intención.

Sin embargo, pensándolo después de que él se hubo ido, volvió a sentirse ofendida por su incredulidad y el severo interrogatorio al que la había sometido. Todavía estaba dando vueltas a estas cosas cuando Berthe entró con el aceite de ricino, y no pudo evitar notar que, a los ojos de la cocinera, ella era objeto de una curiosidad inusitada. ¿Por qué la miraba así? Un momento después, mientras la puerta quedaba entreabierta, captó un fragmento de conversación susurrada que lo explicaba todo, aunque aumentaba su desconcierto.

—¡No me digas! ¿Tú crees? —oyó jadear a Berthe con asombro.

—¡Humph! Estoy segura —respondió la voz de Jeanne, enfáticamente desdeñosa.

Fuera lo que fuese aquello de lo que la doncella estaba tan segura, parecía cierto que el médico había tomado su idea original de ella. Después de esto, Catherine durmió por agotamiento; pero a las siete, cuando el médico reapareció, aún tenía tanto dolor que fue necesario administrarle una inyección de morfina.

CAPITULO 24

El sufrimiento pasó, pero estuvo angustiosamente enferma durante tres días enteros, en los cuales fue atendida eficazmente por Jeanne, quien demostró ser una enfermera competente. Berthe también se esforzó en preparar los platos sencillos que ordenó el médico y rondaba por allí, muy preocupada por la evolución de la paciente. Por ella supo Catherine que Geoffrey había telefoneado varias veces al día, un hecho que le trajo consuelo aunque se sintiera demasiado débil para verlo.

También le había enviado flores: más lirios del valle y grandes ramos de narcisos dorados que llenaban la habitación de color. Ella yacía deleitándose con ellos, sacando de vez en cuando las notas adjuntas de debajo de la almohada para volver a leer sus ardientes mensajes.

La cuarta tarde llegó el propio doctor Girard, cojeando con un bastón. Le habían informado de sus alarmantes síntomas, que coincidió en que eran los de una intoxicación aguda ocasionada por las ostras consumidas el domingo por la noche. Las ostras en esa época del año eran un riesgo; podía considerarse afortunada de haber salido tan bien parada.

—Pero afortunada o no, señorita —añadió con pomposa amabilidad—, ha pasado un mal momento que la ha dejado muy débil. Debe ir despacio y, en cuanto sea posible, salir de París al campo para cambiar de aire.

Ella lo miró con leve fastidio. Ese no era el enfoque adecuado: que ella se fuera era lo último que había pensado.

—Preferiría no salir de París ahora mismo —dijo—. Estaré bien en unos días.

—No tan pronto como cree —la contradijo negando con la cabeza—. Realmente debería insistir en que saliera de la ciudad. Es lo que necesita para recuperarse.

¿Por qué estaba tan decidido? A pesar de su rostro amable, la asaltó la sospecha de que Jeanne se las había ingeniado con él. Esto podía significar una nueva maniobra por su parte.

—Dígame, doctor —dijo, mirándolo directamente a los ojos—, ¿alguien le ha sugerido esto?

Él vaciló un poco.

—Bueno, sí, lo admito. Alguien lo hizo, apenas ayer.

¡Lo sabía! Qué ironía tan exasperante.

—¿Se le ocurre que esa persona está siendo bastante comedida en mi nombre? —

preguntó con sarcasmo.

—Dudaría en llamarlo así —respondió el anciano en tono conciliador—. En realidad, era un joven que parece tomarse un interés muy cálido en su bienestar.

¡Conque era eso! No era Jeanne, sino Geoffrey quien le había tomado la delantera. Se sintió aliviada, pero no pudo reprimir una sonrisa de resignación ante la insinuante repetición del médico sobre aquel "caballero joven y distinguido, un inglés". ¡Qué vuelco de la situación! Allí había estado ella, rezando para que Girard ordenara a la doncella marcharse, ¡y ahora era a ella a quien virtualmente ordenaba que se fuera!

—Pero, señor, ¿ha olvidado nuestra conversación del viernes pasado? —preguntó, a punto de llorar de decepción.

—¡De ninguna manera! Había pensado mencionarlo esta misma tarde. Abordé el tema con la persona en cuestión la última vez que estuve aquí, y me complace informar que no encontré casi ninguna oposición. El asunto está arreglado de manera muy satisfactoria.

—¿Arreglado? —exclamó ella, electrificada por el asombro—. ¿Quiere decir que está dispuesta a irse?

—Ciertamente, muy dispuesta, incluso contenta ante la perspectiva. Solo desea un poco de tiempo para hacer sus planes. Debía escribir a su hermano para prepararlo para su visita y asegurarse de que tiene sitio para ella. Eso es todo. Puede quedarse tranquila.

Catherine se hundió, abrumada por la inesperada buena noticia. ¡Qué sencillo era todo! Si lo hubiera sabido, se habría ahorrado interminables ansiedades. Empezó a reír suavemente mientras lágrimas de debilidad asomaban a sus ojos. Las secó apresuradamente, consciente de que Girard la observaba con preocupación.

—Ahí lo tiene, señorita, ¿ve? Es usted la que está nerviosa ahora. Su amigo el inglés tenía razón: debe alejarse de este ambiente un poco para recuperar sus fuerzas. Sí, la mujer fue muy razonable. Solo estipula que la señora Bender debe acostumbrarse gradualmente a su partida, y que no debe quedarse completamente sola con una enfermera extraña durante su ausencia. En resumen, desea que sea usted misma quien esté aquí mientras ella esté fuera.

—¿Yo? —repitió Catherine, apenas capaz de creer lo que oía.

O Jeanne había experimentado un cambio de corazón, o sus propias sospechas eran irremediablemente falsas. Era difícil asimilarlo.

—Sí, usted. Como ella dice, la señora Bender le tiene cariño y será menos probable que sienta el cambio si usted está con ella. Es por esa misma razón que le insto a que tome sus vacaciones primero, para que esté perfectamente fuerte y a la altura de la responsabilidad.

Ella lo miró inquisitivamente, preguntándose qué método tan hábil habría usado él para

obtener su consentimiento. Sus rasgos pesados no daban indicio de falsedad, mostrando solo complacencia por su manejo de la situación.

—¡Bien! Podemos considerar el asunto como resuelto. Naturalmente, debe permanecer en cama unos días más, mientras vigilamos la dieta y le damos un tónico para que recupere fuerzas. Hacia finales de semana podríamos pensar en llevarla al campo. ¿Qué le parece Fontainebleau? —añadió con una mirada de astuta picardía.

Ella calló. Por mucho que quisiera ir a Fontainebleau, la idea de que movieran los hilos para que lo hiciera le resultaba desagradable. Además, el giro completo de Jeanne daba que pensar. Ni una sola vez la mujer había mencionado las flores que sin duda debía haber descubierto en la habitación de la señora Bender, ni insinuado la posibilidad de una reconciliación. Ciertamente era que toda esa semana había sido extraordinariamente atenta y amable, un gesto que podría interpretarse como un deseo de enterrar el hacha de guerra. Catherine meditó el asunto, perezosamente desconcertada.

—Quizás tiene alguna razón para querer aplacarme —reflexionó—. ¿O será que me he equivocado con ella desde el principio?

Por el momento se sentía completamente confundida. Sin embargo, su propósito principal se había cumplido. Pronto Germaine estaría bajo un cuidado competente, libre de influencias adversas. Un mes no era mucho tiempo, ciertamente, pero antes de que terminara se podría esperar encontrar medios para impedir el regreso de Jeanne al poder. También había que ocuparse de Eduardo, pero él solo no presentaba dificultades formidables.

Llamaron a la puerta y se oyó la voz de Berthe diciendo que había llegado un caballero. ¿Se le permitía pasar? Por primera vez en días, el corazón de Catherine saltó de alegre expectación, mientras un rubor se extendía por sus mejillas.

—Un momento, Berthe. Tráeme el espejo y la polvera, por favor.

La vanidad había resucitado, un signo saludable. Apresuradamente, con ayuda de Berthe, se arregló para estar presentable, alisó la oscura masa de su cabello y volvió a trenzar las dos cortas trenzas que le caían sobre los hombros. La delgadez de su rostro la sorprendió; no se había mirado al espejo desde el lunes temprano.

—Un poco de perfume, ¿verdad? —susurró su ayudante con aire de cómplice comprensiva.

Ella asintió, riendo, y el grueso dedo de Berthe depositó una gota de perfume detrás de cada una de sus orejas. Cuando Geoffrey entró, la encontró recostada sobre las almohadas, con los ojos brillando en sus cuencas de oscura sombra. Él tomó su mano entre las suyas con un cálido apretón y se quedó mirándola con intensidad.

—Catherine... ¡querida mía! ¿Qué significa esto?

Ella negó con la cabeza con una mueca.

—Las ostras, supongo. Al menos eso es lo que me dicen.

—Es mi culpa. Fui un idiota al sugerir esas malditas cosas con este tiempo. ¡Deberían darme una patada!

—¡Qué tonterías! Además, ya estoy bien. En unos días estaré levantada.

—En unos días —replicó él con severidad—, pienso sacarte de aquí. Te guste o no, vas a dejar este lugar.

Sus ojos se abrieron de par en par con asombro.

—¿No te parece un poco prematuro ponerte con aires de autoridad? —exigió con severidad—. Por cierto, ¿qué quieres decir con conspirar con el médico a mis espaldas?

Él pareció ligeramente avergonzado.

—Quizá no tenía derecho —murmuró obstinadamente—, pero alguien tiene que ocuparse de ti. Ya era bastante malo saber que estabas enferma, pero mucho peor pensar que estabas a merced de esos sirvientes descuidados. Estuve a punto de que el Hospital Americano enviara una ambulancia a buscarte.

—No te hubieras molestado. No tengo nada de qué quejarme, aparte de sentirme absolutamente mal.

Él se sató, aún reteniendo su mano, que ella no podía decidirse a retirar. Estaba luchando con un repentino y absurdo deseo de aferrarse a él y llorar sobre su hombro; en lugar de eso, adoptó una sonrisa burlona y trató de desviar la conversación de su enfermedad.

Este fragmento es fascinante porque desplaza el conflicto de la salud física de Catherine hacia una lucha de voluntades entre ella y Geoffrey. La "presión" de Geoffrey, que bordea lo autoritario pero se disfraza de preocupación, marca un cambio en su dinámica. Además, la sombra de sospecha sobre Hermione al final del texto añade una nueva capa de misterio: ¿qué ha descubierto Geoffrey que lo hace dudar de la cantante?

He revisado el texto manteniendo la fidelidad absoluta, eliminando los términos en francés y moderando las exclamaciones para que la tensión se sienta en las palabras y no solo en la puntuación.

Revisión: El pulso de las voluntades

—Elspeth te escribió —dijo él en ese momento—. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—Ah, eso. No me he sentido con fuerzas para hacer planes.

—No necesitas hacer planes. Decide ahora cuándo crees que puedes ir y yo le enviaré un

telegrama.

Su nueva seguridad la asombró. ¿Habían sido para él aquellos breves momentos del domingo por la noche como el primer sabor de la sangre para el tigre? La idea le divertía, al mismo tiempo que le producía un leve escalofrío. Claramente, era imposible que reanudaran su anterior relación de simple amistad. Sin embargo, la urgencia de él despertó en ella un deseo perverso de objetar.

—No estoy segura de querer ir todavía, Geoffrey. Verás, ha ocurrido lo inesperado: Jeanne ha aceptado tomarse unas vacaciones.

—¡Vaya que sí! —sus espesas cejas se dispararon con una consternación apenada—. Por Júpiter, eso cambia las cosas, ¿no crees? Quiero decir, si ella es realmente mala, ¿estaría dispuesta a marcharse y darnos vía libre para investigar? O está extremadamente segura de sí misma, o si no...

Sus miradas se encontraron con culpabilidad.

—Lo sé —respondió Catherine, asintiendo—. También he estado pensando en eso. Quizás nosotros —o más bien yo— la hemos juzgado mal desde el principio. Me da mucha vergüenza. Ay, Geoffrey, ¿crees que soy una lunática por haber removido este avispero?

—Tus sospechas eran bastante naturales.

—Sí, lo eran, ¿verdad? —susurró—. Por muy inocente que sea en el fondo, su conducta ha sido reprochable en muchos aspectos. En cualquier caso, estoy segura de un punto: su efecto es realmente dañino para la señora Bender. Eso es lo que importa.

Él estuvo de acuerdo, aunque no consideró necesario decirle que, a juzgar por su propia conversación con el doctor Girard, la opinión de este último sobre la doncella no se había visto seriamente afectada. Según el médico, era buena idea sustituir a Jeanne, o al menos complementar sus servicios con profesionales, pero en conjunto le parecía una sirvienta devota y obstinada, una persona de una sola idea, poco dispuesta a admitir sus errores, como demostró el desafortunado episodio del ratón. Había estado sometida a una larga y severa tensión en una época de la vida en que los nervios de una mujer suelen ser inciertos; además, era posible que tuviera cierto rasgo histérico en su constitución, lo que explicaría muchas de sus peculiaridades. Este fue su dictamen, pronunciado con sensatez y sin rencor. A Geoffrey le pareció un hombre inteligente y bienintencionado, bien dispuesto hacia Catherine, pero también deseoso de ser justo.

Saliendo de un breve ensimismamiento, Geoffrey atacó de nuevo el tema de la invitación de Elspeth.

—Si, como dices, Jeanne piensa marcharse en cuanto reciba noticias de su hermano, entonces obviamente no debes perder tiempo con tu propia visita. ¿Qué te parece el sábado? ¿Crees que estarás lo suficientemente bien para entonces?

Permaneció muy quieta unos momentos, con el ceño fruncido y los ojos preocupados evitando su mirada.

—No me gusta que me apresuren —murmuró, tratando de adoptar un tono ligero.

—¡Querida mía! —se rió él, pero claramente molesto—. ¿No te das cuenta de que has estado muy enferma y que el médico dice que es muy importante que cambies de aire?

Ella le dirigió una mirada desdeñosa.

—Me doy cuenta de que dijo eso antes de haberme visto siquiera —replicó—. Además, siempre me recupero con una rapidez asombrosa. No, eso no significa nada —añadió, mientras él extendía su mano olivácea sobre la palma de ella y le recorría los huesos con un dedo significativo—. Puedo recuperar ese peso en quince días. En cualquier caso, no pienso irme, así que eso es todo —terminó, con la barbilla obstinada.

—¿Por qué?

Le molestó la forma en que lanzó la pregunta. ¿Cómo podía expresar con palabras la idea absurda que vagaba por su cerebro buscando confirmación? Ya se había expuesto a suficientes ridiculeces.

—Las mismas razones de siempre, supongo —admitió de mala gana—. No quiero dejar a Germaine hasta que Jeanne se haya ido.

Él exclamó con exasperación, apretándole la mano hasta hacerla encogerse.

—Catherine, ¡eres imposible! ¿No ves que será solo por un tiempo tan corto que no puede importarle a nadie? Que volverás a casa sintiéndote fuerte y capaz de enfrentarte a las cosas. No tengo paciencia contigo; mereces un buen escarmiento.

—¿Y quién va a dármelo? —se burló ella.

Él dudó, mirándola con severidad.

—Yo. Decidí lo que haría si adoptabas esta postura tan irrazonable. Voy a recurrir a la presión.

Ella no podía estar segura de si bromeaba o hablaba en serio.

—Eso suena como una amenaza —dijo con ligereza.

—Lo es. Aquí tienes la situación en pocas palabras: el médico te ha ordenado definitivamente que salgas de París. Si te niegas, enviaré un telegrama a tu familia en Boston y les contaré toda la historia.

Ella lo miró fijamente, conteniendo la respiración.

—No lo dices en serio. No podrías hacerlo.

—¿Por qué no?

—Para empezar —dijo, riendo—, porque no sabes su dirección.

Él sonrió con confianza.

—Ya tengo la dirección telegráfica de tu cuñado, lo que demuestra lo mucho que sabes al respecto. Pienso enviar un mensaje esta noche describiendo la situación.

Lo decía en serio, eso estaba claro. En un instante, ella previó el escándalo que se produciría cuando Bárbara y John se enteraran de lo que estaba ocurriendo, dándose cuenta de que su propio silencio sobre el tema solo empeoraría las cosas. Bárbara no podía obligarla a regresar a Estados Unidos, pero podía causar muchos problemas. La perspectiva la asustó.

Geoffrey vio cómo sus ojos ardían de indignación, pero no cedió ni un ápice.

—Piénsalo —dijo con calma—. Te daré hasta mañana por la mañana, pero no más.

Sin ton ni son, un rápido cambio se produjo en el rostro de ella. Su boca se ablandó en una sonrisa completamente desarmante y sus ojos brillaron a través de una niebla mientras respondía con un nudo en la voz.

—Está bien. Iré. Dile a Elspeth, si quieres, que me espere el sábado.

—Buena chica.

La repentina capitulación lo desconcertó. Con una risa, inclinó la cabeza y besó la mano que sostenía, por fuera y por dentro.

—Pero que conste: es solo porque estás siendo horrible conmigo —le advirtió con reproche—. Y recuerda que no he prometido nada sobre... ya sabes qué.

Con una respiración profunda, él soltó la mano prisionera.

—Lo entiendo.

Ahora que había tomado la decisión, el cerebro de Catherine trabajaba febrilmente.

—Debo arreglar ciertas cosas antes de irme. Germaine tendrá que reconciliarse con Hermione para que haya alguien que vigile a Jeanne. Creo que puedo arreglarlo. ¿Quieres pedirle que venga a verme?

—¿A la señorita Cushing? Por supuesto, si crees que es una buena idea.

¿Por qué dudó de esa manera tan extraña? ¿Había dicho ella algo malo?

—No lo hagas si prefieres no hacerlo. Le escribiré una nota.

—No, no. La llamaré por teléfono. Solo pensaba que, en tu actual estado de debilidad, podría resultar un poco abrumadora.

Era un mal mentiroso y, en consecuencia, se ponía incómodo cuando ella posaba sus ojos pensativamente en él. ¿Había adivinado que él se sentía más que un poco extraño respecto a Hermione? No era nada grave, por supuesto, pero aun así, esa misma tarde había ocurrido un incidente que sembró dudas en su mente sobre la cantante y lo hizo luchar de nuevo contra una serie de conjeturas peculiares.

CAPITULO 25

Geoffrey esperaba sinceramente que su torpeza con respecto a la señorita Cushing hubiera pasado desapercibida. Seriamente preocupado por Catherine, su única idea era ponerla rápida y seguramente al cuidado de su hermana, un proyecto que podría arruinarse si se la sometía a nuevas preocupaciones. Además, la información obtenida recientemente podía no tener importancia, aunque tenía que admitir que le había inquietado.

Dos horas antes había tenido su primera conversación con el jefe de oficina desde la enfermedad de este último y, al interrogarlo sobre la visita de Blom, recibió una respuesta algo sorprendente.

—Recuerdo a ese tipo —dijo el anciano de inmediato—. Rénier fue el nombre que dio, y vino con una misión bastante delicada referente a uno de nuestros clientes, en concreto a la señora Bender. Quería saber si esta señora había otorgado testamento.

—¿Por qué querría saber eso? —preguntó Geoffrey con suspicacia.

—Actuaba en nombre de otra señora quien, al ser amiga personal de la señora Bender, sentía una vacilación natural para abordarnos con el asunto. Parece que esta persona tiene esperanzas de heredar algo sustancial en caso de fallecimiento, y estaba ansiosa por saber si el legado se había puesto en forma legal. Rénier también preguntó por los términos del testamento del propio señor Bender y, como la petición parecía inofensiva, le informé de que el difunto había dejado toda su propiedad incondicionalmente a su viuda. Eso fue todo.

La mente de Geoffrey saltó a la conclusión de que Jeanne, temiendo que su señora le hubiera tomado la delantera, había utilizado este rodeo para conocer la verdad.

—Supongo que no sabe quién era la clienta —preguntó.

—Ah, pero sí. Parece que es una estadounidense de apellido Cushing.

Hermione. Geoffrey casi saltó de su silla, con todas sus ideas anteriores hechas un lío.

—Sí, la señorita Cushing, la cantante. La oí una vez en la Sala Erard. Una mujer corpulenta, con una guirnalda de flores en el cabello. No tenía voz, pero creo que tiene buenas conexiones...

Sintiéndose como si hubiera vuelto sobre sus propios pasos, Geoffrey se fue, contrariado. La revelación de que el misterioso Blom actuaba para Hermione le sorprendió. ¿Era posible que, bajo la cobertura de un afecto fingido, la cantante estuviera en connivencia con los sirvientes? Por un momento se preguntó si la propia señorita Cushing estaba implicada en los robos, usando a Blom como intermediario. Era un pensamiento monstruoso.

Repasando las circunstancias, sintió que no podía ser verdad. La cantante tenía un carácter intachable y, además, ella misma le había preguntado francamente sobre ese testamento tiempo atrás. En cualquier caso, como mujer de mundo, no sería probable que empleara a un simple notario. Además, había sido ella quien primero había insinuado la posible deshonestidad de los sirvientes, algo manifiestamente absurdo si estuviera confabulada con ellos por dinero.

La otra explicación era que Blom estuviera representando a Jeanne y hubiera usado el nombre de la señorita Cushing para ocultar la identidad de su verdadera clienta.

Ah, debía ser eso. La doncella estaba tramando establecerse como legataria de su señora. Ambicioso, sí, pero no era la primera vez que se hacía algo así. Quizás las protestas de Jeanne eran simplemente polvo en los ojos de los observadores mientras ella jugaba un juego tortuoso: alejar a la pobre mujer de sus amigos sembrando dudas y trabajar sus afectos con astucia. ¿No apuntaba todo en una misma dirección?

Eso era lo que había temido desde el principio, solo que la declaración de Catherine lo había desviado. Ahora estaba lleno de una nueva inquietud que solo se aliviaba cuando recordaba que Jeanne se beneficiaba de la condición actual de su señora. Aún no se hablaba de un testamento y, cualesquiera que fueran las intenciones secretas de la doncella, se embolsaba todo lo que podía. Volvió a respirar.

Sin embargo, el nombre de la señorita Cushing se le quedó grabado en la mente. Quizás sí tenía una oscura conexión con Blom quien, inocente de robo, podría estar actuando en una capacidad muy diferente de la que se sospechaba.

—Por Júpiter —exclamó con fastidio—. Si es así, el hombre puede estar tratando de proteger a la señora Bender en lugar de defraudarla, en cuyo caso he enviado a Bernard a una búsqueda inútil.

Pues, aunque no lo había mencionado a Catherine, acababa de ordenar al agente que fuera a Burdeos con la idea de investigar la visita del notario a esa ciudad meses atrás. Ahora empezaba a parecer que la misión podría no llevar a nada. Sin embargo, en general, los acontecimientos se encaminaban hacia el fin deseado. Con Jeanne fuera, habría una oportunidad para registrar el apartamento y determinar el estado exacto de las cosas.

Cuando abrió la puerta de su propio hogar, su padre le llamó desde la biblioteca.

—Pasa un momento, Geoffrey. Tengo algo que puede interesarte.

La luz del sol doraba las paredes forradas de libros y una maceta de jacintos azules daba fe de la visita de Elspeth. El viejo Macadam, sentado en una desgastada silla de cuero, hojeaba un fajo de papeles con las gafas en la punta de la nariz.

—Es este asunto de los Bender otra vez. He revisado la libreta bancaria de Harry Bender y todos los detalles sobre sus movimientos antes de morir. No hay constancia de ninguna venta de cuadros ni ningún depósito lo suficientemente grande. Si se deshizo de esas

pinturas, debió recibir dinero en efectivo que no ingresó en su cuenta.

—Nunca las vendió —declaró Geoffrey brevemente.

—No tan rápido. Puede que tengas razón, pero no hay que precipitarse. Supongamos, por ejemplo, que Bender quisiera hacer un pago de manera que no pudiera ser rastreado. En el caso, digamos, de un lío con alguna mujer.

—¿Oyó hablar alguna vez de algo así? —preguntó su hijo con brusquedad.

—Admito que no, pero mi ignorancia no prueba nada. Solo planteo una posibilidad.

Geoffrey encendió un cigarrillo y arrojó la cerilla al fuego.

—No creo que se hubiera desprendido del Manet. Habría encontrado el dinero de otra manera.

Su padre no hizo comentarios.

—Bueno, he hablado con Ellsworth, el director del banco de la señora Bender, para saber si se ha usado esa llave duplicada. Se usó, solo unos días después, por la propia doncella.

—Vaya, sí —exclamó el joven.

—Sí, pero todo estaba en orden. Parece que Ellsworth recibió una nota de la señora Bender diciendo que deseaba cambiar su collar de perlas auténtico —del que se sentía nerviosa por tenerlo en el apartamento— por la copia que estaba en el banco, y proponía enviar a su doncella para el trámite.

—Un momento. ¿Dice que la copia se guardaba en el banco? ¿No es un poco absurdo?

—Ella lo explicó. Al parecer, nadie más que ella sabía que las perlas en su poder eran las auténticas, pues por seguridad siempre había fingido que eran la copia. Quería las imitaciones para mantener el engaño mientras su salud fuera débil.

—Ya veo —respondió Geoffrey con vacilación.

—Previendo un engaño, el propio Ellsworth telefoneó a la señora Bender y ella le aseguró que se podía confiar plenamente en la doncella. Al día siguiente, Laborie se presentó, fue conducida por uno de los empleados a las bóvedas, hizo el cambio y se fue. El empleado la vigiló de cerca y no vio nada raro. Los dos collares eran idénticos, y la copia tenía un broche de diamantes auténticos.

Geoffrey frunció el ceño con incredulidad.

—¿Dice que el director habló con la propia señora Bender? ¿Reconoció su voz?

—Por supuesto, la conoce desde hace años.

—Supongo que debería estar satisfecho, pero aun así me parece extraño —declaró Geoffrey, moviéndose inquieto. Por más que lo intentaba, no podía conciliar la acción de la señora Bender con su reciente impotencia—. Oiga —dijo de repente—. Cuando la señorita West preguntó por esa llave la semana pasada, su prima negó saber nada de ella. Al menos pareció no recordarlo hasta que la doncella se lo recordó. ¿No le parece extraño?

—¿Y no se dijo nada sobre cambiar el collar?

—Ni una palabra.

El anciano se limpió las gafas con un pañuelo de seda y se frotó el puente de la nariz con exasperación.

—Me rindo —dijo brevemente—. O su memoria sufre lagunas, o estaba mostrando una especie de astucia al ocultar el asunto. No hay explicación para los caprichos de los enfermos de los nervios.

Geoffrey calló. Una voz le susurró que esas eran las perlas que Hermione Cushing consideraba suyas por derecho, al menos cuando su amiga muriera. Ella le había asegurado que estaban a salvo en el banco.

—Donde esa mujer no puede ser tentada por ellas —habían sido sus palabras exactas.

Por segunda vez, las dudas lo asaltaron. ¿Era cierta la historia de la copia? ¿Y si había algún fraude, con la señorita Cushing detrás?

—Aun así, Ellsworth reconoció la voz de la señora Bender, así que ella evidentemente aprobó la transacción. Eso es bastante seguro, entonces ¿por qué preocuparse?

Al mismo tiempo, añadió para sí que era una bendición que Catherine no supiera nada de ello.

CAPITULO 26

Fontainebleau... Era de noche. Elspeth estaba dando las buenas noches a sus hijos; Clement Baxter, su marido, buscaba unos grabados en el estudio contiguo. Cuatro velas en candelabros de plata parpadeaban sobre la mesa de madera encerada; sus llamas amarillas proyectaban profundos pozos de sombra. Las cortinas aún estaban abiertas y, a través de los largos ventanales de cristales cuadrados, se veía el jardín amurallado, fresco y quieto en el crepúsculo. Al fondo se alineaban unos tilos con racimos de flores blancas cuya fragancia, penetrantemente dulce, se filtraba en la habitación.

Catherine dio un profundo suspiro y se recostó en la butaca de pálidos cojines. Con un pequeño sobresalto, descubrió a Geoffrey a su lado, ofreciéndole su pitillera.

—Espero que no estés demasiado cansada —preguntó él en voz baja.

Ella negó con la cabeza, sonriendo.

—Solo felizmente adormecida. No quiero mover ni un dedo. Es celestial estar aquí. —Miró la estancia con aprecio. Todo le complacía: los colores, el espacio, la perfección de los cuadros. Todo traía bálsamo a su espíritu, de modo que se sentía contenta de no pensar y solo beber de la belleza y la tranquilidad.

—¿Entonces no te arrepientes de haber venido?

—¿Arrepentirme? —Negó con la cabeza—. Estoy feliz. Es bueno estar lejos de todo aquello.

Él rondó ansioso a su alrededor.

—¿Y el viaje no ha sido demasiado para ti? Ha sido un día duro para alguien que acaba de levantarse de la cama.

—Estoy bien. Espero dormir diez horas completas esta noche. Eso es lo que necesita una idiota, ¿no? —añadió, riendo.

Seguía muy pálida, pero sus nervios empezaban a relajarse. Al día siguiente, Geoffrey planeaba mantenerla al aire libre para que el aire le devolviera el color.

—Philomène, pon el café en el hogar. La señora llegará en un momento.

La criada colocó la cafetera de cobre, humeante, sobre un trípode cerca del fuego de leña. Dejó la bandeja con tazas de cerámica de colores sobre un taburete y cerró las cortinas. Cuando ella se retiró, Geoffrey posó suavemente su mano morena sobre la blanca de Catherine, que reposaba sin fuerzas en el brazo de la silla. Ella la dejó allí un segundo, sintiendo un hormigueo por el calor de su tacto; luego, cuando oyó los pasos de Elspeth, la retiró con suavidad.

—¿Quieren café? —Elspeth se inclinó sobre el hogar y levantó la cafetera. Su cabello bronceado brillaba a la luz del fuego y su vestido azul aportaba una agradable nota de color. Tenía la tez fresca de su hermano, así como sus cejas espesas y sus ojos grises, honestos y con un destello de humor.

—Para mí no, gracias —respondió Catherine—. He estado durmiendo mal y no quiero nada que estropee el descanso que pienso tener.

Elspeth la examinó críticamente mientras le entregaba una taza a su hermano.

—Entonces será mejor que tomes una taza de mi tila. Siempre la tomo después de cenar para calmar los nervios. —Mientras hablaba, cogió una pequeña tetera y la sostuvo sobre una taza.

Catherine negó con la cabeza.

—¿Tila? Ah, no, si no te importa. Solo la he probado una vez, el lunes pasado cuando me sentía tan mal, y me temo que la detesté.

—¿De veras? Yo creo que es buena.

—Me pareció amarga y... rara —explicó Catherine con aire de disculpa.

Su anfitriona pareció sorprendida.

—¿Amarga? Entonces no podía ser tila. No es más que flor de tilo, ¿sabes? La preparamos nosotros mismos. ¿No hueles ahora el aroma de los árboles del jardín?

Catherine dudó. El sabor de la bebida que Jeanne le había dado regresó de forma desagradable, mezclado con recuerdos de dolores punzantes. No podía asociarlo con el olor a miel de las flores del exterior.

—Déjame probar la tuya —dijo—. Quizá ahora me sepa diferente.

Tomó la taza de líquido ámbar pálido, en cuya superficie flotaban unos pocos pétalos diminutos. Un aroma agradable se elevó mientras sorbía.

—¡Vaya, está deliciosa! —exclamó, asombrada.

—Eso creo. En cualquier caso, no te quitará el sueño.

Catherine la bebió lentamente y se recostó, desconcertada. Esta pócima le parecía totalmente diferente a la otra; casi podría jurar que no era la misma bebida. ¿Había causado su enfermedad tanta diferencia en su paladar? Era cierto que aquella mañana nada le supo como debía. Incluso su café tenía un gusto extraño, aunque supuso que los granos se habían quemado.

Ah, bueno, todo eso había pasado. Ya nada importaba. Estaba cansada, y la idea de la cama le resultaba agradable. Los últimos días habían sido agotadores; había tenido que restablecer la amistad entre la señora Bender y Hermione, evitando roces con Jeanne. Se sentía como si hubiera navegado en una frágil barca entre dos peligros mortales.

Debía admitir que Jeanne había resultado inesperadamente manejable. ¡Todavía se maravillaba de su mejoría! La mujer incluso se había ofrecido a hacerle las maletas, le había sonreído desde el umbral esa tarde y le había deseado un buen viaje y que se cuidara mucho con la mejor de las voluntades. Una ola de remordimiento invadió a la joven al pensar en lo que planeaba hacer a su regreso. Si su antigua enemiga hubiera sospechado sus intenciones, no habría podido comportarse con tanta alegría.

Mientras tanto, era delicioso estar allí a la luz de las velas, escuchar la conversación sin participar y observar somnolienta a las tres personas al resplandor del fuego: Elspeth, serena; Clement, fumando su pipa y narrando incidentes de la vida parisina; y Geoffrey a su lado, con el rostro vuelto hacia el suyo con una firmeza que la hacía sentirse como una gata cuando le acarician el pelaje. Estaba envuelta en una sensación de paz extraordinaria.

Por la mañana la despertaron los gorjeos de los niños y la voz de su niñera tratando en vano de mantenerlos en silencio. Aún no era la hora de que llegara su desayuno, pero estaba descansada y renovada, con todas las facultades que la noche anterior habían permanecido adormecidas ahora vívidamente alerta.

De repente, empezó a pensar en su reciente enfermedad y a preguntarse por ella. Era extraño que hubiera dormido plácidamente la noche anterior y que no hubiera pasado nada hasta después de levantarse. ¿Significaba eso que el veneno de las ostras tardó todo ese tiempo en hacerse sentir, o fue que...? Ah, por supuesto, ¡no podía haber sido el café! ¡Qué imposible! Y sin embargo, ciertamente había tenido un sabor amargo que, curiosamente, tenía algo en común con la bebida caliente que tomó más tarde. ¿O estaba imaginando cosas?

Su mente volvió a las insistentes preguntas del joven médico, a su actitud acusadora, y de nuevo se le ocurrió que quizás Jeanne le había dado deliberadamente una idea equivocada. Pero ¿por qué demonios iba a hacer tal cosa? ¿Por qué querría hacerle creer algo que no era verdad, a menos que...?

De repente le vino a la mente una posible razón: Jeanne podría haber adoptado esa actitud si ella misma estaba al tanto de la verdadera causa del ataque y estaba ansiosa por despistar al médico. Sonaba descabellado, pero ¿estaba completamente fuera de lo posible?

Detenida por esta nueva visión del caso, se puso a recordar con detalle todo lo que había ocurrido el lunes por la mañana desde que se despertó. Recordó que Berthe había llegado muy tarde, con aspecto de haberse vestido apresuradamente. En su momento incluso se había preguntado cómo había podido esa mujer levantarse a tiempo para hacer el café. Quizás, después de todo, Berthe no lo había hecho. Podría haber sido Jeanne.

Un escalofrío la recorrió. Sí, los dolores habían aparecido poco después de beber el café y habían aumentado en violencia tras la taza de la supuesta tila, que desde la noche anterior sabía que o no era tila en absoluto, o tenía alguna sustancia fuerte mezclada para alterar su sabor. ¿Podría significar todo esto que Jeanne había introducido deliberadamente algo en las dos tazas de líquido con el propósito de enfermarla? No veneno —el médico se había reído de la sugerencia—, sino alguna medicina, alguna droga...

Se sacudió con enfado.

—¡Qué absoluta tontería! ¡Qué tonta soy por inventar una historia tan improbable!

Aun suponiendo que fuera cierto, no podía imaginar ningún motivo para tal acto. Sería fácil calificarlo de pura malevolencia, pero la gente no hace cosas así por diversión.

Meditó profundamente, sintiendo cómo le latía el corazón, como le había ocurrido tantas veces desde el ataque cada vez que se agitaba un poco. Lenta e inquietamente, se apoderó de ella la convicción de que era un peón en un juego, movida contra su voluntad y obligada a hacer cosas que no había tenido intención de hacer. ¿Era posible que al marcharse hubiera seguido simplemente un curso de acción diseñado por la propia Jeanne? ¿Había sido su enfermedad un paso preliminar hacia ello?

Vio de nuevo cómo se había allanado el camino, cómo se habían eliminado sus objeciones una por una. La buena naturaleza y la razón de Jeanne, la tregua entre ella y Hermione, todo el nuevo aire de complacencia que había transformado la casa durante los últimos días... ¡seguramente era demasiado bueno para ser verdad! De hecho, durante toda la semana la actitud de la doncella hacia ella había cambiado, comenzando exactamente desde el momento en que había encontrado las flores en la habitación de la señora Bender.

Se puso tan nerviosa que tuvo que hacer un esfuerzo para no saltar de la cama.

—¡Sí, estoy segura de ello! Quería alejarme de Germaine. ¡Me tiene miedo, eso es lo que pasa! Sabe que me he reconciliado con ella y está aterrorizada por las consecuencias. ¿Es porque cree que puedo desenmascararla o porque Germaine pueda encariñarse demasiado conmigo? ¿Son otra vez celos?

Debía ser en parte eso, concluyó. Sin embargo, para la conspiradora solo podía significar un triunfo mezquino, un resultado pequeño para tanta maquinación. Una semana; había consuelo en ese pensamiento. Era poco probable que algo saliera muy mal en un tiempo tan corto. Además, Hermione estaría allí a diario, encantada de velar por su amiga. No mucho escaparía a su ojo suspicaz.

Llegó su desayuno, deliciosamente apetitoso, con un plato de enormes fresas y una pequeña jarra de nata. Philomène, un alma genial, le dedicó una sonrisa radiante.

—La señorita tiene mejor cara esta mañana —declaró, examinando a Catherine con interés, añadiendo que el aire de Fontainebleau era muy tonificante y le abriría el apetito. La señora había enviado un recado diciendo que debía descansar todo lo que quisiera y que nadie esperaba que apareciera antes del almuerzo. Quizá quisiera tumbarse en el jardín; el sol era hermoso ahora y los pájaros cantaban.

Sin embargo, Catherine no quería descansar. Se le había ocurrido la idea de que se sentiría más tranquila si pudiera telefonear a París para preguntar por la señora Bender, solo para asegurarse de que todo estaba como debía. Quizás fuera una tontería, pero no había nada malo en confirmarlo.

Tan pronto como se hubo bañado y puesto un traje de punto gris pálido con una banda verde —un vestido que, de algún modo, sentía que a Geoffrey le gustaría—, se deslizó al salón para pedir la comunicación, sintiéndose un poco culpable y contenta de que la habitación estuviera desierta.

—Elíseo cero cero dos diez...

Tuvo suerte de no tener que esperar mucho. En solo unos minutos sonó el timbre y, al levantar el auricular, oyó la voz ronca de un hombre que decía: "¡Hola, hola!". Era Eduardo.

—Eduardo, habla la señorita West. Quería saber cómo está la señora esta mañana. ¿Puede decírmelo?

Captó un murmullo confuso, luego hubo silencio. Se había ido, sin duda a buscar a Jeanne. Se apretó el auricular contra el oído con leve suspenso, esperando. Poco después, una voz débil y suave habló por la línea:

—Hola, hola... ¿quién habla?

Catherine se sobresaltó tanto que casi se le cayó el auricular. La voz que le hablaba era la de Germaine.

CAPITULO 27

Por un solo instante, su corazón casi dejó de latir. ¿Germaine al teléfono? Era imposible. Sin embargo, era inconfundiblemente su voz. Ideas confusas se abalanzaron sobre ella en un intento instintivo de encontrar una explicación. Estaba tan paralizada por el impacto que el habla la abandonó y solo pudo jadear, aferrando el auricular con fuerza. Cuando la pausa se hizo notoria, la voz al otro lado de la línea habló de nuevo, esta vez con impaciencia:

—¡Hola! ¿De parte de quién? ¿Habla la señorita West?

¡Señorita West! Un segundo impacto neutralizó el primero, dejándola débil. Así que no era Germaine, sino la propia Jeanne. Jeanne, pero con un tono y un acento indistinguibles de los de su señora. ¡Qué asombrosa semejanza! Catherine nunca la había notado, pero hasta ahora nunca había hablado con ella por teléfono. Las voces suelen hacer jugarretas extrañas a través del cable. Todo esto pasó rápidamente por su cerebro mientras se obligaba a responder con calma:

—Sí, Jeanne. Solo quiero saber si la señora pasó una buena noche y se siente bien esta mañana.

La respuesta llegó con prontitud y un énfasis tranquilizador:

—Ciertamente, señorita, ¡todo va maravillosamente bien! La señora está bastante animada y espera ver a la señorita Cushing esta tarde. No tiene por qué preocuparse por ella.

Al colgar, Catherine se dejó caer en la silla más cercana. Qué susto le había dado esa voz engañosa. No estaba preparada para ello simplemente porque nunca antes había hablado con Jeanne por teléfono y no podía superar la sorprendente ilusión. Tranquilizándose, recordó que no era la primera vez que notaba una semejanza entre la voz de una doncella y la de su empleadora; la imitación —consciente o no— es un fenómeno común. En este caso, estaba casi segura de que no era intencionado, pues ¿por qué querría Jeanne engañarla?

Un paso en el umbral la hizo saltar. Geoffrey, impecable en su franela gris, estaba frente a ella.

—¿Ya levantada? ¿Pasa algo malo?

Ella se levantó de un salto, sonriéndole.

—¡Por supuesto que no! He telefoneado para preguntar por la señora Bender, eso es todo.

Sus ojos inquisitivos escudriñaron el rostro de ella.

—Parece como si hubieras visto un fantasma.

Riendo en son de disculpa, le explicó lo que había ocurrido: la semejanza asombrosa en la inflexión y el tono. Habría jurado que era Germaine. Él la miró fijamente, desconcertado.

—¡Por Júpiter! —exclamó en voz baja, y luego repitió—: ¡Por Júpiter! —con un tono que indicaba una revelación repentina.

—¿Hay algo malo en ello? —preguntó ella con curiosidad.

Él negó con la cabeza.

—No, solo me pareció extraño.

Ella no quedó convencida, pero no dijo nada más hasta que salieron al jardín y se sentaron bajo los tilos. Entonces, viendo que él estaba distraído y con el ceño fruncido, lo atacó con audacia:

—Geoffrey, no puedes engañarme. ¿Qué tienes en mente?

—Nada importante, te lo juro. Apenas vale la pena mencionarlo.

—¡Qué mal mentiroso eres! No deberías ser abogado si no puedes ocultar tus sentimientos mejor que eso.

Él se rió.

—¿Me estás elogiando o condenando?

—No importa. Estoy decidida a saber lo que estás pensando.

—Catherine, eres incorregible. Si no te cuento todo es porque te preocupas demasiado por nimiedades.

—Me preocuparé diez veces más si no sé de qué se trata.

Viendo que hablaba en serio, él cedió de mala gana y le contó lo que había averiguado sobre Jeanne y el director del banco.

—No le habría dado vueltas si no hubieras mencionado este truco de las voces. Ahora, naturalmente, me pregunto si el director no confundió la voz de Jeanne con la de la señora Bender.

Ella reaccionó con una luz febril en los ojos.

—¿Dices que se llevó las perlas?

—Calma, querida. Solo la copia. El collar auténtico está ahora en el banco.

Ella tembló de excitación, con el cerebro trabajando rápido.

—¿Pero no te das cuenta? Todo es probablemente un fraude. Estoy segura de que Germaine no ha hablado por teléfono en muchos meses. Y la nota que supuestamente envió ella, ¿no podría ser una falsificación? ¿Estaba escrita a mano o a máquina?

—Me avergüenza decir que no lo pregunté, pero lo haré.

Era una pregunta clave. Copiar una firma es mucho más sencillo que falsificar una carta entera. Se preguntó si la nota seguiría en el archivo.

—Sin embargo, si todo lo que hizo fue sacar una cadena de imitación...

Ella lo miró con un desprecio absoluto.

—¡Pobre inocente! ¿Has visto alguna vez una copia realmente buena de un collar de perlas auténtico? No podrías distinguirla. Yo tampoco. Solo un experto notaría la diferencia, y un empleado de banco no lo es. Cuanto más lo pienso, más segura estoy de que Jeanne puso la copia en la caja y se llevó las auténticas.

Geoffrey no pudo hacer más que quedarse avergonzado ante ese razonamiento implacable.

—Las ha robado, Geoffrey. Incluso ahora, probablemente ya se han deshecho de ellas. ¡Y pensar en lo que ha estado tramando esa criatura mientras nosotros miramos tranquilamente!

—Todavía no estamos seguros —le recordó—. Además, sucedió antes de que llegaras a París; no puedes reprocharte nada.

Ella pareció no oírle, mirando al frente. Una brisa agitó los tilos y dejó caer pétalos sobre su cabello oscuro. Él puso sus manos en los brazos de ella y la presionó para que se sentara.

—Puede que tengas razón. Yo mismo sospecho que ha habido travesuras. Pero respecto a las perlas, no podemos hacer nada sin una declaración de tu prima. No podemos abrir su caja privada. ¿Crees que deberíamos decirle lo que sospechamos?

Ella lo miró sin decir palabra.

—No me atrevo —murmuró tras una pausa—. El golpe podría matarla. Más tarde, cuando Jeanne se haya ido, podría sondearla.

—Pensé que dirías eso. Es cuestión de qué es más importante: la salud de la señora Bender o la pérdida de algo que puede permitirse perder.

—Eran las perlas de Hermione —asintió ella con duda—. ¡Qué golpe será para ella!

—No importa Hermione —replicó él con impaciencia—. Lo que debemos vigilar ahora es que la señora Bender no otorgue algún testamento fantástico dejando sus propiedades a Jeanne.

—¿Crees que eso es lo que trama?

—Lo creo. Su fingir que otros buscan el dinero de su señora es solo un pretexto.

—¿Pero por qué? Parece que está tratando de impedir que haga su testamento.

—Eso es ahora, porque teme que el dinero vaya a otra persona. Pero estoy seguro de que se imagina a sí misma como la heredera final.

—¡Cielos! —exclamó la joven, agitada—. ¡Entonces debo volver enseguida!

Él se rió ante su expresión de susto.

—No es tan grave. Aunque se redactara el testamento, no sería irrevocable. Además, la señorita Cushing vigilará mientras tú estés fuera.

—Es verdad —admitió ella—. Qué bendición que consiguiera reconciliarlas. Jeanne está prácticamente vencida, aunque ha usado todas las armas posibles contra mí. Casi creo que ella...

Se detuvo bruscamente, a punto de mencionar su sospecha sobre la enfermedad. Si Geoffrey lo creía, le impediría volver, y ella no quería otro enfrentamiento de voluntades. Afortunadamente, él no notó la pausa.

—Hay algo que podemos hacer —comentó él—. Podemos someter esas cartas de la señora Bender a un perito calígrafo y determinar si son auténticas. Si resultan ser falsificaciones, podemos arrestar a Jeanne en el acto.

—Ah, no había pensado en eso. Es una idea maravillosa.

Geoffrey no se sentía particularmente brillante; era algo que debería haber considerado días atrás.

—Por supuesto, es posible que las cartas hayan sido destruidas, pero esperaremos lo mejor. Me ocuparé de ello a primera hora mañana. Vamos ahora —dijo, ayudándola a levantarse—. Tenemos un par de horas antes del almuerzo. Demos un paseo en coche por el bosque. He traído el vehículo.

Pasaron el resto de la mañana explorando las frondosas espesuras, serpenteando por caminos cerrados donde inmensos árboles se entrelazaban sobre sus cabezas. De vez en

cuando encontraban manchas de arena cálida cubiertas de rocas rugosas, de tono amatista a la sombra, para luego sumergirse de nuevo en las frescas profundidades del bosque, en silencio salvo por el lejano canto de los pájaros. Una vez, en un claro, sorprendieron a un grupo de aldeanos ataviados con sus mejores galas, bailando pasos antiguos al son de unos pocos instrumentos de cuerda. Las melodías, simples y empalagosas como toda la música popular, recordaron a Catherine un viejo organillo; la escena era encantadora por su total ausencia de afectación. A lo lejos, resonaban en el bosque las notas tintineantes, salpicadas de cantos y risas.

Fue un alivio para Catherine que Geoffrey no se refiriera a la pregunta que le había hecho hacía algo más de una semana. A veces creía que estaba a punto de hacerlo, pero la tensión momentánea pasaba sin que las palabras se pronunciaran. Aún no conocía su propio corazón y, consciente de su debilidad física, solo quería dejarse llevar, absorbiendo la belleza y la paz del día primaveral. Había tiempo de sobra para decidir, siempre que los sentimientos de su compañero no cambiaran, y estaba segura por la mirada de sus ojos de que había pocas probabilidades de eso.

No fue hasta que estuvo sola aquella noche cuando permitió que sus pensamientos regresaran a la señora Bender. Fue entonces cuando recordó la carta escrita por su prima en febrero, justo antes de que planeara ir a París. Aquí había un ejemplo genuino de la letra de la inválida que podría ser de valor para el perito. Todavía estaba en el bolsillo de su bolso. La leyó una vez más y luego la incluyó en una nota para Geoffrey, quien se marcharía demasiado temprano por la mañana para que ella pudiera verlo.

Mientras se preparaba para acostarse, se preguntó inquieta qué estaría sucediendo en su ausencia y si Jeanne estaría aprovechando la oportunidad para hacer valer sus descaradas reclamaciones. Qué sanguijuela era: estaba haciendo todo lo posible por agotar a su víctima, siempre bajo la cobertura de una intensa devoción. No se podía concebir nada más detestable.

Sin embargo, ¿estaba sola en sus infames designios? ¿Había alguna inteligencia guía en un segundo plano, pensando por ella e impulsando su conducta? Más de una vez esta idea se le había presentado vagamente pero, aparte de los casos concretos de robo, no podía pensar en ninguna manera en que la mujer pudiera tener un cómplice aparte del estúpido Eduardo. El pequeño notario podría estar ayudándola a deshacerse de los objetos robados, pero ¿desempeñaba algún otro papel? Según Geoffrey, el hombre tenía una reputación intachable.

Meditando sobre esto, se quedó junto a la ventana mirando hacia el oscuro jardín. A lo largo del muro, las negras siluetas de los tilos se agitaban y susurraban juntas mientras que, en la esquina más alejada, un pequeño carpe deforme se alzaba solitario. Su tronco achaparrado y sus ramas como antenas parecían, en su fantasía distorsionada, una araña gigante vigilante en el centro de una invisible telaraña. Casi podía imaginar que los otros árboles eran prisioneros, hechizados por el poder maléfico de esa criatura deforme.

«No se movía, solo se quedaba quieta y me miraba... había moscas atrapadas en la telaraña...».

Podía oír de nuevo la aguda voz de la joven empleada pronunciando las palabras. Geoffrey se había reído de ella, pero nunca había podido deshacerse de esa impresión inquietante. Incluso ahora, cuando una nube negra tapaba la luna, podía sentir la presencia de algo fríamente insensible y avaricioso, al acecho para drenar la sangre de sus cautivos.

Cerró las cortinas de un tirón. Qué idea tan infantil. Además, no había peligro real. Había reflexionado sobre todo hasta quedar satisfecha. Sin embargo, el rostro que devolvió el espejo estaba pálido y sus ojos estaban dilatados por un temor especulativo.

CAPITULO 28

Geoffrey no perdió tiempo en hacerse con las notas de la señora Bender; ninguna de ellas había sido destruida. El director del banco expresó cierta sorpresa al recibir la petición de la que estaba en su poder, pero la entregó sin problemas, comentando mientras lo hacía:

—Su padre ya me ha mencionado este asunto, señor Macadam. ¿Es posible que piense que hay algún engaño en todo esto?

—Espero que no. Le haré saber lo que descubramos.

—Observé las formalidades habituales. Es difícil ver cómo podría haber algún fraude.

—No es culpa suya si lo hubo. Pero conociendo algo del estado de salud de la señora Bender, nos parece poco probable que haya hablado por teléfono en ningún momento reciente.

El director se sobresaltó ligeramente.

—Podría jurar que era su voz. ¿Cree que pudo ser alguien haciéndose pasar por ella?

—Me temo que sí.

Ellsworth, un hombre seguro de sí mismo, de rostro liso y redondo que usaba quevedos, pareció decididamente perturbado. Jugueteó con un botón del chaleco, dejando vagar su mirada por la habitación; luego, como impulsado por una idea brillante, golpeó el escritorio con su mano regordeta.

—Seguramente, querido amigo, lo más sencillo es preguntarle directamente a la señora Bender si autorizó o no la transacción.

—Es menos fácil de lo que cree. Primero, no queremos alterarla y, segundo, resulta que está en un estado en el que, hablando con franqueza, no se puede confiar en su palabra como prueba concluyente.

Las pálidas cejas del director se alzaron.

—Dios mío. ¿Quiere decir que está...? —Se detuvo, tocándose la frente con significado.

—Al menos su condición es tal que tenemos que actuar sin su conocimiento o consentimiento —Geoffrey habló con cautela, mientras examinaba la hoja de papel de carta gris—. A máquina —murmuró con decepción—. Aun así, la firma es distintiva.

La letra inclinada y de trazos finos tenía el carácter típico de la caligrafía francesa. Tan pronto como se quedó solo, la comparó con la carta recibida de Catherine, solo para descubrir que su ojo inexperto no podía detectar diferencias. Encerrando las tres muestras

en un sobre, las envió con Henri al perito, solicitando una opinión rápida.

El miércoles volvió a conducir hasta Fontainebleau, donde encontró a Catherine con fuerzas y ánimo muy mejorados. Sin embargo, solo tuvo unos minutos a solas con ella, y su ardor se vio atenuado por la sensación de que ella estaba mucho más interesada en lo que él tenía que contarle que en él mismo. Una actitud evasiva y un dejo de inesperada timidez lo deprimieron, haciéndole preguntarse si ella estaba tratando de prepararlo para una negativa definitiva. ¿Había pensado las cosas y llegado a la conclusión de que no podía amarlo? Estaba listo para maldecirse por haber esperado tontamente demasiado tiempo.

Cuando se despidió, fue Elspeth quien lo acompañó hasta su coche.

—Pobre viejo —murmuró ella mientras él ponía la mano en el arranque—. ¿No van las cosas demasiado bien para ti?

—¿Qué quieres decir? —preguntó él, enrojeciendo violentamente y apartando su mano cariñosa.

Ella se rió con un toque de malicia femenina.

—No importa, te hará bien —respondió enigmáticamente—. Has tenido las cosas demasiado a tu favor durante mucho tiempo. Ella merece que luches por ella, y te deseo suerte. No puedo decir más.

¡Así que todos sabían que por fin lo habían capturado! No era de extrañar; la verdad debía estar escrita en su rostro. El deseo se había apoderado de él con tanta fuerza que apenas podía comer o dormir, y mucho menos interesarse por algo que no concerniera al objeto de sus esperanzas. La vida sin Catherine le parecía una perspectiva de lenta inanición.

Tan absorto estaba por su problema personal que la carta recibida al día siguiente desde Burdeos llegó como una completa sorpresa. Por el momento había olvidado la misión de Bernard de la que, a la luz de sus recientes conclusiones, esperaba poco resultado. Mientras la leía, su expresión cambió. El agente había seguido el rastro de Blom hasta el Hotel de los Comerciantes, donde aparentemente había pasado unos días a principios de febrero, trasladándose después sucesivamente a varias poblaciones pequeñas de la región.

La búsqueda había sido difícil debido a que el notario no había dejado dirección, por lo que solo a fuerza de muchas averiguaciones se conocieron sus movimientos. En cada una de las ciudades visitadas había pasado varios días, pero había sido imposible averiguar cómo había ocupado su tiempo, excepto que parecía haber examinado varios registros locales de nacimientos, defunciones y matrimonios, una actividad legítima para su profesión. Hasta ahora, Bernard no había descubierto nada que relacionara al hombre con ninguna actividad ilegal, más allá de un deambular sin rumbo.

—Sin embargo, no estoy satisfecho —concluyó el escrito—. Me inclino a pensar que toda esta actividad entre los archivos pretende encubrir su verdadero negocio. Si llevaba

lienzos sin marco, podría haberlos escondido fácilmente en su equipaje, y mi idea es que los ha ocultado en algún escondite secreto. Tengo una o dos líneas de investigación que seguir y le haré saber si surge algo.

Geoffrey encendió un cigarrillo y meditó sobre el asunto, reflexionando sobre lo difícil que parecía atrapar al notario en algo turbio. ¿Qué podría estar más alejado del robo de cuadros que este inofensivo hurgar en archivos provinciales? Si no fuera por los hechos conocidos, se sentiría tentado a declararlo un personaje intachable. Sin embargo, esos hechos destacaban como signos de interrogación negros: el hombre había tenido una violenta disputa sobre la galería de la señora Bender y había visitado la oficina de Macadam bajo un nombre falso. Claramente tramaba algo secreto.

—Decididamente es un comodín —concluyó Geoffrey con fastidio—. De hecho, nunca habríamos sabido de su existencia si Catherine no lo hubiera visto aquella primera noche y luego reconocido como el prometido de la modista. Solo una casualidad. En la superficie, no parece más que un notario avaro con afición por los registros.

Recordó lo que Guy Ballou había dicho sobre encontrarse con el alsaciano en la Oficina de Archivos: «Solía pensar que parecía una rata blanca husmeando entre los archivos».

Sí, esta búsqueda de registros era probablemente un pretexto. Además, por segunda vez, Geoffrey se sintió impactado por la persecución del hombre a la viuda, la señora Baron, inmediatamente después de su regreso. Los supuestos ahorros de Honorine proporcionarían el dinero necesario para comenzar en un nuevo campo.

—¡Por Júpiter, no me extrañaría si por fin hubiéramos dado con la pista! Los sirvientes le están vendiendo esos cuadros y él planea establecerse como comerciante. Lo que hay que hacer ahora es notificar a la policía de Burdeos, darles una descripción de Blom y hacer que vigilen los barcos que salgan. Enviaré un telegrama a Bernard de inmediato.

Se le ocurrió que sería prudente mantener tanto a Blom como a la modista bajo estricta vigilancia, pero ese asunto podía esperar al regreso de Bernard. El viernes por la tarde estaba trabajando cuando el factótum de la oficina anunció al señor Bernard. Saltando de asombro, Geoffrey vio al agente, adornado con un sombrero hongo verde por el paso del tiempo y una bufanda negra enrollada alrededor de su cuello.

—¡Conque has vuelto! ¿Recibiste mi telegrama?

—Sí, señor. Informé a la policía de Burdeos y les enviaré una descripción de nuestro amigo, con una fotografía si es posible conseguirla. Pero lamento informarle de que no he podido descubrir nada definitivo sobre las pinturas. Ha cubierto demasiado bien sus huellas. Todo lo que pude hacer fue advertir a las autoridades portuarias.

Geoffrey sintió una punzada de decepción.

—¿Aún cree que piensa sacarlas del país?

—Lo supongo, señor, pero confieso que hay poco que apoye la teoría. Mis investigaciones solo me llevaron a una serie de oficinas de registros, una tras otra. He pasado los dos últimos días entrevistando a los archiveros de tres pequeñas ciudades para averiguar qué propósito tenía Blom. Por fin lo encontré, aunque me temo que le dirá poco. Parece que el hombre buscaba detalles sobre una familia aparentemente extinguida en la región: personas de apellido Dieulefit.

—¡Dieulefit! —El joven saltó como si le hubieran disparado.

—¿Conoce el nombre, entonces?

—¡Si lo conozco! —exclamó emocionado—. Es el apellido de soltera de la propia señora Bender. Bernard, ¿no ve lo que significa? El tipo está buscando un heredero para los bienes de nuestra clienta.

Los solemnes ojos del agente lo miraron con interés.

—¿Entonces cree que no ha robado los cuadros?

Geoffrey frunció el ceño, confundido.

—No sabría decir. No... sí... En cualquier caso, este asunto no tiene nada que ver con el robo. Tiene algo completamente diferente entre manos. Tengo que pensar en esto. Le avisaré si necesito algo más de usted.

En efecto, parecía dudoso que el agente pudiera proporcionar el eslabón perdido: la razón de Blom para sus investigaciones. No era probable que el notario gastara dinero sin esperar una buena rentabilidad. Pero ¿de qué manera esperaba beneficiarse?

Durante una cena solitaria, Geoffrey analizó el asunto hasta llegar a una conclusión tentativa; sus conocimientos jurídicos le proporcionaron una pista. Sabía que cuando una persona con propiedades moría sin testamento, era costumbre buscar a los parientes más cercanos. Si la búsqueda resultaba difícil, quien proporcionara información sobre los herederos perdidos recibía una remuneración basada en un porcentaje. Cuando la fortuna era grande, la comisión podía ser una suma considerable.

Sin duda Blom, como asesor legal de los sirvientes, conocía datos útiles: el apellido de soltera de la señora Bender, la probabilidad de que muriera sin testamento y su precario estado de salud. Armado con este conocimiento, deseaba localizar a parientes lejanos para ser el primero en reclamar dicha comisión.

Ahora empezaba a ver la luz. Comprendía la ansiedad de Blom por saber si se había otorgado un testamento, pues de ser así, sus esperanzas se desvanecían. Probablemente también sospechaba de las maquinaciones de Jeanne y había tratado de detenerlas con amenazas, sabiendo que frustrarían su propio plan. Todo encajaba con facilidad. Solo un punto permanecía oscuro: ¿actuaba Blom por mera especulación o sabía de algún heredero real?

De repente, Hermione Cushing cruzó por su mente. Como la amiga más antigua de la señora Bender, nadie conocía mejor los antecedentes de la inválida. Quizás ella había proporcionado a Blom los datos necesarios para dividir la comisión. O bien —y aquí surgió una idea nueva— ella misma podría tener sangre francesa y poseer algún derecho que deseara fundamentar. ¿Estaría relacionada con la familia Dieulefit? Si así fuera, explicaría todo.

Decidido, Geoffrey salió del restaurante, tomó un taxi y en diez minutos subía las escaleras hacia el apartamento de la cantante, dispuesto a confrontarla. Se sentía algo brutal, pero debía saber qué papel desempeñaba la señorita Cushing.

La puerta se abrió y se encontró frente a una mujer de aspecto severo, con gafas y un dedal de acero, que sostenía una prenda de grandes dimensiones.

—La señorita ha salido —le informaron.

No sabía si sentirse decepcionado o aliviado. Bajo la mirada de la doméstica, dio su nombre de mala gana, dándose cuenta de que la señorita Cushing estaría sobre aviso.

—¿El señor Macadam? —repitió la mujer, suavizándose. Claramente sabía quién era él; probablemente sabía todo sobre los asuntos de su señora—. La señorita está cenando en el barrio de San Germán, después de visitar a su amiga, la señora Bender. Si el señor desea dejar un recado...

Pero Geoffrey ya estaba a medio camino de las escaleras. Se sentía inquieto, con el cerebro ardiendo por compartir la información. Apenas eran las nueve. ¿Por qué no conducir hasta Fontainebleau y hablar con Catherine? Podía estar allí en poco más de una hora.

Recogió su coche en el garaje y pronto corría hacia la Puerta de Italia. En tiempo récord llegó a la tranquila calle frente a la casa de su hermana e irrumpió ante el grupo familiar que descansaba frente al fuego. Elspeth lo miró con sorpresa.

—¡Geoffrey! Me has dado un susto. ¿Qué pasa?

Él lanzó una mirada rápida por la habitación.

—¿Dónde está Catherine?

—Se fue —respondió ella con calma.

A él se le desencajó la mandíbula.

—¿Se fue? ¿Adónde? ¿Por qué?

—Nos dejó esta noche. A las once menos cuarto, para ser exactos. ¿A qué viene ese

nerviosismo?

Sus ojos echaron chispas.

—No te entiendo. Sabía que vendría a buscarla mañana. ¿Por qué este cambio repentino?

—No seas tonto. Fue inesperado. Recibió una carta de unos amigos que cruzan el canal esta noche y llegan a París mañana temprano. Solo se quedan un par de horas y quieren verla. Ella quiso ir.

Él seguía mirándola, molesto.

—No lo entiendo —murmuró frunciendo el ceño—. ¿Quieres decir que la dejaste volver allí... sola?

—Sí. ¿Por qué no? No pudimos detenerla y se negó a que te llamáramos.

—¿Los sirvientes la esperan?

—No, pero no importa, ¿no es así?

Entonces se dio cuenta de que lo miraban con extrañeza y cierta diversión por su evidente preocupación.

CAPITULO 29

Geoffrey se quedó con los Baxter solo el tiempo suficiente para fumar un cigarrillo y tomar un whisky. Incluso esto lo hizo de mala gana, con los codos sobre las rodillas y una expresión taciturna. Luego, con un seco «buenas noches», desapareció en la oscuridad.

Cuando se cerraron las puertas, su cuñado levantó las cejas con humor y siguió con la mirada su figura mientras se estiraba.

—¿Qué le pasa? —preguntó con indolencia.

—Catherine, evidentemente. Está dolido porque ella se fue sin avisarle.

—Una grieta en el laúd, me figuro. Parecía que tuviera algo en mente que no quería que supiéramos.

—Eso mismo pensé yo. ¿Viste cómo casi me arranca la cabeza cuando le dije que se había ido?

Su marido asintió, bostezando.

—Bueno, ya la verá mañana y arreglará las cosas. Dios mío, las agonías que pasan estos enamorados. Aunque nunca imaginé que el viejo idiota perdiera el control así —y golpeó su pipa contra el borde de la chimenea.

Mientras tanto, con la mandíbula apretada y una indignación hirviendo en su pecho, Geoffrey corría a toda velocidad por la carretera de París. De algún modo, la repentina partida de Catherine lo hirió como una afrenta personal. ¿Estaba realmente tan ansiosa por conocer a esos amigos o había tomado la decisión para evitar el viaje de regreso con él? Irrazonablemente, se inclinó hacia la segunda opción, recordando lo reservada y distante que había estado la última vez que la vio.

—Sin embargo, le gustaba lo bastante hace dos semanas —argumentó con resentimiento—. Nadie podría engañarme sobre eso.

Una vez más olió la fragancia de su piel mezclada con los lirios del valle cuando ella se había apretado contra él y sintió el calor de sus labios. Sí, al menos por un momento, la misma sensación había surgido en ambos. Sin embargo, qué poco debía de haber significado ese acercamiento para ella si no deseaba repetirlo. Se sintió humillado.

Bueno, ella le había advertido que no esperara demasiado. Si había estado viviendo en un paraíso de necios, era culpa suya. Solo que debía saber a qué atenerse y terminar con esta incertidumbre. Le pediría que cenara con él al día siguiente para aclararlo todo.

Tan absorto estaba en su agravio que llegó a la Puerta de Italia antes de pensar en la muchacha en el odiado apartamento. Debía de haber llegado hace media hora. ¿Estaría

bien? No podía definir la vaga inquietud que lo impulsó a cruzar la ciudad y dirigirse directamente a la Avenida Henri Martin.

Un momento después detuvo su coche afuera del edificio de los Bender y miró hacia el oscuro entresuelo. La cuarta ventana era la de Catherine. Sus ojos apenas podían distinguir un débil resplandor a través de las cortinas cerradas. Mirando fijamente, vio una sombra cruzar la ventana, detenerse un instante y seguir.

Ella estaba allí, sana y salva, a solo unos metros de distancia. Probablemente se estaba preparando para acostarse sin soñar quién estaba bajo su ventana. Sintió deseos de arrojar una piedra al cristal, pero reconsideró al darse cuenta de lo tarde que era. Miró su reloj: la una y cuarto. No, no debía molestarla ahora. Cuando volvió a levantar la vista, la luz se había apagado.

Geoffrey durmió poco. Su aflicción personal dio paso a inquietas conjeturas sobre los movimientos de Adolph Blom; durante toda la noche ideó teorías para luego rechazarlas todas. Finalmente, cuando casi era hora de levantarse, una nueva idea lo impactó, dejándolo helado. Saltó de la cama. ¿Por qué no había pensado en eso antes?

Tan pronto como oyó que la doncella entraba en la habitación de su padre con el café, la siguió para exponerle la información. El socio mayor buscó sus gafas, se las puso y se quedó mirando.

—¿Buscando a los Dieulefit? ¿Por qué haría eso un extraño?

—En caso de que haya un heredero, para quedarse con la comisión —respondió Geoffrey—. ¿Qué otra razón puede haber? Lo que me preocupa es si trabaja solo o con alguien más.

—¿A quién sospechas?

—Hay dos posibilidades: primero la doncella y, segundo —hizo una pausa antes de pronunciar el nombre—, la señorita Cushing.

—¡La señorita Cushing! —Su padre dejó la taza de café de golpe.

—Bueno, ¿y qué? —comentó secamente—. Hacer averiguaciones no es un delito. En todo caso, es un juego de espera.

Geoffrey dudó antes de responder.

—¿Seguro que es un juego de espera? ¿Se le ha ocurrido que hay un detalle que hemos pasado por alto? Me refiero a los intentos de suicidio de la señora Bender.

Los ojos del anciano se entrecerraron.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—¿Y si la persona que se beneficia con su muerte está impaciente? ¿Y si esos supuestos intentos no fueran suicidios en absoluto, sino algo mucho peor? Recuerda que solo tenemos la palabra de la doncella para creerlos.

—Dios mío. —El abogado se sobresaltó, a punto de volcar su bandeja de desayuno. Por primera vez, el embrollo de los Bender adquiría un aspecto grave—. Pero ¿quién se beneficiaría? Estos sirvientes no, a menos que...

—A menos que estén en connivencia con el heredero desconocido. El notario puede estar contando con una comisión que piensa compartir con ellos.

—La comisión sobre la herencia de los Bender ascendería a una bonita suma. Geoffrey, esto pinta mal.

—Pensé que dirías eso. ¿Cuál es nuestra mejor jugada?

El anciano pensó un momento.

—Atrapa a esa doncella de inmediato. Llámala ahora y dile que quiero verla a las once. No le des motivos para sospechar: solo dile que venga. No se atreverá a negarse. Una vez que sepa que conocemos sus planes, tendrá que largarse.

Los caprichos del servicio telefónico parisino son quizás los peores del mundo. Tras repetidos intentos, Geoffrey se vio obligado a admitir su fracaso.

—No hay remedio —gruñó su padre—. Lo intentaremos de nuevo en la oficina y, si aún no hay respuesta, enviaré a Henri allí. No pienso retrasar esto ni un solo día.

¡Un solo día! Geoffrey reflexionó que ambos estaban, por fin, alarmados por algo que había ocurrido hacía dos meses. En el momento actual, la mujer a la que atribuían intenciones malvadas planeaba tranquilamente sus vacaciones.

Nada parecía claro cuando, en la calle Auber, volvió a intentar usar el teléfono sin éxito. Finalmente, una operadora le informó de que la línea estaba averiada.

Golpeó el auricular. Tras una espera, Ballou asomó la cabeza.

—Henri ha salido, señor. Por cierto, hay algo que quería contarle. ¿Recuerda a ese notario? Se va a casar dentro de unos días. Ayer vi el anuncio en el tablón del Ayuntamiento. Se casa con una viuda.

—Lo sabía. Es la señora Baron.

—Cierto. Pero fue su apellido de soltera lo que me llamó la atención. No lo recuerdo ahora, pero era bastante raro, algo que empezaba con D.

Geoffrey permaneció sentado como hechizado. Un nombre raro que empezaba con D. Era absurdo, no podía ser. Y sin embargo... Con un movimiento repentino, salió del edificio y llamó a un taxi.

—Al Ayuntamiento, calle de Lisbonne —indicó al conductor.

Cinco minutos después entró en el patio empedrado. Allí, frente a él, estaba el tablón de anuncios cubierto de notas protegidas por una malla metálica. Allí, según la costumbre, los nombres de todos los futuros contrayentes se exponían durante las dos semanas anteriores a la ceremonia.

Rápidamente, sus ojos recorrieron los trozos de papel hasta dar con el que buscaba. Aquí estaba, en escritura angulosa, para que todos lo leyeran:

«Adolph Gustav Blom, notario, del 359 de la calle de Ámsterdam, y Marie Honorine Baron, de soltera Dieulefit...».

No había error. Había atravesado un largo y oscuro túnel para encontrarse al borde de un precipicio.

Por un momento quedó completamente aturdido. Luego soltó un juramento en voz alta, maldiciendo su falta de imaginación. ¿Por qué no se le había ocurrido esta posibilidad? ¿Por qué no se le ocurrió cuestionar la identidad de Honorine en lugar de pasarla por alto como algo sin importancia? Ella era quien proporcionaba la llave de todo el misterio, ella sola; una única averiguación habría asegurado la información.

Ahora, en un instante, vio el juego del notario. ¡El hombre no estaba jugando por una mísera comisión; se estaba casando con la heredera de los millones de los Bender!

Qué golpe de genio, soberbiamente audaz y asombrosamente simple. Blom conocía a la modista desde hacía años y estaba íntimamente familiarizado con su historia, pero no le había prestado atención hasta que, por accidente, supo que su antiguo apellido era idéntico al de la rica inválida del barrio de la Estrella. En secreto y sistemáticamente, se había propuesto demostrar que existía un vínculo de sangre entre las dos mujeres, tan separadas por clase y fortuna. Luego, seguro del parentesco y con la misma calculadora frialdad, había roto su relación con su pequeña empleada y comenzado a cortejar en otro barrio, tranquilamente seguro de que, tarde o temprano, toda la propiedad de la señora Bender pasaría a su control.

Mientras los detalles cruzaban por la mente de Geoffrey, un hecho supremo destacaba con claridad: Blom no podía tener la intención de esperar a que su víctima muriera de muerte natural. Cada día aumentaba la incertidumbre de la herencia de su futura esposa, ya que bastaba el trazo de una pluma para arruinar su plan. Jeanne, con su diabólica astucia, podía retrasar la redacción de un testamento por un tiempo, pero difícilmente se podía confiar en que lo impidiera por completo. No; cualquier cosa que ocurriera no debía demorarse mucho, y debía tener el sello de accidente o suicidio. Quizás en ese mismo momento los planes estaban madurando. El hecho de que la boda de Blom estuviera

programada para dentro de unos días sugería un desenlace inminente.

Ansioso por informar a su padre de este último giro, Geoffrey llegó sin aliento a la oficina y abrió la puerta de par en par. Luego se detuvo en el umbral, consciente de que algún disturbio inusual se había apoderado del lugar.

Todo el personal estaba reunido en la sala exterior, con las cabezas juntas y los ojos estudiando intensamente la primera página del periódico de la tarde, recién salido de la imprenta. Todos levantaron la vista a su llegada, mientras Ballou hablaba con marcada excitación:

—El señor Macadam lo estaba buscando, señor. ¿Ha visto esto? —y le puso el periódico en las manos a Geoffrey.

En ese instante, el abogado principal apareció en el umbral opuesto, con el rostro de un tono ceniciento y los ojos entrecerrados como puntos de acero.

—Ha sucedido —anunció con voz seca—. Accidente o no, esa pobre mujer ha muerto.

—¿Muerta? No querrás decir...

—Eso mismo. Murió quemada anoche en su dormitorio.

CAPITULO 30

Padre e hijo intercambiaron miradas de mudo horror. Por ambas mentes cruzó el mismo pensamiento.

—Lee lo que dice. No hay mucho.

Fijando su atención en la página frente a él, Geoffrey se obligó a digerir los escasos detalles que el periódico ofrecía. Con lacónica brevedad, declaraba lo siguiente:

«La señora de Henry Belmont Bender, del número 44 de la Avenida Henri Martin, encontró la muerte en las primeras horas de esta mañana como resultado de un incendio en su apartamento. Aún no se conocen los hechos sobre cómo se inició el fuego, o si el fallecimiento de la víctima se debió a un paro cardíaco o a asfixia por el humo. La doncella y el mayordomo hicieron un valiente intento por rescatarla, sufriendo ellos mismos heridas. El cuerpo de bomberos fue rápidamente convocado y logró salvar la mayor parte del edificio».

Por un segundo, las palabras bailaron ante sus ojos. Luego hizo una observación aparentemente trivial.

—Esto explica por qué no pude comunicarme por teléfono.

Los empleados lo miraron. Nadie podía saber que sus pensamientos habían volado hacia Catherine, preguntándose por qué no había tenido noticias de ella. El reloj marcaba las doce. ¿Le habría pasado algo? Gracias a Dios, su habitación estaba en el lado opuesto del apartamento.

—Debo ir allí de inmediato —murmuró.

Su padre asintió con severidad. A pesar de su aparente compostura, estaba muy afectado. Con un brusco gesto, apartó al joven del grupo y dijo en voz baja:

—Averigua todo lo que puedas y mantén bien abiertos los ojos. No hace falta que te recuerde lo difícil que va a ser; hasta donde sabemos, las únicas personas que pueden dar testimonio son las propias sospechosas. Si pudiéramos sacar a la luz alguna sospecha de un motivo...

—¿Motivo? —repitió Geoffrey, saliendo de su breve estupor—. ¡Pero hay un motivo! ¡Algo enorme!

En un rápido aparte, le reveló su descubrimiento. Su padre escuchó enmudecido. Pasaron varios segundos antes de que exclamara:

—Un heredero... ¡casándose con la heredera! Dios mío, ¡qué ciegos hemos sido!

Parecía paralizado, de repente diez años mayor. El esfuerzo con que se recompuso era dolorosamente evidente.

—Hemos sido unos necios, Geoffrey, necios totales y sin remedio. Nos hemos quedado de brazos cruzados mientras esa desdichada mujer era asesinada, ¡e incluso ahora puede que no haya posibilidad de llevar a los malvados ante la justicia! ¿Te das cuenta de eso?

—Al menos podemos ordenar una autopsia.

—¿Y qué probará eso si, como es probable, murió de un paro cardíaco? No, me temo que incluso ahora pueden escaparse de entre nuestros dedos. Pero haz todo lo posible; regresa tan rápido como puedas y dime el resultado.

En pocos minutos, Geoffrey corría hacia el Arco de Triunfo, con la conciencia acosada por dos emociones: una vana autoacusación por no haber evitado la catástrofe y una creciente aprensión respecto a Catherine. No podía haberle pasado nada grave o el periódico lo habría mencionado; sin embargo, le pareció extraño que en todas esas horas no hubiera recibido ningún mensaje. Se dijo que era natural ante el shock y la confusión, con el teléfono averiado además, que ella no se hubiera comunicado. Su consuelo residía en saber que pronto la vería y, si ella estaba de acuerdo, la llevaría de vuelta a casa de Elspeth.

Un grupo de curiosos se apiñaba en la entrada del edificio, y varios pares de ojos lo siguieron con mórbido interés. En la puerta, la esposa del conserje parloteaba con un aire de macabro regocijo con un puñado de amigas. Al ver a Geoffrey, se lanzó hacia adelante y le agarró el brazo con una mano callosa.

—¿Qué desea, señor? —exigió con brusquedad.

Él dio su nombre y la mujer se apartó con un servil encogimiento de hombros, quedándose mirándolo con curiosidad.

Aunque desde la avenida no había señales de destrucción, los daños eran ahora evidentes. Las ventanas del entresuelo y varias del piso superior estaban ennegrecidas y hechas añicos; la madera visible estaba carbonizada, mientras que las paredes interiores goteaban agua que formaba charcos en el suelo. Sin embargo, el ascensor estaba intacto y la mayor parte del edificio parecía poco dañado.

Arriba, las anchas puertas de caoba estaban abiertas de par en par. La alfombra gris pálido estaba empapada y cubierta de huellas de barro. No había indicios reales del incendio, pero toda la atmósfera estaba impregnada del acre olor a madera quemada y calada por el agua.

Geoffrey entró y miró a su alrededor. No había un alma a la vista, pero del salón llegaban voces apagadas. Al llegar a la puerta, percibió un pequeño grupo de hombres, algunos oficiales y otros que supuso eran de la prensa. Rápidamente, sus ojos buscaron a Catherine, pero ella no estaba. Aún miraba a su alrededor cuando un sargento de policía

avanzó con un gesto interrogativo. Brevemente, Geoffrey expuso su asunto.

—Hay una pariente de la difunta alojada aquí, una joven estadounidense. ¿Puede decirme dónde está?

—¿Una señora estadounidense, señor? No la he visto. ¿Cree que ha estado aquí?

—No hay duda al respecto. Estoy ansioso por encontrarla.

El sargento negó con la cabeza.

—Debe de estar mal informado, señor. Tengo entendido que anoche no había nadie en el apartamento excepto los dos sirvientes. Será mejor que les pregunte a ellos. Ahí está el mayordomo —e indicó con un gesto la figura de Eduardo.

El portugués, con el brazo izquierdo en cabestrillo y el rostro manchado de hollín, hablaba a trompicones con un reportero desaliñado que tomaba notas afanosamente. Sus ojos inyectados en sangre se dirigieron hacia Geoffrey y luego se apartaron sin señal de reconocimiento. El joven dio un paso hacia él, pero se detuvo cuando una voz ahogada desde atrás pronunció su nombre:

—¡Señor Macadam!

Era Hermione Cushing, escoltada por la conserje. La cantante, envuelta en un voluminoso vestido negro, le agarró las manos para recuperar el equilibrio. Su rostro estaba descolorido y sus labios temblaban. Geoffrey no pudo sentir más que piedad por un dolor tan evidentemente sincero.

—¿Acaba de enterarse del accidente? —susurró ella.

Él asintió. Ella cerró sus ojos enrojecidos y luego los abrió, fijando su mirada húmeda en él.

—Hace veinte minutos... Yvonne lo oyó en la pescadería. Todavía no puedo asimilarlo. Estuve con ella hasta las siete de la noche...

Respirando hondo, se irguió y apoyó un brazo tembloroso en el de él.

—¿Catherine? —murmuró—. No sabe nada de esto, supongo. Pobre niña. ¡Qué golpe para ella también!

Y antes de que él pudiera sacarla de su error, ella se alejó hacia el salón. Al llegar, el grupo se dispersó y, por primera vez, Geoffrey divisó una figura inmóvil en el extremo opuesto, cerca de las ventanas, acurrucada en una silla de brocado violeta. Eran los ojos de Jeanne.

La doncella estaba envuelta en una bata oscura abrochada hasta la barbilla. Su cabello se

pegaba en húmedos mechones a su frente. Inmóvil como una efigie, estaba sentada con sus brazos, envueltos en vendajes, descansando rígidamente. Si era consciente de la presencia de Geoffrey, no lo demostró; su mirada opaca pasó de largo.

Moviéndose rápidamente hacia ella, se inclinó y habló en voz baja.

—Jeanne, ¿dónde está la señorita West?

Parecía no oírle, y solo cuando repitió la pregunta con insistencia volvió lentamente la cabeza en su dirección.

—¿La señorita West? ¿Pero cómo voy a saberlo, señor? —murmuró con voz inexpresiva—. He pasado por tantas cosas que no puedo pensar en la señorita.

—Pero debe saber dónde está —le apremió impaciente, tratando de fijar su atención—. ¿Ha salido?

Su mirada vagó. Parecía completamente absorta en sí misma, con la indiferencia del agotamiento nervioso. De nuevo se vio obligado a repetir sus palabras, esta vez con notable impaciencia.

—Pero no entiendo —respondió por fin—. Seguramente el señor sabe que no he visto a la señorita en toda una semana.

—¿Que no la ha visto?

Las palabras saltaron de su boca. ¿Se había vuelto tonta la mujer? La irritación se apoderó de él hasta el punto de desear agarrarla por los hombros y sacudirla. Varios de los hombres detrás de él se habían acercado, escuchando con marcada curiosidad.

—¡Tiene que haberla visto! ¿Cómo iba a evitarlo? Ella estuvo aquí anoche.

Una de las manos vendadas hizo un leve gesto de protesta, como sugiriendo que aquel no era momento para preguntas ociosas.

—Está equivocado, señor. Se supone que vuelve esta noche. Pensé que usted lo sabría.

El rostro se le enrojeció de ira. Inclinandose más cerca, habló lenta y enfáticamente, como a un niño torpe.

—Escúcheme, Jeanne. Usted sabe tan bien como yo que la señorita regresó a casa anoche. La cuestión es: ¿dónde se ha metido?

Como respuesta, recibió un encogimiento de hombros incomprensivo y una negativa vacía. La doncella no podía o no quería comprender su significado. La alarma empezó a invadir su mente. ¿Era posible que no hubiera visto a Catherine? Se sintió completamente perdido. Luego, cuando se preparaba para un nuevo ataque, Hermione se dirigió a él con

asombro, con su mano enguantada de negro sobre su manga.

—¿Qué es lo que está diciendo? ¿Catherine estuvo aquí anoche?

Abrió los labios para explicarse pero, antes de que pudiera hablar, Eduardo, que había estado escuchando, se movió silenciosamente hacia su lado.

—Un error, señor Macadam —murmuró—. La señorita West no vino a casa. Si quiere comprobarlo, verá usted mismo que su habitación no ha sido ocupada.

Sin habla por la rabia, Geoffrey devolvió la imperturbable mirada del hombre. A pesar de la habitual insolencia encubierta en el ademán del mayordomo, su declaración, de alguna manera, transmitía convicción.

—¿Es cierto lo que me dice? —exigió Geoffrey bruscamente.

—Por completo, señor; si ella hubiera estado aquí, lo habríamos sabido, ¿verdad? —fue la desdeñosa réplica.

¡Catherine no estaba allí! La habitación se tambaleó ante sus ojos.

CAPITULO 31

¿Qué podía significar? Por el momento, toda otra consideración quedó sumergida en la oleada de duda que lo invadió. Miró fijamente a los ojos inyectados en sangre del portugués, tratando de leer los pensamientos ocultos tras ellos; luego desvió su escrutinio al rostro cetrino de Jeanne. Ambos eran como un muro en blanco. Ninguno de los sirvientes tomaba en serio su agitación ni mostraba preocupación. Vio cómo los ojos de la doncella se cerraban por el agotamiento, como para excluir una discusión fastidiosa.

Se dio cuenta de que los curiosos lo miraban con extrañeza y de que la señorita Cushing reunía fuerzas para bombardearlo a preguntas. Salió de la habitación a grandes zancadas, logrando esquivar a un reportero estadounidense que se le acercaba libreta en mano. Ganó el corredor y se dirigió al pasillo que llevaba al dormitorio de Catherine.

Aunque el lado del patio del apartamento había sido devastado por el fuego, la parte exterior estaba intacta. Abrió la puerta de la habitación de par en par y lanzó una mirada inquisitiva. La cama estaba lisa bajo su cubrecama de tela de Jouy; el tocador, vacío salvo por unas pocas botellas. No había señales de equipaje ni nada que indicara el regreso de la muchacha. Al abrir el armario, divisó el abrigo de ardilla gris de Catherine, un abrigo de noche y varios vestidos que no la había visto usar en Fontainebleau. La mayoría de las perchas estaban vacías. Había tres o cuatro pares de zapatos ordenados en el suelo y, en el estante, un par de sombreros de fieltro junto a una sombrerera ovalada.

Miró fijamente, con el cerebro girando en torno a las posibilidades. Si ella hubiera tenido intención de pasar la noche en otro sitio, ciertamente se lo habría dicho a Elspeth. Además, ¿qué había de la luz que vio en la ventana y la sombra en la persiana? Solo unas horas antes, la sensación de su presencia allí había sido una realidad abrumadora.

Mientras miraba a su alrededor, un miedo nauseabundo se filtró en su mente. Ella había vuelto a casa. Independientemente de lo que Jeanne y Eduardo declararan, ella había llegado a medianoche. Era inconcebible que hubiera dormido durante el estruendo del incendio. Nadie, a menos que estuviera fuertemente drogado, podría haberlo hecho. ¿Significaba eso que se había ido tranquilamente sin ser vista? Tal explicación era absurda.

La sospecha de que algo siniestro se ocultaba creció en él. El terror se apoderó de su corazón mientras regresaba a la parte delantera; el pensamiento de que Catherine estaba escondida cerca martilleaba en su cerebro. Debía encontrarla sin perder un momento.

La vista del sargento de policía lo devolvió a la realidad. Atrayendo al hombre hacia un lado, le relató una historia incoherente. Su interlocutor, impasiblemente desatento, empezó finalmente a darse cuenta de que el joven hablaba en serio y fijó sus ojos en él con una sonrisa incrédula.

—¿Una señorita? ¿Desaparecida de aquí? No, no, señor, debe de estar soñando. No había ninguna señorita en el apartamento, como le dije hace un momento; solo dos sirvientes.

Mire, allí está la cocinera, que dormía en el último piso y fue despertada por los bomberos. Ella confirmará lo que digo.

Hizo un gesto hacia Berthe, que aparecía con los ojos hinchados de llorar y un rostro vacuo lleno de importancia. Geoffrey la agarró del brazo.

—¿Ha visto algo de la señorita? —exigió ferozmente—. Sé que regresó anoche.

Los ojos azules de porcelana se abrieron con asombro.

—¡Pero no, ciertamente no, señor! ¿Qué le hace decir eso? La esperamos hoy, sábado, pero ahora, por supuesto, ya no vendrá.

Geoffrey se alejó con un grito de exasperación.

—¿Ve? —comentó el sargento con triunfo y, mirando hacia la asombrada Berthe, levantó ligeramente las cejas.

—¡Pero le digo que sé lo que digo! Pasó la semana en casa de mi hermana en Fontainebleau. Yo estaba allí anoche y ella acababa de irse en el tren de las diez cuarenta y cinco.

El sargento sacó un palillo del bolsillo y lo usó discretamente. La sonrisa en sus ojos negros se hizo más pronunciada.

—Quizás, señor, su hermana le estaba gastando una broma. Sin duda la joven estuvo allí todo el tiempo y no quiso que usted lo supiera. Siga mi consejo: asegúrese de esto antes de alterarse.

¿Una broma? La sugerencia ofrecía un rayo de esperanza. Era verdad que Elspeth, tiempo atrás, solía gastar bromas pesadas.

—No lo creo ni por un momento —replicó brevemente—, pero pediré una conferencia telefónica para averiguarlo.

Sin esperar respuesta, entró en el estudio abriendo la puerta de par en par. Al instante, el sargento se abalanzó sobre él.

—Ahí no, se lo ruego, señor. No se permite la entrada a nadie en esa habitación.

No hacía falta preguntar por qué. Frente a él se alzaba una forma informe envuelta en una sábana, colocada sobre parihuelas bajo el cuadro del caballo de carreras. Geoffrey contuvo la respiración. A su lado, el sargento habló mientras tiraba de él hacia atrás.

—En cualquier caso, este aparato telefónico ha quedado inservible por el incendio. Pruebe con el de la portería de abajo.

Geoffrey lo apartó con un gesto.

—Quiero saber primero a qué hora comenzó el fuego. ¿Puede decírmelo?

—Tengo entendido que la alarma se dio a la una y media de esta madrugada.

¡La una y media! Quince minutos después de que él detuviera su coche afuera.

—¿Y la causa?

—Velas ante un reclinatorio, señor; esa es la opinión de la doncella. Las llamas prendieron las cortinas de la cama. Se dice que la pobre señora estaba un poco afectada de la cabeza —se tocó la frente significativamente—. Quedó atrapada. El fuego se extendió en un círculo y el cuerpo fue encontrado desplomado bajo el crucifijo. Los sirvientes lo sacaron y lo envolvieron en mantas, pero... —Se encogió de hombros.

—¿Estaba muy quemada?

—Terriblemente, señor. Reconocible, por supuesto. Si quisiera echar un vistazo...

Por un segundo, apartó una esquina de la sábana, mostrando los restos. Geoffrey lanzó una mirada al cuerpo y luego apartó los ojos. Piadosamente esperó que Catherine se hubiera ahorrado esa visión. Atormentado por la indecisión, se preguntó qué hacer primero: telefonear a su hermana o recorrer el apartamento con la esperanza de encontrar un rastro de la muchacha. Se decidió por esto último.

—Sargento, quiero que me acompañe mientras registro minuciosamente este piso y el de abajo. Debo inspeccionarlo todo, incluso la parte dañada.

El oficial pareció sorprendido, luego un destello de inteligencia apareció en su rostro.

—Con mucho gusto, señor —dijo el sargento—, pero si le preocupa que la joven haya sido víctima del incendio, quédese tranquilo. Puedo asegurarle positivamente que no se encontraron otros restos.

Geoffrey no se molestó en explicar que ni siquiera se le había ocurrido que Catherine se hubiera quemado. Tal idea era grotescamente impensable. No; ocurriera lo que ocurriese, estaba seguro de que era algo muy diferente, pero debía encontrarla sin demora.

La perplejidad del sargento aumentó cuando Geoffrey le pidió las llaves del apartamento.

—El mayordomo se las dará. Le esperaré aquí.

—Pero, señor, esto parece irregular. No sé con qué autoridad...

—No se preocupe por la autoridad, no se negará. Si se opone, dígame que pienso solicitar

una orden de registro.

Impresionado, el hombre regresó minutos después con un manojo de llaves. Juntos emprendieron el recorrido. Empezando por la planta baja, lo exploraron todo: galería de cuadros, sala de billar, salones, armarios... todos vacíos y cubiertos de polvo. Luego, en el entresuelo, inspeccionaron dormitorios, baños y lavaderos sin pasar por alto un solo escondite. El registro no reveló absolutamente nada. La muchacha no estaba allí, ni había indicios de su regreso.

Dudas amargas empezaron a filtrarse en la mente de Geoffrey. ¿Decían la verdad los sirvientes?

—¿Ha pensado en preguntar a la conserje si la joven pasó por la portería? —preguntó el sargento.

—Sería inútil, porque la señorita entraba por la puerta privada.

Geoffrey negó con la cabeza. No estaba satisfecho con nada. Por un segundo tuvo la sensación de que podría estar volviéndose loco. Estaban ahora al final del pasillo, junto a la parte destruida. El camino estaba bloqueado por escombros y el suelo era una caverna de vigas carbonizadas. Del dormitorio de la difunta quedaba poco. Diez horas antes, el lugar debía haber sido un horno rugiente.

El sargento señaló un punto junto a la pared exterior.

—Allí, señor, fue donde la encontraron. La cama estaba a la derecha, pero no queda nada de ella.

Geoffrey miró, pero la vista no le dijo nada. Los minutos se escapaban.

—Sargento —dijo con cautela—, voy a telefonear a Fontainebleau, pero si no obtengo noticias, informaré de inmediato a la comisaría. ¿Ha venido alguien de fuera a hablar con los sirvientes esta mañana? Me interesa un hombre pequeño, rubio, con bigote fino y ojos desiguales.

El sargento negó con la cabeza.

—No, señor. Ha venido el médico y algunos funcionarios, pero los sirvientes no han visto a nadie a solas.

—Bien. Quiero evitar entrevistas privadas. ¿Puedo contar con usted para vigilar e impedir que el mayordomo salga?

—¡Pero, señor, no tengo derecho a restringir los movimientos de nadie!

—Solo le ruego que haga lo posible. Probablemente tendré que detener a esos dos. Hasta entonces, no deben sospechar.

Había hecho estallar una bomba.

—¡Detener! ¡Pero si son considerados héroes! Arriesgaron sus vidas para...

—No importa. Haga lo que le digo.

Geoffrey le entregó un billete de cien francos y retrocedió hacia la puerta principal. Al salir, el reportero estadounidense lo abordó.

—Perdóneme, señor Macadam, ¿podría darme datos sobre la difunta? Esa mujer de allí está demasiado aturdida para hablar.

—Ahora no —respondió Geoffrey desesperado—. Tengo asuntos urgentes.

—¿Y la señora estadounidense? ¿Dijo que se llama la señorita West? —insistió el periodista siguiéndolo hasta el rellano.

—Sí, la señorita West, de Boston. Ha estado de visita aquí, pero descubro que se ha ido.

—Fue lo más sensato que pudo decir.

Momentos después, en la portería, logró comunicarse con Fontainebleau.

—Elspeth, soy Geoffrey. Dime: ¿bromeabas o es verdad que Catherine se fue anoche?

La respuesta fue de asombro total:

—¡Por supuesto que se fue! ¿Qué quieres decir?

—La señora Bender ha muerto quemada anoche y los sirvientes juran que no han visto a Catherine.

—¡Imposible! Debió de llegar hacia medianoche.

—Al parecer, no. ¿Hay algún otro sitio donde pudiera haber ido?

—¡Ciertamente no! Tiene que haber un error. Geoffrey, esto es espantoso. Tomaré el próximo tren a París.

Él no esperó más. Eran las una de la tarde. El instinto le advirtió que no perdiera de vista a los sirvientes. Al salir del arco del edificio, vio a un hombre subiendo a un taxi. Los hombros pesados y el brazo herido revelaban al mayordomo. ¡Eduardo se escapaba!

Por suerte, aparecía otro taxi libre. Geoffrey se lanzó dentro.

—¿Ve ese taxi rojo delante? ¡Cien francos si no lo pierde de vista!

El chófer aceleró a fondo. Rodearon el Arco de Triunfo y enfilaron los bulevares. El taxi rojo seguía a la vista, cien metros por delante. Pero de repente, sonó un chirrido de frenos. Chocaron contra un Mercedes que salía de una calle lateral.

Geoffrey bajó, pagó al conductor y dejó a los dos franceses discutiendo. Miró hacia la plaza de Clichy. A lo lejos, apenas pudo distinguir una mancha roja que giraba rápidamente a la derecha y desaparecía calle abajo.

No servía de nada continuar la persecución: el mayordomo había desaparecido. Además, Geoffrey sabía sin lugar a dudas cuál era su destino, porque la calle que se lo había tragado era la rue d'Amsterdam.

CAPITULO 32

En los tres minutos siguientes, Geoffrey encontró una cabina telefónica y se comunicó con su padre; se exasperó al comprobar que el anciano no se mostraba muy impresionado por la ausencia de Catherine.

—Probablemente se haya ido a casa de algún amigo —sugirió—. En ese caso, es probable que aún no se haya enterado de esta desgracia.

—¿Qué, presentarse en casa de gente a las doce de la noche?

—Se ha hecho.

Geoffrey repasó mentalmente las amistades de Catherine. Solo conocía bien a dos familias: unos estadounidenses de apellido Barton, en la calle Freycinet, y una joven pareja de artistas en la calle Léopold-Robert. Mencionó sus nombres y dio las direcciones.

—Ponte en contacto con ellos inmediatamente y averigua si han sabido algo de ella —ordenó brevemente—. Tendrás que enviar un recado a los O'Brien, ya que no tienen teléfono. Yo voy a ver a Bernard para que me ayude, pero quiero que nos reunamos a las dos en la comisaría de la calle Mesnil.

—¿Crees que ha habido algún crimen?

—Estoy seguro de ello, pero lo importante ahora es encontrar a Catherine.

Desde la plaza de Clichy a la calle Blanche solo hay un paso. Por suerte, el agente Bernard estaba en su despacho y escuchó atentamente. Reflexionó un momento y dio su opinión:

—Estoy de acuerdo, señor, que a la vista del próximo matrimonio de ese hombre, Blom, lo de anoche fue un asesinato deliberado. Pero la ausencia de su amiga puede explicarse fácilmente. Me parece que aparecerá durante el día. —Tosió discretamente, como si pudiera revelar una gran cantidad de información sobre las rarezas femeninas.

—¡Pero le digo que vi la luz en su habitación anoche! Los sirvientes pueden jurar lo que quieran, no les creo. Algo me dice que ellos saben dónde está. ¡Dios mío, hombre, ¿no ve lo que eso significa?!

—Ciertamente, si es que lo saben. Pero me inclino a creer que esto no es más que un cambio de planes por su parte.

—Sea como fuere, el portugués que mencioné está ahora mismo con Blom. Estoy seguro. Quiero que lo siga y averigüe qué se trae entre manos. Venga enseguida, antes de que tenga tiempo de escapar.

El agente tomó su sombrero. Geoffrey acordó reunirse con él a las dos y media en el vestíbulo del Hotel Claridge y, llamando a un taxi, se dirigió rápidamente a la comisaría. Eran ya la una y media.

La estrecha calle Mesnil sale de la plaza Víctor Hugo; el pequeño edificio de la comisaría está al final. Al pasar junto al agente de guardia, Geoffrey encontró a su padre esperando y preguntó ansioso por noticias.

—No hay ninguna, me temo —respondió Macadam de mala gana—. Ninguna de esas familias sabía siquiera que ella había salido de París. Pero puede haber otras posibilidades.

Geoffrey no veía ninguna. Muy afectado, hizo un gesto a su padre para que le precediera por la escalera de madera hasta una puerta en la que estaba escrito: «Entre sin llamar». Al entrar, encontraron una habitación desnuda dividida por un escritorio detrás del cual un empleado se limaba las uñas con una navaja. Este individuo escuchó con mirada vacía la petición de Geoffrey de ver al Jefe y, tras cerrar la navaja, sonarse ruidosamente y mirar a los dos ingleses de arriba abajo, anunció que sería necesario exponer el caso primero al secretario del comisario.

Quedaron atrapados en las redes de la burocracia. Geoffrey rechinó los dientes mientras veía al subalterno salir tranquilamente e intercambiar chistes en la habitación contigua durante cinco minutos antes de que hubiera señal de actividad. Finalmente apareció un funcionario de rostro rosado y cabello engominado.

—¿Qué desean, señores?

Macadam hizo una declaración concisa en excelente francés, mientras los ojos del secretario vagaban soñadoramente de un lado a otro. Al final, sin mostrar preocupación o prisa, el hombre indicó perezosamente un par de sillas duras y comentó que, si el comisario no estaba ocupado, quizá él mismo escucharía la queja.

Tras otra espera enloquecedora, los dos abogados entraron en una segunda oficina, frente a un pequeño hombre seco con rastrojo de barba gris y gafas de montura dorada. Este era el comisario. Inclinado sobre su escritorio, cubriendo una hoja de papel con escritura angulosa, no levantó la vista mientras el secretario le refería una versión confusa de la misión. Mucho después de que la paciencia de Geoffrey estuviera a punto de romperse, el hombre apartó su documento.

—Y ahora, señores, ¿cuál es su asunto? —preguntó con calma. Ninguna expresión cruzó su rostro hasta que oyó las palabras «doble asunto, relacionado con la muerte anoche de la señora Belmont Bender», momento en que apareció un destello en sus ojos—. Ah, la víctima del incendio. Pero ¿dice doble asunto? Tenga la bondad de explicarse.

Esta vez fue Geoffrey quien expuso las circunstancias y sus sospechas de un crimen. El comisario se permitió varios encogimientos de hombros mientras el secretario tomaba notas. Por fin, el jefe se quitó las gafas, se frotó los párpados y resumió el caso con pálida

precisión:

—Usted desea sugerir, señor, ante todo un asunto de coacción con el objetivo de obtener una ganancia pecuniaria. En cuanto a la posibilidad de asesinato, parece que hay pocas pruebas reales. A falta de testigos, la acusación será difícil de probar, a menos que el examen del cadáver revele algún rastro de veneno. Dado que ha dado con un motivo plausible, será mi deber ordenar una autopsia, aunque usted solo supone que la señora Baron es pariente consanguínea de la difunta. Sin embargo, prescindiremos de ese punto; el conjunto de circunstancias nos proporcionará una excusa suficiente para seguir adelante.

Se limpió las lentes y volvió a colocarse las gafas.

—Ahora, en cuanto al otro asunto, la supuesta desaparición de la señorita West. Me parece pronto para concluir que está realmente desaparecida. ¿No es posible que al regresar anoche sintiera reparos en presentarse inesperadamente y pasara la noche en un hotel? También pienso en lo que mencionó de que ella tenía la intención de madrugar para reunirse con sus amigos.

Geoffrey admitió que esto podía haber ocurrido, pero declaró que era poco probable. ¿Qué hacer, exigió, con la luz en el dormitorio y la sombra en la persiana? El comisario negó con la cabeza con desaprobación.

—No se puede confiar en eso como prueba de que ella estuviera allí —dijo el Comisario—. La sombra podría haber sido de otra persona.

—¡Pero a la una y cuarto, señor! La alarma se dio a la una y media. A la hora que menciono, los sirvientes debían de estar durmiendo u ocupados con el incendio, si es que hay que creer lo que dicen.

—Cierto. ¿Está seguro de que era la una y cuarto?

—Absolutamente. Miré mi reloj.

—Ese dato puede sernos de utilidad, sobre todo si revela alguna falla en la declaración de los sirvientes. Ya veremos.

Llamó a un timbre y apareció el empleado antes mencionado.

—Que venga el inspector Bazin —ordenó, y cerrando los ojos, cayó en silencio.

Poco después, un oficial robusto apareció en el umbral. Su tez fresca y su pequeño bigote rubio sugerían una herencia normanda; sus ojos azules, impasibles y honestos, miraban desde debajo de una frente cuadrada. Salvo por su aire alerta, podría haber sido un representante de la policía londinense. Geoffrey sintió simpatía por él de inmediato.

—Este, señores, es uno de mis hombres, a quien voy a encomendar su caso. Inspector,

conduzca a estos señores a la sala de espera y escuche lo que tengan que decir. Les deseo un buen día —y con un breve asentimiento, el Comisario reanudó su escritura.

En el umbral, padre e hijo se separaron: el mayor de los Macadam regresó a la oficina y Geoffrey se quedó para repasar su historia con el inspector.

La media hora anterior había sido una pesadilla. No solo había consumido un tiempo valioso, sino que la negativa del Comisario a tratar la desaparición de Catherine como algo grave le había parecido una falta de imaginación terrible. Sin embargo, el inspector Bazin resultó ser humano. Mostró gran interés y, tras anotar cada detalle, lo leyó en voz alta con energía:

—Estadounidense. Veinticuatro años. Delgada, morena, estatura de un metro con sesenta y tres centímetros. Bien vestida: abrigo beige con ribetes de piel de castor, sombrero pequeño de fieltro verde pálido, vestido a juego. Equipaje: una maleta de piel de tamaño mediano con las iniciales C.W., y una sombrerera redonda de charol negro... ¿Algo más, señor? ¿Joyas, por ejemplo?

—Solo un anillo, un rubí ovalado engastado en oro, y un collar de oro plano que llevaba ceñido al cuello —respondió Geoffrey.

—¿A qué hora salió de Fontainebleau?

—A las diez y cuarenta y cinco, lo que significa que debió de llegar a la estación hacia las once y cincuenta.

El inspector retorció las puntas de su bigote y habló con decisión:

—Tal como lo veo, señor, tenemos tres posibilidades. Primero, que la joven se haya ido a otro lugar por su propia voluntad. En ese caso, tendrá noticias de ella en breve.

—Podemos descartar eso —interrumpió Geoffrey secamente.

—Esa es solo su opinión actual. Bien. Mi segunda conjetura es que algún infortunio le haya ocurrido en el camino y nunca llegara a casa. Trataré de contactar al chófer que la llevó desde la estación y averiguaré si se ha descubierto algún cadáver de mujer joven sin identificar. ¡Bien! Pasemos a nuestra tercera posibilidad, que me temo no es más agradable. ¿Me lo permite? —miró a Geoffrey con vacilación.

—Sé lo que va a decir. Los sirvientes mismos...

—Exactamente. Si su suposición de culpabilidad es correcta y la joven llegó a sorprenderlos en el acto, habrían tenido que deshacerse de ella. Es mejor estar preparado para lo peor.

Los ojos de Geoffrey estaban sombríos. Ese era el mismo pensamiento que lo había torturado.

—Supongo que podemos obtener una orden de arresto —se obligó a decir.

Para su asombro, el inspector negó con la cabeza.

—Eso es exactamente lo que no deseo hacer. Si los arrestamos, se aferrarán a su declaración preparada. Dándoles cuerda, es seguro que se traicionarán. Si fue la sombra de la señorita lo que usted vio, lo que ocurrió debió ser entre la una y cuarto y la una y media. Apenas quince minutos. En tan poco tiempo no pudieron haberla llevado lejos. Debe estar escondida en los alrededores del edificio. Aprovecharán la primera oportunidad para deshacerse de ella.

Un escalofrío recorrió a Geoffrey al notar que el inspector usaba la palabra «cuerpo».

—Propongo rodear el edificio con policías de paisano. Si nuestra tercera conjetura es correcta, dentro de pocas horas uno u otro nos llevará hasta la señorita.

—Recuerde que tienen un cómplice: el notario de la calle de Ámsterdam. El mayordomo estuvo con él hoy.

—Ese dato es sugerente. Deme la dirección y haré que lo vigilen. Mi consejo es que sugiera que estos sirvientes permanezcan en el apartamento hasta que termine la investigación. No dejen que imaginen que sospechan algo. Nos reuniremos en el apartamento poco antes de las cuatro.

Cinco minutos después, Geoffrey entró en el Hotel Claridge. El agente Bernard salió a su encuentro.

—¿Bien? —exclamó el joven.

—No tengo mucho que informar. El portugués tomó un taxi de regreso a su barrio, pero visitó a un conserje amigo unas casas más allá en la misma calle. Estaban hablando del incendio. No vi nada sospechoso.

Geoffrey consideró la información. Aunque decepcionado, se consoló pensando que si el mayordomo tenía un plan, no había podido ejecutarlo aún.

—¿Hizo algo más? —exigió saber.

—Me apresuré a volver al despacho del notario, esperando dar con algo —dijo Bernard—. Lo vi un momento, haciéndome pasar por agente de seguros de vida, e intenté que hablara, pero fue inútil. Estaba preocupado y, creo, un poco suspicaz; casi me cierra la puerta en las narices. Sin embargo, averigüé esto: su boda es el martes próximo en la alcaldía, dentro de tres días.

«Bien calculado», pensó Geoffrey. Si Blom se hubiera casado con la modista estando la señora Bender con vida, habría habido dudas sobre si la fortuna llegaría alguna vez a su

esposa. En cambio, si posponía la boda hasta que ella fuera la heredera oficial, ella podría abandonarlo al ser independiente.

—¿Hay algo más que desee que haga, señor? —preguntó Bernard tras un largo silencio.

El joven salió de su ensimismamiento.

—Por el momento no, pero quiero que se mantenga preparado; puede que lo necesite —y resumió las teorías del inspector.

El agente escuchó con solemne atención.

—Quizás me permita hacer una investigación por mi cuenta. Tengo una idea... puede que no salga nada de ella. Sin embargo —añadió con un optimismo cuyo efecto fue tan sombrío como el paso de un coche fúnebre—, no veamos solo el lado oscuro. ¿Quién sabe si la joven no habrá tenido alguna razón para pasar la noche fuera? Usted dice que iba a reunirse con unos amigos esta mañana; podría ignorar la noticia, ya que pocos extranjeros leen el periódico de la tarde. Incluso ahora, puede que esté de camino a casa.

Esa misma esperanza persistía en la mente de Geoffrey, aunque temía confiar en ella. Apenas podía esperar a regresar a la Avenida Henri Martin para acabar con su incertidumbre.

Al llegar al lugar del incendio, como el ascensor estaba en los pisos superiores, comenzó a subir la ancha escalera. Estaba demasiado tenso para notar un sordo arrastrar de pies que se acercaba desde el entresuelo. Sin embargo, al doblar el rellano se detuvo bruscamente, aplastándose contra la pared para dejar pasar a una cuadrilla de camilleros que retiraba el cuerpo de la difunta.

Así que, reflexionó, el comisario no había perdido el tiempo. Los restos serían trasladados al Instituto Médico Legal y la causa de la muerte se determinaría mediante la autopsia. Eso, al menos, se había logrado.

Desde el último escalón, el pulcro sargento supervisaba la operación. Lentamente, la masa envuelta en sábanas proseguía su camino, mientras los hombres maniobraban con cuidado en las curvas. Geoffrey esperó, sombrero en mano, hasta que el grupo cruzó el vestíbulo y luego salvó los escalones restantes de un salto. Al hacerlo, Eduardo salió por la puerta abierta; iba a hablar con el sargento, pero al notar a Geoffrey, se contuvo.

El joven lo abordó directamente:

—¿Ha visto algo de la señorita West? —exigió.

El portugués pareció fríamente asombrado.

—Ciertamente no, señor. A menos que usted mismo se haya comunicado con ella, dudo que se haya enterado de la noticia.

El corazón de Geoffrey dio un vuelco nauseabundo. Instintivamente extendió una mano hacia el marco de la puerta para sostenerse. Por un segundo, sus ojos y los ojos marrones del mayordomo se encontraron en una mirada inalterable.

CAPITULO 33

La carta de Catherine de los Hardwicke llegó como una completa sorpresa. Jim había terminado su trabajo en el Museo Británico antes de lo esperado y, como el tiempo inglés seguía crudo y frío, él y Clare habían decidido partir de inmediato hacia Roma y Florencia, viajando por economía vía Newhaven-Dieppe. Cruzando en el barco nocturno, debían llegar a París el sábado por la mañana temprano y, como solo tendrían poco tiempo entre trenes, Catherine sintió que debía aprovechar esta oportunidad para verlos. De ahí su repentina decisión de regresar a la ciudad y dormir en el apartamento para poder madrugar.

Ahora ya casi estaba recuperada, los nervios más calmados y los ojos brillantes con renovada energía. Sin embargo, hasta dos días antes se había sentido lánguida y sin fuerzas para ningún esfuerzo, tanto que tenía una excusa física para su comportamiento hacia Geoffrey, aunque se reprochaba su aparente frialdad. ¿Qué habría pensado de ella? Sabía que él había estado desconcertado y decepcionado, pero ella no había podido fingir una emoción que no sentía. Ahora todo eso había cambiado. Por perverso que pareciera, ansiaba estar a solas con él, tocarlo y corresponder a sus avances, esta vez libremente, con plena conciencia de todo lo que él significaba para ella.

¡Geoffrey! La visión de fortaleza llenaba su mente durante todo el viaje de regreso en el tren. Al día siguiente lo vería, se redimiría de su molesto comportamiento. Le complacía saber por Elspeth que él no llevaba el corazón en la mano, que ni la rica joven de Passy ni la hermosa irlandesa que había tratado de atraparlo durante el año pasado habían tenido el más mínimo éxito. Que empezara a ser considerado un soltero empedernido aumentaba su valor ante sus ojos y al mismo tiempo halagaba su propia autoestima.

Mañana. No había mucho que esperar. Se encontraría con los Hardwicke y luego, tal vez, almorzaría con él. Su corazón se henchía de emoción.

Era cerca de la medianoche cuando llegó a la estación de Fontainebleau-Avron, consiguió un taxi y se dirigió hacia su barrio. La noche era suave y templada, con una ráfaga de viento que traía un deje de humedad. Una pálida luna se escondía entre nubes flotantes iluminadas por el resplandor de la ciudad, los edificios a izquierda y derecha proyectaban masas de sombra, salpicadas a veces por un dorado listón de luz donde alguna puerta estaba abierta. Se recostó, somnolienta y satisfecha.

Qué alivio pensar que todo iba bien. ¿Sospecharía Jeanne vagamente que su poder estaba casi terminado, que cuando regresara se encontraría desplazada por enfermeras competentes? Quizá sabía lo que se cocía en el ambiente y optaba por esta forma de retirarse, esperando eludir a la policía antes de que se probaran sus robos. En ese caso, Eduardo también desaparecería. Solo faltaban unos días.

Reflexiones triunfales, pero fue con una leve sensación de temor que se acercó a la casa. Quizá hubiera sido más prudente avisar a Jeanne de que llegaba esa noche, pero no parecía necesario, sobre todo porque pensaba salir de puntillas por la mañana temprano y

tomar un café de camino a la estación.

Con la llave lista, abrió la puerta lateral e indicó al conductor que dejara sus maletas en el vestíbulo. Luego, muy silenciosamente, subió las escaleras, escuchando a cada paso.

Todo tranquilo, no había razón para temer que algo hubiera ido mal en su ausencia. Qué tonta había sido por preocuparse. Se había pasado semanas angustiada anticipando sucesos que no tenían la menor posibilidad de materializarse. Debía dominarse y dejar de hacer una montaña de un grano de arena.

Había pensado irse directamente a la cama, pero ahora que nada se lo impedía, sucumbió a la tentación de demorarse y consumió bastante tiempo en nimiedades sin sentido. Escribió una docena de postales de Fontainebleau para sus amigas en Estados Unidos, añadió una larga posdata a su carta para Bárbara y se sentó ante el espejo soñando con la semana pasada y con días aún más agradables por venir. Había pasado más de media hora y aún no se había molestado en terminar de deshacer las maletas. Tarea aburrida; la dejaría para el día siguiente.

Finalmente, abrió el armario para guardar su sombrero y abrigo, y al hacerlo, su mirada cayó sobre el paquete que contenía el sombrero nuevo que Honorine le había copiado. Solo una vez había intentado usarlo, ocasión en que lo había dado por un fracaso. Ahora lo sacó de la bolsa y lo examinó, frunciendo el ceño.

¿Qué le pasaba a esa cosa? Era casi idéntico al que acababa de quitarse, fieltro verde pálido y el mismo modelo, elegido porque le sentaba particularmente bien. Sin embargo, el viejo, que ahora estaba algo gastado, seguía siendo elegante, mientras que la copia de alguna manera no lograba su objetivo. Un experimento de economía que había terminado en despericio; pero, después de todo, lo había encargado como pretexto para tratar de obtener información sobre Adolph Blom, así que no debía quejarse.

Tarareando una melodía —era el tango Albéniz, recordó con tierna nostalgia—, se probó el sombrero otra vez, colocándolo en un ángulo diferente y arreglándose el cabello a los lados. Una mirada al espejo le produjo una agradable sorpresa. Vaya, no estaba tan mal, después de todo. Así, con el ala plana del lado derecho pegada a la mejilla, se veía decididamente aceptable. El color, en cualquier caso, era admirable. A Geoffrey le gustaba con verde.

Al asomar el pensamiento a su mente, una marea roja inundó su rostro, con el resultado de que el sombrero se volvió positivamente favorecedor. Ah, era eso; antes estaba pálida.

Sacando su lápiz de labios del bolso, se tocó los labios ligeramente, luego se apartó para notar la mejoría. Al hacerlo, la manga le rozó el bolso y lo tiró al suelo, y su contenido se esparció en todas direcciones.

—Maldición —murmuró con fastidio, agachándose para recoger los objetos caídos.

¿Estaban todos? Llave, polvera, agenda, tarjetas para una exposición privada de cuadros,

pero no el lápiz de labios. Buscó varios minutos y luego se rindió. Debía de haber rodado lejos, debajo de algún mueble. No importaba, podría encontrarlo fácilmente con la luz del día.

Al incorporarse, se quedó quieta y olfateó el aire con interrogación. Un olor extraño se había filtrado en la habitación. ¿Qué era? No podía venir de fuera, porque la ventana estaba bien cerrada. Volvió a olfatear con creciente atención. Humo... algo se quemaba. ¿Pero dónde? Ciertamente no en el apartamento. No podía ser, a menos que la descuidada Berthe hubiera dejado encendida la cocina de gas con una cacerola encima.

Abrió la puerta y miró al pasillo. Aquí el olor era decididamente perceptible, acre, insistente. Avanzó suavemente hacia la parte trasera del apartamento, llegó a la puerta de la cocina y miró dentro. No, no había nada malo allí. Sin embargo, el olor aumentaba, trayendo consigo un sabor penetrante a barniz quemado. Incluso había una leve neblina rayada en el aire, que flotaba hacia ella desde el pasillo del lado del patio. Al mismo tiempo, su oído detectó el ominoso crepitar de las llamas.

¡Cielos, el lugar estaba ardiendo! No podía equivocarse.

Había que hacer algo, debía despertar a Jeanne, dar la alarma. Aceleró el paso hacia el vestidor, luego, al llegar, se detuvo en seco, con el corazón en un puño. Allí, justo delante de ella, vio el origen del incendio. Humo, espeso, gris oscuro, rezumaba en cintas por debajo de la puerta de su prima, se filtraba por la cerradura y por las rendijas laterales.

—Oh, Dios mío.

De repente se ahogó al sentir el humo en sus fosas nasales. La habitación de Germaine estaba ardiendo. ¿Se habría dado cuenta la pobre criatura? Tomaba drogas para dormir. El crepitar aumentaba, pequeñas explosiones de chasquidos venían del otro lado de la puerta. Agarró el pomo y lo giró, solo para encontrar una resistencia inesperada. Empujó con todas sus fuerzas, golpeó los paneles, luego se rindió. Un sudor frío brotó por todo su cuerpo. Dios en el cielo, la puerta estaba cerrada con llave.

Como un rayo, se lanzó a la habitación contigua, directamente al sofá de la esquina, donde en la penumbra atenuada apenas podía distinguir la masa oscura del cuerpo tendido de la doncella, cubierto hasta las orejas con un grueso edredón de plumas. Un ronquido ahogado la recibió. Agarró violentamente los hombros encogidos, gritando:

—¡Jeanne, despierta! ¡La habitación de la señora está ardiendo! ¡La van a matar!

Luego se precipitó hacia la puerta interior, la probó, empujó con todas sus fuerzas. Para su horror, también estaba firmemente atrancada, sin señal de llave alguna. ¿Qué podía significar?

En la desesperación, volvió a la cama, asombrada de ver que, a pesar de todos sus zarandeos, la mujer de allí seguía sumida en el sueño. ¿Cómo era posible? La pequeña habitación estaba llena de humo. Con mano despiadada, apartó las cobijas al suelo y, al

hacerlo, un doble tintineo metálico resonó en el suelo. Sin embargo, la durmiente no se había movido. Allí yacía en su pesado camisón, con la cabeza hundida en la almohada. Se le ocurrió a Catherine que la propia doncella estaba drogada. Una vez más la atacó con vehemencia, gritándole al oído. Por fin llegó un gruñido, la forma se movió en la oscuridad, en protesta, y una voz espesa de sueño murmuró:

—¿Qué pasa? ¿Quién me molesta?

Luego, mientras la muchacha continuaba su implacable zarandeo, los ojos se abrieron con una apagada vaciedad.

—¿Señorita? ¿Qué hace usted aquí? ¿Ha vuelto, entonces?

Sin responder, Catherine se lanzó hacia el interruptor de la luz y lo encendió. El resplandor iluminó la habitación empañada, revelando el montón de prendas bien dobladas sobre una silla, el revoltijo de ropa de cama en el suelo y el sofá desnudo con su ocupante boca arriba.

—¡Levántese, Jeanne! ¿No me oye? ¡La habitación de la señora está en llamas y la puerta está cerrada con llave! ¡Rápido! ¿Dónde está la llave?

—¿Llamas? ¡Imposible! ¿Qué es todo este alboroto?

Histérica de desesperación, Catherine la miró sin saber qué hacer. La situación era como un sueño fantástico. ¿Acaso la perspicaz Jeanne había perdido el juicio? Pero de repente captó un destello en los ojos marrones y, en un instante, comprendió todo el engaño. Esta estupidez era fingida: la mujer estaba aparentando. No había otra explicación posible, con el humo entrando por todas las rendijas y el fuego en la habitación de al lado creciendo hasta convertirse en un rugido.

De pronto recordó el tintineo metálico de hacía un momento. Miró hacia abajo y vio, a cierta distancia, dos llaves en el lugar donde las cobijas las habían barrido de la mesita de noche. Se abalanzó sobre ellas, justo cuando una mano desde la cama se lanzó hacia abajo como un ave de presa, golpeando la suya en el descenso.

No había tiempo que perder. Ya estaba en la puerta, probando primero una llave y luego la otra en la cerradura. Al instante siguiente, hubo un movimiento violento detrás de ella; le agarraron los brazos y se sintió arrastrada con fuerza.

—¿Qué hace? ¿Está loca? —una voz áspera le chirrió al oído.

Jeanne, sin el menor rastro de sueño o fingimiento, la había sujetado con un agarre de acero. Catherine luchó como una tigresa, con el cerebro demasiado trastornado para comprender lo que estaba pasando. Todo lo que sabía era que, a unos pasos de distancia, la indefensa inválida estaba atrapada en un horno, mientras esa mujer intentaba impedir el rescate.

El terror le dio una fuerza sobrehumana. Se liberó de un tirón, giró el pomo y abrió la puerta de par en par. Una columna de humo salió a borbotones por la abertura; incluso mientras retrocedía ante los vapores asfixiantes, sus ojos desorbitados contemplaron una imagen que jamás olvidaría.

En la habitación de más allá, iluminada por un resplandor rojizo, vio la cama envuelta en lenguas de fuego que corrían hacia el techo. La alfombra, consumida hasta ser carbón, brotaba con chorros anaranjados, mientras a través de los negros cortinajes brillaba en la pared el crucifijo de plata, con las velas debajo derretidas en chorros de cera. En el suelo, entre la cama y la silla, yacía inmóvil la señora Bender, con su camisón empezando a arder. Una sola mirada al rostro inerte reveló a Catherine la horrible verdad: Germaine ya estaba muerta.

Gritó y dio un paso adelante. Entonces ocurrió algo increíble. La puerta fue empujada de vuelta hacia el incendio, y ella misma fue apartada por un impacto tan violento que casi la dejó sin aliento. A través de la atmósfera sofocante, una voz decía:

—Demasiado tarde. Está loca si entra ahí, señorita. ¿Acaso quiere que la quemem viva?

Fue entonces cuando la verdad se abalanzó sobre ella: las puertas cerradas con llave y la fría deliberación de Jeanne. Como una loca, se abalanzó sobre su agresora, que se había apoyado contra la puerta cerrada con el rostro endurecido. Los latidos de su corazón la ahogaban; gritó con una voz que no era la suya la sospecha que ahora era una certeza.

—¡Asesina, asesina! ¡Fuiste tú quien prendió fuego a esa habitación, tú quien planeó esto! ¡La has matado, la encerraste para que no pudiera escapar! ¡Abre la puerta, bestia!

Desde el rostro sombrío, los ojos oscuros taladraron los suyos con una expresión de odio venenoso. Lentamente, una sonrisa torció las comisuras de sus labios.

—¿Y bien... qué con eso? —captó las palabras, pronunciadas en un tono bajo.

—¡Asesina!

Su voz no emitía sonido. Se había quedado sin aliento, pero seguía descargando golpes sobre la figura rígida. Los ojos de Jeanne se fijaban ahora en un punto justo detrás del hombro de la joven. Catherine notó una actitud de expectativa, como si la mujer estuviera esperando que ocurriera algo.

Todo sucedió en cuestión de segundos. De repente, se dio cuenta de un ruido de golpes, como si alguien llamara con fuerza a una puerta. En el mismo instante, vio cómo el rostro de la mujer cambiaba y los ojos se dilataban con terror. Entonces, detrás de ella crujió una tabla e instintivamente giró la cabeza.

Allí, a un solo paso, estaba el portugués; sus rasgos estaban amoratados y los labios retraídos mostraban dientes amarillentos. Su brazo derecho estaba levantado y sostenía un objeto brillante, probablemente un pesado candelabro. Por un segundo se cernió sobre

ella, y supo por su mirada fija que él también escuchaba ese insistente clamor exterior.

Eso fue todo lo que vio. En el mismo instante, un golpe demoledor cayó sobre su cráneo y se desplomó en el suelo. Incluso entonces hizo un último esfuerzo supremo por levantarse, palpando en un mundo que de repente se había vuelto negro. Un rugido como de mar llenó sus oídos, luego también eso se calmó y la conciencia se desvaneció.

CAPITULO 34

No hay palabras que puedan transmitir la agonía que Geoffrey sintió al recibir la fría negativa del mayordomo. En ese momento, todo vestigio de ilusión se desvaneció, dejándolo frente a una realidad desnuda que nada podía ocultar ni suavizar. Catherine había desaparecido. Ya fuera víctima de un agresor desconocido o estuviera escondida en algún rincón oscuro, silenciada para siempre por el hombre que tenía delante, no podía imaginarlo; ambas suposiciones eran posibles y atroces.

Como en una ocasión anterior, un impulso salvaje se apoderó de él: hundir los dedos en el cuello de Eduardo y estrangularlo. Su deseo debió notarse en su rostro, porque el hombre retrocedió un paso con mirada vigilante. Al notar el movimiento, Geoffrey se controló férreamente, recordando el papel que debía desempeñar.

—Evidentemente —comentó en tono neutro—, no entendió lo que le dije esta mañana. La cuestión es que la señorita West salió anoche de Fontainebleau con intención de regresar aquí. Desde entonces no se la ha visto.

Lo que podría haber pasado por un atisbo de interés asomó en los pequeños ojos cautelosos de Eduardo.

—Qué extraño —respondió con insolencia—. La verdad es que no sé qué decir al respecto. No la hemos visto, se lo aseguro —y se rascó la oreja con un gesto desafiante.

—En cualquier caso —continuó Geoffrey—, he informado del asunto a la comisaría y enviarán a un hombre para investigar. Querrá tomarle declaración formal a usted y a Jeanne para cerciorarse de que ella no volvió a casa. Además, hay que registrar el apartamento.

—Muy bien —respondió el portugués imperturbable—. Han acostado a Jeanne. Está un poco rara después de todo esto, pero supongo que estará lo suficientemente bien para responder preguntas.

Se dio la vuelta para irse, pero Geoffrey lo detuvo.

—No es todo. Naturalmente, usted y Jeanne deberán declarar en el juicio. Hasta que termine, deseo que ambos permanezcan aquí, ocupando las habitaciones no dañadas. Se les pagará su salario y ayudarán con el inventario de los efectos de la señora Bender.

El mayordomo aceptó con indiferencia y se alejó hacia el pasillo. Geoffrey entró en el salón. El silencio era sepulcral. Mecánicamente se dirigió a la ventana y miró hacia la calle. Notó a un obrero izando una escalera contra uno de los castaños. «Qué época más extraña para podar los árboles», pensó. Luego comprendió que ese obrero era parte del cerco policial. El inspector había sido rápido.

Un paso sonó a sus espaldas. Era el sargento de policía.

—Respecto a eso, señor —susurró el francés—. Lamento decir que no tuve éxito. Apenas usted dio la espalda, el tipo se puso el sombrero y huyó.

—No importa, era lo que esperaba. He informado a la comisaría.

Antes de que Geoffrey pudiera responder, un fuerte golpe rompió el silencio. Eduardo estaba haciendo pasar al inspector Bazin y a dos agentes más.

—¿Alguna novedad, señor? —preguntó el oficial.

—Ninguna. No ha regresado.

En pocas palabras, Bazin despachó a sus hombres a registrar el lugar, pidiendo primero las llaves del sótano. Su actitud hacia el portugués era afable, casi colaborativa.

—Uno nunca sabe qué esperar en estos casos —comentó el inspector dirigiéndose a Eduardo—. Tengo la impresión de que la joven sí volvió a casa sin que nadie lo supiera y se fue de nuevo poco después. ¿No se le había ocurrido?

—No —dijo Eduardo secamente—. No lo había pensado.

—Ya veo —asintió el inspector mientras anotaba—. Sin embargo, como las escaleras desembocan cerca de su habitación y la suya está en el otro lado del apartamento, ¿no sería posible que ella entrara sin que usted la oyera? ¿La oyó alguna vez cuando llegaba tarde?

—Por lo general, no.

—Ah. ¿Y cuál fue su primera señal del problema anoche?

—Me despertó la doncella sacudiéndome. Gritaba que la habitación de la señora se estaba incendiando.

—Lo que quiero saber es la hora.

—Algo después de la una.

—Y camino a la habitación de su señora, ¿oyó algún ruido?

Eduardo vaciló y luego, para sorpresa de Geoffrey, dijo:

—Un momento después, sí. Alguien estaba golpeando esta puerta, casi a punto de romperla. Era un caballero del tercer piso que vio las llamas desde el patio y subió a despertarnos. Él dio la alarma mientras nosotros intentábamos sacar a la señora.

—Ah, ¿él dio la alarma? No lo sabía.

—Sí. Intentó usar el teléfono, pero la línea estaba muerta. Los bomberos llegaron rápido, pero el fuego ya había avanzado. La doncella no se despertó hasta que su habitación se llenó de humo porque había estado cuidando a la señora la noche anterior y dormía profundamente.

—Precisamente —el inspector anotó algo—. Por cierto, ¿puede explicar que se viera una luz en la habitación de la joven a la una y cuarto de esta madrugada? Más o menos a la hora en que intentaban el rescate.

Si la noticia impactó a Eduardo, su rostro no lo traicionó. Solo sus ojos se volvieron más vigilantes.

—Es la primera noticia que tengo. Quizá una de las mujeres dejó la luz encendida al anocheecer.

—Parece posible. Aun así, si a la señorita se le ocurrió salir tranquilamente justo entonces, ¿podría haberlo hecho sin ser vista?

—Supongo que sí —respondió el hombre, algo desconcertado—. Podría haber pasado mucho a esa hora sin que nos enteráramos.

—Suficiente. Y ahora, si nos conduce hasta la doncella, veremos si ella tiene algo más que sugerir.

Por primera vez, apareció un rastro de vacilación en Eduardo.

—Preguntaré al médico si puede verla —murmuró—. Está con ella ahora.

Geoffrey supo que el tipo quería hablar en privado con su cómplice, pero Bazin no le hizo caso y caminó tras el portugués.

—Está bien: hablaré yo mismo con el médico. ¿Es esta la habitación?

Habían llegado a la puerta de la esquina, que daba al dormitorio más grande, en efecto, el que antes ocupaba la señora Bender. La mano gruesa del mayordomo ya estaba en el pomo, pero con una firmeza para nada descortés, el inspector la apartó.

—Permítame —dijo, y al instante siguiente él y Geoffrey estaban dentro, mientras que con la más simple de las maniobras, Eduardo había quedado solo en el pasillo. Geoffrey creyó captar una contracción de fastidio en los turbios ojos marrones mientras observaban cómo se cerraba la puerta.

Los dos hombres se detuvieron un momento, acostumbrando sus ojos a la penumbra, pues las cortinas de damasco verde manzana estaban corridas, excluyendo todo rayo de sol. La amplia e irregular estancia, amueblada con delicada magnificencia, tenía un aspecto general de abandono y dejadez. Los paneles de las paredes mostraban aquí y allá un

rectángulo descolorido, allí donde tiempo atrás había colgado un cuadro; el tocador, formado por una hermosa consola veneciana, carecía de adornos, al igual que el pintado escritorio dieciochesco de enfrente. La gruesa alfombra de tonos neutros mostraba vetas de polvo.

En un hueco había una amplia cama italiana decorada, con una mesita a un lado sobre la que había un teléfono y un maletín médico abierto. Una figura pomposa vestida de negro se enderezó para examinar a los intrusos a través de unas gruesas gafas.

—Ah, monsieur —murmuró el médico, acercándose al reconocer a Geoffrey—. ¡Qué asunto tan verdaderamente espantoso! ¿Quién podía prever un suceso así? La pobre mujer de allí —señaló la cama— está completamente postrada. No ha querido rendirse, sin embargo, hasta que la amenacé con el hospital. Tiene espíritu.

—¿Gravemente herida? —preguntó el inspector.

—No físicamente. Tiene algunas quemaduras dolorosas en manos y brazos. Es su sistema nervioso el que más sufre, y no es para menos. Le he administrado una pequeña inyección de morfina y dentro de poco podrá dormir. ¿Desea hablar con ella?

—Solo para hacerle unas preguntas. No tardaré mucho.

El buen hombre asintió. Mirándolo de cerca, Geoffrey se confirmó en su impresión anterior de que era un chapucero bienintencionado y algo anticuado —justo el tipo de médico que Jeanne elegiría para sus propósitos, calculando con precisión que sería un instrumento complaciente y sin sospechas.

—Esto será un duro golpe para la pobre señorita West —continuó el médico, preparándose para marcharse—. Doy gracias a Dios de que estuviera fuera cuando ocurrió.

Geoffrey no intentó sacarlo de su error. Permitió que el otro le estrechara la mano con solemne amabilidad, y luego, cerrándole la puerta, se volvió hacia el hueco de la alcoba con una tensa sensación de expectación, dejando que sus ojos se posaran en la figura inmóvil tendida en la cama.

Había poca luz en el hueco sombreado, y por un momento no pudo distinguir si los ojos de la mujer estaban abiertos o cerrados. Todo lo que podía ver era el contorno de su cuerpo bajo la colcha de raso, las oscuras vetas del desordenado cabello sobre la cetrina frente, y sus dos rígidos brazos envueltos en blanco. Un intenso odio se apoderó de él. El hecho aparente de que sufriera un colapso nervioso no despertó en él ninguna compasión, pues su mismo estado indicaba un abominable plan para obtener simpatía y desviar las sospechas de sí misma. Había engañado a todos los demás, pero no tenía poder sobre él. Se dijo a sí mismo que, hubiera o no participado en la desaparición de Catherine, al menos tenía un crimen en su alma, y uno particularmente cruel y diabólico.

El inspector había encendido una lámpara de lectura junto a la cama, y sus rayos tamizados caían ahora sobre el demacrado y consumido rostro, revelando la expresión de apática indiferencia que Geoffrey había notado más temprano. Era imposible adivinar los pensamientos que se ocultaban tras esa mirada indiferente, o saber si su dueña podría ser atrapada en alguna admisión comprometedora.

En pocas palabras, el inspector le explicó su cometido. La mujer postrada dejó que sus ojos opacos reposaran en su rostro durante un minuto entero, luego los volvió lentamente hacia Geoffrey, con las desgreñadas cejas contraídas por una perplejidad incrédula.

—Pero seguramente monsieur no hablaba en serio esta mañana, ¿verdad? —murmuró—. Incluso ahora no lo entiendo. ¿Dice usted que la señorita vino aquí anoche?

—Eso es lo que tenemos que averiguar —respondió Bazin con tono tranquilizador—. Todavía no podemos saber lo que ha ocurrido. ¿Usted estaba dormida hasta que su habitación se llenó de humo?

—Sí, monsieur, me desperté medio asfixiada.

—¿Y antes de eso? ¿Estaba todo como de costumbre?

Ella respiró hondo.

—No del todo, monsieur. Madame recibió una visita, una señora, que permaneció con ella hasta las siete. Esta señora siempre tenía un efecto excitante en madame, y cuando se fue anoche tuve gran dificultad para tranquilizar a la paciente.

Los pensamientos de Geoffrey volaron hacia la señorita Cushing.

—¿Qué hizo usted? —preguntó el inspector.

—La masajeeé durante un cuarto de hora, y a las nueve le administré la dosis habitual de veronal recetada por el médico. A las diez y media me asomé y la encontré a punto de dormirse. Luego me fui a la cama.

—¿Tiene alguna idea de cómo se inició el incendio?

Hubo una larga pausa. Geoffrey escuchó con tensa atención la respuesta.

—Sí, monsieur —respondió lentamente la doncella—. De hecho, después de lo que vi cuando abrí la puerta por primera vez, no cabe duda de la causa. Los cortinajes de la cama se prendieron con la llama de las velas de la pared.

—¡Velas!

—Sí, monsieur. Madame debió despertarse, levantarse y encender las velas ante el *prie-dieu*. Vi claramente los chorros de cera derretida...

—Pero sin duda era peligroso tener velas tan cerca de los cortinajes, ¿no?

—Muy peligroso. De hecho, cuando descubrí hace poco que madame había estado encendiendo velas durante la noche, se las quité, temiendo que pudiera hacerse daño.

—¿Se las quitó! Entonces, ¿cómo...?

Mirando atentamente, Geoffrey vio cómo el rostro inmóvil se oscurecía con una mirada acusadora.

—Eso es lo que me pregunto yo, monsieur. Es evidente que, sin que yo lo supiera, madame había conseguido otras, así como cerillas. Alguien debe habérselas dado en secreto. Esa persona, quienquiera que sea, es responsable de la muerte de madame...

La fría deliberación de esta declaración hizo que ambos oyentes se tensaran. Aquello era algo totalmente inesperado.

—Pero ¿es posible que alguien que conociera el estado de madame hiciera algo tan imprudente?

Hubo el más leve encogimiento perceptible de los hombros supinos.

—Ah, monsieur, usted no sabe contra lo que he tenido que luchar con aquellos que se negaban a reconocer el estado mental de madame y se empeñaban en complacer sus caprichos...

—¿Quiere usted sugerir que la visitante de ayer trajo las velas y ayudó a madame a esconderlas?

Otra pausa, mientras Geoffrey, sin aliento, pendía de las siguientes palabras, que llegaron vacilantes:

—Ah, no, monsieur, no puedo creer que fuera la amiga que he mencionado. Es una señora de cierta edad, que aunque a veces desafortunada en su hablar, creo que sabría más que cometer tal indiscreción. No, monsieur, en mi opinión fue otra persona, alguien más joven y menos responsable...

—¿Se refiere...?

—A la joven que usted dice que ha desaparecido... a la señorita West...

Geoffrey hizo un movimiento airado hacia adelante, la fría infamia de la sugerencia actuando sobre él como la picadura de una espuela. ¡Catherine responsable de la muerte de la víctima! En el momento en que sus labios se separaban para proferir una furiosa protesta, captó una mirada de advertencia del francés y se contuvo, respirando con dificultad.

—Esa declaración implica una grave acusación —respondió Bazin algo severamente—. ¿Es consciente de lo que está diciendo?

El rostro surcado de arrugas permaneció inescrutable.

—No creo que la señorita se diera cuenta de la gravedad de su acción, en consecuencia no la acuso de nada más que de irreflexión. Pero si me interrogan en el tribunal sobre la causa de la muerte de mi señora... —Dejó que su frase terminara en un ominoso silencio, y con aire de agotamiento cerró los ojos.

Los dedos de Geoffrey se crisparon, pero el inspector continuó imperturbable.

—Escúcheme —dijo, consultando sus notas—. Si la joven llegó al apartamento anoche, debió hacerlo poco después de medianoche. Bien, entonces, a la una y cuarto había una luz en su habitación.

Los ojos se abrieron bruscamente. Geoffrey vio que su opacidad había desaparecido, dando paso a una aguda atención. Durante un tenso momento, escudriñaron el rostro del que hablaba.

—En efecto! —Las palabras fueron murmuradas entre dientes con una mezcla de asombro y reflexión—. ¿Es cierto lo que me dice?

—Es un hecho establecido. Este caballero estaba afuera en su coche, vio la ventana iluminada y una sombra en la persiana. Luego se apagó la luz.

Con un movimiento brusco, Jeanne giró la cabeza y miró en silencio al inglés. Parecía estar pensando profundamente.

—¡En efecto! —repitió lentamente, como si una nueva luz comenzara a aclararle las ideas—. Ahora veo por qué me hace todas estas preguntas. ¡Así que ella estuvo aquí! Casi podría suponerse, señor, que se escondió en su habitación esperando la oportunidad de escabullirse sin ser vista.

—¿Por qué sin ser vista? ¿Tiene algo en mente?

No respondió de inmediato; sus oscuros ojos aún estaban entrecerrados con esa mirada de concentración profunda. Cuando habló, fue con lenta deliberación.

—Es difícil de decir, señor. Pero se me acaba de ocurrir la idea de que quizá la señorita descubrió el incendio antes de que yo me diera cuenta, comprendió que era consecuencia de su propia imprudencia y se largó para evitar las consecuencias de una investigación. Eso sí, yo no sé nada. Pero si la desdichada joven vio de inmediato que era imposible salvar a la señora...

Geoffrey nunca supo cómo terminó la entrevista, ni con qué ejercicio de diplomacia Bazin

logró sacarlo del dormitorio sin montar una escena. Todo lo que recordaba era que estaba afuera en el pasillo, luchando por soltarse de un firme agarre que lo retenía por el hombro. A través de una niebla roja de ira, oyó una voz que decía:

—Suavemente, señor. No se gana nada con la violencia. No hable ahora. Sígame a la parte trasera del apartamento.

Haciendo un esfuerzo por controlarse, el joven se dejó llevar hacia una habitación desocupada, cuya puerta cerró el inspector. Entonces su indignación rompió las ataduras.

—¿Oyó lo que dijo esa mujer? —gritó en voz ahogada—. ¿Oyó? Ha tenido la osadía de afirmar que la señorita...

Se interrumpió, vagamente consciente de un cambio en la actitud de su acompañante. Los ojos azules del inspector tenían un dejo de incertidumbre; una mano áspera se levantó para retorcer las puntas del bigote rubio.

—Señor —llegó la respuesta, vacilante y con un ligero dejo de vergüenza—, o esa mujer de allí es sumamente astuta, o si no... —hizo una pausa.

—¿O si no, qué?

—O si no ha dado con lo que muy posiblemente sea la verdadera explicación de la ausencia de la señorita.

Los ojos de Geoffrey echaron chispas.

—¡Dios mío! ¿No pretende decirme que se cree su historia?

—Señor, no me creo nada hasta que tengamos la prueba absoluta de que la joven regresó anoche. Recuerde nuestras dos primeras teorías. Pero si descubrimos que ella estuvo aquí, entonces lo que acabamos de oír sugiere la salida más feliz de la dificultad.

—¿Más feliz?

—Naturalmente, pues en ese caso, en este momento está perfectamente a salvo, solo que teme presentarse.

Atónito, Geoffrey lo miró fijamente, temporalmente privado de habla.

CAPITULO 35

Geoffrey aún trataba de dominar sus sentimientos ultrajados cuando su acompañante giró la cabeza hacia el pasillo y levantó una mano en señal de advertencia.

—No hablemos de esto aquí, señor. Podremos discutirlo mejor en la comisaría, si quiere acompañarme —acto seguido, guió el camino con paso enérgico hacia la entrada principal, sin dejarle al inglés otra opción que embotellar su indignación y seguirlo dócilmente.

Al pasar junto al pasillo en ruinas, uno de los subalternos se acercó tras inspeccionar los escombros y le dijo unas palabras a su superior. Este, a su vez, se dirigió a Geoffrey en voz baja, tras asegurarse de que nadie los oía:

—Parece que hay ciertos efectos personales de la joven en su habitación. Nuestro problema es determinar si ella se llevó algunos a Fontainebleau durante su visita. ¿Puede ayudarnos?

Geoffrey lo pensó y negó con la cabeza.

—Quien mejor puede saberlo es mi hermana, que creo que estará en la ciudad esta tarde. ¿Intento localizarla y pedirle que venga?

—Si es tan amable, señor. Puede telefonar desde la calle Mesnil.

Afuera, un coche gris de batalla baja, de aspecto robusto y eficiente, estaba estacionado junto a la acera. El inspector subió a él, se puso al volante e hizo un gesto a Geoffrey para que ocupara el asiento de al lado. Mientras arrancaban, el joven lanzó una mirada atrás al edificio y tocó a su acompañante en la manga. En la ventana de la habitación ocupada por la doncella estaba Eduardo, mirando fijamente a la calle, con la mirada dirigida hacia la figura vestida de azul del obrero que trabajaba en uno de los castaños.

—¿Ese es uno de sus hombres?

Bazin asintió.

—Si se hubiera molestado en mirar por las ventanas de la cocina, habría visto a un albañil reparando la pared trasera. Nuestro amigo parece interesado. Si tiene algo en la conciencia, no se aventurará a salir mientras dure la luz del día. Ya sabe, por supuesto, que el cuerpo de la difunta ha sido trasladado al Palacio de Justicia. Sin embargo, tuve cuidado de no dejar que los sirvientes adivinaran nuestra intención; creen que el cuerpo ha sido llevado a una morgue para esperar la investigación de rigor.

—¿Me pregunto si la autopsia revelará algo?

El inspector se encogió de hombros con desaprobación.

—¿Quién sabe? Le advierto, señor, que puede que no encuentren nada peor que veronal. Emplear veneno de verdad sería correr un grave riesgo.

—A menos que los criminales contaran con que el cuerpo quedaría demasiado quemado para descubrir algo —replicó Geoffrey—. Sospecho que la intervención de ese inquilino llegó en un momento inoportuno, y que la intención era dejar que el fuego siguiera ardiendo otro cuarto de hora antes de dar la alarma.

—Es posible. En cualquier caso, pronto sabremos lo que tenga que decir el médico legista.

Geoffrey no dijo nada. Su preocupación por la muerte de la señora Bender quedaba eclipsada por la ansiedad que le causaba la muchacha desaparecida. Que el hombre a su lado pudiera haber visto en la afirmación de la doncella algo más que una sarta de mentiras lo asombraba tanto que su cerebro aún se resistía al impacto. ¡Catherine! Capaz de cometer una estupidez tan espantosa y huir de las consecuencias sin una palabra de advertencia. La sugerencia era tan monstruosa que su ira se reavivaba contra cualquiera capaz de tomarla en serio.

Sin embargo, el inspector no conocía el carácter de Catherine, ni tampoco el de Jeanne, y la teoría, en abstracto, era plausible. Al mismo tiempo, el hecho mismo de que la mujer se hubiera atrevido a dar esta vil explicación implicaba un conocimiento interior de su propia seguridad. En otras palabras, debía saber que la persona a la que acusaba no podría contradecirla.

En la puerta de la comisaría, el inspector dejó a Geoffrey para que hiciera sus llamadas y fue a preguntar si había llegado algún informe del taxista. Diez minutos después regresó.

—No ha llegado ninguna noticia —anunció—. Pero es pronto para esperarla. Sin embargo, he iniciado una nueva línea de investigación: quiero averiguar si alguien que coincida con la descripción de la señorita salió de París en un tren matutino.

Los ojos de Geoffrey destellaron.

—Si eso es lo que tiene en mente, le aseguro que malgasta sus esfuerzos. La señorita West no está tratando de esconderse de nosotros.

Había un esbozo de sonrisa en los prácticos ojos azules del francés.

—En cualquier caso, no hay nada malo en asegurarse —respondió amigablemente—. ¿Ha localizado a su hermana?

—Va camino de reunirse con nosotros en el apartamento —le informó Geoffrey secamente.

La actitud del otro lo hacía sentir incómodo; insinuaba una creencia secreta de que la

desaparición de Catherine era voluntaria.

—Ahora, señor, tengo otro asunto que atender. La difunta tenía un coche. Me propongo dar instrucciones para que, bajo ningún concepto, se saque el coche del garaje.

Geoffrey lo miró rápidamente.

—¿Cree que el mayordomo querrá usarlo?

—Él o el notario, Blom. Solo es una posibilidad, pero más vale prevenir.

Mientras se adentraban en la avenida Malakoff, Geoffrey puso al corriente a su acompañante sobre los movimientos del portugués aquella mañana.

—Es seguro que tuvo algún tipo de conferencia con Blom. Todo lo que hizo después fue visitar a uno de los conserjes más abajo en la avenida.

Bazin escuchó atentamente.

—El hecho de que aprovechara la primera oportunidad para ver a su amigo es sugerente. Lo felicito por haberlo hecho vigilar. ¡Ah, aquí estamos!

Al entrar en una callejuela estrecha, tocó la bocina frente a un garaje grande. Un joven de rostro manchado de aceite salió a recibirlos.

—¿Entendido? Este coche —un Rolls-Royce, ¿verdad?— no debe salir del garaje bajo ninguna circunstancia —ordenó el inspector.

El propietario asintió, pero pareció sorprendido.

—Cumpliré sus instrucciones... cuando el coche sea devuelto.

—¿Devuelto? ¿Quiere decir que no está aquí?

—No, señor. Lo sacaron hace dos días. Entendí que iba al campo para pasar el fin de semana.

Los ocupantes del coche gris intercambiaron miradas de sorpresa, y Geoffrey maldijo en voz baja.

—¿Está seguro de esto?

—Sí, señor. En los últimos meses lo usa a veces un sirviente; fue él quien lo recogió el jueves.

No había nada que hacer. El rostro del inspector se contrajo de fastidio.

—Esto indica que se nos adelantaron —murmuró—. No me gusta el aspecto. Tendremos que dejarlo pasar.

Este nuevo giro reforzó la convicción de Geoffrey de que existía un plan preconcebido. Parecía que Eduardo había llevado el Rolls-Royce a algún lugar desconocido para facilitar una rápida huida. En estas circunstancias, probablemente los sirvientes se mantendrían quietos, sabiendo que cualquier movimiento en falso pondría en peligro lo que habían arriesgado.

La ausencia de Catherine era otro asunto cuyo aspecto más enloquecedor era la total incertidumbre. ¿Y si los sirvientes no estaban involucrados? Como había señalado Bazin, había otras explicaciones. De no ser por la reveladora sombra en la persiana, Geoffrey habría estado dispuesto a imaginar a la joven como víctima de un robo y un asesinato perpetrados en el tren o en el taxi. Quizá antes de que terminara el día su cuerpo sería encontrado.

Elsbeth salió a su encuentro con su fresca tez descolorida y una actitud de profunda ansiedad.

—¿Has sabido algo de ella? —preguntó, agarrando el brazo de su hermano.

Él negó con la cabeza. Ella contuvo la respiración con consternación.

—Si tan solo pudiera sugerir algo. Me he devanado los sesos. ¿Podría haberla asustado algo tanto que tuviera miedo de venir aquí? No le gustaban los sirvientes, ya sabes.

—Estamos completamente a oscuras. Todo lo que sabemos es que tanto la doncella como el mayordomo niegan haberla visto. Vamos, la policía está esperando.

Alcanzaron al inspector en el ascensor y unos segundos después los tres entraban en el apartamento acompañados por el pequeño sargento. Los agentes que habían realizado el registro se acercaron; el más alto actuó como portavoz.

—Hemos recorrido todo el edificio de arriba abajo, señor —anunció en tono confidencial—, sin omitir el sótano y el tejado. No ha aparecido nada aparte de un baúl en el trastero marcado con las iniciales de la señora. Está vacío. Solo hay esas pocas pertenencias personales sobre las que nos gustaría obtener una opinión.

El grupo se dirigió al dormitorio que había ocupado Catherine y el agente abrió la puerta. El sol de la tarde inundaba la desordenada habitación, revelando un montón de ropa sobre la cama, cajones abiertos y las puertas del armario de par en par.

—Si la señora quisiera echar un vistazo a esto —sugirió Bazin, señalando la confusa masa de prendas.

Una por una, Elspeth examinó un vestido de kasha beige, una falda de tweed, un viejo cárdigan, un vestido de tarde de terciopelo y dos trajes de noche. Los observadores la

vieron rechazar todo y luego volverse a una colección más pequeña de ropa interior de seda.

—No —dijo decididamente—, no llevaba ninguna de estas consigo. Estoy segura porque la ayudé a hacer la maleta.

—¿Y los artículos de aseo?

No había muchos: unas pocas botellas, una polvera casi vacía y un pequeño tarro de crema. Elspeth volvió a negar con la cabeza, segura de que eran restos sin importancia. Luego se volvió hacia el armario abierto, donde el abrigo de ardilla colgaba solo.

—¿Reconoce esto, señora? —preguntó el agente, extendiendo su palma. En el centro había un pequeño cilindro rojo—. Un lápiz de labios; lo encontramos contra la pared, debajo de la cama.

Elspeth soltó una exclamación.

—¡El lápiz de labios de Catherine! —exclamó, encontrando la mirada de Geoffrey—. La vi usarlo cuando se cambiaba de vestido para irse.

La mano de Geoffrey tembló cuando cogió el objeto. Era de cuero marroquí carmesí, con ribete en oro.

—También lo reconozco —murmuró—. Estuve con ella el día que lo compró en los almacenes de la ciudad.

Los tres hombres lo miraban con avidez. Repitió su comentario en francés con una actitud que delataba excitación.

—¿Pero está seguro de que es el mismo? —preguntó Bazin—. A veces las señoras poseen más de uno.

Elspeth retiró la tapa. La pintura roja del interior parecía apenas usada.

—No puedo estar absolutamente segura —titubeó—. Puede que tuviera dos iguales.

El pequeño objeto parecía un testigo silencioso de la presencia de su dueña, pero como sugirió el inspector, no era una prueba concluyente. Hubo un momento de angustiosa incertidumbre hasta que los ojos de Elspeth se posaron en el armario.

—¿Qué hay ahí? —preguntó de repente, señalando una sombrerera floreada.

—Otro sombrero, señora. Se lo mostraré —el agente retiró el cartón y lo colocó sobre la cama.

Al instante siguiente, Elspeth soltó un grito.

—¡Geoff, mira!

Dentro de la caja había un pequeño sombrero de fieltro verde. Lo sacó temblorosa.

—¿No ves? Es suyo, el que llevaba puesto. No cabe la menor duda. Mira aquí —y mostrando el forro, señaló una etiqueta de seda negra con las palabras bordadas: "Jane-Mary, Boston".

Geoffrey miró fijamente, atónito. Él conocía ese sombrero; el recuerdo de su ala estrecha ciñéndose a la mejilla de Catherine le produjo un nudo en la garganta. Al instante se volvió hacia el inspector.

—Señor, no necesitamos buscar más, aquí está la prueba. Este es el sombrero que llevaba la señorita cuando salió de Fontainebleau.

Por un segundo no hubo ningún sonido en la habitación, solo la respiración acelerada de los presentes.

CAPITULO 36

Bazin fue el primero en romper el silencio, con los ojos ardientes en su rostro curtido por el sol.

—Madame, ¿no puede haber ninguna duda sobre esto?

—En absoluto. Le digo que este es el sombrero que llevaba cuando mi esposo la subió al tren anoche. Es uno que se trajo de Estados Unidos.

—Entonces ella estuvo aquí. Llegó a casa y se fue de nuevo poco después, sin dejar nada detrás salvo su sombrero y esto. —Señaló el lápiz de labios. Su tono era de perpleja reflexión—. ¿Por qué su sombrero?

—Pudo haberse puesto otro —sugirió Elspeth con impaciencia—. No sé qué otros sombreros tiene.

—Entonces digamos que se cambió de sombrero. ¿Pero eso nos ayuda a encontrar una solución?

Al contrario, profundizaba el misterio. Caras de desconcierto recibieron la pregunta, y pasaron varios segundos antes de que Elspeth hablara, con un deje de esperanza.

—Si se tomó la molestia de ponerse un sombrero diferente, ¿no ve lo que puede significar? Que por alguna razón cambió de opinión acerca de pasar la noche aquí, volvió a bajar sus maletas tal como estaban y se fue a otro sitio.

—¿Y el tube à rouge, madame?

—Debió caérsele del bolso y no se molestó en buscarlo.

—Sugiere que tenía prisa por marcharse.

—Exactamente mi opinión —coincidió Elspeth rápidamente—. ¿No ves, Geoffrey? Tuvo que haberse ido por su propia voluntad; de lo contrario, ¿por qué quitarse un sombrero y ponerse otro?

Su hermano seguía mirando fijamente la reveladora prenda. Su presencia no indicaba prisa, sino cierta deliberación, pero no estaba convencido.

—No sabemos que hiciera eso. Además, si todo esto es cierto, ¿por qué no tenemos noticias de ella? —objetó obstinadamente.

—Pero piensa, querido: si se encontró con esos amigos suyos esta mañana, puede que haya pasado el día de excursión con ellos, e incluso ahora quizá no sepa lo de la señora Bender. Depende de ello, pronto tendremos noticias.

—Sabía que iba a conducir hasta Fontainebleau esta tarde para traerla de vuelta.

Miró su reloj, cuyas manecillas marcaban las cinco menos cuarto. A estas horas ya estaría en camino.

—Parece muy raro —comentó con voz pétrea—. Tiene que haber sido un motivo muy fuerte para hacerla abandonar el lugar con su equipaje después de la una de la madrugada.

—Ah, ça! —el inspector hizo un gesto expresivo con la mano alrededor de la desordenada habitación—. Estoy de acuerdo en que debió ocurrir algo imprevisto para explicar una partida tan repentina. ¿Sabe madame la explicación que ofrece la doncella? —preguntó, bajando la voz.

—¿La doncella? ¿Qué cree ella? —exigió Elspeth, escudriñando los cuatro rostros.

Antes de que Geoffrey venciera su evidente reticencia a divulgar algo que le resultaba tan desagradable, el inspector abrió la puerta de par en par y escudriñó el pasillo en ambas direcciones. No había nadie a la vista.

—Entonces, monsieur —dijo con un leve asentimiento.

—Es simplemente esto, si tienes que saberlo: Jeanne sugiere que quizá Catherine descubrió el incendio y la muerte de la señora Bender antes que nadie, que le entró el pánico y se largó porque —aquí dudó penosamente— porque estaba aterrorizada de que la culpa recayera sobre ella.

Su hermana jadeó desconcertada.

—¿Culpa? Vaya, ¿pero qué demonios...?

—Verás, insinúa que fue Catherine quien le proporcionó a la pobre mujer las velas que causaron el incendio.

—¡Ah! —Ahogó un grito horrorizado—. ¿Acaso crees eso?

—Ni por un momento —respondió Geoffrey entre dientes apretados—. No es en absoluto propio de Catherine hacer una cosa ni la otra.

Siguió un incómodo silencio. Podía ver a Elspeth lidiando con esta nueva idea, con los ojos entrecerrados en reflexión.

—Me pregunto... —susurró lentamente—. Geoff, no sabes. Podría haberlo hecho con total inocencia. Recuerda que ella no creía que la señora Bender estuviera loca. Y suponiendo que descubriera lo que estaba pasando, ¿así no podría haberse sentido tan abrumada por el impacto que perdiera la cabeza por completo? Su única idea pudo haber sido huir y esconderse, fingir que nunca había estado aquí. No se puede saber cómo se

comportaría uno frente a semejante crisis.

Él no respondió. Dicho en palabras, la cosa sonaba notablemente plausible. El inspector hizo una señal para mostrar su acuerdo.

—Precisamente, madame. Aún no se comprende del todo el significado de esto —e indicó el sombrero—, pero me queda bastante claro que la joven está bien y a salvo, solo que no desea que se sepa su presencia aquí anoche. No me sorprendería, monsieur, que antes de muchas horas tuviera noticias de ella. Probablemente se ha ido a un hotel y se comunicará con usted más tarde. Si ella prefiere fingir ignorancia total de este asunto —hizo una pausa con un encogimiento de hombros tolerante—, entonces cuanto menos se diga sobre nuestros descubrimientos, mejor.

Una luz acerada había aparecido en los ojos del joven.

—¿No se le ocurre —dijo lentamente— que, si lo que sugiere es cierto, podría no aparecer en absoluto?

Su hermana lo miró frunciendo el ceño y luego exclamó con repentina consternación:

—No querrás decir que podría... ¡oh, no, Geoffrey! ¡No haría algo tan loco!

—¿Por qué no? ¿Si se creyera responsable de la muerte de su prima?

La rápida inteligencia de Bazin captó la implicación.

—¡Ah, difícilmente, monsieur! Se necesita mucho para llevar a alguien al suicidio. No hay que exagerar las cosas en esta etapa del juego.

Sin embargo, la horrible idea se había apoderado de Geoffrey de tal modo que no podía deshacerse de ella. Nadie más que él sabía hasta qué punto Catherine había reflexionado sobre la situación de su pariente y se había esforzado por arreglarla. Si, después de todos sus planes y artimañas, de repente se había enfrentado a la horrible revelación de anoche, ¿quién podía decir cuál sería el resultado? Todas esas pruebas aparentemente contradictorias de una partida apresurada podrían apuntar a una sola y terrible conclusión. Sin embargo, incluso mientras su atribulada mente lidiaba con esta nueva obsesión, la visión de los enigmáticos ojos de Jeanne se presentó ante él, y se preguntó si, contra su voluntad, no estaba siendo víctima de alguna infamia hábilmente concebida...

Observó al inspector guardar el lápiz de labios en un sobre, cerrarlo y ponerlo en un bolsillo interior. Luego, reaccionando, preguntó qué medidas se habían tomado para vigilar el apartamento después del anochecer.

—Ah, sí, monsieur. Apostaré a dos de mis hombres en los edificios trasero y lateral, y yo mismo tengo la intención de pasar la noche en el apartamento de enfrente, al otro lado de la avenida.

—¿Puedo compartir la guardia con usted?

—Con mucho gusto, monsieur. ¿Nos reunimos en la Comisaría a las ocho? Es decir, si no se tienen noticias de la señorita mientras tanto.

—Pero puede que las tengas, Geoffrey —intervino Elspeth rápidamente—. No puedo evitar pensar que hay algún error tonto en todo esto que puede aclararse en cualquier momento. Esos amigos suyos con los que iba a encontrarse... puede que esté con ellos ahora, de excursión en algún sitio. ¿Habías pensado en eso?

No había nada que no hubiera considerado, pero a pesar de todo, un pesado velo de plomo yacía sobre su corazón, aplastando la esperanza. Una voz le susurraba que nunca volvería a tener noticias de Catherine.

Salieron de la habitación, que volvieron a cerrar con llave, y retrocedieron por el silencioso pasillo hasta la entrada principal, donde Elspeth y Geoffrey se despidieron de los oficiales de policía.

—Déjelo todo de mi cuenta, monsieur —murmuró Bazin tranquilizador—. Para esta tarde espero tener algo alegre que informar.

En las puertas de cristal de la logia se encontraron con una figura conocida, nada menos que el factótum de la oficina, Henri, que en ese momento se arrastraba hacia ellos. Su arrugado rostro tenía un rastro de inusual excitación.

—Ah, Monsieur Geoffrey, ¡no se ha ido! Aquí hay un telegrama que acaba de llegar para usted a la rue Auber. Se lo ha enviado su padre.

Geoffrey arrebató el papel azul, cuyo sello ya había sido roto, echó un vistazo al contenido y soltó un grito agudo.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Elspeth, tenías razón! ¡Es de Catherine! —y metió la endeble hoja en la mano de su hermana.

Ella la devoró con ojos ansiosos. En el formulario estaban garabateadas las siguientes palabras:

"Abrumada por terrible noticia imposible salir telefonearé mañana y explicaré mi ausencia no se preocupe todo va bien conmigo Catherine."

La oleada de alivio que invadió a Geoffrey arrasó con toda razón. Sin voz, solo pudo mirar estúpidamente las enmarañadas frases, leyendo en ellas una tregua de la total desesperación. Catherine estaba a salvo, pronto volvería a verla. El conocimiento lo abrumó.

La mano de Elspeth en su brazo lo devolvió a sus cabales.

—¡Geoffrey! ¡Es demasiado maravilloso! ¡Apenas puedo creerlo! —Había un temblor histérico en su voz—. ¡Ay, pensar que al final no pasa nada malo!

—¿Tan asombrada estás? —preguntó él con suspicacia—. Hace un momento estabas segura de que tendríamos noticias tuyas.

—Sé que dije eso —respondió ella un poco avergonzada—. Pero... bueno, no estaba tan segura como sonaba. La incertidumbre es tan horrible que uno piensa en cosas tan atroces.

Él asintió. ¿De qué servía admitir ahora que desde el mediodía había estado atormentado por el temor de que Catherine hubiera muerto de forma violenta? Mientras sus tensos nervios se relajaban, sintió un deseo tonto de reír, de gritar, y al mismo tiempo se dio cuenta de que estaba extraordinariamente cansado. No había comido nada en todo el día desde el café de la mañana, pero el hecho se le había escapado por completo.

—¿Dónde está ahora? ¿Da alguna dirección?

Juntos examinaron el formulario, pero aparte del mensaje, no contenía nada más que la hora en que se entregó —las tres en punto— y las palabras "Hôtel des Postes".

—Qué raro —murmuró Geoffrey—. ¿Por qué no nos dice dónde está?

—Demasiado alterada para pensarlo, supongo. No es realmente extraño. Diría que se fue a algún hotel pequeño anoche, de esos que no tienen teléfono en la habitación, que está simplemente postrada por el impacto y apenas ha podido ordenar sus pensamientos lo suficiente para darse cuenta de que podríamos estar preocupados por ella. Habrá pedido al conserje que enviara este telegrama.

—Supongo que tienes razón. —Siguió mirando fijamente la hoja azul como si tratara de extraer alguna información adicional—. Bueno, lo importante es que apareció. Ahí viene el inspector.

Se volvió para anunciar la buena nueva, traduciendo el telegrama al francés para beneficio del otro. Los ojos azules de Bazin se abrieron de par en par con alivio.

—Bien, bien, ¡monsieur! Lo felicito. La joven le ha hecho pasar un mal rato, pero, ¡voilà! el misterio se ha aclarado, como esperaba que sucediera.

—No estoy tan seguro de eso. No puedo evitar sentir que hay algo raro detrás.

Por la evasiva forma de evitar su mirada, estaba claro que sus dos acompañantes compartían su opinión. Durante la incómoda pausa que siguió, el inspector estudió el mensaje e hizo algunas anotaciones en su libreta.

—Investigaré esto, monsieur, y veré qué puedo averiguar, ya que sin duda aún está algo ansioso, aunque como la señorita promete comunicarse con usted mañana, no tendrá que

esperar mucho para salir de dudas. En cuanto al otro asunto... —Dejó la frase sin terminar, y de común acuerdo los tres atravesaron el arco y salieron a la calle antes de reanudar la conversación.

Geoffrey detectó una nota de incertidumbre en la voz del otro y creyó adivinar la razón. Bazin estaba pensando que, dado que la desaparición de Catherine había resultado ser una falsa alarma, el resto de sus sospechas podría resultar igualmente infundado. Habló con decisión:

—Sea cual sea la verdad sobre esto —dijo, señalando la hoja de papel—, nada ha cambiado con respecto a lo que ocurrió anoche. Teníamos sobradas razones para iniciar una investigación, y me parece muy probable que esos sirvientes sean acusados de asesinar a su señora. Mientras tanto, siguen en libertad. ¿Ve lo que quiero decir?

—Perfectamente, monsieur. No tenga miedo; no abandonaré la vigilancia de la casa. Sin embargo, ahora no es necesario que sacrifique su descanso nocturno. Hará lo que crea conveniente, naturalmente, pero si decide no venir esta noche, yo seguiré sin usted.

—Una cosa más: ¿cree que deberíamos informar a los sirvientes de que hemos tenido noticias de la señorita?

—Se lo diré ahora mismo. Sin duda, nuestro mejor propósito es tranquilizarlos.

Se separaron: Bazin regresó para llevar a cabo la intención que acababa de expresar; los hermanos partieron sin rumbo en dirección a la Avenida Kléber, ambos absortos en sus pensamientos.

Ahora que Geoffrey se había acostumbrado al impacto de la alegría, se encontró lidiando con dudas y preguntas. El problema solo estaba parcialmente resuelto, su mente seguía en completa confusión. Un impulso loco lo asaltó de emprender de inmediato un recorrido por todos los hoteles de los alrededores del Hôtel des Postes, pero tal proceder era manifiestamente estúpido. Sería como buscar una aguja en un pajar. Poco después, se recompuso lo suficiente para preguntar a Elspeth adónde quería ir.

—A casa —respondió—. Me habría quedado a pasar la noche, pero ahora ya no es necesario, ¿verdad?

—Te llevaré a la estación —murmuró mecánicamente, y levantó la mano para detener un taxi que se acercaba.

Un momento después, sentado junto a su hermana, se inclinó hacia adelante con expresión taciturna, la barbilla apoyada en las manos.

—No estoy satisfecho con esto —declaró con morosidad—. Tiene una pinta muy rara... No es propio de Catherine acobardarse, y sin embargo eso es lo que parece haber hecho. Ojalá pudiera ir a verla ahora mismo...

Elsbeth lo miró con perspicacia y con impaciencia bondadosa.

—Geoff, Geoff, ¿por qué no puedes olvidarte de todo? Si la pobre muchacha cometió algún grave error y no quiere que lo descubramos...

—¡Siempre insistes en eso! —exclamó él, como si le hubieran picado—. ¿Cómo sabes que lo hizo? Solo tienes la palabra de una mujer que ha demostrado ser una ladrona y una mentirosa, y puede que sea algo mucho peor. El único hecho del que podemos estar seguros es que Catherine llegó a casa y se volvió a ir.

Ella suspiró con tolerancia.

—En cualquier caso, Geoff, Clement no se tomó muy en serio su desaparición, ni tampoco papá. Ambos pensaban que había algún error, que aparecería después de un rato, y parece que tenían razón. No es que te culpe por haberte asustado.

No había nada que decir. Quizá era cierto que su enamoramiento había afectado su sentido común.

—Estás agotado —dijo de repente—. Tienes una pésima apariencia. Prométeme que irás directamente a casa, te darás un baño y cenarás algo. Necesitas ambas cosas.

Siguiendo su mirada, vio por primera vez las manchas de hollín en sus manos y se dio cuenta de que su cuello estaba mustio.

—¿Harás lo que te digo? —insistió ella.

—Supongo que bien puedo.

—Déjame saber lo que pase —añadió mientras el taxi se desviaba hacia el espacio abierto frente a la estación—. Y hagas lo que hagas, no molestes a Catherine con este asunto. Déjala tranquila.

Le hizo un gesto con la mano y se fue. Él se quedó mirándola fijamente, aturdido, hasta que la voz ronca del conductor lo despertó de su ensimismamiento. Luego respiró hondo y, con una sensación de desaliento y letargo, volvió a subir al taxi y dio su propia dirección.

CAPITULO 37

El padre de Geoffrey había leído el mensaje de Catherine antes de enviarlo, por lo que en la cena había poco que discutir. La comida transcurrió en un tenso silencio; Geoffrey consumía los alimentos mecánicamente, mientras el otro examinaba con un ceño sombrío las noticias del incendio en los periódicos de la tarde.

A través de las ventanas abiertas, una ráfaga de aire bañado por el sol se filtraba desde los Jardines de Luxemburgo; las altas velas que parpadeaban en la mesa llenaban la mente del joven con una inquietante sugerencia, haciéndole comprender que, aunque sus peores temores se habían disipado, seguía inquieto e insatisfecho.

¡Si Catherine le hubiera dicho dónde estaba! No podía por menos que considerar que esa omisión no era accidental. A ratos imaginaba que ella se apartaba de verlo por alguna razón personal; otras veces atribuía su motivo a un deseo de ocultarse. Las ocasionales miradas inquisitivas que le dirigía su padre lo crispaban, pues no era difícil adivinar su causa.

Cuando llegó el café, Macadam apartó su silla y se encajó un puro en la boca en un ángulo iracundo.

—Sean cuales sean las razones del comportamiento de la señorita West —declaró con voz áspera—, nos ha dado un montón de problemas y además nos ha hecho pasar por un par de idiotas. Si a usted le gusta esto, es más de lo que a mí me gusta.

El sarcasmo hirió a Geoffrey en lo vivo.

—Será mejor que reservemos los comentarios hasta que sepamos los hechos —replicó secamente.

Con un encogimiento de hombros, el anciano hizo una bola con los periódicos y salió de la habitación, volviendo a aparecer un momento para lanzar un sobre en dirección a su hijo.

—Ahí tienes el informe sobre la letra. Las notas eran falsificaciones, sí señor, aunque de poco sirve saberlo ahora. Lo siguiente será descubrir que las perlas han desaparecido, así que podremos arrestar a esa mujer por robo, haya o no fundamento para un cargo más grave.

Fue con sentimientos cercanos a la total indiferencia que Geoffrey leyó el contenido. De hecho, tan absorto estaba en sus propias emociones contradictorias, que no se daba cuenta de hasta qué punto el mal humor de su padre se debía a una sensación de fracaso por no haber evitado una catástrofe.

Por mucho que deseara ignorar la detestable teoría de Jeanne, no podía negar que la conducta actual de Catherine era extraña. La idea de que una nube de duda pudiera

cernirse para siempre sobre las últimas veinticuatro horas le resultaba odiosa. Entonces, el recuerdo de sus ojos sin miedo y su franca honestidad acudió a él como un reproche, e intentó resueltamente aplazar toda conjetura hasta el día siguiente.

¡Hasta mañana!

De repente, con una punzada, comprendió por qué estaba tan perturbado. ¿Acaso iba realmente a verla? La vaguedad de su mensaje contenía algo escurridizo, una cualidad que se resumía en la repetición de la frase "no es propio de Catherine". Eso era: no era propio de ella. ¿Qué era lo que había dicho?

Sacando el telegrama del bolsillo, lo examinó detenidamente, intentando una vez más descubrir algún significado oculto.

"Abrumada por terrible noticia imposible salir telefonearé mañana y explicaré mi ausencia no se preocupe todo va bien conmigo..."

Redactado de forma torpe. Se preguntó por qué había empleado la expresión "no se preocupe". Mucho más natural habría sido decir "no te preocupes". El verbo reflexivo sonaba extrañamente poco inglés. Lo meditó, luego pasó a la siguiente frase.

De repente frunció el ceño, mirando fijamente. He aquí una combinación de palabras que no habría esperado de una estadounidense. Sin duda, lo obvio era decir: "No te preocupes, estoy bien".

"Todo va bien conmigo". Repitió la fórmula estirada, molesto y exasperado. ¿Qué sugería? Al principio no captó el significado, pero en un instante lo supo. ¡Vaya, era pura construcción francesa! ¡Claro! Su equivalente era la frase tout va bien.

Durante unos segundos permaneció estupefacto, con el cerebro hecho un lío. Entonces, del caos surgió una horrible y aplastante verdad. Este telegrama no lo había redactado Catherine en absoluto. Era la invención de algún extranjero, alguien con un conocimiento imperfecto de las expresiones inglesas. Tenía dos marcas evidentes de falsedad.

La revelación lo dejó atónito. ¿Cómo había sido tan idiota? Catherine no habría podido construir frases así, era imposible.

Su fatua seguridad se derrumbó a su alrededor como un castillo de naipes. Catherine podía estar viva o no, pero el instinto le advertía que toda esperanza de recuperarla estaba perdida a menos que se tomaran medidas inmediatas. Su silla cayó al parquet detrás de él mientras, poniéndose de pie de un salto, se abalanzó hacia la puerta.

Todavía maldecía su ceguera cuando, en la calle Mesnil, se encontró con el inspector que se disponía a iniciar su vigilia nocturna.

—¿Conque al final viene conmigo, monsieur? Le prometo que puede resultar un aburrimiento. Vaya, ¿ha ocurrido algo nuevo? —terminó con sorpresa al notar la actitud

desencajada del inglés.

—¡Mire esto otra vez! —gritó Geoffrey, metiéndole el telegrama bajo los ojos—. Está redactado de tal modo que no pudo haberlo escrito la señorita West. No sé cómo fui tan tonto de no darme cuenta enseguida —e intentó explicar apresuradamente las dos paradojas contenidas en el mensaje.

Bazin escuchó con el rostro alterado.

—¿Está seguro de esto? El idioma inglés es un libro cerrado para mí. Quizá sería mejor que comparara ese papel con el original, que obtuve hace una hora del correo —añadió, sacando un formulario escrito a lápiz—. Ninguno de los empleados pudo recordar quién lo entregó, pero usted sabrá probablemente si es la letra de la joven.

Geoffrey cogió el formulario con avidez, solo para encontrar a primera vista lo que parecía la letra de Catherine. Miró fijamente, desconcertado, luego, rebuscando en sus bolsillos, encontró la nota que ella le había enviado hacía unos días desde Fontainebleau. Al examinar las dos muestras, decidió que una era una imitación aceptable pero defectuosa de la otra.

—No son iguales —dictaminó con rotundidad—. Mire, todas sus "oes" están separadas de las demás letras, mientras que en el telegrama están unidas. Además, hay una angularidad en esta escritura que es distintivamente continental.

Los ojos azules de Bazin tenían un brillo duro.

—Estoy de acuerdo. No las escribió la misma persona. —Manoseó el papel con manifiesta excitación—. Tiene razón, monsieur. Este telegrama es obra de alguien deseoso de despistarnos, y para esta noche, eso sí, pues el engaño se habría descubierto cuando usted no recibiera más noticias.

—¿Entonces cree que lo que sea que estén planeando ocurrirá antes del amanecer?

—Así lo creo. Fui más sabio de lo que sabía cuando dispuse que vigilaran esa casa.

Su rostro era grave mientras subía al coche que esperaba e indicaba a Geoffrey que ocupara el asiento a su lado. Al segundo siguiente, ya estaban rodeando la Place Victor Hugo.

—Tengo más noticias para usted, monsieur. Me he comunicado con el taxista que trajo a la señorita a casa desde la estación. Declara que la dejó en la entrada privada alrededor de las doce y diez de la noche, y como puede dar cuenta satisfactoria de sus movimientos durante varias horas después, podemos eliminarlo de la investigación sin problemas. Hasta ahora no se ha presentado ningún otro conductor, lo que nos lleva a suponer que, si bien su amiga llegó al apartamento, no volvió a salir de la manera que se ha sugerido.

Mientras Geoffrey escuchaba esta confirmación de sus peores temores, el miedo yacía

como un peso de plomo en la boca de su estómago.

—Además, he iniciado una búsqueda en unos treinta hoteles del barrio de la rue de Rivoli, y aunque puede que aún quede algún pequeño lugar que hayamos pasado por alto, empieza a parecer una misión inútil.

—¿Quién cree que envió el telegrama? ¿Fue Blom?

—No en persona, ciertamente, porque ha estado bajo estricta vigilancia toda la tarde, y tengo la palabra de mi hombre de que no ha ido a ningún sitio, salvo al otro lado del patio, al apartamento de su prometida.

—Puede que lo haya enviado mediante una de las trabajadoras de Honorine.

—Un riesgo, en caso de que surjan preguntas comprometedoras. Su nombre es lo bastante inusual para que se grabe en la memoria de un francés. Me inclino a creer que empleó a un mensajero público.

Geoffrey consideró esto.

—Tendría que correr algún riesgo para enviar un telegrama, pero desde su punto de vista sería pequeño. Recuerde que hasta ahora no tiene la menor razón para pensar que alguno de nosotros sepa de su existencia.

—Ah, en ese caso bien puede considerarse a salvo. Ciertamente, si usted no hubiera tenido la buena fortuna de descubrir su conexión con el asunto, lo de anoche se habría considerado un trágico accidente, sin que nadie resultara culpable, y menos que nadie él. Tal como están las cosas, con la desaparición de la señorita y este deliberado intento de hacerla pasar por una retirada voluntaria, ahora veo que la situación parece decididamente grave.

Geoffrey se obligó a pronunciar la pregunta que le roía como un cáncer.

—¿Cree entonces que la señorita puede estar muerta?

El inspector se mordió el labio.

—Quizá sea conveniente ir acostumbrándose a la idea, monsieur —dijo en voz baja—. Parece extremadamente probable que la hayan asesinado porque es un testigo peligroso, y que los criminales solo estén esperando el momento adecuado para deshacerse de su cuerpo.

Habían reducido la velocidad al salir de la Avenida Henri Martin. Los rayos de una farola de arco iluminaron el rostro del joven, revelando su pálida palidez.

—Supongo que no podemos hacer nada más que vigilar, ¿verdad? —sugirió, con un tono apagado por la represión.

—Por esta noche, no. Si no ocurre nada, mañana tendremos que tomar medidas definitivas, pero mientras quede una mínima esperanza de que la joven esté con vida, debemos andar con cuidado.

Guiando el camino, se adentró en un estrecho pasillo encajonado entre las filas de edificios, atravesó un portal y empezó a subir una escalera de caracol, iluminada por una débil lámpara de pared.

—Esta es la entrada trasera de la casa que buscamos, monsieur. Es mejor no usar la entrada principal, por miedo a que nos vean.

En el primer piso llamó a una puerta, que abrió una mujer de mediana edad, mujer de servicio.

—¿Sería tan amable de informar al señor comandante de que está aquí el inspector Bazin?

La mujer asintió.

—Si quieren pasar por aquí, messieurs, los acompañaré a la habitación que el señor ha puesto a su disposición.

Siguiéndola por un pasillo, se encontraron en un pequeño estudio, cuyas paredes, por encima de las estanterías repletas de libros, estaban adornadas con una colección de armas dispuestas en un dibujo destellante: lanzas, puñales y cimitarras de una interesante variedad. Unas cortinas de terciopelo marrón cubrían la ventana, mientras que sillones profundos y un sofá se agrupaban alrededor de una mesa baja que contenía materiales para fumar, entre los cuales había una pipa de agua y un chibouk turco.

Cuando la sirvienta se retiró, Bazin informó a su acompañante de que eran huéspedes del señor comandante Jules Heller, conocido como una autoridad en guerra moderna. Geoffrey reconoció el nombre, una firma que se veía a menudo en artículos de *Le Gaulois* y revistas similares. Mientras miraba inquieto las paredes cubiertas de armas, un reloj en algún lugar del apartamento dio una única campanada metálica. Una mirada a su reloj le indicó que eran las ocho y media.

La puerta se abrió para dejar pasar a su anfitrión, un hombre pequeño, calvo, manco y con un ojo de cristal. Su cuerpo delgado iba vestido con una chaqueta de terciopelo, en cuya solapa lucía la pequeña cinta roja de la Legión de Honor.

—Buenas noches, messieurs. —El comandante hizo una reverencia con exquisita cortesía, su único ojo brillando de bienvenida—. Confío en que este estudio sea adecuado para su propósito. Está cerca de la esquina y domina la vista de ambas entradas de enfrente, aunque desgraciadamente los árboles están llenos de hojas y pueden obstruir la visión.

El inspector declaró que la posición era excelente, y añadió que esperaba no estar causando molestias.

—En absoluto. Confieso que nada me gustaría más que compartir su vigilancia, pero ay, sufro de jaqueca y mi mujer insiste en que nos retiremos temprano. Sin embargo, he dado órdenes de que les traigan refrescos, y si necesitan algo más, no tienen más que llamar.

Se sentó, les ofreció licores y puros, y durante un breve tiempo disertó con un encanto y una fluidez que, en otro momento, habrían deleitado a ambos oyentes. Tal como estaban las cosas, fue un alivio para los nervios de Geoffrey cuando, al dar las nueve, se levantó para desearles buenas noches. En el umbral se detuvo, y su actitud cambió de repente.

—Esa doncella del otro lado —comentó con seria reflexión—, la he observado durante once años mientras hacía sus tareas: respetuosa, eficiente, pero, messieurs, dura, tan dura como esas —y señaló con un dedo las pulidas hojas de la pared—. Conozco su acento; es de los Vosgos. Al mayordomo no puedo ubicarlo, probablemente no tiene nacionalidad, pero sé lo que digo cuando les afirmo que en esa casa hay mala sangre. Si quieren atrapar a esos dos, messieurs, tendrán que ser como nuestro amigo la mosca: todo ojos, abajo, arriba y en el cogote. ¡Bon soir, messieurs — et bonne chance!

La puerta se cerró. Los dos hombres intercambiaron miradas.

—Tiene razón —murmuró el inspector brevemente.

Apagó las luces y luego apartó las cortinas con cuidado. La habitación no quedó a oscuras del todo por las luces de la calle y el resplandor plateado de la luna, que acababa de salir sobre los tejados.

—Demasiada iluminación. Debemos tener cuidado de no mostrarnos.

Sin embargo, era un punto a su favor que nadie pudiera salir de ninguna de las dos entradas del otro lado sin ser visto claramente. La avenida estaba tranquila, salvo algún que otro coche que pasaba zumbando, pero por todas partes llegaba el entrecortado bocinazo de los cláxones en diversas tonalidades. A la altura de los ojos se extendía la doble hilera de castaños, con sus cerúleas flores rígidamente erguidas como velas en un árbol de Navidad, mientras que sobre el olor del asfalto cálido y la gasolina se elevaba la fragancia de la noche primaveral, fresca y emocionante. Para Geoffrey era como un cuchillo clavado en una herida.

Enfrente, las anchas puertas estaban abiertas de par en par, con una delgada hoja de luz de la logia cruzando la acera. En el entresuelo todo era penumbra, salvo un fino hilo de resplandor alrededor del borde de la ventana de la esquina.

Una figura femenina, vestida de forma llamativa y con un sombrero escarlata sobre su pelo rubio, salió de las puertas y se quedó mirando a un lado y otro de la calle. Cuando volvió su rostro maquillado hacia la luz, Geoffrey reconoció a Berthe. Poco después se le unió un hombre tosco y fornido, y los dos se fueron del brazo, parlotteando sin parar.

—La cocinera sale con su amigo —susurró Bazin—. Eso es bueno; los otros se sentirán

más libres.

Sentándose en la sombra de las cortinas, ofreció un paquete de Maryland a su acompañante, tapando la cerilla encendida con las manos.

Durante un intervalo interminable, los dos fumaron en silencio. Una y otra vez se le apagaba el cigarrillo a Geoffrey y tenía que volverlo a encender. Sus músculos se contraían, sus rasgos en la penumbra atenuada mostraban palidez y tensión. Se impacientaba impotente ante la lentitud de la vigilia, atormentado por el miedo de que, mientras ellos estaban allí sentados sin hacer nada, en otro lugar los acontecimientos se desarrollaran con una rapidez fatal.

El reloj invisible dio las diez. Se le escapó un gemido. ¡La noche apenas había empezado!

Un momento después se tensó y puso una mano en el brazo del inspector.

En el estrecho balcón de la habitación de la esquina había aparecido Eduardo, sus hombros achaparrados silueteados contra el resplandor interior. Estaba con la mano derecha apoyada en la barandilla, y Geoffrey vio que había abandonado el cabestrillo. Lenta, indiferentemente, al parecer, su cabeza de bala se giró, recorriendo la avenida en ambas direcciones; luego, echando la barbilla hacia atrás, miró fijamente al cielo nocturno. Una nube de humo pálido salió flotando sobre los castaños del cigarrillo que tenía entre los labios.

Permaneció así varios minutos, luego se retiró, cerrando la ventana. Todo volvió a estar en silencio, aunque la luz dentro de la habitación seguía siendo visible.

Silencio y otra interminable espera. ¿Nunca iba a pasar nada?

Entonces, de repente, de la suave noche surgieron las altas notas de un violín. La melodía, cargada de evocadoras asociaciones, se aferró al corazón de Geoffrey. Era el Tango Albéniz...

Cerró los ojos. Sobre una negruza aterciopelada se balanceaban dos figuras blancas como flores de escarcha brillante, acentuadas aquí y allá por manchas que eran carmesíes como gotas de sangre.

Luego la visión se desvaneció caleidoscópicamente en otra, y sintió a su alrededor una oscuridad diferente, con el olor de los lirios del valle llenando sus fosas nasales. Casi podía sentir el flexible cuerpo pegado al suyo y la presión de aquellos labios que durante dos semanas habían sido un recuerdo constante. Una aguda angustia lo atravesó. Sus uñas se clavaron en las palmas de sus manos.

CAPITULO 38

Catherine abrió los ojos.

¿Qué era ese resplandor rojo que la rodeaba, emitiendo oleadas de calor palpitante?
¿Seguía soñando?

La noche había sido una larga maraña de fantasmas que la succionaban como arenas movedizas cada vez que parecía estar a punto de despertar. En la mayoría de ellos había aparecido el fuego, un humo espeso y brumoso atravesado por destellos de llama turbia. Debía de ser una repetición de sus delirios febriles, esta atmósfera de horno que le hacía latir la cabeza y le provocaba un dolor de garganta por la sequedad.

Incapaz de analizar sus impresiones, permanecía tendida observando el velo carmesí a través de párpados que caían por su propio peso. Mientras tanto, su lánguido cerebro recordaba las visiones que el sueño había evocado para atormentarla, repasándolas una por una.

Un rostro cerúleo —¿de quién era?— surcado de lágrimas e iluminado por altas velas blancas, que mientras ella miraba crecían, alargándose hasta convertirse en cohetes que se disparaban por el espacio. Luego otro rostro, cetrino y duro, con ojos redondos y juntos, que la miraban fijamente con odio venenoso. Curiosamente, ese rostro aparecía cruzado y recruzado por una reja de hierro, como si se viera a través de los barrotes de una prisión. Dondequiera que ella se volviera, allí estaba, mirándola, maligno y lívido. No podía escapar de él. De hecho, estaba poseída por la familiar pesadilla de la parálisis, sintiéndose atada, incapaz de moverse. Finalmente, en su sueño había hecho un descubrimiento nauseabundo. Estaba atrapada en una enorme telaraña, con piernas y brazos prisioneros de mallas implacables, que se le clavaban cuando se retorció para escapar.

A continuación, recurrente, había tenido una impresión seguramente sacada de Las mil y una noches de su infancia. Una grieta en el suelo a sus pies se había abierto de par en par, mientras de ella brotaba un humo pardo que adoptaba ante sus fascinados ojos la forma de un demonio. Rápidamente se hinchaba hasta alcanzar un tamaño gigantesco, sus negros rasgos horriblemente magnificados, una mano en alto blandiendo un garrote para golpearla. No había manera de eludir ese destino fatal. Inexorablemente, el brazo descendía, ella se tambaleaba ante el dolor y se hundía de nuevo en el olvido...

Ahora los rostros habían desaparecido, dejándola vagar con pies de plomo por un desierto de arena deslumante. A cada lado se extendía el yermo ardiente, sobre el que el disco cobrizo del sol caía a través de ondas de calor vibrante. La propia arena la sofocaba, llenándole los ojos, los dientes, la garganta con sus partículas pegajosas. Ansiaba agua, con una sed más devastadora que ninguna que hubiera conocido antes. ¡Agua, agua! ¿No había en el mundo? Escudriñó el horizonte en busca de algún manantial donde pudiera arrojarle y beber hasta saciarse, pero aunque un leve brillo aparecía a lo lejos, sabía que nunca podría alcanzarlo, porque a cada paso se hundía en la masa movediza de arena.

Incluso ahora, aunque la cabeza le dolía cegadoramente y era consciente de una terrible náusea en el estómago, cualquier otra sensación quedaba empujada por una sed atroz. Podía beber hasta secar un pozo. Le vino la idea de que estaba enferma otra vez y que se había despertado temprano después de una noche de fiebre. El resplandor rojo debía ser el del amanecer.

Abrió bien los ojos y miró a su alrededor con curiosidad, maravillándose al descubrir que su habitación había cambiado tanto. ¿Qué era esa tela gruesa que colgaba a su lado, cortándole el aire? Vaya, era una cortina: pesada, de damasco rojo. Su cama no tenía cortinas. Las ventanas también estaban cubiertas de rojo, y también las paredes: carmesí, todo igual. Con la luz filtrándose por las rendijas, todo el lugar parecía teñido de sangre.

De repente comprendió que aquella no era su habitación en absoluto, ni tampoco la que había ocupado en Fontainebleau. No, era un dormitorio nuevo que nunca había visto antes. En el cálido resplandor divisó una cómoda de nogal, cuyo espejo oblongo estaba tocado por un rayo de sol que, por reflexión, proyectaba una mancha brillante en la pared opuesta. Había sillas con cojines rojos, un taburete y un estante lleno de libros con cubiertas de papel amarillo. En el estante había un jarrón con un ramo de anémonas muertas, marchitas y secas hasta ser meros fantasmas de flores. El aire entre ellas bailaba con motas brillantes.

¿Dónde estaba entonces? ¿Llevaba mucho tiempo allí y se le había ido la memoria?

Sus desconcertadas cavilaciones ocuparon solo una fracción de segundo. Casi de inmediato, el recuerdo se abalanzó sobre ella y, en un vívido destello de horror, volvió a ver la imagen presenciada por última vez con sus ojos abiertos: el oscuro rostro de Jeanne cerca del suyo, los cetrinos y furiosos rasgos de Eduardo, el brillo del candelabro en su mano alzada y a su alrededor remolinos de humo gris.

Intentó gritar, pero había una mordaza apretada entre sus dientes; quiso saltar de la cama, solo para encontrarse firmemente atada, sin poder mover ni las manos ni los pies. Todo lo que podía hacer era luchar para incorporarse, un logro que le arrancó el cabello de la tela de debajo con una sensación de dolor. Al girarse, vio que había estado tendida sobre una toalla de baño doblada, en la que había manchas oscuras. Eso significaba que estaba herida. Esta pegajosidad que le contraía la frente y las cejas era sangre seca. ¿Cuán gravemente estaba herida? No podía soltarse las manos para explorar la herida.

A poca distancia yacía su nuevo sombrero verde, aplastado y manchado de sangre. Se le ocurrió que probablemente era debido a esa cubierta protectora que seguía viva, pues el fieltro había amortiguado el golpe que la derribó. El sombrero la había salvado, ¿pero para qué? Sin embargo, seguro que alguien la descubriría, que la ayuda llegaría pronto.

Entonces, incluso cuando la esperanza cruzó su mente, notó de nuevo las anémonas marchitas, el polvo espeso sobre los muebles, y comprendió que, dondequiera que estuviera, la habitación no se había abierto en días, quizá más tiempo. Nadie iría a buscarla allí. El lugar estaba desocupado...

¿Dónde estaba? No había nada que la guiara. Podría estar cerca del apartamento de la señora Bender, o a kilómetros de distancia en algún barrio lejano de París. Al menos estaba razonablemente segura de que esta habitación no era una de las cerradas con llave del piso de su prima. Estas paredes de damasco rojo hablaban de un gusto decorativo ajeno.

El terror la embargó, el sudor brotó por cada poro y le corrió por los ojos. Sintió que no debía perder ni un minuto, sino hacer un esfuerzo desesperado por liberar sus manos, quitarse la mordaza que la ahogaba para poder gritar hasta que alguien la oyera. Durante un breve tiempo luchó con todas sus fuerzas, pero al poco, vencida por el agotamiento, tuvo que abandonar el intento y se dejó caer, sin fuerzas y jadeante. No solo tenía las muñecas atadas, sino que las ataduras, que parecían tiras de lino, rodeaban su cuerpo capa tras capa, hasta los codos. Del mismo modo, sus piernas estaban envueltas en vendas como las de una momia, mientras que el nudo que sujetaba la mordaza estaba tan bien hecho que sin el uso de los dedos era imposible siquiera pensar en quitársela. La lucha la había dejado débil y mareada. Las náuseas la invadieron, la habitación nadó ante ella en una neblina rojiza.

Por fin reunió sus facultades. A su alrededor reinaba un silencio absoluto, y los sonidos que llegaban del exterior eran apagados y débiles: solo cláxones de coches a lo lejos, nada que indicara si estaba en el barrio que conocía o en otro completamente distinto. Sin embargo, los ruidos de la calle estaban tan lejanos que concluyó que la habitación debía estar en la parte trasera de un edificio. Más allá de eso, no podía decidir nada. Quién era el dueño del lugar, por qué estaba desierto, seguía siendo un misterio.

Debía de haber estado desmayada por la pérdida de sangre, porque de vez en cuando la escena se nublaba y era incapaz de concentrarse. Cuando, después de uno de esos intervalos de semi-estupor, el miedo la despertó de nuevo, notó con sobresalto que la luz, en lugar de aumentar, se desvanecía rápidamente. El resplandor había desaparecido, tragado por un crepúsculo cada vez más profundo. La noche se acercaba. En un momento estaría a oscuras. Se estremeció como con un escalofrío ante el pensamiento.

Era sábado por la noche. Un rápido cálculo le indicó que debía de haber estado allí unas diecisiete horas. ¿Qué había pasado con el incendio? Germaine estaba muerta. No cabía duda de ello. El recuerdo del rostro inmóvil iluminado por las llamas vacilantes acudió a ella con fuerza. Así pues, no se podía ocultar; la noticia ya debía de estar en los periódicos. ¿Lo sabría Geoffrey? Entonces recordó que él había planeado conducir a Fontainebleau poco después del almuerzo, así que si no se enteraba de lo ocurrido antes, nada lo detendría. Quizá incluso ahora lo ignoraba, preguntándose por qué ella no le había llamado para ahorrarle un viaje inútil. Lo más probable era que estuviera molesto con ella por su falta de consideración. Los Hardwicke también... ¿qué habrían pensado cuando ella no se presentó esta mañana? Hacía horas que estaban camino de Italia. En todo París no había una sola persona que la echara de menos hasta que fuera demasiado tarde.

Su cerebro retrocedió ante la obvia conclusión. Temblando en cada músculo entumecido, permaneció quieta y trató de rezar...

Ahora estaba más oscuro. Apenas podía distinguir las formas de los muebles, con el pálido rectángulo del espejo débilmente visible. Sola, sin poder moverse ni gritar, allí tendría que quedarse como un conejo en una trampa y esperar... ¿cuánto tiempo? Quizás hasta que la razón la abandonara. En cuanto a su destino final, no albergaba ilusiones. Desde la noche anterior era un testigo peligroso y, como tal, debía ser suprimida. Esos asesinos no podían permitirse dejarla vivir. Para salvar sus propias pieles, debían eliminarla por completo antes de que nadie pudiera adivinar la verdad.

¿Cómo se deshacía uno de los cuerpos? La forma más segura y eficaz: el Sena, esa corriente de rápido flujo que cada año cobra su tributo de víctimas. ¿O la llevarían a algún rincón remoto del Bosque de Bolonia, o del Bosque de Vincennes, para dejarla allí y que la policía la encontrara? No, difícilmente intentarían eso. Ahogarla era mucho más sencillo.

Así permaneció tendida, con el cuerpo acalambrado y el cerebro atormentado, helándose y quemándose alternativamente, hasta que un piadoso coma envolvió sus sentidos. Pasaron horas y ella no supo nada.

¿Qué era ese nuevo sonido que penetaba en su conciencia, llamándola persistentemente a la realidad? Música: un violín sonaba, no muy lejos. Escuchó, aguzando el oído para captar las altas y puras notas. Plateadas y finas se elevaban, por encima de un débil acompañamiento de piano, y con un ritmo que reconoció de inmediato como el del Tango Albéniz. ¿Dónde lo había oído tocar así, con ese mismo fraseo, y con ese ralenti cantarín donde ella sabía que iba a aparecer?

Entonces lo recordó.

Las lágrimas brotaron de sus ojos, su garganta seca se contrajo mientras una voz le susurraba que probablemente era la última vez que escuchaba música, y que nunca más volvería a sentir el abrazo de unos brazos fuertes. Al mismo tiempo, otra parte de su cerebro registró que aún estaba cerca del violinista invisible, por consiguiente no lejos de su antigua morada.

¡Ay, si pudiera hacer ruido, romper una ventana, derribar un mueble, cualquier cosa! Mientras el tango se deslizaba hacia su cadencia final, comenzó una nueva lucha, esforzándose por mover su cuerpo hacia el borde de la cama. Fue peor que inútil. Estaba demasiado débil, y no podía mover los codos para conseguir suficiente palanca.

La música continuaba. Ahora era el Caprice Viennois, con sus seductores dobles terceras y su fantástico interludio, haciéndole imaginar figuras enmascaradas deslizándose por un callejón oscuro, polillas misteriosas a la luz de la luna bajo un cielo salpicado de nubes negras como la tinta. Carnaval, una noche de primavera, todos los aspectos apasionantes de la vida que estaba a punto de abandonar para siempre. Luego siguió la sonata de César Franck, grácil y delicada como un ramillete de flores de manzano. La agonía de aquello parecía ahora más de lo que podía soportar.

La interpretación cesó. ¡Qué silencio! Solo esos lejanos cláxones entrecortados, punzando la quietud, recordándole que a su alrededor los despreocupados buscadores de placer seguían sus diversos caminos, sin soñar el tormento que existía dentro de esta habitación cerrada y sin aire. Durante unos diez minutos permaneció tendida escuchando los latidos de su corazón, golpe tras golpe, martillazos rápidos y regulares. Contaba los golpes mecánicamente, para no pensar.

De repente se tensó al llegar otro ruido a sus oídos. Sin previo aviso, una puerta se abrió sigilosamente, y se acercaron pasos amortiguados. Al instante se incorporó de nuevo, bañada en sudor. Alguien había entrado en el apartamento, se acercaba suavemente y sin vacilar hacia su escondite. Antes de que pudiera hacer algo más que apretar su cuerpo atado contra la pared, una llave chirrió en la cerradura y el invisible intruso entró. En la densa oscuridad captó la rápida inhalación de una respiración precipitada, y por un instante pensó que el corazón le iba a estallar.

Una mano tanteó a lo largo del zócalo, como buscando un interruptor, luego, cerca, una voz de hombre susurró imperiosamente:

—Touche pas la lumière. J'apporte une bougie, moi...

En el mismo momento hubo un raspón de cerilla, seguido de un deslumbrante resplandor, y a la luz de un cabo de vela protegido por una ancha palma, dos figuras oscuras emergieron de la penumbra. La más pequeña se acercó de puntillas, se inclinó y escudriñó su rostro.

Era Jeanne. Detrás de ella se alzaba la masa sombría del portugués, sus ojos inyectados en sangre brillando a la luz de la vela. Ambos sirvientes llevaban abrigo y sombrero, y la mujer llevaba un bulto bajo el brazo. Tenía las manos vendadas.

Por un segundo, Catherine la devolvió la mirada con los ojos fascinados. Volvió a intentar gritar, y su voz terminó en un gorgoteo.

Eduardo habló en voz baja:

—¿Conque ha vuelto en sí? Eso está bien. ¡Vamos! Date prisa. ¿Necesitas ayuda?

—No. Vigila mejor la puerta exterior.

—Bien, pues rápido. Aquí está el cuchillo...

¡Iban a matarla allí mismo! Se encogió de repente con tanta brusquedad que trastabilló.

—¡Nada de eso! —ordenó la voz de la mujer, sibilante.

Al mismo tiempo, se sintió brutalmente agarrada y arrojada de espaldas. El rostro cetrino se inclinó sobre ella, los ojos taladrando los suyos.

—¿Puede oír, supongo? Pues entonces escuche atentamente. Va a obedecerme en todo lo que le diga, y si hace un solo ruido, sentirá esto entre las costillas.

Al decir "esto", una punta aguda se le clavó en el costado. La luz amarilla brilló sobre la hoja pulida de un largo cuchillo de trincar, empuñado por dedos asesinos.

—C'est entendu, n'est-ce pas?

Aunque la muchacha no podía hacer ninguna señal, su carcelera quedó aparentemente satisfecha. Retiró el arma, se inclinó sobre los pies de la prisionera y, con un rápido ruido de desgarrar, cortó las tiras que sujetaban los indefensos tobillos. Luego enderezó su cuerpo, lo deslizó hacia el borde de la cama hasta que los pies tocaron el suelo, y desenrollando el bulto, que resultó ser el abrigo de tweed de Catherine, sacó un paquete de gasa quirúrgica.

¿Para qué era eso? La víctima no tardó en saberlo. Incluso mientras se hacía la pregunta, unos dedos rápidos y hábiles comenzaron a envolverle la cara y la cabeza en vendas, cubriendo la mordaza y dejando libres solo la nariz y los ojos. Quedó envuelta como un capullo en vendas quirúrgicas, sujetas aquí y allá con imperdibles. Una zambullida detrás de su espalda y, con una punzada de dolor insoportable, sintió que le ponían el sombrero en la cabeza, tirando de él hacia abajo para ocultar la parte superior de su rostro. Por un segundo se tambaleó, la vela se apagó y rozó las fronteras de la inconsciencia.

Cuando se recuperó, oyó las palabras pronunciadas bruscamente:

—Supongo que podrá andar. Póngase de pie...

La levantaron por completo, un brazo la sujetaba para que no se cayera. Cuando la oscuridad se despejó, se dio cuenta de que le habían echado el abrigo sobre los hombros, colgando suelto sobre sus brazos atados. La mujer decía con duro énfasis, calando su significado:

—Tiene que caminar hasta el coche. Podrá hacerlo. Quédese donde está. Hay una silla al lado para apoyarse.

A la luz humeante de la vela, encajada sobre una cómoda, pudo ver cómo la doncella se ocupaba rápidamente de la cama desordenada, alisando la colcha de damasco rojo y metiendo en un ovillo la toalla manchada de sangre y las tiras de lino, que guardó en el bolsillo de su abrigo. Apenas había terminado cuando Eduardo reapareció en el umbral, con su sombra deformada alzándose tras él.

—¿Listo? ¿Puede tenerse en pie? —susurró.

—Con que la ayudemos.

La risa irónica que acompañó la respuesta hizo correr un escalofrío por la espalda de la muchacha.

—Bueno, pues —con impaciencia—, ¿a qué esperas?

Catherine también percibió una pausa ominosa que al principio no entendió. Entonces sintió que le agarraban la mano izquierda por debajo del abrigo y la estiraban todo lo posible hacia la vela encendida, mientras la mujer se inclinaba sobre ella, con la respiración audible a través de sus apretadas fosas nasales. Simultáneamente, el portugués se acercó un paso más.

—¡Ah, eso! También es una buena piedra. Lástima dejarla escapar.

Entonces Catherine supo que Jeanne estaba examinando su anillo de rubí.

Otra pausa.

—Supón que se lo quito. Él nunca lo sabrá...

—No, pero la policía lo sabrá cuando la saquen del agua. Es un suicidio, recuerda, no un robo. Una pequeñez como esa podría marcar la diferencia.

Un suspiro, cargado de frustrada codicia, luego le soltaron la mano.

Cuando la sacaran del agua. Ahora, con nauseabunda certeza, supo cuál iba a ser su destino.

Tienes razón, he ajustado el texto para que las expresiones y términos en francés que aparecían en tu versión original se mantengan intactos, respetando la atmósfera y el tono de la obra.

Aquí tienes la revisión fiel de este fragmento:

Revisión: El escape por el patio

Con un fuerte olor a mecha humeante, apagaron la vela. Se sintió agarrada por ambos lados y apresurada a través de una segunda habitación, por un pasillo de baldosas, y de allí a un rellano iluminado donde la esperaba un ascensor. La puerta se cerró tras ellos.

—Mejor deja la llave en la cerradura —murmuró Jeanne—. El viejo tonto creerá que la dejó él. ¿Tienes las maletas?

—Aquí, a tu lado. Date prisa, métela dentro.

Fue empujada bruscamente al ascensor mientras una maleta y una sombrerera que reconoció como suyas eran metidas a su lado. Evidentemente, no iban a dejar ningún rastro. Sus captores la siguieron, las puertas metálicas se cerraron con un chasquido, y la jaula descendió lentamente, pasando por tres pisos, hasta la planta baja. Al detenerse, un último rayo de esperanza atravesó a la muchacha muda. No podía ser muy tarde. Quizás el conserje la vería y preguntaría por su identidad. Debía estar alerta para llamar su

atención.

Entonces, como respondiendo a su pensamiento no expresado, Jeanne se inclinó hacia ella y le siseó al oído:

—No has olvidado lo que te mostré hace un momento, ¿verdad? Un solo intento de escapar y lo sentirás. Lo tengo listo en la manga.

Al instante siguiente, la condujeron escaleras abajo por unos escalones poco profundos hacia un patio, en cuyo centro había un pequeño jardín bordeado de jacintos, pálidos a la luz de la luna. No había nadie a la vista, pero arriba, en el primer piso, las ventanas estaban abiertas, y a través de ellas salían risas y el murmullo de voces alborotadas. Había una fiesta en curso. Alguien tocó unos acordes de una canción popular en un piano y empezó a cantar, solo para ser silenciado por una voz femenina que se alzó con fingido fastidio, chillando las palabras: "—Qui a versé la Bénédictine sur ma broderie perse? Cochon, va!"

Mientras la conducían con pies tambaleantes, lanzó una mirada desesperada hacia la logia. Ya estaba a la altura de la ventana iluminada, a través de la cual podía ver cada detalle de la habitación: el aparador de máquina tallado, brillante y pegajoso, el mantel azul sobre la mesa, el reloj en la pared y, junto a él, una estridente oleografía del Mariscal Foch. Pasó de largo en un segundo, pero no antes de que su ansiosa mirada captara la vista trasera de dos figuras sentadas: una era la de un pequeño anciano cuya cabeza estaba rodeada por una media diadema de acero que terminaba en auriculares apretados contra sus orejas. En ese instante, la esperanza murió. El conserje, devoto de la radio, estaba muerto para el mundo exterior, absorto en su disfrute vespertino.

Ahora estaban en la calle, cruzando la familiar avenida de castaños. Al pisar la acera opuesta, un hombre vestido de etiqueta se cruzó con ellos, lanzando una mirada curiosa al rostro vendado de Catherine. Con todas sus fuerzas intentó moverse hacia él, solo para sentir que la presión en sus brazos se intensificaba y una punzada aguda en el costado. Al mismo tiempo, la voz de Jeanne habló con tono tranquilizador, pero lo bastante alto para que el transeúnte la oyera:

—Valor, madame. Solo un pequeño paso más. Apóyese en mí.

Aplastada por la desesperación, la prisionera sintió que las piernas le fallaban, pero la sostuvieron con fuerza y la impulsaron apresuradamente hacia un recodo cercano, donde, al amparo de los árboles que sobresalían, se hallaba un coche vacío. Casi antes de que pudiera comprender lo que pasaba, se encontró en el profundo asiento del interior, con Jeanne susurrando en tono triunfal:

—Ahí tiene, mademoiselle, creo que lo hicimos pulcramente.

Pasaron unos segundos mientras Eduardo colocaba la maleta y la sombrerera en el suelo a sus pies y se subía al asiento del conductor. El motor arrancó, pero no se movieron. En cambio, en la oscuridad, Catherine sintió más que vio a los dos sirvientes esforzándose por mirar hacia atrás, con una actitud llena de alerta expectación.

Desde la penumbra llegaron pasos rápidos que se acercaban al coche. El corazón de la muchacha dio un salto salvaje. Alguien se acercaba, tal vez un posible rescatador. ¡Ay, si pudiera gritar, o al menos hacer alguna señal para llamar la atención! Con un esfuerzo desesperado se lanzó hacia adelante, chocando su cabeza con el cristal delantero. Inmediatamente la agarraron violentamente y la devolvieron a su sitio.

—Ah, ¿conque intentas, eh? —Hubo una imprecación ahogada.

Al instante siguiente, la puerta de su lado se abrió de par en par y un hombre, sin aliento por la prisa, subió. Había suficiente luz para distinguir un rostro blanco como la muerte cerca del suyo, bajo el ala de un sombrero ancho, y dos ojos fijos en ella con una mirada fría e imperturbable.

Se estremeció con una súbita náusea. Eran los ojos de Adolph Blom.

Simultáneamente, el coche se lanzó hacia adelante. Se habían ido.

CAPITULO 39

Dieron las once.

Los observadores en la ventana del estudio del comandante permanecieron sentados en un silencio casi absoluto, con los ojos clavados en el edificio del otro lado. En la ventana de enfrente aún se veía un resplandor, lo que sugería que al menos uno de los ocupantes del piso seguía despierto. Los ruidos de la calle habían disminuido parcialmente en la calma entre la hora de la cena y la medianoche, cuando cierran los teatros y comienza la verdadera vida nocturna de la ciudad.

De repente, un timbrazo del teléfono rasgó la quietud en dos. Geoffrey dio un salto, mientras el inspector alargaba la mano hacia el aparato. Casi sus primeras palabras indicaron que la llamada era para él.

—¿Lo han perdido? ¿Dónde? ¿Hace cuánto? —Luego una pausa, seguida de una exclamación de mezcla de fastidio y resignación—. ¡Maldición! Bueno, ya se ha ido. No se sabe dónde puede estar ahora.

Colgó el auricular y, en respuesta a la mirada de su acompañante, susurró:

—Es uno de mis hombres que ha estado vigilando la entrada del despacho del notario. Hace media hora, Blom salió, tomó el metro en la Plaza Clichy, cogió un tren e hizo dos o tres transbordos. En la Concordia desapareció entre la multitud, así que toda nuestra vigilancia ha sido en vano.

—¿Cree que está tramando algo relacionado con este asunto?

Bazin se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Las repetidas maniobras parecen indicar que sospecha que lo siguen. Si nuestras conclusiones son correctas, está en una situación muy desagradable. Sin embargo, podemos estar seguros de una cosa: no participó en la retirada de la joven anoche. Tengo demostrado que pasó toda la velada hasta las dos en el apartamento de la señora Baron, que estaba dando una fiesta; por consiguiente, si se hizo algo, fueron los de allí quienes lo organizaron. Por eso me concentro en la casa misma, pues en el tiempo extremadamente corto de que disponían no pudieron haberla alejado mucho. Si el mayordomo salió del apartamento, debió ser mientras el inquilino del tercer piso estaba fuera dando la alarma, porque él estaba allí cuando el hombre regresó cinco o diez minutos después.

Geoffrey comprendió lo que quería decir. Viva o muerta, Catherine debía estar en ese momento en algún lugar de las inmediaciones. Sus acosados ojos exploraron la fachada de enfrente, esforzándose en vano por desentrañar el secreto de su escondite.

—Ah, esa es la cuestión —comentó el inspector en respuesta a su muda pregunta—. No hay un centímetro de esas dependencias que no hayamos revisado. Hemos registrado todos los apartamentos y las habitaciones de la servidumbre de arriba. No hay rastro de ella ni de las maletas que trajo a casa.

—¡Pero tiene que estar allí! —murmuró Geoffrey—. ¿Qué hay del espacio entre los pisos? Hay un hueco donde el fuego perforó.

—Lo examiné yo mismo.

—¿Y el tejado mismo? ¿Se puede salir fácilmente a él?

—Bastante fácil, por la trampilla de costumbre, pero también se ha inspeccionado.

Inclinándose hacia adelante, Geoffrey estudió el parapeto. Se extendía a lo largo de un grupo de cinco casas, con una línea variable en altura y forma, pero continua. Después de la quinta casa había un espacio antes de que comenzara un segundo grupo.

—Me pregunto —dijo de repente— si hay algún apartamento vacío en esa hilera.

—Ni uno. Me han informado de que no ha habido ningún apartamento en alquiler en ninguna de esas casas en tres años.

A Geoffrey se le escapó un gemido. A pesar suyo, empezaba a parecer que iban por mal camino. Quizás era verdad que, distraída por la pena y el impacto, Catherine había vagado y encontrado algún modo de salir de la ciudad. Entonces le vino a la mente el telegrama y rechazó la idea. Por mucho que deseara creer que venía de ella, las pruebas en contra de esa suposición eran abrumadoras. No, el mensaje era patentemente falso y, obviamente, ideado para servir a un propósito definido. Bazin debía tener razón. Las palabras "pero telefonearé mañana" seguramente significaban que algo estaba planeado para ocurrir antes de ese momento. Quedaban siete horas como máximo. Mientras tanto, los minutos se escapaban...

Sus reflexiones fueron interrumpidas por un toque en el brazo.

—¡Mire!

Siguiendo la dirección del dedo que señalaba, vio que la luz de enfrente se había apagado. ¿Qué significaba? ¿Acaso los dos de allí se iban inocentemente a la cama, o solo querían que el mundo exterior creyera que lo hacían?

—No pueden hacer nada sin salir primero —murmuró Geoffrey para sí.

—Exactamente, y la casa está bien vigilada. Hay otros dos observando, además de nosotros.

Pasaron diez minutos, y entonces Geoffrey supo que ya no podía soportar la

enloquecedora inacción.

—Voy a salir —dijo abruptamente—. No lejos. Si me necesita, ate su pañuelo al pomo de la ventana. Podré verlo.

—Muy bien, señor —asintió su acompañante—. Pero use la salida trasera, y si cruza la calle, que sea más allá, fuera del alcance de esas ventanas. Por lo que sabemos, puede que estén vigilando para ver si el camino está despejado.

Tardó solo unos segundos en bajar la débilmente iluminada escalera y salir a la calle lateral. Con el sombrero hundido sobre los ojos y el cuello de su gabardina bien subido, Geoffrey se puso en marcha a paso ligero para recorrer el vecindario. Sin detenerse, inspeccionó las ventanas oscuras a lo largo de la calle, luego, tras un breve rodeo, regresó, volvió a cruzar la avenida más abajo y, siguiendo una idea que se le había ocurrido durante la conversación reciente, entró decididamente en la logia de la casa contigua a la de la esquina.

Le recibió un conserje bostezante que, a juzgar por su aspecto, en ese momento estaba considerando si cerrar ya la noche. Disculpándose por la hora tardía de su visita, Geoffrey preguntó si alguno de los inquilinos deseaba subarrendar su piso. Recibió una negativa desdeñosa. No, esos apartamentos rara vez se subarrendaban; todos los inquilinos estaban en ese momento en sus casas, y ninguno tenía intención de irse. Sí, tomaría la dirección del caballero, pero no serviría de nada. El señor haría mejor en acudir a una agencia.

—¿Dice que todos están aquí ahora? —insistió Geoffrey, sin inmutarse por la actitud arrogante del hombre.

—Ciertamente, señor, pero sería lo mismo aunque no lo estuvieran.

Geoffrey le dio las gracias y se fue, para repetir las preguntas en la casa de al lado, donde el resultado, formulado con menos descortesía, fue similar. También en el cuarto edificio recibió una respuesta análoga.

Empezaba a pensar que no había nada en su teoría después de todo, pero no pensaba rendirse sin probar la última de las cinco. Estaba en el acto de entrar en la amplia entrada, de la que salían sonidos de risas y voces agudas, cuando una figura masculina se desprendió de la sombra de los castaños y dio un paso hacia él. Para su asombro, oyó que llamaban su nombre en voz baja:

—¡Señor Macadam! ¡Una palabra con usted, por favor!

La voz apagada estaba cargada de excitación. Girándose, Geoffrey distinguió los lúgubres rasgos de Bernard, a quien desde el mediodía había olvidado por completo.

—¡Usted! ¿Qué hace aquí?

En lugar de responder, el agente se alejó hacia el amparo de los árboles, donde, tras echar

un vistazo alrededor, Geoffrey lo siguió. En la oscuridad, sus cavernosos ojos parecían meras cuencas de sombra bajo el duro borde de su sombrero hongo.

—¡Señor! ¡Qué suerte que haya venido! ¿Quién cree que está en este momento con el conserje en esa logia donde usted iba a entrar?

Geoffrey negó con la cabeza, con los ojos fijos en el rostro del otro.

—Es Adolph Blom. He estado vigilando esta casa, porque es a la que el mayordomo fue esta mañana, y he pensado que ese dato podría significar algo para nosotros. Hace un cuarto de hora vi entrar al notario. Está con el conserje ahora, charlando como si fuera un viejo amigo.

¡Blom, allí, en ese barrio!

—¿Qué cree que significa? —preguntó Geoffrey rápidamente.

—No lo sé. Miré por la ventana y los vi manipulando la radio, pero no puedo creer que sea solo una visita social. Opino que está esperando a alguien, que la logia es un punto de encuentro... pero para qué, no sabría decir. Quizá... —Se detuvo y dejó vagar la mirada lentamente sobre la entrada iluminada, pero aunque el oyente esperaba con impaciencia, no completó la frase.

Mientras tanto, el joven maldecía su estupidez por haber permitido que esta casa en particular se escapara de sus cálculos. Sin duda debería haber imaginado que la visita de Eduardo allí ese día debía tener algún significado, y sin embargo, como no veía nada en ello, casi lo había borrado de su mente. Haciendo rápidamente inventario de la situación, explicó su propia presencia, señalando la ventana a unos cien metros por la calle donde hasta hacía poco había estado apostado.

—El inspector de policía está allí ahora. Quédese aquí mientras le cuento lo que ha pasado. Hace apenas un momento Blom le dio esquinazo a uno de sus hombres, así que eso puede darnos alguna pista. Hemos estado suponiendo que la señorita West está escondida en el edificio de la esquina, pero ahora... —Vaciló, mirando a su alrededor.

—Comprendo, señor. Me estoy haciendo la misma pregunta. Me quedaré de guardia mientras Blom esté aquí.

Tres minutos después, jadeando por su carrera escaleras arriba, Geoffrey abrió la puerta del estudio. A unos metros de distancia, la punta roja de un cigarrillo le indicó que el inspector seguía en su puesto.

—Bueno, ¿señor? —llegó el susurro expectante.

—¡Blom! —estalló Geoffrey—. Ha aparecido en esta calle, en la logia de esa última casa de allí. Es la casa que el mayordomo visitó esta mañana. ¿Qué le parece?

Acostumbrado ya a la penumbra, pudo ver cómo el inspector lo miraba fijamente con incredulidad. Luego captó una imprecación ahogada mientras el hombre se ponía de pie de un salto y fijaba la mirada en la larga línea de los tejados de enfrente.

—¡Maldita sea! ¡Qué tontos somos! ¡Esa casa de allí es la que deberíamos estar vigilando, no esta! ¿Cómo se enteró de esto? ¿Ha visto al tipo?

Geoffrey relató brevemente lo ocurrido. Mientras escuchaba atentamente, Bazin consultó la esfera luminosa de su reloj, cuyas manecillas marcaban las once y veinticinco.

—Se está haciendo tarde, pero ese conserje de allí no cerrará hasta que su visitante se haya ido. Si tienen a la señorita escondida en algún lugar de ese edificio...

Incluso mientras hablaba, vieron al gordo y viejo portero del otro lado salir tranquilamente y empezar a cerrar las pesadas puertas.

—¿Cree que puede estar ahí? ¿Que la han llevado a través de...?

La frase se le murió en la garganta mientras se inclinaba de repente hacia la ventana, mirando fijamente a un hombre que venía corriendo hacia ellos entre las filas de castaños. Los rápidos pasos amortiguados llegaron a la acera de abajo, y en ese mismo instante una voz ronca llamó a Geoffrey por su nombre.

—¡Señor!, ¡baje otra vez, no hay un momento que perder! Acabo de ver al portugués, junto con dos mujeres, cruzar hacia la Plaza Lamartine y subirse a un coche. No lo sé, pero creo que una de las mujeres podría ser su amiga.

La advertencia actuó sobre los oyentes como una descarga galvánica. Con un solo impulso, los dos hombres se lanzaron hacia la puerta, bajaron a toda prisa la ancha escalera y, sin aliento, se enfrentaron al excitado agente.

—¿Un coche? ¿Qué clase de coche? ¿Cuándo?

—Es un gran Rolls-Royce negro, parado en la Plaza. Vi a los tres salir de la casa: un hombre y una mujer llevando entre ellos a una señora inválida, con el rostro cubierto de vendas, así que no pude ver quién era. Cuando llegaron al coche, me pareció reconocer al mayordomo.

Los encendidos ojos de Geoffrey se encontraron con los del inspector.

—¡Son ellos! ¡Estoy seguro! ¡Rápido, los seguiremos! ¡A toda velocidad! —Y sin esperar respuesta, guió el camino a toda velocidad hacia la esquina, hacia el recodo donde se veían las luces del coche del inspector.

No había tiempo para considerar cómo la pareja a la que creían confinada en el piso de enfrente había salido de otro edificio doscientos metros más abajo en la calle. Además, solo había una manera de que hubieran realizado ese truco: un pasaje por los tejados. La

señora inválida debía ser Catherine, y al pensarlo, el corazón de Geoffrey dio un gran salto. Seguía viva, pero en peligro inminente. En ese momento la estaban conduciendo hacia su muerte, de eso se sentía horriblemente seguro.

En menos de un minuto, Bazin estaba al volante, con Geoffrey a su lado y Bernard en el asiento trasero. Rápidamente, el coche avanzó hacia la avenida, ahora vacía hasta donde alcanzaba la vista. La Plaza Lamartine se extendía frente a ellos, a la derecha.

—No ha pasado más que unos minutos —les aseguró el agente—. Si tenemos suerte, podemos alcanzarlos. ¡Aquí estamos! ¡Estén atentos!

Habían entrado en la Plaza Lamartine, un lugar apartado que comprendía un grupo de casas independientes, cada una rodeada de su propio trozo de jardín amurallado. Geoffrey se inclinó hacia fuera, escudriñando la oscura calzada en todas direcciones, luego golpeó su rodilla con el puño cerrado y maldijo en voz alta.

Todo el lugar estaba desierto.

—¡Dios mío, se nos han escapado!

Era verdad. Por corto que hubiera sido el intervalo, el trío, el coche y todo, habían desaparecido por completo.

CAPITULO 40

El frío de una oscuridad absoluta descendió. El inspector habló primero, mirando hacia atrás mientras retrocedía hasta salir de nuevo a la avenida.

—No pueden llevarnos más de unos minutos de ventaja. La cuestión es: ¿en qué dirección se han ido?

Antes de que ninguno de sus acompañantes pudiera responder, un sirviente de librea entró en la plaza, viniendo desde el extremo inferior de la calle. Geoffrey le gritó.

—¿Ha visto algo de un Rolls-Royce negro que estaba aquí hace un momento?

El hombre se detuvo en el acto de abrir la puerta más cercana y miró al grupo con leve sorpresa.

—La verdad es que vi ese coche, señor —respondió cortésmente—. Estaba aparcado allí, vacío, hace veinte minutos, y hace un momento pasó a mi lado cuando cruzaba la Avenida Victor Hugo.

—¿En qué dirección iba?

—Hacia el Bosque, señor.

El inspector soltó un gruñido.

—Como pensaba: hacia la Puerta Maillot —murmuró.

Al segundo siguiente ya habían salido de la plaza y se dirigían hacia el Bosque, al que entraron por la Gran Henri Martin, tomando de inmediato a la derecha por el Paseo de las Fortificaciones. No se dijo una palabra mientras pasaban zumbando junto al Pabellón de la Delfina y la Puerta del mismo nombre, con sus tres pares de ojos clavados en la calzada brillante que tenían delante. Unos minutos les llevaron hasta la Puerta Maillot, donde se vieron obligados a detenerse. Mientras el peajero les entregaba el tique de salida, Bazin le lanzó una pregunta escueta.

—¿Un Rolls, señor? ¿Dice que negro? —El hombre pensó un momento, mientras los tres pendían de su respuesta—. Sí, un coche negro grande pasó hace no mucho. Seis o siete minutos, diría yo. Tres pasajeros y un chófer vestido de paisano —creo que extranjero—. Llevaban a una señora enferma a un hospital en algún lugar de allí —e hizo un gesto con la cabeza hacia Neuilly—. Me imagino que la han operado de la cara, porque llevaba la cabeza vendada. ¿Es a ese grupo al que se refieren?

—¡Señor inspector, son ellos! —exclamó Bernard.

—¡Ah! —exclamó Bazin—. Vamos por buen camino —y pisando el acelerador, se lanzó

hacia la ancha Avenida de Neuilly.

Ante la segunda mención de las vendas, el corazón de Geoffrey dio un vuelco. Sin embargo, Catherine estaba sin duda viva, había logrado caminar un par de cientos de metros hasta el coche. No debía permitirse pensar en posibilidades horribles, sino tratar de creer que la cobertura de su rostro era solo un intento de disfraz. Ahora todo el asunto consistía en alcanzarla antes de que pudieran hacerle más daño, una empresa que desafiaba al máximo sus capacidades de ingenio y velocidad. El coche de la Comisaría tenía un buen motor, pero con una desventaja de seis o siete minutos parecía imposible adelantar a un Rolls, sin mencionar que en cualquier momento la presa podía eludirlos por completo con algún giro inesperado. Expresó su temor a su acompañante.

Atento a la carretera, el inspector respondió con un movimiento de cabeza.

—Es cierto que nos llevan cierta ventaja, pero eso no significa necesariamente que no podamos alcanzarlos. Recuerde que aún no pueden tener idea de que los siguen, por lo tanto no arriesgarán a que los detengan yendo a excesiva velocidad. Tienen varias horas por delante, tiempo de sobra para recorrer una distancia considerable y aun así estar de vuelta por la mañana.

—¿Entonces cree que piensan regresar?

—¡Pero claro, señor! Cuando hayan cumplido su propósito. A menos que esté totalmente equivocado, esos sirvientes piensan volver a deslizarse en el apartamento por la puerta privada antes de que nadie se mueva, digamos a las cuatro o cinco de la madrugada.

—¿Y su destino?

—Me temo que no cabe mucha duda, señor. Algún punto solitario a orillas del río.

Geoffrey contuvo un escalofrío. Era lo que su propia convicción le había dicho, y con una mente enferma visualizó esos titulares tan lamentablemente familiares en la prensa diaria: "Cuerpo de Joven Encontrado en el Sena..."

—¿Tiene idea de qué lugar elegirán?

—Ah, eso es difícil de decir. Difícilmente se aventurarán a algo demasiado cerca de la ciudad, pero sea cual sea el lugar que tengan en mente, se dirigirán directamente a él, puede estar seguro de eso. Desde su punto de vista, cuanto antes esté hecho, mejor para ellos. Por eso no me atrevo a telefonar por adelantado para que los detengan. Me parece que nuestro camino más acertado es seguirles la pista de cerca.

Geoffrey no dijo nada más. Con la mirada fija en la perspectiva que se extendía ante él, se inclinó hacia adelante, con cada músculo de su cuerpo tenso como el acero. Ningún sonido le llegaba salvo el zumbido del motor y la tensa y ligeramente asmática respiración de Bernard detrás.

El Puente de Neuilly apareció a la vista. Lo cruzaron y luego redujeron la velocidad, dudosos sobre qué camino tomar. Un somnoliento sargento de policía que salió a la vista, le gritaron una pregunta que, tras una mirada estúpida, logró responder.

—¿Un Rolls-Royce? Creo que pasó uno hace cinco minutos más o menos, pero estaba hablando con un motorista en ese momento, y no me fijé... Espere un momento, sin embargo. ¿Un coche negro grande, que iba bastante rápido? Sí, lo recuerdo ahora. Iba en dirección a La Defensa.

Con un grito de triunfo, Bazin se lanzó hacia adelante.

—Creo que estamos ganando un poco —comentó—. En cualquier caso, no nos hemos desviado.

Llegaron al monumento a La Defensa de París, preguntaron de nuevo con resultados menos seguros y, vacilantes, eligieron el camino a Nanterre, desde allí apretando hacia Rueil. Aquí encontraron más ánimo. Un automovilista que cambiaba una llanta les informó de que había visto un coche que coincidía con la descripción del Rolls solo unos minutos antes.

—¡Bien! Entonces seguimos bien. A menos que surja algo que trastorne nuestros cálculos, propongo pasar por Malmaison hasta Bougival y ver qué oímos cuando llegemos allí. Empiezo a tener una idea...

Geoffrey lo miró con impaciencia, pero él cerró la boca de golpe y la mantuvo así durante otra milla más o menos.

Ahora había tramos cortos de campo abierto. El olor del asfalto había cedido a la fragancia de los campos, mientras que algún esporádico árbol frutal en flor se mostraba blanco a la luz de la luna. Al pasar a toda velocidad junto al Castillo de Malmaison, esa tranquila morada rebotante de los íntimos recuerdos del gran Napoleón, Geoffrey recordó con una punzada de dolor cómo apenas tres semanas antes se había sentado con Catherine en el jardín y había escuchado mientras ella, algo tímida, le hablaba por primera vez de su compromiso roto. Ahora podía ver el color en sus mejillas, como una mancha de vino tinto, el brillo líquido que brotaba en sus ojos, sus delicados dedos nerviosos jugando con un tallo de hierba.

Por centésima vez maldijo su estupidez por no haber previsto la trampa en la que había caído. ¡Si tan solo el conocimiento de las intenciones de Blom le hubiera llegado un día antes! Le parecía increíble que no fuera hasta ese mismo día cuando hubiera comprendido la monstruosa verdad, aunque el asunto había estado ocurriendo constantemente ante sus ojos durante más de dos meses.

La agonía de la incertidumbre continuaba. En Bougival no obtuvieron nuevas noticias, por lo que solo el instinto del inspector los guió para seguir hasta Saint-Germain, esperando obtener allí información.

Pronto estuvieron a la vista de la sombría mole del Castillo, con el tenue resplandor de París a sus espaldas y las oscuras colinas de Montmorency cortando la vista. Abajo, el Sena serpenteaba como una serpiente, su brillante superficie marcada por salpicaduras de luz dorada.

El pueblo estaba casi desierto. En el bulevar principal, un sargento, parpadeando ante el resplandor de sus faros, consideró su invariable pregunta con rostro impasible. ¿Un Rolls? No, no había notado ningún coche así. Había estado en ese mismo lugar durante el último cuarto de hora.

Los perseguidores intercambiaron miradas de desconcierto. Les vino la idea de que el Rolls debía haber tomado un desvío al otro lado de Saint-Germain, en cuyo caso ahora estaría a kilómetros de distancia en otra dirección.

—Sin embargo, esta es la ruta directa —murmuró Bazin obstinadamente—. A menos que esté totalmente equivocado, este es el camino que habrían tomado.

¿Qué hacer? Geoffrey empezó a pensar que quizás se equivocaban al suponer que el río era el objetivo. En cualquier caso, la presa había desaparecido. Habían seguido el Rolls durante muchos kilómetros solo para perderlo ahora cuando otros veinte minutos podrían haberlo puesto a la vista. Cada segundo de demora reducía sus posibilidades.

Con una sensación de desesperanza, recorrieron las tranquilas calles del pueblo hasta llegar a las afueras, donde se encontraron cara a cara con una destartalada carreta de mercado que se dirigía hacia París con una carga de verduras para las Halles. El conductor dormitaba en su asiento, pero la mujer a su lado, robusta y bigotuda, los miró fijamente desde debajo de un sombrero desgastado.

¿Había visto el coche en cuestión? Los examinó con frialdad y escupió en el polvo. Sí, ¡diantre! Acababan de encontrarse con un coche así, a menos de medio kilómetro de distancia, en dirección a Aubergenville. El chófer se había metido en medio de la carretera, cerdo que era, y casi los atropella. Los caballos se habían espantado, ella había tenido que tomar las riendas para evitar un accidente. Si el señor apretaba un poco el acelerador, podría alcanzar a esos cerdos de la carretera —¡mala suerte para ellos y los suyos!

Antes de que terminara de hablar, el coche de la Comisaría se había lanzado en dirección a Aubergenville. De nuevo el débil destello de esperanza; sin embargo, Geoffrey estaba lejos de estar convencido de que su rumbo fuera el correcto. De algún modo temía que ahora estuvieran siguiendo a otro coche. Sin embargo, el inspector parecía satisfecho.

—Escuche, monsieur —dijo, sin apartar los ojos de la carretera—. Desde Aubergenville hay un tramo solitario que lleva directamente al Sena. Es el primer lugar adecuado a este lado de París, y yo habría ido directamente allí si ese sargento no me hubiera confundido. Creo que nuestros amigos rodearon Saint-Germain por miedo a ser identificados más tarde. Si, como creo, se acercan a su objetivo, no quieren arriesgarse, pero su pequeño

desvío puede haberles hecho perder tiempo. Si ese es el caso, puede que los divisemos en cualquier momento.

Tres kilómetros más allá, Geoffrey soltó un grito repentino. Muy adelante, una luz trasera era apenas visible, moviéndose a gran velocidad. A veces desaparecía en la hondonada de una colina, solo para reaparecer en la cresta que se acercaba. Así, siempre a la misma distancia detrás, continuaron durante unos minutos, Geoffrey al borde del asiento, con los ojos esforzándose por mantener a la vista el tenue punto de luz.

Ante ellos se extendía la larga carretera, recta como un trozo de cinta, nada que ver excepto el destello recurrente de la luz trasera. Ahora iban a una velocidad tremenda, y pronto sus esfuerzos se vieron recompensados al ver, a un cuarto de milla por delante, la forma oscura de un coche emerger de la sombra circundante. Un grito de triunfo brotó de tres pares de labios.

—¿Los alcanzaremos?

—Eso dependerá de si sospechan o no que los seguimos. Sin embargo, tendrán que reducir la velocidad al llegar al pueblo.

Ahora aparecieron unas cuantas luces dispersas, marcando los límites de Aubergenville. En el mismo momento, se dieron cuenta de que la distancia entre los dos coches disminuía gradualmente. Por fin, bajo un brillante parche de luz de luna, pudieron distinguir claramente la negra carrocería que se movía a gran velocidad.

—¡Ah, bien! ¡Ahora, si tenemos suerte, los alcanzaremos!

Unos segundos de suprema tensión, luego, para consternación de Geoffrey, el coche de delante, en lugar de reducir la velocidad como esperaban, aceleró de repente y, al instante siguiente, había desaparecido por completo.

—¿Qué significa? ¿Nos han visto?

—Me temo que sí. Parece que están tratando de darnos esquinazo.

Un minuto más los llevó al centro del pequeño pueblo, pero aunque no habían perdido tiempo, el coche negro no estaba a la vista. Cómo había logrado desaparecer en un intervalo tan corto era un misterio; quizás incluso ahora estaba cerca, oculto en uno de los oscuros recodos; pero por lo que respectaba a los perseguidores, podría estar a leguas de distancia. La plaza del mercado vacía no mostraba señal de vida mientras avanzaban lentamente sobre sus adoquines; los oscuros edificios no ofrecían ayuda.

Por fin se encontraron con un sargento de policía solitario que paseaba perezosamente por la acera. A él le gritó Bazin la inevitable pregunta, siendo recompensado con la información de que un Rolls-Royce había pasado hacía solo unos momentos, deteniéndose el tiempo suficiente para que el conductor preguntara por el camino a Poissy.

—¡Poissy!

El tono del inspector era de furioso asombro, mientras que sus dos acompañantes reflejaban sus sentimientos. ¿Estaban sus conclusiones completamente equivocadas?

—¿Está seguro de que preguntó por Poissy?

—Pero absolutamente, señor inspector. Les indiqué qué desvío tomar: el segundo de allí —y señaló hacia adelante—. Partieron inmediatamente en esa dirección, y ya deben estar bien lejos.

—¡Eh bien! —murmuró el inspector con un encogimiento de hombros.

No había más remedio que seguir hacia el desvío indicado y confiar en que la mayor velocidad los pusiera de nuevo a la vista de su presa. Pronto volaban por la carretera con destino a Poissy, inciertos ahora sobre las intenciones de los malhechores y enloquecidos por los minutos perdidos en el pueblo.

—Qué extraño —refunfuñó el inspector, observando la carretera con los ojos entrecerrados—. Si realmente pretenden ir a Poissy, tienen algo diferente en mente de lo que yo pensaba. Casi creo que nos están jugando una mala pasada, que sospechan que los perseguimos y quieren confundirnos.... ¡Oiga! ¿Qué es esto que tenemos delante? ¿Ve esas marcas de neumáticos justo enfrente?

Había pisado el freno tan bruscamente que los otros dos salieron despedidos de sus asientos. En respuesta a su pregunta, Geoffrey saltó del coche y examinó la carretera justo delante de ellos. El fino polvo blanco revelaba la huella de unos neumáticos anchos que se curvaban primero hacia la extrema derecha, luego formaban un giro en herradura hasta que finalmente se perdían, como dos rayas gemelas, en la dirección de la que habían venido.

—¡Dios mío, ha dado en el clavo! Son huellas recientes. Han dado media vuelta y han regresado. Debemos de haberlos perdido por unos dos minutos.

En un instante repitieron la maniobra del otro coche y se encararon de nuevo hacia el pueblo.

—¡Qué suerte! —murmuró Bazin excitadamente, mientras Geoffrey se arrojaba de nuevo a su lado—. Si no hubiera sospechado esa treta, habríamos seguido sin darnos cuenta. Tendremos que espabilarlos ahora si queremos alcanzarlos. Podría tomar un desvío a la derecha que conozco e intentar cortarles el paso, pero en este momento no me atrevo a arriesgarme. El río está justo ahí abajo, a poca distancia —e hizo un gesto con la cabeza hacia el terreno descendente—. En otro momento llegaremos a la carretera solitaria de la que hablé.

Ya el coche avanzaba como un cohete. Setos polvorientos pasaban veloces; hasta donde alcanzaba la vista, no había ningún obstáculo. Geoffrey, observando sin aliento, no podía distinguir ni un destello de luz, ni sus oídos detectaban más sonido que el rítmico martilleo sobre la dura superficie de la carretera. Si ahora se le reventara un neumático... pero no, no se podía pensar en accidentes. Cada segundo los acercaba más al Sena, que fluía silencioso al pie de la pendiente, lejos de toda habitación. Quizás el Rolls ya había llegado por alguna ruta cercana. Ciertamente, a esta velocidad parecía increíble no alcanzar el coche, si realmente había venido por este camino.

Atravesaron el corazón de una extensión boscosa, salieron de nuevo al descampado, luego volvieron a la sombra de un grupo de pinos. Todavía sin luces. Ahora, a lo lejos, aparecía la delgada línea de álamos que bordeaban el río. En tres segundos más estarían a la vista de las orillas. Una horrible convicción asaltó a Geoffrey. Llegaban demasiado tarde. Aquella conversación en las calles de Aubergenville, por breve que hubiera sido, había frustrado sus esperanzas. Ya los malhechores estarían de regreso a casa, con un pasajero menos...

—¡Cuidado! ¡Dios mío, no...!

La advertencia llegó un instante demasiado tarde. Concentrados en el paisaje que tenían delante, ninguno de los dos hombres había visto el camino oculto a la derecha hasta que estuvieron encima. Hubo una visión confusa de un monstruo negro y giratorio sobre ruedas que se les abalanzaba, y antes de que Bazin tuviera tiempo de hacer más que desviarse bruscamente a la izquierda, un golpe demoledor los embistió de costado, empujándolos con un impacto terrible hacia el seto opuesto. La puerta junto a Geoffrey estalló y él salió despedido de cabeza al suelo. En el mismo momento sonó una mezcla de maldiciones, gritos, chirridos de frenos y tintineo de cristales. Poniéndose de pie de un salto, medio aturdido, vio, a tres metros de distancia, la masa oscura del Rolls que habían estado persiguiendo balancearse un segundo, para luego volcar pesadamente sobre su costado.

No había tiempo para preguntarse cómo había ocurrido esta catástrofe final. Ya los dos acompañantes de Geoffrey habían saltado de su destrozado coche y estaban a su lado, ilesos salvo por pequeños cortes. Bazin, con el rostro duro brillando de sangre y sudor, empuñaba un revólver en una mano. Los tres hombres se enfrentaron al Rolls volcado en tensa expectación. Todo estaba en silencio. ¿Significaba eso que los ocupantes estaban aturdidos, quizás muertos? Si alguno de ellos había sido arrojado fuera, el inmenso peso del vehículo al caer debe haberlo aplastado por completo. El corazón de Geoffrey se detuvo. ¡Catherine dentro de esa trampa mortal! ¿Era este el fin de todo?

Durante lo que pareció una eternidad, permaneció clavado en el sitio, mirando con ojos desorbitados el coche como una tumba, alrededor del cual aún giraban nubes de polvo pulverulento. Entonces, con una sensación de grotesca irrealidad, vio emerger a dos figuras, trepando por las ventanas expuestas. Primero el portugués, sin sombrero, sus cetrinos rasgos surcados de regueros de sangre, mientras el lóbulo de una oreja colgaba de un jirón de piel; luego Jeanne, con el cabello echado hacia atrás, el rostro de una palidez cadavérica, del que sus ojos juntos miraban con una fijeza horrible. Apenas había

agarrado el marco para izarse, cuando desde detrás una mano de hombre la apartó a un lado y se agitó en el aire a la manera de un ahogado. Luego un rostro blanco como la muerte se asomó por la abertura y un par de pálidos ojos de bordes enrojecidos contemplaron la escena.

Los acontecimientos se sucedieron ahora con tanta rapidez que resultaba imposible ordenarlos. Eduardo, al bajar al suelo, lanzó una sola mirada al grupo cercano y se lanzó de cabeza hacia el fondo de la pendiente. Al instante, Bernard se abalanzó sobre él, hubo una breve lucha, el ruido de un disparo, luego el agente fue arrojado al suelo, mientras la figura voladora del portugués se alejaba. Había recorrido veinte metros cuando un segundo disparo resonó, esta vez del arma del inspector, y todo el grupo vio al cuerpo achaparrado tambalearse, vacilar y desplomarse boca abajo en medio de la carretera, con un revólver humeante en la mano. Al menos uno de los malvados había sido neutralizado.

—¡Atención! ¡Ah, crapaud!

Geoffrey se giró ante el agudo grito del inspector a tiempo de ver la mezquina figura de Blom apoyada contra el guardabarros del Rolls, sus pálidos ojos brillando a la luz de la luna, un revólver levantado en el acto de apuntar. Un tercer disparo estruendoso. Geoffrey sintió una llama caliente quemarle el hombro mientras se lanzaba sobre su agresor, trabando con él en una lucha a muerte. En ese momento se dio cuenta de que su brazo izquierdo estaba inútil, roto por encima del codo por su reciente caída. Sin inmutarse por el percance, enrolló los dedos de la mano derecha alrededor del delgado cuello, sintió la tensión de los músculos mientras el hombre apresado se doblaba para liberarse, mostrando una fuerza inesperada. Una neblina roja lo borró todo. Con un pie alrededor de la pierna del notario, arrojó a su víctima al suelo, cayó encima de él, sin ser consciente de nada salvo un rostro que se amorataba rápidamente y una lengua que comenzaba a salir horriblemente...

Una voz jadeó a su oído:

—Así está bien, monsieur.

En el mismo instante oyó el chasquido de unas esposas y fue apartado de allí.

Parpadeando y tosiendo por el polvo, se levantó y vio cerca una segunda escena de violencia. Jeanne, con los músculos rígidos como los de una maníaca, un largo y mortífero cuchillo en la mano, se abalanzaba sobre Bernard, quien en el último momento logró sujetarle las muñecas con su agarre huesudo.

—Ah, ¡la diablesa! ¡Quería clavárselo en el corazón!

Un golpe rápido del puño de Bazin golpeó los nudillos tensos, el cuchillo cayó al suelo con estrépito, y otro chasquido sonó mientras un segundo par de esposas se colocaba en su lugar. Incluso entonces la mujer intentó hincar los dientes en la mano del agente, pero los otros dos la sacudieron y la arrastraron hacia el coche de la Comisaría.

Un minuto más tarde, la doncella y Blom estaban bien atados con una cuerda sacada de la caja de herramientas. Mientras apretaba el último nudo, el inspector lanzó una mirada interrogativa hacia la figura inmóvil que yacía un poco más lejos.

—Ese no nos dará problemas —comentó con significado—. ¡Bien! Ese asunto está terminado. ¿Pasamos nuestra atención a la señorita?

Geoffrey respiró hondo. Desde que los tres conspiradores habían salido al exterior, ningún sonido o movimiento había provenido del Rolls. ¿Acaso indicaba eso que la oscura caverna estaba vacía? Un devastador temor se apoderó de él mientras se acercaba lentamente, temiendo mirar por la ventana.

Ella estaba allí. Vio en el fondo una masa acurrucada, de la que en la oscuridad no podía distinguir más que un montón de ropa.

—Permítame, monsieur. Poco puede hacer con ese brazo suyo. Probablemente se ha desmayado.

Fue extremadamente difícil extraer el cuerpo inerte, pero finalmente lo lograron, depositándolo suavemente en el suelo. Con dedos temblorosos, Geoffrey quitó el informe sombrero verde, revelando, por encima de las gruesas vendas que ocultaban toda la parte inferior de su rostro, una frente grisácea y hundida, ojos cerrados. Ni un solo parpadeo de sus pestañas alteraba su completa inmovilidad mientras, pesada y sin fuerzas, descansaba en medio de la carretera. Un mechón de cabello oscuro, enmarañado con sangre, se pegaba a su frente, acentuando su horrible palidez.

Geoffrey soltó un gemido.

¿Desmayada?

Estaba muerta.

CAPITULO 41

El inspector estaba cortando las vendas que la rodeaban. Arrodillado a su lado, Geoffrey observaba con expresión pétrea, fatalistamente seguro de que el rescate había llegado demasiado tarde. O los carceleros de la pobre muchacha la habían matado durante el largo viaje, o la muerte había llegado cinco minutos antes, cuando el coche volcó. La pesada inclinación de su cabeza le hizo pensar que tenía roto el cuello.

Cuando se retiró el último pliegue de material, los dos hombres se inclinaron hacia adelante, temiendo la desfiguración que amenazaba con encontrarse. No apareció ninguna. Solo se reveló la apretada mordaza, junto con diversas marcas donde la piel había estado mucho tiempo comprimida.

—Mire lo que le han hecho —murmuró el oficial con un chasquido salvaje de la lengua—. Ahora empezamos a ver... Esos dos tienen mucho de qué responder.

Dicho esto, cortó la mordaza y la retiró con cuidado de entre los labios hinchados. Aparte de la herida en la cabeza, no había ninguna marca visible de lesión, sin embargo, la mejilla que Geoffrey tocó seguía fría como el hielo.

—Las manos también, atadas a su cuerpo. Mire cómo las tiras le han cortado la carne. Esos moretones habrían contado una historia...

Las manos liberadas cayeron al suelo, como dos pesos.

—Está muerta, por supuesto.

Geoffrey no esperaba respuesta a su apagada pronunciación, que era menos una pregunta que una afirmación. Por un momento observó mientras el inspector, sin responder, le pegaba el oído al corazón de la muchacha.

De repente, con movimientos de autómata, el joven se levantó, recogió el revólver que yacía en la carretera y dio un paso hacia las dos figuras atadas, apoyadas contra el polvoriento seto. Apenas oyó el grito asombrado que lanzó Bernard.

—¡Señor! ¿Está loco?

Miró fijamente con estupor mientras una mano huesuda se extendía y le arrebatava el arma de la mano.

Quizás estaba loco. En cualquier caso, no era un yo que él conociera el que había cedido a ese instintivo impulso de venganza. Volvió lentamente en sí al oír que Bazin lo llamaba con brusquedad:

—¡Señor, rápido! Hay una petaca en el bolsillo de la portezuela del coche. Y traiga un cojín, para poder levantarle la cabeza.

Obedeció, seguro de que ningún estimulante podría devolver la chispa de la vida a esa forma sin sentido. Toda esperanza estaba muerta mientras mecánicamente levantaba el cuerpo inerte y observaba cómo el inspector intentaba hacerle tragar unas gotas de coñac.

—Es inútil —se oyó murmurar.

Pasaron segundos. Vio que los otros dos observadores negaban con la cabeza, entonces, incapaz de soportar la vista que tenía delante, cerró los ojos...

Un grito lo despertó.

—¡Señor! ¡Mire!

Obedeció a tiempo para captar el más leve perceptible parpadeo de los párpados. Solo un leve indicio de movimiento, pero fue suficiente.

—¡Catherine! —gritó en un frenesí de amor y anhelo—. ¡Catherine! —y tomando sus manos frías, comenzó a frotarlas con vigor.

Por un solo segundo, los ojos se abrieron, lo miraron sin expresión. Luego los párpados volvieron a caer antes de que hubiera ninguna señal de reconocimiento.

—No ha muerto, señor, pero no debemos perder ni un instante en llevarla a un médico. Esa herida probablemente ha sangrado mucho, además de que ha sufrido terriblemente por el impacto.

Dejando que el joven continuara la reanimación, el inspector se apresuró a inspeccionar su coche dañado, que por milagro aún servía. Al ver que era el caso, mantuvo una breve consulta con el agente, como resultado de la cual se decidió que este último se quedara con los prisioneros mientras la muchacha herida era trasladada a Aubergenville lo más rápido posible en busca de ayuda médica.

Como habían supuesto, el portugués estaba muerto, alcanzado por una bala en la espalda. Arrastraron su cuerpo al borde de la carretera, luego, volviendo a la víctima inconsciente, la levantaron suavemente y la colocaron dentro del coche.

La última visión que Geoffrey tuvo de la escena del siniestro le mostró los ojos vidriosos del mayordomo y sus rasgos manchados de sangre vueltos hacia el cielo iluminado por la luna, y a unos metros de distancia a los dos cómplices vivos, mirando con fiereza y lívidos, mientras Bernard, montando guardia, se apoyaba contra el seto, una figura de buitre perfilada en negro, sus dedos huesudos extrayendo filosóficamente un cigarrillo de un desgastado paquete amarillo.

Tras su breve destello de animación, Catherine había vuelto a un estado de coma.

Mientras su cabeza descansaba pesadamente sobre el hombro de Geoffrey, parecía seguro que no era en absoluto consciente de su entorno. De hecho, apenas parecía respirar, pero había dado la prueba de que estaba viva, y ante ese conocimiento, una pasión de agradecimiento brotó en el corazón de su amado. Estaba allí, en sus brazos, su cabello rozándole los labios en un momento en que, de no ser por la más extraordinaria de las suertes, habría estado en el fondo de la fría corriente arremolinada. Quizás había estado inconsciente durante toda la última parte de su terrible viaje. La herida en su cabeza no era reciente por el aspecto que tenía, ni ninguna lesión nueva, aparte de algunos moretones, había resultado del choque. Encajada entre Jeanne y Blom y con el rostro gruesamente cubierto, incluso había escapado de los cortes del cristal roto.

En el pueblo dormido lograron despertar a un médico, que rápidamente atendió el tajo en su cuero cabelludo y la dejó lo más cómoda posible en un diván de su dispensario. Sufría una leve conmoción cerebral, que, unida al impacto y al agotamiento, la había reducido a un estado bastante grave. Negó gravemente con la cabeza mientras le aplicaba reconstituyentes, pero no puso objeciones cuando Geoffrey sugirió enviar una ambulancia para llevarla al Hospital Americano de Neuilly, solo estipulando que no debía ser trasladada hasta el día siguiente. Luego le entabló el brazo roto al joven, le vendó la herida de bala en el hombro —afortunadamente solo un roce— y, proporcionándole un vaso de coñac, lo dejó para que descansara lo que pudiera.

Mientras tanto, el inspector regresó para recoger a sus prisioneros, tras prometer comunicarse con el anciano Macadam en cuanto llegara a París.

Geoffrey pasó el resto de la noche en aguda ansiedad. Durante largas horas, la pobre muchacha permaneció ajena al mundo, ya completamente inconsciente, ya delirando. Visiones de fiebre cerebral llenaron la mente del que velaba, y durante un tiempo temió seriamente que su razón se viera afectada como resultado de lo ocurrido en las últimas cuarenta y ocho horas. Sin embargo, hacia las siete de la mañana, había entrado en un sueño más o menos normal, y cuando el médico entró trayendo café caliente y la noticia de que la ambulancia estaba en camino, el propio Geoffrey había sucumbido al agotamiento y, con la cabeza caída sobre el diván, dormía profundamente.

Catherine abrió los ojos en una pequeña habitación desnuda, con vistas a un jardín amurallado. Los pájaros cantaban en los árboles afuera, una enfermera uniformada se inclinaba sobre ella con un escrutinio agudo pero amable. Por el momento no tenía la más remota idea de dónde estaba, y mientras le introducían un termómetro en la boca, permanecía tendida examinando su nuevo entorno con leve curiosidad.

—Así está mejor —oyó decir a su guardiana con una honrada voz del medio oeste mientras sacudía el pequeño tubo y lo guardaba en su estuche—. Así está decididamente mejor... Por cierto, hay un joven paseándose por el corredor suplicando que lo dejen verla. ¿Se lo permito entrar un minuto? Se siente bastante maltratado.

Catherine se quedó mirando. Por un giro irónico, sus pensamientos saltaron a Miles

Waring, su ex prometido. ¿Quién sino él podía sentirse maltratado? Luego, al darse cuenta de lo absurdo de esto, se acercó tanteando un poco más a la situación presente.

—Pues claro —respondió débilmente—. Que pase...

Al instante siguiente, Geoffrey estaba a su lado. Estaba horriblemente pálido, pensó, y tenía el brazo izquierdo en cabestrillo.

—¿Qué te ha pasado? —susurró con asombro—. ¿Te has hecho daño? —y extendió una mano que él agarró con un apreón ansioso.

—Solo un brazo fracturado. Nada en absoluto —respondió él con torpeza, devorándola con la mirada—. Eres tú de quien quiero saber. ¿Cómo te sientes?

—Bastante aturdida —murmuró ella—. Acabo de despertar. ¿Llevo mucho tiempo enferma?

Mientras hablaba, levantó la otra mano hacia su cabeza con incertidumbre y encontró el borde de una venda. El asombro se extendió por su rostro.

—Vaya, ¿también estoy herida? ¿Qué es todo esto?

Por un segundo quedó completamente desconcertada. Entonces empezó a recordar.

—¡Claro! ¡Ahora lo recuerdo! —y las pupilas de sus ojos se dilataron—. Fue esa bestia de Eduardo. Me golpeó en la cabeza con un candelabro anoche... ¿o fue anoche?

Él no le dijo que aquello de lo que hablaba había ocurrido hacía cuatro días.

—Eduardo ha muerto —dijo brevemente—. Ha pagado por sus pecados.

—¿Eduardo muerto? —Lo miró fijamente—. ¿Y los otros? —se aventuró temerosamente.

—Encerrados, esperando el juicio. No tienes nada de qué preocuparte ahora.

Ella luchó por asimilarlo.

—Germaine —susurró débilmente—. También está muerta. La mataron, ¿sabes? Le prendieron fuego a la habitación y la encerraron con llave. Intenté detenerlos, pero fueron más fuertes que yo. Ellos...

—Shh, no hables —ordenó él con tono tranquilizador, acariciándole la mano.

—Será mejor que se vaya ahora —advirtió la enfermera, acercándose—. Ha estado así durante horas, desde que la trajeron. No debemos permitir que se altere.

Pero Catherine la detuvo con un gesto implorante.

—No lo eches todavía —rogó, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas que se derramaban sobre sus oscuras pestañas—. No diré nada más si prefieres que no lo haga.

Y así, sin hablar, permanecieron sentados mano en mano durante un largo intervalo de perfecta paz.

CAPITULO 42

Pasaron diez días antes de que Catherine fuera considerada lo suficientemente recuperada para discutir los recientes sucesos sin excesiva agitación, y aunque Geoffrey la veía cada tarde por un corto tiempo, su conversación se limitaba a temas triviales. Sin embargo, al final de ese período, mostró una clara mejoría. Sus nervios se calmaron, pudo dormir toda la noche sin necesidad de sedante, y exactamente dos semanas después de aquel memorable sábado por la noche, le describió a Geoffrey todo lo que había sucedido, desde su llegada al apartamento hasta el momento del choque, cuando perdió el conocimiento por última vez.

Geoffrey a su vez le relató sus experiencias durante el mismo intervalo: el repentino conocimiento del motivo de Blom, su descubrimiento de que ella había desaparecido, su sospecha de los sirvientes, el falso telegrama que lo había desviado, su vigilia en la habitación del otro lado de la calle, y por último, la carrera salvaje contra la muerte, en la que cada momento había sido una tortura, temiendo que la arrojaran al río antes de que los perseguidores pudieran alcanzarlos.

Ella escuchó absorta. Durante todo ese tiempo había ignorado por completo el resorte principal de la trama, y apenas podía contener su asombro al oír lo del planeado matrimonio de Blom con la mujer que, mediante su villanía, esperaba convertir en heredera.

—¡Honorine! —exclamó—. ¿Esa pobre mujer de mediana edad, tan sometida? Estoy casi segura de que ella nunca soñó con el parentesco, tanto como la señora Bender. Supongo que nunca oyeron hablar la una de la otra. No puedo creer que fuera cómplice de ningún delito.

—Estoy seguro de que no lo fue. Bueno, lo más probable es que herede el dinero de tu prima, aunque aún lo ignora; y el desenlace de esto le ha evitado atarse a un sinvergüenza que habría usado su fortuna y la habría abandonado ante la primera cara bonita que se le cruzara.

Ella meditó un poco sobre esto, luego volvió a la noche que casi había acabado con todo para ella. Parecía que el viaje se había realizado en un silencio casi total; Blom, que evidentemente había estudiado un mapa de carreteras, solo hablaba para dar órdenes, y cada pocos minutos la apartaba para asomarse a la ventanilla trasera y ver si los seguían.

—Era solo una precaución, porque todos creían que se habían ido sin ser vistos. Sin embargo, en el tramo de carretera antes de llegar a ese último pueblo...

—Aubergenville —le dijo él.

—...se quedó mirando fuera un buen rato, luego maldijo horriblemente en alemán y gritó por el tubo a Eduardo, diciéndole que condujera a toda velocidad.

—Fue cuando nos vio.

—Puedes imaginarte lo que sentí al saber que el rescate estaba cerca y oír a ese repugnante ser a mi lado planeando cómo despistarlos. Nos detuvimos en el pueblo para preguntar una dirección, luego salimos disparados otra vez, solo para dar la vuelta y tomar dos o tres desvíos hasta que finalmente entramos en una especie de callejón estrecho, muy accidentado.

Él le explicó lo que debió ocurrir, cómo sus captores hicieron el desvío para evitar volver a Aubergenville, y cómo estaban en el acto de entrar en la solitaria carretera que llevaba al Sena cuando se toparon de frente con el mismo coche del que trataban de huir.

—Nunca supe lo que nos golpeó —dijo ella—. Sentí un tremendo golpe que me hizo ver las estrellas, pero si hubo algún pensamiento en mi cerebro, fue que era mejor morir así que ahogada.

Contuvo un escalofrío y, entregando su mano a la de él que la buscaba, se recostó entre sus almohadas.

—Olvidé decirte —comentó poco después, cuando la enfermera hubo traído el té y se retiró discretamente— que esta mañana me visitó Hermione. Pobre, está muy afectada y ha perdido peso visiblemente. La ropa le colgaba. ¿Sabes que nunca mencionó el dinero de Germaine, ni las perlas, aunque seguramente sabe que han desaparecido?

—Mi padre habló con ella después de que abrieran la caja de seguridad. Debió ser un duro golpe para ella, pero se comportó con mucha dignidad.

—Me pareció como atontada. No creo que haya asimilado aún todo. El único comentario que hizo sobre que Honorine reciba la fortuna fue que Dios sabe dónde irá ahora para que le remiendren sus viejos sombreros.

Se rieron un poco de esto.

—Lo peor de todo es que estoy segura de que Germaine le habría dejado algo si no la hubiera manipulado Jeanne. ¿No es terrible? Me temo que la pobre criatura casi no tiene dinero.

—En realidad —respondió él—, las cosas no le irán nada mal. Será ella, después de todo, quien nos proporcione los datos sobre la familia de la señora Bender, y la comisión que recibirá por sus servicios será más que suficiente para mantenerla cómodamente.

Sus ojos se iluminaron.

—¿Es verdad? Me alegra que me lo digas. Me estaba preocupando por ella. Está terriblemente infeliz, ¿sabes? Me dijo que no ha dormido desde la noche del asesinato, pensando en Germaine y su horrible final.

Su voz tembló al susurrar las últimas palabras. Geoffrey dejó su taza y se sentó en la cama junto a ella, levantándole la barbilla con la mano para poder mirar sus ojos apenados.

—Catherine —dijo—. Veo que también tú estás dándole vueltas en la cabeza. ¿No es así?

—Me persigue —admitió—. Cada vez que cierro los ojos, veo esa habitación en llamas y a la pobre Germaine tendida en medio de ellas. Ojalá pudiera olvidarlo.

Él pensó un momento.

—Pero en su momento, ¿estabas bastante segura de que ya había muerto?

—Creía que sí. Solo la vi un instante, antes de que me apartaran a la fuerza.

—Bueno, puedes dar por sentado que no solo no sufrió, sino que ni siquiera se dio cuenta del incendio. Simplemente se durmió como de costumbre y murió antes de que ocurriera nada.

Ella lo miró con ansiedad dolorosa.

—¡Ay, si pudiera creer eso! —exclamó con intenso anhelo—. ¿Crees que es posible?

—Más que eso. Desde la autopsia, estamos bastante seguros. Se encontró que sus órganos contenían suficiente veronal para matarla silenciosamente y sin dolor. El incendio fue solo para encubrir las cosas. Si las puertas estaban cerradas con llave, fue solo porque Jeanne, habiendo fracasado en sus intentos anteriores, no quiso correr riesgos.

Un suspiro de agradecimiento escapó de ella.

—Entonces no habrá dificultad para probar que fue asesinato, ¿verdad?

—Darán pelea, por supuesto, de eso puedes estar segura. Verás, el veronal es una droga que se acumula en el organismo, y sin duda tu prima había tomado cantidades considerables durante meses. Jurarán que la muerte se debió a un paro cardíaco.

El rostro de ella decayó un poco.

—Pero ¿crees que los tribunales aceptarán su versión?

Él dudó ligeramente. Hasta ahora no le había mencionado la parte que ella tendría que desempeñar en el juicio.

—No cuando hayan escuchado tu testimonio —respondió—. Pero no hablemos de eso ahora.

Observándola, vio una luz estoica en sus ojos.

—Estaré a la altura cuando llegue el momento —dijo con intrepidez—. Cuando pienso en lo que esos dos han hecho, yo misma podría pasar por el fuego para llevarlos ante la justicia.

—Un punto tremendo a nuestro favor es su intento de acabar contigo —le recordó—. Les resultará bastante difícil explicar eso.

—Esa fue la estupidez de Eduardo —respondió ella—. Cuando entró y me vio forcejeando con Jeanne, perdió la cabeza y me atacó. Si no hubiera sido por eso, podrían haber fingido que solo querían impedir que me hiciera daño al entrar en la habitación en llamas. No me extrañaría que incluso se hubieran salido con la suya. Jeanne es tan terriblemente astuta. Por cierto —al ocurrírsele una idea repentina—, ¿qué eran esos golpes en la puerta principal que oí justo antes de perder el conocimiento?

Él le dijo que debía ser el inquilino del tercer piso, tratando de despertar a los sirvientes.

—Si no hubiera sido por esa interrupción, probablemente habrían dejado que el fuego siguiera ardiendo mucho más tiempo. De hecho, su plan era probablemente dejar que se consumiera todo el apartamento, logrando escapar apenas con vida. Así, el cuerpo de la señora Bender habría desaparecido prácticamente, junto con todo rastro de sus diversos robos.

—Ya veo. Así que fue ese contratiempo inesperado lo que cambió las cosas para ellos. Debió ser un momento difícil. ¿Qué hicieron conmigo, me pregunto?

—Diría que te trasladaron a una de las habitaciones traseras por el momento; luego, mientras el hombre salió corriendo a dar la alarma, Eduardo debió subirme en el ascensor y llevarte por la trampilla al tejado. Ciertamente, hubo solo un breve intervalo antes de que el lugar se inundara de gente, así que tuvieron que actuar rápido. Probablemente fue la sombra de Jeanne la que vi en la persiana de tu habitación. Debió estar ocupada guardando tus cosas en las maletas, lista para el traslado. Para cuando llegaron los bomberos, ella y Eduardo ya estaban de vuelta en la escena de la acción, fingiendo grandemente que rescataban el cuerpo de su señora.

Ella lo miró con asombro vacío ante esta disposición de los hechos.

—¿Así que pasé el resto de la noche en el tejado? —dijo con asombro.

—Con tu equipaje —respondió él—. Es la única solución que se me ocurre. No estabas en el apartamento al día siguiente cuando lo registramos, y excepto por ese posible cuarto de hora del que hablo, Eduardo no tuvo tiempo libre para sacarte.

—¿Entonces cómo fui a parar al otro apartamento?

—El inspector ha estado investigando eso. El apartamento pertenece a una familia chilena que se fue a Roma, dejando a su mayordomo a cargo. El mayordomo se tomó el fin de semana libre, dejando la llave al conserje, a quien había jurado guardar el secreto. Pero el

conserje mencionó el hecho a Blom, quien al parecer era su hombre de negocios, además de serlo de Eduardo. Él mismo lo admite ahora.

—Sí, continúa.

—Nuestra teoría es que cuando Eduardo le contó a Blom lo que te había pasado y el peligro que corrían, Blom, sabiendo que registrarían el apartamento de los Bender, le aconsejó robar la llave del apartamento vacío, lo que debió hacer durante el tiempo en que Bernard lo encontró con el conserje. Después de esto, volvió a casa, tomó el ascensor directamente hasta la azotea del edificio, subió al tejado, te llevó al otro lado y bajó a la otra casa, y regresó por la misma ruta. Previamente había guardado el coche en otro lugar a nombre de Blom, de modo que todo lo que este último tuvo que hacer fue reclamarlo, conducir hasta la Plaza Lamartine y pasar a visitar amigablemente al conserje en el momento justo para mantener la atención del viejo mientras te sacaban. Todo estaba cronometrado al segundo, y habría salido sin contratiempos si Bernard no hubiera estado vigilando el lugar. Así que ya ves —añadió—, le debes la vida a Bernard.

—Solo en parte. ¿Qué hay de que descubrieras que el telegrama era falso? Si no hubiera sido por eso, ni siquiera habrías estado allí.

—Hubo mucha suerte de por medio. Si no hubiera sentido que no podía quedarme quieto ni un instante más en el estudio del comandante, nunca habría visto a Bernard, y él solo difícilmente habría logrado mucho. Si se hubiera enfrentado él solo a los malvados en esa tranquila plaza, probablemente le habrían clavado el cuchillo de Jeanne y lo habrían dejado en la cuneta.

—Un punto tremendo a nuestro favor es su intento de acabar contigo —le recordó—. Les resultará bastante difícil explicar eso.

—Esa fue la estupidez de Eduardo —respondió ella—. Cuando entró y me vio forcejeando con Jeanne, perdió la cabeza y me atacó. Si no hubiera sido por eso, podrían haber fingido que solo querían impedir que me hiciera daño al entrar en la habitación en llamas. No me extrañaría que incluso se hubieran salido con la suya. Jeanne es tan terriblemente astuta. Por cierto —al ocurrírsele una idea repentina—, ¿qué eran esos golpes en la puerta principal que oí justo antes de perder el conocimiento?

Él le dijo que debía ser el inquilino del tercer piso, tratando de despertar a los sirvientes.

—Si no hubiera sido por esa interrupción, probablemente habrían dejado que el fuego siguiera ardiendo mucho más tiempo. De hecho, su plan era probablemente dejar que se consumiera todo el apartamento, logrando escapar apenas con vida. Así, el cuerpo de la señora Bender habría desaparecido prácticamente, junto con todo rastro de sus diversos robos.

—Ya veo. Así que fue ese contratiempo inesperado lo que cambió las cosas para ellos. Debí ser un momento difícil. ¿Qué hicieron conmigo, me pregunto?

—Diría que te trasladaron a una de las habitaciones traseras por el momento, luego, mientras el hombre salió corriendo a dar la alarma, Eduardo debió subirse en el ascensor y llevarte por la trampilla al tejado. Ciertamente, hubo solo un breve intervalo antes de que el lugar se inundara de gente, así que tuvieron que actuar rápido. Probablemente fue la sombra de Jeanne la que vi en la persiana de tu habitación. Debió estar ocupada guardando tus cosas en las maletas, lista para el traslado. Para cuando llegaron los bomberos, ella y Eduardo ya estaban de vuelta en la escena de la acción, fingiendo grandemente que rescataban el cuerpo de su señora.

Ella lo miró con asombro vacío ante esta disposición de los hechos.

—¿Así que pasé el resto de la noche en el tejado? —dijo con asombro.

—Con tu equipaje —respondió él—. Es la única solución que se me ocurre. No estabas en el apartamento al día siguiente cuando lo registramos, y excepto por ese posible cuarto de hora del que hablo, Eduardo no tuvo tiempo libre para sacarte.

—¿Entonces cómo fui a parar al otro apartamento?

—El inspector ha estado investigando eso. El apartamento pertenece a una familia chilena que se fue a Roma, dejando a su mayordomo a cargo. El mayordomo se tomó el fin de semana libre, dejando la llave al conserje, a quien había jurado guardar el secreto. Pero el conserje mencionó el hecho a Blom, quien al parecer era su hombre de negocios, además de serlo de Eduardo. Él mismo lo admite ahora.

—Sí, continúa.

—Nuestra teoría es que cuando Eduardo le contó a Blom lo que te había pasado y el peligro que corrían, Blom, sabiendo que registrarían el apartamento de los Bender, le aconsejó robar la llave del apartamento vacío, lo que debió hacer durante el tiempo en que Bernard lo encontró con el conserje. Después de esto, volvió a casa, tomó el ascensor directamente hasta la azotea del edificio, subió al tejado, te llevó al otro lado y bajó a la otra casa, y regresó por la misma ruta. Previamente había guardado el coche en otro lugar a nombre de Blom, de modo que todo lo que este último tuvo que hacer fue reclamarlo, conducir hasta la Plaza Lamartine y pasar a visitar amigablemente al conserje en el momento justo para mantener la atención del viejo mientras te sacaban. Todo estaba cronometrado al segundo, y habría salido sin contratiempos si Bernard no hubiera estado vigilando el lugar. Así que ya ves —añadió—, le debes la vida a Bernard.

—Solo en parte. ¿Qué hay de que descubrieras que el telegrama era falso? Si no hubiera sido por eso, ni siquiera habrías estado allí.

—Hubo mucha suerte de por medio. Si no hubiera sentido que no podía quedarme quieto ni un instante más en el estudio del comandante, nunca habría visto a Bernard, y él solo difícilmente habría logrado mucho. Si se hubiera enfrentado él solo a los malvados en esa tranquila plaza, probablemente le habrían clavado el cuchillo de Jeanne y lo habrían

dejado en la cuneta.

El juicio de Jeanne Laborie y Adolph Blom se convirtió en las semanas siguientes en un caso célebre. Ambos prisioneros se aferraron obstinadamente a su declaración de no culpabilidad, y durante un riguroso interrogatorio mantuvieron una imperturbable impasibilidad. Su abogado, un letrado astuto aunque algo turbio de Montmartre, desplegó una diabólica astucia en su defensa, de modo que solo tras una larga batalla su defensa se derrumbó bajo el peso de las pruebas acumuladas. Al final, como Geoffrey había previsto, fue el intento de eliminar a Catherine lo que inclinó la balanza.

La verdad, una vez conocida, puede resumirse así:

Poco después del regreso de la señora Bender de América, Jeanne, hasta entonces una sirvienta intachable, se dio cuenta del grado en que la voluntad de su señora se había debilitado y resolvió aprovecharse de ello. Al principio no se aventuró más allá de pequeños robos: manipular las cuentas de la casa, la venta ocasional de algún pequeño objeto de valor; pero animada por el éxito, pronto comenzó a operar a mayor escala. Despidió a los demás sirvientes, contrató a la estúpida cocinera, quien a cambio de salidas liberales y un mínimo de trabajo, se plegó ciegamente a sus planes, y a fuerza de muchas estratagemas, rápidamente acumuló una suma considerable de dinero. En esta época, probablemente no pensaba en nada peor que mantener a la señora Bender en un estado de indefensión para poder seguir robando. Sin embargo, después de casi un año de esto, Blom se abrió paso en el juego, y todo el plan se modificó sustancialmente.

El notario, por cuyas manos pasaba el dinero robado, empezó con el tiempo a extrañarse de las grandes sumas que la doncella le llevaba regularmente para invertir. No le llevó mucho tiempo descubrir la fuente de esa sorprendente riqueza y, una vez seguro de los hechos, se abalanzó sobre Jeanne y su compañero de robos, Eduardo, y les informó brutalmente que o lo admitían como socio de sus ganancias o no perdería tiempo en denunciarlos a la policía. Fue inútil que los dos protestaran su inocencia; los tenía en un callejón sin salida. A partir de entonces, ambos sirvientes se vieron obligados a regañadientes a aceptar sus condiciones.

Entonces entró el siniestro elemento en la trama. Unos meses antes, Jeanne, en una de sus conversaciones con el notario, había mencionado casualmente el apellido de soltera de su señora, junto con el hecho de que la señora Bender no tenía heredero conocido. Blom no dijo nada, pero notó que, por una curiosa coincidencia, el nombre también lo había llevado antes una de sus humildes clientas: la señora Baron, conocida por sus clientes como Honorine. Resolvió averiguar tranquilamente si podía existir un parentesco sanguíneo entre las dos Dieulefit, hizo el viaje a Burdeos y descubrió la asombrosa verdad: la modista no era solo pariente de la mujer rica, sino en realidad su única heredera: ¡una prima en decimoséptimo grado!

Esto le dio la pauta, y acto seguido preparó sus planes con meticulosa sangre fría. Ofreció a Jeanne y Eduardo una opción clara: la cárcel, o confabularse con él para asesinar a la inválida, a cuya muerte él, como esposo de la señora Baron, estaría en condiciones de recompensarlos ampliamente por sus servicios. En esta etapa, es probable que Jeanne, la

mente maestra de los dos sirvientes, aunque odiara someter su voluntad a otro, comprendiera que le convenía hacerlo. Empezó a pensar que su señora no tenía mucho tiempo de vida, por lo que sus ingresos podían cortarse en cualquier momento. Mejor, desde su punto de vista, asegurarse una sola suma grande y terminar de una vez. Que carecía por completo de escrúpulos y estaba devorada por la codicia era más que evidente.

Tomada la decisión, Blom no perdió tiempo en asegurarse a su viuda, quien, considerándolo un compañero deseable, aceptó su propuesta con asombrosa presteza. Ahora quedaba impedir que la señora Bender hiciera testamento y provocar su muerte de manera que sugiriera accidente o suicidio. La gradual instilación de la idea de la locura por parte de Jeanne —iniciada para servir a sus fines particulares— fue una ayuda admirable para ambos propósitos. Desanimaba a la inválida a aventurar una disposición de sus bienes que los tribunales pudieran anular, y al mismo tiempo engañaba al mundo exterior haciéndole creer que era capaz de auto-destruirse. El único obstáculo molesto era la señorita Cushing. Sin embargo, esa desafortunada señora, al mostrar ansiedad por su propia herencia, jugó a favor de la astuta doncella, con el resultado ya visto.

La trampa estaba cuidadosamente tendida cuando los conspiradores se vieron confundidos por la inminente visita de Catherine. Creyendo conveniente apresurar las cosas, organizaron el primer intento conocido contra la vida de la víctima sustituyendo la solución de desinfectante extrafuerte (en realidad el peligroso líquido de Burnett) por el vaso de agua con el que iba a tomar su pastilla de veronal. El plan fracasó, fue interpretado como un intento de suicidio frustrado, y de momento no se hizo nada más, actuando la presencia de Catherine como elemento disuasorio. La verdad sobre el intento de la señora Bender de saltar por la ventana nunca se reveló, pero casi con certeza fue una invención de Jeanne para dar verosimilitud a sus afirmaciones. Aquí también mató dos pájaros de un tiro. Influyó en la opinión pública, engañando incluso al médico, y al colocar los barrotes en la ventana, minó la confianza de su señora en sí misma hasta un punto aterrador. De hecho, su astucia previó y tuvo en cuenta todas las contingencias. Solo en un aspecto se equivocó, y aun así su estupidez habría pasado desapercibida si no hubiera sido por la llegada de Catherine. Sin embargo, su pasión dominante, la codicia, era demasiado fuerte para resistirse, y fue la codicia la que indirectamente causó su ruina, aunque confundiera las cuestiones y argumentara poderosamente contra un motivo de asesinato.

Sabiendo que, una vez muerta su señora, ella y Eduardo tendrían que contentarse con lo que Blom estuviera dispuesto a pagarles, resolvió aprovechar al máximo su oportunidad presente y, desde el momento en que aceptó las condiciones del notario, se dedicó tranquilamente a despojar el apartamento de objetos vendibles. Antigüedades, plata antigua, tapices y finalmente pinturas desaparecieron. La sospecha de Catherine sobre los robos le dio un buen susto, pero tenía un adversario peor con quien contar. El propio Blom estaba indignado por la pérdida de lo que ahora consideraba sus propias pertenencias, y la escena en el vestíbulo de abajo se debió a su descubrimiento de lo que estaba ocurriendo. En esa etapa, poco podía hacer más que amenazar; los tres estaban

metidos hasta el cuello y se hundían o salvaban juntos; pero logró insistir en que la muerte de la señora Bender ya no se pospusiera más, ordenando a sus herramientas que procedieran a despacharla rápidamente.

Los conspiradores se enfrentaron ahora a una situación embarazosa. Catherine se había convertido en una amenaza positiva. Estaba resuelta a quedarse indefinidamente y mostraba signos de su intención de desalojar a los sirvientes de sus puestos. Debían tomar medidas drásticas sin demora; por consiguiente, a la doncella se le ocurrió la idea de enfermar a su enemiga para que quedara confinada a su habitación o se viera obligada a irse. Acto seguido, administró a la desprevenida muchacha pequeñas dosis diarias de una droga que provocó el ataque, atribuido luego a una intoxicación por ptomaínas, despistando al joven médico al insinuar que la paciente se había administrado algún medicamento violento. La droga empleada era muy probablemente la digitalis que se guardaba para los ocasionales ataques cardíacos de la señora Bender. Era la única sustancia nociva a disposición de la mujer, podía disfrazarse parcialmente en el café y la tila, y el resultado estaba calculado para producir precisamente los síntomas observados en la enfermedad de Catherine: náuseas agudas, calambres y desmayos. La invitación de la señora Baxter llegó felizmente en el momento adecuado, al igual que la insistencia de Geoffrey en que la aceptara. El campo quedó despejado, y todo marchó sin contratiempos hasta el momento del inoportuno regreso de la visitante.

La teoría de Geoffrey sobre el incendio era probablemente correcta. Habiendo obtenido todo lo que podía esperar, a Jeanne no le importaba en lo más mínimo que se destruyera todo el edificio. Significaba seguridad para ella, y aunque Blom pudiera enfurecerse por la pérdida innecesaria, no podía decir nada. En efecto, su única opción posible era permanecer firmemente detrás de las cortinas, seguir adelante con su humilde boda, que habría incluido el paseo de costumbre por el Bosque en un carro de caballos, acompañado de sus amigos, y luego calmarse hasta el momento en que, más que nadie, expresara su asombrada gratificación por la tremenda suerte de su esposa.

Las perlas, vendidas por partes, nunca fueron recuperadas, ni tampoco la alfombra y los tapices de Aubusson; pero cuando llevaron a Jeanne a la prisión, se encontró un paquete de billetes de banco, que representaban muchos miles de francos, atado alrededor de su cintura, sin duda producto de varias ventas. El Manet fue finalmente localizado en Sudamérica, de donde lo había sacado de contrabando un oscuro comerciante, y un Claude Monet, un Degas y un pequeño Renoir aparecieron finalmente en las provincias francesas, donde la misma persona los guardaba hasta que llegara el momento seguro.

Los dos criminales recibieron la pena de muerte.

La hermana de Catherine no supo nada de lo ocurrido hasta que pasó la conmoción. Incluso entonces, durante un día o dos de ansiedad, Catherine temió que la celosa Bárbara

cruzara el océano para hacerse cargo de ella, un evento que particularmente temía. Sin embargo, una serie de cables tranquilizadores arreglaron las cosas, y volvió a respirar, segura de su independencia. Se necesitó muy poca persuasión por parte de los Baxter para inducirla a pasar su convalecencia en Fontainebleau, donde recobró rápidamente las fuerzas, aliviada por una sensación de bendita seguridad, y feliz al saber que casi todas las tardes Geoffrey estaría a su lado.

Una tarde hacia finales de mayo, cuando Catherine ya estaba lo suficientemente bien para caminar y el brazo de Geoffrey ya no llevaba cabestrillo, los dos salieron a pasear por el bosque y se sentaron en un tronco de haya caído en un claro abierto. Los rayos oblicuos del sol se filtraban a través de un dosel de hojas, moteando el suelo con sombras y jugando sobre el tierno verde del vestido de la muchacha. El silencio de la hora los mantenía hechizados, y estuvieron callados tanto tiempo que un zorzal en la espesura más cercana reanudó su interrumpido canto.

Catherine, por su parte, se sentía curiosamente tímida. Durante las últimas semanas había pensado en su amado con un afecto tranquilo y constante, pero esa noche, de algún modo, era perturbadoramente consciente de su masculinidad, que de repente le parecía una fuerza con la que había que contar. Mientras lo veía hurgar entre las hojas muertas con un palo, y notaba de nuevo los vellos oscuros en el dorso de sus manos musculosas, un temblor nervioso se apoderó de ella. La tensión estaba en el aire quieto, el acercamiento de una crisis que anhelaba, pero que vagamente temía.

Pronto llegó.

—Catherine —comenzó abruptamente—, ¿recuerdas lo que me dijiste aquella noche después del cabaret? Que nunca volverías a comprometerte, pero que algún día te decidirías a casarte de repente.

—Lo recuerdo...

—¿Sigues pensándolo?

Ella se sonrojó con confusión.

—Supongo que sí —titubeó con incertidumbre—. Solo que me habría gustado dejarme crecer el pelo a una longitud más decente primero. ¡Soy tan horrible así! —y se pasó los dedos con pesar por el revoltijo de cabello que había pasado horas tratando de domar.

—¡Como si eso importara! —exclamó él con impaciencia—. Además, tomará poco más de quince días cumplir con las regulaciones francesas. Eso debería ser suficiente tiempo, ciertamente. ¿Qué dices? Podría iniciar el trámite mañana.

La firmeza práctica de su tono la sobresaltó un poco. Pasaron varios momentos antes de que pudiera sostener su mirada, y cuando lo hizo, aún no podía articular una respuesta.

De repente soltó un grito.

—Hablando del pelo —exclamó sin aliento—, ¿sabías que tienes un mechón canoso sobre cada oreja? ¡Geoffrey! ¡Pensar que nunca lo había notado!

—¿Ah, sí? —con indiferencia—. No importa. No has respondido a mi pregunta.

—Pero sí importa —respondió ella obstinadamente—. No los tenías antes. Dime, ¿es por... mí?

Evadiendo su insistencia, él le levantó las dos manos entre las suyas y besó las palmas abiertas.

—En cualquier caso —dijo medio en serio—, ahora te das cuenta de lo que puedes hacerme si quieres. Por ejemplo, si alguna vez cambias de opinión...

A través de una repentina niebla, el fuego ardió en sus ojos.

—No lo haré —murmuró rápidamente—. Yo...

Pero sea lo que fuera que hubiera añadido, quedó ahogado por la presión de sus labios.

